



IMPEDIMENTA

THOMAS TRYON

El otro

Traducción de Olalla García





IMPEDIMENTA

THOMAS TRYON

El otro

Traducción de Olalla García



EL OTRO



THOMAS TRYON

*Traducción del inglés a cargo de
Olalla García*



IMPEDIMENTA

Título original: *The Other*

Edición en ebook: junio de 2019

Copyright © 1971, Thomas Tryon. All rights reserved

Copyright de la traducción © Olalla García, 2019

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2019

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Diseño de colección y dirección editorial: Enrique Redel

Maquetación: Daniel Matías

Corrección: Ane Zulaika y Belén Castañón

Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 978-84-17553-26-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La novela que animó a Stephen King a convertirse en escritor. Un magistral ejercicio del terror más perturbador, heredero de Ira Levin y Shirley Jackson.

«Un remolino de horror ante el que no puedo menos que exclamar: ¡Oh, Dios mío!.»

Ira Levin

«Thomas Tryon ha desplegado una historia de terror de proporciones supremas.»

Los Angeles Herald

Para mi madre y mi padre

PRIMERA PARTE

¿Qué edad crees que tiene realmente la señorita DeGroot? Sesenta como mínimo, ¿no te parece? Por lo que recuerdo, ya estaba cuando yo llegué (hace bastante tiempo, según mis cálculos), y sé que llevaba aquí desde mucho antes. Eso debería darte una idea de lo vieja que es esa mancha del techo, porque la señorita DeGroot dice que, por lo que recuerda, ya estaba ahí cuando ella llegó. ¿La ves, esa condenada mancha que hay en la escayola, ahí arriba? Es por la humedad. La lluvia se filtra desde el tejado, ¿sabes? Solo que no lo arreglan. Llevo años detrás de ellos, pero no hay forma de que muevan un dedo. La señorita DeGroot me asegura una y otra vez que van a repararlo, pero no lo hacen. Ella dice que, en su opinión, esa mancha (que en realidad es una humedad) tiene la forma de un país, uno de los que salen en los mapas. No recuerdo cuál, pero ella menciona uno específico. Menuda imaginación tiene, ¿no crees? Quizá sea una isla. ¿Podría ser Tasmania? ¿O Zanzíbar? ¿O Madagascar? La verdad es que no me acuerdo. He oído que hace poco le han cambiado el nombre a esta última. Me pregunto si será cierto. Tengo que preguntárselo (a la señorita DeGroot, me refiero). Es difícil imaginarse un mundo sin Madagascar, ¿a que sí? Bueno, tampoco es que sea una cuestión tan importante.

Cada año que pasa la mancha del techo aumenta de tamaño y se vuelve más oscura. La gran mancha ondulada de color óxido. Como esa otra, la que hay sobre su cama. Qué raro que me acuerde de eso, ¿verdad? Probablemente no la hayas visto, pero... Bueno, entre nosotros, te confieso que la mancha de esta habitación me trae a la memoria esa otra, la de aquella habitación. Solo que yo no creo que se parezca a ningún lugar de un mapa, como sugiere la señorita DeGroot. A mí me recuerda... Pensarás que estoy loco, pero me recuerda a una cara. Sí, eso es, a una cara. ¿Ves los ojos, ahí, en esos dos círculos oscuros? ¿Y la nariz, justo debajo? Y ahí está la boca, ahí... ¿No ves cómo se curva un poco en las comisuras? Me parece bastante inofensiva. Me trae a la memoria... No importa; vas a pensar que estoy loco.

Qué año tan seco llevamos. Hace meses que no llueve, así que la mancha no se ha extendido mucho últimamente. Pero me imagino que ya lo hará. Es inevitable. La muerte, los impuestos y esa condenada mancha. Supongo que, si dependiese de la señorita DeGroot, probablemente harían algo al respecto. Pero he llegado a la conclusión de que ella no tiene mucha autoridad por aquí. ¿Qué les importa a ellos que en el techo haya una mancha más o menos? ¿Qué más les da lo que pueda gustarme a mí? O disgustarme, debería decir más bien. ¡Cómo me disgusta este sitio! ¿Que por qué? Pregúntaselo a ella; podría decírtelo. Siempre alegre, una optimista sin remedio, la señorita DeGroot. (¿Qué edad tendrá? Ni siquiera sé cuál es su nombre de pila. ¿Hilda? ¿Olga?) Imagino que algún día todo el techo se habrá convertido en una enorme mancha marrón, si vivo el tiempo suficiente. Y entonces se desplomará sobre mí. Excepto por un detalle: no viviré lo suficiente como para verlo. Tampoco es que a nadie le importe.

Cae la tarde. ¿Ves ese trozo de cielo, a través de la ventana? (Como si alguien pudiera ver algo a través de ese cristal, con lo sucio que está.) Aunque yo sí puedo, más o menos. Lila, amatista, malva..., tal vez índigo; un tono azul violáceo, pero de un

matiz muy pálido. Ese es el color que veo: cualquiera de los anteriores, o tal vez una mezcla de todos ellos. Eso veo a través de este cristal turbio, dividido cuidadosa y geométricamente en nueve rectángulos por esos rígidos travesaños negros, mientras observo, tumbado en la cama, esa minúscula porción de cielo visible desde mi posición. (La señorita DeGroot dice que tengo suerte de vivir aquí arriba, entre el tejado y las chimeneas; asegura que es más tranquilo; tal vez tenga razón. Y puedes ver la luna, cuando hay. Sí, es posible que hoy haya luna.) Lila. Amatista. O lavanda; casi rosa. Tumbado aquí, puedo ver cómo la luz se desvanece poco a poco; cómo la creciente oscuridad vence a la claridad temblorosa y opalescente. El crepúsculo, si te atrae lo poético. No, a mí no me gusta especialmente. A él sí le gustaba, claro. No porque su imaginación fuese superior a la mía, a decir verdad. Pronto atardecerá, y luego vendrá la penumbra. Siempre es el momento más solitario de la jornada, ese doloroso y lento intervalo descendente, antes de que caiga la noche por completo. Es lo que los franceses llaman *l'heure bleue*, un momento de extraña cordialidad, alegría, *bonhomie* (cosas casi olvidadas para mí en este lugar) en el que la gente planifica con ilusión, aperitivo en mano, sus actividades nocturnas (juergas, citas, flirteos), en el que las figuras animadas y radiantes salen a los bulevares con un cosquilleo de anticipación, reluciendo en la penumbra violácea, mientras sus reflejos tiemblan en los charcos de luz.

Ya sé lo que estás pensando. «Qué locura. Si nunca ha estado en París.» Tienes razón. No he estado. Pero hay un televisor en el piso de abajo, en la sala común. Y a veces, en las noticias (las de las seis; nunca nos dejan estar despiertos hasta las de las once) veo imágenes de París. Y he leído muchos libros, vaya que sí, y he visto algunas películas. El resto es producto de mi imaginación, no lo niego. Así que la señorita DeGroot no puede acusarme de nada; ni él tampoco, por cierto. No, nunca he ido a ninguna parte, ni nunca lo haré. Me temo que nunca abandonaré este mundo, tan pequeño y preciso, en el que vivo. Sin duda estarás pensando que es un lugar solitario. De nuevo, tienes razón. Pero ¿qué puedo hacer al respecto? Me falta... ¿Qué? ¿Qué es eso que siento, que noto que me falta? ¿A qué se debe esta vaga angustia, este malestar? Creo que, de modo extraño y terrible, me falta él.

Este es un lugar horrible. Lo odio. El vapor resuena en el radiador, los grifos del lavabo rebosan óxido y el techo (como ya he mencionado) tiene una mancha. Este mes ha sido más frío de lo normal; frío, sórdido, sombrío. Qué estación tan inhóspita. Y silenciosa. Hubo un tiempo en que, incluso desde esta altura, podías oír a los gatos callejeros. Hoy casi todos han desaparecido. Los autobuses son menos ruidosos. Antes solía observar a los gatos. Recuerdo una cancioncilla que siempre me hacía pensar en ellos. Los echo de menos. Para mí no hay mucho que hacer por aquí. Si voy donde están los demás, se ríen de mí; se burlan de mi nombre y con frecuencia surgen problemas. No, violencia no; al menos, no siempre. Pero, por esa razón, prefiero estar solo. Qué vida tan aburrida, pensarás, pero la señorita DeGroot asegura que es mejor así. Confía en ella. (Me ha prometido traerme tabaco para la pipa: Príncipe Alberto, la marca que fumo desde que tenía dieciocho años; de eso hace ya más de treinta.)

Es más tarde. El cielo sigue del color de las lilas. No..., de los tréboles; se parece más al trébol púrpura, sí. Recuerdo que junto al pozo que había tras la casa crecía ese tipo de trébol, que a ella le encantaba (hizo con esa planta su ramo de novia, ¿sabes?), y se quedaba mirándolo, y te preguntabas ¿por qué? ¿Y cuánto tiempo seguirá observándolo? ¡Cómo le gustaba! ¿Plantó ella el trébol que crecía junto al pozo o había

brotado de forma salvaje? No creo que nadie más se planteara aquellas preguntas.

¿Conoces el pozo? Ese sitio secreto y oscuro en el que ocurrió el accidente... Uno de los accidentes, debería decir. El ahorcamiento. No, no de ese tipo; pero casi tan horrible, en cierta manera. ¿Puedes oír el ruido chirriante de la polea mientras la sogá se desplaza por ella, hace girar la rueda oxidada y deja caer su carga en la oscuridad? La criatura chilla; lanza gritos terribles, despavoridos, indignados, de furia y terror. No. Ya he dicho que no era ese tipo de ahorcamiento, una de esas ejecuciones oficiales... Bueno, sí, en cierta forma fue una ejecución, pero solo porque a Holland no le gustaban los gatos. De hecho, los odiaba. Sí, era un gato; ¿no lo había mencionado? Problema, el animal de la vieja, su mascota. Le puso al gato la sogá alrededor del cuello (podía hacer nudos con gran facilidad), lo arrastró por el camino de entrada y lo ahorcó en el pozo. Por despecho. El verdadero problema (disculpa el juego de palabras) llegó cuando el muy condenado casi se ahorca a sí mismo. Pobre Holland.

Niles, su hermano (que estaba jugando a indios y vaqueros cerca de la bomba de agua), lo vio todo, oyó los maullidos («¡Miau! ¡Miauuu!») y corrió para prestar ayuda.

Una escena espantosa, como ya te imaginarás; el gato lanzaba zarpazos, escupía; Holland se reía a carcajadas endemoniadas (por decirlo de algún modo), y luego, entre aquellos terribles maullidos, lanzó un grito; su cuerpo se desplomó por encima del brocal del pozo, junto al del animal («¡Miau! ¡Miauuu!») y alguien pensó, durante un segundo, que Holland había... Pero no, se dijo enseguida, tan solo se habrá hecho daño.

—¡Socorro! ¡Que alguien nos ayude! ¡Se ha hecho daño! ¡Holland se ha hecho daño! ¡Socorro!

Y había tiempo, eso desde luego. El pozo se había secado. El gato, pobre criatura, estaba muerto y bien muerto; no había nada que se pudiera hacer por él. Pero Holland... con un arreglo por aquí y otro por allá quedó como nuevo. Aunque estuvo dolorido durante una semana, como suele pasar cuando uno ahorca a un gato en un pozo. («¿Te escuece, Holland? ¿Te duele?» «Pues claro que sí, ¿tú qué crees?») Los accidentes ocurren, como él mismo dijo. Y, por aquel acto de heroísmo más allá del deber, ¿qué recibió Niles? Pues un regalo, tontaina. ¡Contempla tu obsequio! ¡Y menudo regalo, el de Holland! No, lo retiro: no fue uno, sino varios.

Pero... ¡cuidado con los griegos que traen regalos! Un aforismo que viene que ni pintado para la ocasión.

Pobre gato.

No te acuerdas de la casa de los Perry, ¿verdad? Según me han dicho, ya no queda nada de ella. Todo ha desaparecido. Rellenaron el pozo, que se cubrió de hierba; aunque ya lo podían haber cubierto de sal, para el caso. Los edificios anexos (el granero, la cueva de las manzanas que había debajo, la cámara de hielo, la fresquera, la cochera, el silo del maíz, la prensa para la sidra)... Todo ha desaparecido. Qué panorama tan triste. Me han dicho que hoy en día me sería imposible reconocer el lugar. Los luteranos compraron la propiedad y durante un tiempo la casa funcionó como una iglesia, pero después la derribaron y construyeron en su lugar un edificio nuevo y más grande. En el tejado tiene una antena de televisión. Han secado los pantanos, han creado caminos que dividen las praderas; y, por donde antes vadeábamos los riachuelos, ahora se extienden calles con sus farolas, aceras, vallas metálicas y garajes para dos coches. No queda nada de lo que fue.

La casa era antigua, tenía doscientos años o más; había sido construida en una

amplia parcela de terreno que bajaba desde Valley Hill Road hasta una ensenada del río. En tiempos pasados había sido una granja de verdad; tanto al abuelo Perry como a su padre los conocían en los alrededores como el «Rey de las Cebollas». Fue antes de que yo naciera, pero puedo imaginarme cómo aquellos carrmatos altos y estrechos de ruedas tan delgadas llegaban silbando por el camino de grava; cómo los capitanes yanquis navegaban río arriba para cargar cebollas en el embarcadero; toneladas de prosaicos tubérculos cultivados en aquellos campos, transportados en sacos atados con cuerda roja, con destino a los exóticos puertos del Caribe: Jamaica, Trinidad, Martinica... ¡Cuánto prosperaron los Perry en las tierras de Pequot Landing!

Pequot Landing... Estoy seguro de que te imaginas su aspecto: la típica ciudad ribereña de Connecticut, pequeña, modesta, deslucida. Unos espléndidos olmos creaban un pasillo de sombra en las calles (o así había sido antes de que los atacara esa plaga conocida como «la enfermedad del olmo holandés»). Había jardines de hierba espaciosos y bien cuidados, prometedores en junio y reseco en septiembre; casas de madera, de ladrillo o encaladas (a veces, las tres cosas a la vez). Y la casa de los Perry, voluminosa, inmutable, enrevesada. La madera de las fachadas, que en otros tiempos fue blanca, había adquirido un tono grisáceo; la pintura verde de los postigos que enmarcaban las altas ventanas estaba resquebrajada; los cristales, deteriorados y opacos; los canalones, deslucidos, repletos de hojas del último octubre. Era una casa confortable: tenía su porche, con un pórtico de columnas en uno de los extremos; chimeneas en la mayoría de las habitaciones, de techos altos; cortinas de encaje en todas partes, incluso en las buhardillas; filigranas en la escayola de los techos.

El granero era venerable, de paredes algo abombadas, y estaba manchado de líquenes, un poco mohoso. Se alzaba sobre una pequeña elevación, al lado del camino que llevaba a la antigua cámara de hielo. Encima del tejado había una especie de cúpula con cuatro ventanas, que alojaba a las palomas. Era el lugar más alto de los alrededores. Sobre su cubierta puntiaguda, una veleta dominaba el paisaje: un halcón peregrino, el emblema de los Perry.

Cuando el abuelo Perry murió (justo después de la Primera Guerra Mundial), la propiedad ya había dejado de ser una granja. Se despidió a toda la mano de obra (con excepción de un trabajador, el viejo Leno Angelini); desapareció el ganado, y los arados y las gradas se vendieron o se oxidaron. Ni Vining ni su hermano menor, George, sabían nada de cebollas, ni de agricultura en ninguna de sus formas. Las tierras se quedaron baldías; la granja, moribunda. Cada día Vining dejaba a su familia (su mujer, sus hijos Holland y Niles, su hija Torrie) y se dirigía en su coche de la marca Reo a trabajar en una exitosa compañía de seguros de Hartford. En esta época, la casa de los Perry se había convertido en el hogar de esa mujer silenciosa y decidida, de ese poderoso pilar que era la abuela Ada Vedrenya; esta, cuando los niños fueron creciendo y necesitando más atenciones, dejó su casa de Baltimore y se vino a vivir a Pequot Landing, para ayudar a su hija (la mujer de Vining) con las tareas de la casa. George se había mudado a Chicago; y para 1934 (el año en que murió Vining Perry) resultaba evidente que aquel lugar estaba claramente deteriorado. La antigua cámara de hielo era un almacén abandonado, el granero que había un poco más allá de la casa estaba vacío, y las cuadras también (excepto por un par de caballos); los únicos ocupantes que quedaban en el gallinero eran tan solo un gallo decrepito y unas pocas gallinas; los aperos de labranza colgaban en el cobertizo del señor Angelini. Tan solo seguía operativa la prensa para la sidra, en la que cada otoño se aplastaban las

manzanas demasiado estropeadas para venderse en el mercado o usarse en casa.

Quizá hayas leído algo sobre el accidente. Ocurrió en un frío sábado de noviembre. A Vining Perry (padre de dos muchachos de doce años, Holland y Niles) le llegó la muerte mientras movía la última de aquellas pesadas canastas que estaba transportando; las llevaba desde el granero hasta la cueva de las manzanas, para almacenarlas allí durante el invierno. Todo el mundo lo consideró una gran tragedia. Y, durante los ocho meses que siguieron al entierro de Vining Perry, no le permitieron a nadie ir a jugar allí. Hasta que llegó junio. El colegio cerró sus puertas, la disciplina se relajó y se guardaron los libros de historia y geografía. Había empezado el horario de verano, los adultos estaban ocupados en otra parte, las tardes eran agradablemente largas, perfectas para pasarlas en la cueva de las manzanas. Así que ciertas personas ignoraron la prohibición de entrar allí. ¡Era un sitio tan fresco, tan oscuro y tranquilo...! Y, además, secreto. Aquel lugar ejercía una extraña fascinación. Podías notarla, y no se debía solo al hecho de que era allí abajo donde la muerte había mostrado su rostro.

Le he contado todo tipo de historias sobre la cueva de las manzanas a la señorita DeGroot. Dice que le parece un sitio escalofriante. Tiene razón. Enterrado en el corazón del granero, con sus macizas paredes de piedra basáltica de Nueva Inglaterra, sin luz eléctrica, aquel lugar era maravillosamente clandestino. Durante seis meses al año, de octubre a marzo, aquellas enormes canastas de veinticinco kilos de peso se apilaban en hileras, repletas de manzanas; las cebollas arrancadas del jardín colgaban de las vigas junto a guirnaldas de pimientos secos, y en los estantes se acumulaban remolachas, chirivías y nabos. Pero el resto del año, una vez agotados los suministros de provisiones, el lugar tenía otro uso más siniestro. Lejos de la luz y de cualquier posible intrusión, sentías que un espacio como aquel podía estar poblado por todas las criaturas que la imaginación de un niño es capaz de crear; por reyes, cortesanos, criminales... Por cualquier cosa. Podía convertirse en un escenario, un templo, una prisión. Sentías que allí cualquier semilla podía plantarse y brotar por arte de magia en una sola noche, como los champiñones. Que era un sitio cuyas paredes podían expandirse hasta el límite y desaparecer en el aire, cuyo techo y cuyo suelo podían desintegrarse en el vacío, cuya estructura de madera, piedra y mortero podía disolverse a voluntad.

Pero en junio, cuando todo el verano se extendía ante ti sin que pareciera tener fin, la cueva de las manzanas estaba prohibida. Y tenías que ser cuidadoso y astuto para que no te sorprendieran allí. Para tener luz, escondías cerillas en una lata de tabaco Príncipe Alberto y un cabo de vela en un bote de Coca-Cola. Había que hacerlo todo en el más absoluto secreto: escuchabas con atención, con una oreja ladeada, temeroso de lo que pudieras descubrir; en cada sonido acechaba un traidor, un gigante, un horror andante...

1

—¡Para! —gritó Niles. Y la música se detuvo. Las vibraciones que resonaban en su oído, y que lo ponían tan nervioso, cesaron al instante—. ¡Escucha! Hay alguien ahí arriba. ¿No lo oyes? ¡Escucha!

—Estás loco.

—Holland... ¡Escucha! —insistió, con un terror extático. Apagó la luz de inmediato, presionando la palma sobre la llama. Al hacerlo, derribó la lata en la que había metido la vela. El metal vacío resonó con estrépito de un lado a otro de la habitación.

Sí que *había* Alguien ahí arriba, sin ninguna duda. Alguien que se estaba esforzando para no hacer ni el menor ruido. Que se movía como una serpiente, que venía a causar problemas. Las pisadas eran apenas audibles, tan silenciosas que casi tenías que estirarte las orejas para percibir las, pero ahí estaban. Allí arriba había Alguien muy hábil, lo suficiente como para entrar descalzo o en zapatillas.

—Estás loco. Ahí no hay nadie, narices.

Aunque Niles no podía verlo, el tono de Holland tenía ese ribete tan familiar y bien perfilado que lo acusaba de estar haciendo el ridículo. En un gesto inconsciente, Niles se frotó la palma de la mano, pringosa de cera caliente.

—Ahí arriba hay alguien —insistió con rigidez—. Alguien... —«Alguien humano», habría querido añadir. Al menos, así se lo imaginaba.

—Loco de remate.

—¡No, señor! —replicó, con una mueca de miedo, mientras sus ojos vagaban por las tablas del suelo que había sobre sus cabezas. Ahí estaban otra vez, furtivas, escalofriantes, esas pisadas que parecían querer cogerte por sorpresa. Esperó a lo que sabía que vendría a continuación: el chirrido de los goznes de la trampa.

Silencio.

Las pisadas no avanzaron ni retrocedieron, tan solo se detuvieron. Siguieron dos golpes sordos. Se imaginó a ese Alguien arrodillándose, apoyando la oreja en el suelo, escuchando...

Contuvo la respiración. Ahora ese Alguien se alejaba, pasando de puntillas por encima de la trampa. Una de las tablas del suelo crujió. Ese Alguien debía de haberse marchado. Uf. Niles inhaló el terror como si de un incienso exótico se tratara. Su delgado cuerpo temblaba de miedo.

Ñang-dang-ga-dang-tran-tran-dang-ga-dang...

¡Porras! Otra vez la armónica y esa estúpida canción que Holland se había

inventado con la música de Mamá Oca. La había oído tantas veces que se sabía la letra de memoria.

¿Cuántas millas hay hasta Babilonia? Sesenta más diez.

¿Puedo ir a la luz de una vela? Sí, y también volver.

Un estribillo burlón y jovial, perfecto para una armónica. Ahí venía, con su ritmo saltarín y ligero:

Si te cuidas bien las suelas, puedes ir a la luz de una vela... Ñang-dang-ga-dang...

Maldita Mamá Oca.

Después vino ese odioso canturreo de Holland que remedaba su nombre:

—*Na-ils, Na-ils A-le-xan-der Pe-rry.* —¡Porras! Su segundo nombre le venía de su madre, Alexandra, y a Niles le parecía algo afeminado—. *Na-ils A-le-xan-der...*

—¿Qué pasa? —respondió al fin, derrotado.

—¿Que qué pasa? —Estaban sentados a oscuras—. ¿Qué tal un poco de luz, tontaina?

Niles tanteó en busca del bote, lo enderezó. Sacó una cerilla de la lata de Príncipe Alberto que tenía escondida en la camisa y la restregó contra una piedra del suelo. La cabeza del fósforo se rompió.

—No puedo, no puedo, no puedo... —resonó una cancioncilla.

—Sí que puedo. Pero con dos. —Niles extrajo un par de cerillas y frotó las cabezas entre sí. Cobraron vida con un sonido efervescente. Dejó caer una de ellas y con la otra alimentó el cabo de la vela. Al principio la llama brotó insegura, de un tenue color azul, pero se volvió anaranjada a medida que empezaba a alimentarse de oxígeno. Fue adquiriendo intensidad hasta brillar a través de su mano como si esta fuera translúcida, matizando de dorado los bordes de los dedos y tiñendo la palma de un intenso bermellón. Durante unos instantes, su cuerpo proyectó una sombra ondulante sobre el suelo sucio, que se veía agigantada sobre la pared moteada; el encalado de esta se estaba descamando, como si tuviera la lepra. Bajo sus rodillas, la temperatura de la piedra le proporcionaba un agradable frescor. El olor acre del fósforo se mezcló en su nariz con el del polvo, el moho y la fruta marchita que aún quedaba en la despensa.

—Ya está —dijo, satisfecho por el efecto que producía la vela. Volvió a sentarse como los indios y se frotó las rodillas. En un rincón se alzaba ominosa una bestia formada por segmentos pálidos: una pila irregular de canastas vacías, que trepaba por la pared como una enorme oruga. Sobre sus cabezas, a un brazo de distancia, unas sólidas vigas de piedra talladas a mano recorrían la totalidad del techo bajo, apoyadas sobre puntales con forma de Y; las marcas de azuela de su superficie capturaban y despedían con avidez los destellos de la luz ambarina. Entre las dos vigas centrales, una estrecha escalerilla de madera ascendía en un ángulo muy inclinado hasta la trampilla que, a unos doce pies de altura, se abría en el suelo del granero, en la superficie de toscos tablones que en otros tiempos servía para la trilla. En el piso inferior había una puerta pequeña de madera encalada, llamada «la puerta de los esclavos»; daba a un corredor que unía la antigua cochera con la cueva de las manzanas.

Niles frunció levemente el ceño y, con cuidado, extrajo de uno de sus bolsillos un

camafeo con una delicada cadena de plata. Lo dejó caer por dentro de la camisa, junto a la lata de tabaco, y trepó con cierta dificultad hasta una caja parcialmente oculta tras las canastas apiladas. Dentro había una carpeta con un montón de revistas manoseadas. Sacó una y volvió al círculo de luz para sostenerla ante la vela. En la portada, un hombre luchaba contra un par de lobos sanguinarios, cuyos colmillos dejaban caer gotas rojizas sobre la nieve. Estaban atacando a una partida de perros indefensos, enredados en el arnés de un trineo.

—*Doc Savage y el Reino Invernal de los Akaluks* —leyó en voz alta. Dirigió una mirada expectante a la oscuridad, más allá de la luz de la vela—. ¿Holland?

—¿Qué?

—He tenido una idea, ¿sabes? Para la nieve.

—La nieve. —Holland soltó una risita burlona. Lo hacía con frecuencia.

—Exacto. Como en *Doc Savage y el Reino Invernal*. ¿Te acuerdas de la tundra helada? Pues con algo de nieve podríamos crear nuestro propio Reino Invernal aquí abajo.

—¿Cómo? —El tono de aquella pregunta revelaba una ligera curiosidad.

—Muy fácil. Con cáñamo.

—¿Cáñamo? ¿Te refieres a los juncos? —Risotada.

—Claro. Con juncos. Es una buena idea, en serio. Si vamos al río y cogemos algunos, podríamos triturarlos y, con el polvo blanco que dejan, tener nieve durante todo el verano. Nuestro Reino Invernal, ¿qué te parece?

Observó el rostro de Holland mientras este sopesaba la idea. Por alguna razón, al final siempre era él quien tomaba las decisiones. A Niles le gustaba estar con él, claro, apreciaba su compañía, le gustaba que no solo fuesen hermanos, sino también amigos. Solo que, en realidad, no lo eran; no de verdad. Y no porque Niles no quisiera... Simplemente, no conectaban. A él Holland le parecía extraño, inflexible, distante; con frecuencia lo veía hermético, inquietante. Había algo *oscuro* en su forma de ser. No se dejaba influir por nadie, era un solitario. ¿Y qué podía hacer él al respecto?

Mientras lo observaba, vio que Holland le dirigía un guiño solemne. El Reino Invernal había sido admitido como una posibilidad prometedor. Niles se sintió extasiado. Su hermano acababa de reconocer que había tenido una buena idea. A la vacilante luz de la vela, pensó en cómo el hecho de contemplarse mutuamente en aquel círculo de tenue claridad no los ayudaba a sentirse más cercanos, por mucho que él lo deseara con todas sus fuerzas. Holland vestía su camisa favorita, la rosa, y sus pantalones cortos de color caqui enrollados hasta la mitad del muslo. Sus ojos parecían remotos y relucían como el cristal, igual que los de un gato nocturno. Eran grises, como los de todos los Perry, sobrios y hundidos, coronados por una mata de pelo aclarado por el sol. El rabillo del ojo se inclinaba de forma extraña bajo unas cejas oscuras y profundamente angulosas, lo que a veces confería a sus expresiones un curioso aire oriental. En ocasiones daba la impresión de que hubiera cabalgado junto a Gengis Kan por las estepas tártaras.

Niles guardó la revista en su caja y volvió a su sitio. Observó con mirada ausente los dedos de su mano que, como si tuvieran vida propia, reptaban hasta su camisa. Se rascó el estómago, allí donde el reptil le había hecho cosquillas con las patas, y soltó un suave silbido a través de los dientes. Tanteó el interior de su camisa en busca de la lata de tabaco, la vació y esparció varios objetos en el círculo de luz. Entre las cerillas

había también una castaña de Indias tallada, un paquete de papel de seda de un fascinante color azul (en cuyo interior guardaba La Cosa) y un anillo de oro.

Se escupió en el dedo, se puso el anillo con dificultad y lo observó admirado. Un «sello» (ese era el nombre que Padre solía dar a aquel tipo de sortijas). ¡Con qué fuerza brillaba a la luz, y cuánto le pesaba en el dedo! Era una joya digna de Midas. En la parte más ancha tenía grabado un escudo: un halcón de perfil salvaje. Giró el anillo para examinar con suma atención la minúscula marca de soldadura plateada, que se apreciaba allí donde habían cortado el oro para adaptarlo a un dedo más pequeño.

—Todo el mundo cree que es un halcón normal, pero no. Es un peregrino. — Introdujo el dedo con aire ausente en el papel de seda azul—. El Peregrino de los Perry. Es *mi* anillo, ¿verdad? —preguntó, como si buscara que alguien le infundiera seguridad.

Holland asintió.

—Es tuyo. Hicimos un pacto.

Niles acarició el oro que brillaba en su dedo. Sí, claro, el pacto. El anillo era suyo. Formaba parte del Secreto.

¡Porras! ¡Cuidado, ahí estaban otra vez...! Los pasos que había oído antes. Solo que ahora estaban allí mismo, intentando pasar desapercibidos al otro lado de la pared, en el corredor que llevaba hasta la puerta de los esclavos. Niles se quedó helado.

—Ya viene —susurró—. Lo estoy oyendo. Rápido... ¡Escóndete!

Recogió precipitadamente los objetos del suelo (el paquete azul, algunas cerillas, la castaña de Indias), los arrojó en la lata de tabaco y se la volvió a guardar bajo la camisa.

—¡Escóndete! —lo urgió. Trastabilló y se acuclilló detrás de la pila de canastas, siguiendo a Holland, que ya había desaparecido allí detrás.

¡Espera!... ¡La vela! Se lanzó a apagarla. Pero la puerta de los esclavos se abrió de improviso y un intruso apareció en el umbral. La mirada de Niles fue elevándose desde un par de botas U.S. Keds hasta unos ojos redondos, que lo miraban parpadeando tras unas gafas de montura metálica.

«¡Ajá! ¡Con las manos en la masa!» Eso es lo que casi cualquier persona habría dicho, dada la situación. Pero no el recién llegado. Sin moverse del umbral, Russell Perry se limitó a señalar:

—*Oh, oh*, ¡pero si estás jugando aquí! Ya lo sabes: se supone que no puedes hacer eso... Se supone que nadie puede.

El primo Russell tendía a pronunciar sus «*Oh, oh*» como gruñidos de un lechón obeso. Niles lanzó una ojeada hacia las canastas tras las que había desaparecido Holland. Él siempre llamaba a Russell «Cerdito Glotón». Había sacado ese nombre de uno de sus libros de cuentos: el de un gorrino comilón que había acabado servido en una bandeja con una manzana en la boca. Pobre animal. La cara de Russell recordaba a un budín, y además ahora estaba despellejándose por haberse quemado al sol, lo que le daba un aspecto aún menos atractivo. Debajo de la camisa se le notaban unos pechos puntiagudos y rechonchos como los de una chica. Russell... ¡Porras!

Cuando el tío George y la tía Valeria vinieron al funeral de Padre, se trajeron consigo a Russell. Y después se quedaron, todos. El tío George y la tía Valeria se instalaron en la habitación de la esquina que daba a la fachada de la casa y su hijo, en un dormitorio disponible de la parte trasera. Russell (la tía Vee lo pronunciaba

«Russell»: «*Russell*, cielo, que no se te olviden las zapatillas», «Hoy *Russell* tiene un poco de fiebre, que se quede en casa y no vaya a clase») cumpliría quince años en su próximo aniversario. Era un chico de gran ciudad, pálido y debilucho. Echaba de menos Chicago y odiaba Pequot Landing; y mostraba a las claras tanto lo uno como lo otro. Odiaba a los niños del colegio, a los habitantes de la pequeña ciudad, a sus familiares y, sobre todo, a sus primos. En diciembre le había clavado a Holland un lápiz en el dedo (la punta le había dejado una marca azul, bien visible bajo la piel incluso después de que la herida se curara) y en febrero le había mordido la mano a Niles con tanta fuerza que tuvieron que darle puntos. Se lo encontraban por todas partes, siempre molestando, siempre con malas intenciones, entrometiéndose y espiando. Y estaba aquí para quedarse.

Ahora el brillo de sus gafas ocultaba sus ojos. Pero, aun así, era evidente que, tras aquellas gruesas lentes, estaba registrando todo el sótano con sus pupilas bizcas: la vela sujeta en la lata de Coca-Cola, la caja llena de revistas, las cerillas quemadas, el anillo...

¡El anillo!

Rápidamente, Niles lo giró en el dedo y cerró la mano en un puño antes de que Russell tuviera ocasión de verlo.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Niles no respondió. Pero le sugirió a Russell que se largara de allí... «si sabes lo que te conviene».

A la luz de los hechos que siguieron, la actitud desafiante de Russell, pese a resultar formidable, acabaría revelándose como una temeridad:

—¡No puedes echarme! Si tú puedes estar aquí, yo también.

Niles compuso la sonrisa más afable que pudo.

—Muy bien, Russell. Como prefieras. Puedes pasar.

El recién llegado dio un paso atrás, lleno de recelo.

—No, señor, nada de eso —dijo—. Sé lo que tramas. Me meterás ahí dentro y no me dejarás salir. Lo mismo que me hizo tu hermano esa vez.

Alarmado, retrocedió hasta la seguridad del pasillo. Niles se preguntó si había adivinado dónde estaba escondido Holland.

—Entonces, ¡largo de aquí!

¡Ay de Russell! No se atrevió más que a estirar el pescuezo mientras volvía tímidamente hacia la puerta.

—¿De dónde has sacado ese anillo? —preguntó. La sospecha brilló tras los cristales de sus gafas.

—Lo he pedido por correo.

—No, no, no. Eso no es una baratija cualquiera. Es oro *del de verdad*.

—¿Y para qué preguntas, si eres tan listo?

Mientras miraba de reojo las botas U.S. Keds de su primo, Niles se preguntó por qué Russell habría elegido aquellos calcetines azules de hilo de Escocia... con dibujos de relojes. ¡Porras!

El intruso levantó la barbilla e inspiró aire.

—No deberías tener eso. Es un anillo de adulto... —Se cubrió la boca con la mano rolliza, presa del asombro—. *Oh, oh*. Pero si es...

Abrió los ojos de par en par y empezó a bailar fuera del alcance de Niles, ansioso,

mientras describía con voz aguda y verdadero deleite lo que sucedería cuando contase que había descubierto el anillo.

—Ya verás cuando mi padre llegue a casa. Ya verás.

Niles se abalanzó hacia la puerta, pero Russell se la cerró en las narices. Se oyeron gruesas risotadas al otro lado, y luego el sonido del pestillo. Por mucho que Niles golpeará y sacudiera el batiente, no conseguía moverlo.

Cuando las pisadas de Russell se desvanecieron por el pasillo y por los escalones de piedra que subían hacia el granero, Niles se puso a silbar, lanzando un sonido sordo entre los dientes apretados. Se dirigió a la pila de canastas y, tras ellas, encontró a Holland sentado en el suelo. Estaba inspeccionando con aparente desinterés el punto de color azul oscuro que se veía bajo la piel de uno de sus nudillos.

Niles enarcó las cejas. El encogimiento de hombros que recibió por respuesta a su silenciosa pregunta no consiguió disipar esa sensación de terror que le había dejado la boca seca. Podía imaginar sin dificultad lo que ocurriría si Russell lo delataba. El tío George se parecía a un gran oso de peluche con la cara enrojecida. La mayor parte del tiempo era un buen tipo; pero cuando se enfadaba contigo... ¡Mucho cuidado! Trabajaba en la fábrica de gaseosa de Fenstermacher, que estaba en Church Street; un sucio edificio de ladrillo rojo pegado a las vías del tren, donde embotellaban las bebidas gaseosas de la marca Rose Rock. Su esposa, la tía Valeria, cuando no estaba mimando a su hijo, se pasaba el día en el sótano de la casa, donde se dedicaba a retorcer y teñir ropa —con lo que ella llamaba «la técnica del anudado»—; se le iban las horas en esa cocina de dos quemadores situada junto al horno. No era necesario preocuparse por la tía Vee. Pero sí había que tener cuidado con el tío George. Los osos pueden atacar. La jornada de la fábrica terminaba a las cinco. Era inevitable que la historia acabara saliendo a la luz. Niles trataba de animarse repitiéndose que en realidad Russell no podía saberlo, que no había tenido tiempo suficiente para juntar todas las piezas del rompecabezas, que no era lo bastante listo como para hacerlo. Pero sí lo era, era astuto. Aunque, de todos modos, ¿a él qué más le daba el anillo? Niles estaba obligado a guardar el secreto de Holland frente a cualquiera que intentara hurgar en el asunto. Era cosa de la familia; y Russell no contaba exactamente como miembro de ella.

El anillo (el Peregrino de los Perry) había pertenecido al abuelo. Este había hecho que le grabaran el emblema de la veleta en oro. Y, a su muerte (el motor de su coche había explotado), el anillo había pasado por derecho de primogenitura (como la corona de un rey, que va del padre al hijo mayor) a Vining. Pero la gente empezó a decir que aquel anillo debía de estar maldito, pues, poco después de que el abuelo muriera, el pozo se secó y hubo que excavar uno nuevo. Luego la abuela Perry también falleció en tristes y extrañas circunstancias, de modo que fue Padre el que quedó como cabeza de la familia. Entonces, en noviembre, Padre murió a su vez, y el anillo pasó a Holland. No para que lo llevara puesto, claro, porque no podría hacerlo hasta que tuviera veintiún años, sino para que lo guardara, escondido en el cofre que había a los pies de su cama. Allí estuvo hasta marzo, el mes de su cumpleaños. Entonces Holland decidió que quería ponérselo. Y, sin que nadie de la familia lo supiese (a excepción de Niles), sacó la joya de su escondite y ejecutó un plan perverso: se fue a Hartford en tranvía, engatusó a un joyero y le pagó para que le redujera el tamaño y lo ajustara a su dedo. Sin embargo, ahora el anillo parecía ser demasiado pequeño, porque Holland tenía que untarse el nudillo con jabón para conseguir ponérselo. Pero, con todo, cuando llegó su

cumpleaños, ahí estaba Holland, llevando en secreto «El Peregrino de los Perry» casi todo el día. Después de eso, y de acuerdo con el pacto, el anillo se trasladó a la lata de tabaco de Niles. Y esto también era un secreto guardado con el mayor de los cuidados. Hasta hoy. Russell Perry, de profesión espía. Con tristeza, Niles giró el anillo y tiró de él hasta que consiguió quitárselo del dedo y devolverlo a la lata de tabaco que guardaba bajo la camisa.

Holland se puso de pie y se estiró.

—No te preocupes tanto, hermanito. —Aunque su tono parecía tranquilizador, Niles comprobó que el músculo de su mandíbula se contraía, como una luz parpadeante que indicara algo malo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

La expresión de Holland resultaba enigmática.

—No lo sé. Pero ya te he dicho que no te preocupes. —Obsequió a su hermano una sonrisa.

Muy bien. Puesto que Holland le había dicho que no se preocupara, no lo haría. Pero, entonces, ¿por qué, cuando intentó dejar de lado los nervios y le propuso ir al río, su hermano lo ignoró y se quedó donde estaba, con los ojos perdidos en el infinito, como un lunático? «La mirada embrujada de Holland», como Niles la llamaba.

—Bueno, entonces, ¿qué te apetece hacer a tí?

—Vamos a ver a las palomas —respondió Holland con expresión maliciosa.

Niles accedió. A veces, su hermano le recordaba a Aquiles; podía ser muy astuto. Había sacado algo de su bolsillo, unas bolitas semejantes a perdigones, y las revolvía en la palma de la mano. Niles cogió la vela y se dirigió hacia la puerta.

—¡Porras! —exclamó. Acababa de recordar que Russell había echado el pestillo por el otro lado.

Holland soltó una risita; al parecer, Russell creía que la puerta de los esclavos era el único modo de salir de allí. Con una última mirada de preocupación, Niles guardó el anillo junto a los demás objetos en la lata de tabaco Príncipe Alberto y mantuvo la vela en alto mientras Holland se dirigía a la escalera de mano, que llevaba a la trampilla superior.

—Pero ¿qué podemos hacer?

El hombro levantado de Niles era un ruego silencioso pero elocuente.

—Russell es un imbécil. —La voz de Holland sonaba fría y severa. Tenía la cabeza ligeramente inclinada hacia abajo y sus ojos grises como el pedernal miraban fijamente bajo unas cejas profundamente angulosas. Niles conocía aquella expresión: dura, firme, implacable. Mantuvo la vela en alto mientras observaba cómo su hermano trepaba por la escalera hasta apoyar un hombro en la trampilla. Sintió un frío extraño, como una mancha que se extendiera lentamente, hasta abarcar las paredes y las membranas de su estómago.

2

—¡Aaaaaaaaaah!

Al oír el grito, Niles sonrió. Russell se desplomó desde el altillo con fingida alegría. Mientras caía, sus brazos giraban como molinetes. Su cuerpo se arqueó en el aire mientras pasaba de la luz a la oscuridad y su voz rebotó en los rincones más alejados del granero. Aterrizó con un ruido sordo sobre una pila de heno, a unos pies de distancia de la zona de trilla.

—¡Soy el Rey de la Montaña! —gritó, abriéndose paso a zancadas sobre los restos del forraje del año pasado, que le llegaban hasta las rodillas. Se dirigió a la segadora y, después, a una escalerilla encadenada a un poste de madera. Trepó entre bufidos, peldaño a peldaño, hasta el altillo.

Niles sospechaba que, en realidad, a Russell no le gustaba aquel juego. En cierta ocasión había dicho que le recordaba un poco a cuando te caes al vacío en sueños, y te hundes más y más y más, sin que nadie pueda agarrarte. Tenía el corazón en un puño cada vez que saltaba. No lo hacía porque fuera un temerario, sino porque no tenía otra cosa con la que entretenerse. Pobre Russell. Estaba tan aburrido... Y, para pasar el rato, no se le había ocurrido nada más que aquella estúpida imitación del juego que practicaban sus primos. El pobre, el gordo, el cuatro-ojos de Russell. Debería habérselo pensado mejor y no haber metido las narices donde no lo llamaban. Una vez, el año pasado, lo habían pillado husmeando en la cueva de las manzanas, y Holland lo había colgado de una cuerda, amenazando con quemarle los pies. Había llegado a quitarle los zapatos y encender una cerilla; con aquello le había dado un susto de muerte. Russell debería haberse limitado a quedarse con sus roedores. Tenía una familia completa de ratas blancas, en una pequeña jaula, en la cúpula donde anidaban las palomas. Las acompañaba una estúpida liebre belga que las trataba como si fueran hijas suyas.

Niles bajó la puerta de la trampilla y se alejó de ella. Se quedó junto a Holland, hombro con hombro, observando desde las sombras cómo Russell entrecerraba los ojos intentando escudriñar a través de la paja que ensuciaba sus gafas. Las limpió, las dejó a un lado (probablemente, para que no se le rompieran) y se colgó de la cuerda de una polea para otear el paisaje campestre. Pobre Russell. También odiaba el campo. Detestaba todo lo que tenía que ver con él: las flores que brotaban en primavera, el olor de la hierba, a todos los animales (con excepción de sus ratas), el hecho de estar al aire libre... Odiaba a su padre por haber vendido su negocio de gaseosas y haberse venido a Pequot Landing para ponerles las tapas a unas malditas botellas de zarzaparrilla.

Silencio. Niles lanzó una mirada en dirección a Holland. ¿En qué estaba pensando? Seguía teniendo la misma expresión extraña, casi vidriosa. Apenas audible en aquel vacío abandonado, le llegó el sonido de un ratón campestre que se escabullía entre el heno. La acústica del granero amplificaba incluso el más leve crujido.

—¡Aaaaaaaaah! ¡Soy el Rey de la Montaña!

Cuando Russell comenzó a subir la escalera otra vez, Niles salió a la luz, un gran pilar dorado que enmarcó su silueta en aquel espacio catedralicio del granero. Tenía las manos entrelazadas, con aspecto pensativo, bajo la barbilla alzada. Parecía un fiel que estuviera asistiendo a misa. Luego se volvió y, con los ojos fijos en la espalda de Holland, cruzó hacia la gran puerta corredera que daba al lateral del granero.

Era la misma puerta por la que, aquel día de noviembre del pasado otoño, había entrado Padre. Traía las canastas de manzanas para almacenarlas en la cueva. Niles recordaba que hacía un día oscuro y sombrío, no brillante como el de hoy, aunque en todo lo demás sí era tal y como tendría que haber sido. Él estaba en el sótano con la linterna, observando la luz que llegaba a través de la trampilla. Padre tenía un pie sobre el borde de la abertura, y empezó a bajar una canasta. Ahora ya tenía ambos pies en los peldaños, estaba a mitad de camino cuando, al oír un ruido, levantó la vista. La puerta de la trampilla —maciza, reforzada con hierro— se estrelló contra su cabeza... El chirrido de las bisagras, la explosión de metal y madera, arrojando a Padre contra el suelo de piedra. Gritos de agonía. Y, cuando levantaron la trampilla, ahí estaba él, desplomado al pie de la escalerilla. Había fruta esparcida por todas partes, y sangre... Ah, la sangre...

—¡Aaaaaaaaah!

Russell cayó sobre el heno, al otro lado de la zona de trilla. Niles intercambió una mirada con Holland y lo siguió al exterior. Se detuvo en el pequeño patio que había junto al granero y sacó la lata de tabaco. Empezó a frotar con el pulgar, de forma inconsciente, el rostro del Príncipe Alberto. Algo ocurría; pero ¿qué era? No podía apartar de su mente aquella inquietante preocupación; zumbaba de un lado a otro, como una abeja. Recordó con aprensión la cara de su primo en la cueva de las manzanas. Auguraba problemas. Bien, Niles: pues, si no hay más remedio, di la verdad. Pero ¿quién le creería? Él había acudido en ayuda de Holland. ¿Quién vendría a socorrerlo a él? Nadie. Todo era demasiado descabellado, demasiado grotesco. Y esa sensación de su estómago —lo sabía— era el miedo.

El palomar, un anexo desvencijado del granero, se encontraba sobre un saliente que había debajo de la cúpula, el lugar más elevado de los alrededores, sobre cuyo pequeño tejado puntiagudo se alzaba la veleta del halcón peregrino.

«*Curru-cu-cu-cu*». Niles podía oír los melancólicos zureos de las aves y el susurro de sus alas. «*Curru-cu-cu-cu*», respondió, con las manos ahuecadas. Llegó al palomar, trepó por las destartadas escaleras y llegó a la cúpula, con sus cuatro ventanas; a su alrededor, se escuchaba por todos lados la suave voz de contralto de las palomas colipavas; y el sonido que hacían al arrastrar y desplegar aquellas colas de bordes cenicientos mientras se movían sobre sus patas de color coral.

Levantó una ventana y miró al exterior. En la pradera, el señor Angelini, el empleado de la casa, estaba arrojando heno a la parte trasera de un carro. La horca atrapaba el sol en sus dientes, y él parecía una mancha de color pardo oscuro sobre la hierba amarilla. Sally y Cuervo Viejo, los caballos de la granja, aún más ancianos que él, también estaban en el campo, moviendo las colas contra sus decrepitos flancos.

Aún no había llegado la época en que solía recogerse el heno, pero aquel año la primavera había venido temprano. Se había extendido en oleadas por el valle, derritiendo la nieve de los rastrojos y el hielo en la ensenada del río, reverdeciendo los nuevos brotes en cuanto germinaban y asomaban sobre la tierra descongelada de marzo. Y qué primavera, con los campos del color de la lechuga, y pájaros cantores por todas partes. Abril llegó despertando las forsitias y los sauces. Mayo vio los cornejos rosados y el manzanar florecido. En junio, el pasto ya estaba alto, listo para la primera siega.

Niles miró más allá del manzanar, hacia el río, que reflejaba la clara luz del cielo primaveral. En la orilla, una figura familiar se agachó debajo de una sombrilla mientras recogía flores y las ponía en una cesta. A lo largo de la ribera crecían los juncos, que se inclinaban sobre sus reflejos en el agua. Pensó que el Reino Invernal era un proyecto realmente emocionante. Si tan solo pudieran llevarlo a cabo... Y podrían, estaba seguro de ello. Nieve en julio, durante todo el verano, hasta que empezara el colegio, cuando se recogían las manzanas. Nieve secreta. Secreta... por necesidad.

—Detesto pensar cuántos vamos a necesitar —dijo Holland, que estaba tumbado en otra ventana, soplando la armónica. Era como si le hubiera leído la mente.

—¿Qué?

—Juncos. ¿No es eso en lo que estabas pensando, hermanito? —Tenía una sonrisa amplia y torcida.

¡Bravo por Holland, el lector de mentes! ¡Qué gran truco de prestidigitación! Niles no estaba sorprendido. Era habitual que Holland supiera lo que él estaba pensando; y viceversa. Pero ¿cuándo?, se preguntó. ¿Cuándo empezarían a recoger el cáñamo? Como siempre, acataría la decisión de Holland. (¿Deberíamos...? ¿Podemos...? ¿Vamos a...? Holland era Cristóbal Colón y Niles, su tripulación; Holland era Fu Manchú y Niles, su discípulo; Holland era Carlomagno, Niles ni siquiera llegaba a ser Rolando, sino un mozo de cuadra, un paje, un sirviente.) Dirigió una mirada a su hermano mientras este contemplaba algo por la ventana, se sacudía la saliva de la armónica en la mano y se la secaba en los pantalones.

—¿Holland? —El aludido no se movió. Parecía concentrado en una idea fija.

Niles se puso a hacer sus cálculos. Necesitarían mucho cáñamo, claro, y tendrían que llevarlo a escondidas, pero valdría la pena: el Reino Invernal en la cueva de las manzanas. Y todo creado a partir de juncos molidos.

¿Y Holland? ¿En qué estaría pensando? Resultaba curioso que no lo hubiera notado antes, pero ese año su hermano había dejado de tener aquel rostro de aspecto rollizo. Sus facciones se habían afilado; ¿un lobo? No, ¿un zorro? La mandíbula seguía una línea bien esculpida, la piel marcaba los pómulos delgados, la ancha frente y la boca curvada y algo torcida, que sonreía levemente. ¿Qué te hace tanta gracia, Holland?

Tampoco esta vez hubo respuesta. Niles hizo una mueca para sí y se dio con la barbilla en el hombro. Fue hasta la jaula de alambre que albergaba a la familia de mascotas de Russell Perry y la abrió. Con delicadeza, levantó una de las ratas blancas en la palma de la mano. Podía sentir cómo aquella cálida criatura temblaba mientras él la mantenía frente a la ventana, le acariciaba con el dedo el suave y fino pelaje de la espalda y le hacía cosquillas en la naricilla rosada hasta que se le crisparon los bigotes.

—¿Qué opinas entonces, Holland? Sobre lo del cáñamo, quiero decir...

No. Resultaba evidente que no estaba interesado; al menos, no en eso. Tenía la

mente en otra cosa. Qué raro, pensó Niles, mientras veía cómo su hermano atravesaba el palomar, le quitaba la rata de la mano, la acercaba a su cara y la acariciaba. Por lo general, cualquier nueva idea estimulaba considerablemente su imaginación. Por ejemplo, esa de Rasputín y el zar. Tras hipnotizar al zar (Niles), Rasputín (Russell, al que habían reclutado especialmente para la ocasión y al que habían dado el papel protagonista) había sido eliminado por un noble ruso (Holland); un precioso homicidio que incluía no solo pistolas, sino también palos y tartas envenenadas; al final el pobre Russell había tenido que salir corriendo para vomitar hasta la primera papilla. Pero esa era la idea, ¿no?, la razón de que le hubieran dejado participar en el juego. Cada verano la cueva de las manzanas era testigo de alguna escena semejante. Pero estaba bien dejar que los jóvenes se entregaran a pasatiempos tan escabrosos; eso ayudaba a que desarrollaran mentes más tranquilas y saludables —o, al menos, eso había asegurado el médico; el especialista al que habían llevado a Holland—. ¿Incluso un asesinato repulsivo? Claro que sí; cuanto más repulsivo, mejor.

Niles observaba fascinado cómo aquella mano bronceada acariciaba a la peluda rata blanca, y luego se deslizaba en un bolsillo y le ofrecía una especie de gragea para que la mordisqueara. ¿Qué le estaba dando de comer? ¿Ah, vitaminas? No, era broma, nada más que una broma. En realidad, eran píldoras Gro-Rite (píldoras Gro-Rite, para ratas grandes y sanas. Ja, ja. Dale una, apártate y... ¡bum! Alcanzará el tamaño de un mamut lanudo, como poco). Las ratas de Russell ganarían todas las condecoraciones habidas y por haber. Bueno, dijo Niles, pues él nunca había oído hablar de nada semejante. ¿Gro-Rite? Sí, claro, lo había encontrado en casa de la vecina, la señora Rowe. Tenía una bolsa entera en el garaje. Solo que la vieja lo había sorprendido llevándoselas y lo había echado de su casa, la muy...

—Y dijo que se lo iba a contar a Padre. ¿Qué te parece? —Holland lanzó una risita irónica. Con aire divertido, miró por encima del hombro hacia el campo en el que el señor Angelini seguía recogiendo heno.

—Pero ¿y qué pasa con el cáñamo? —insistió Niles, con la mente puesta en el Reino Invernal—. Has dicho que era una buena idea.

—Es buena idea —respondió Holland, lacónico—. Pero... —Aguzó el oído. Les llegó el grito de Russell Perry, que seguía jugando abajo, en el pajar. «¡Aaaaaaah! ¡Soy el Rey de la Montaña!»—. ¿Cómo vamos a llevarlo mientras él ande por ahí? Si nos ve...

—Se chivará —asintió Niles, mientras rumiaba el asunto—. Podríamos meterlo todo desde la cochera, abriendo la puerta de los esclavos desde fuera.

No hubo respuesta. La rata seguía comiendo. Holland estaba preocupado. Y era muy terco —si no quería, no quería, y fin del asunto—. Al cabo de un rato, el animal dejó de mordisquear y empezó a jadear un poco, como si estuviera agotado de tanto comer. Holland lo miraba distraídamente. Las palomas se habían calmado. Niles trató de pensar en algo más interesante que coger juncos. La pesca no era buena idea, porque Holland se aburría cuando tenía que esperar sentado a que un pez mordiera el anzuelo. ¿Se habría acabado la cerveza de raíz? Tal vez Winnie les dejara sacar el barreño esmaltado y hacer más en el fregadero de la cocina. O batir helado. Pero, ¡bah!, eso era trabajar, diría Holland; además, solo tomaban helado los domingos. O podrían subir al almacén y poner los viejos discos del abuelo Perry en el gramófono. O probar nuevos trucos de magia. Aunque esa mañana ya habían practicado un poco en secreto. El próximo mes los bomberos celebrarían el carnaval del Cuatro de Julio. ¡Y

volvería Chan Yu, el Maravilloso Hombre de las Desapariciones, quién sabe con qué nueva proeza de prestidigitación!

—¿Qué es un hermafrodita? —preguntó Niles sin venir a cuento.

—¿Qué...? —Holland, que coleccionaba palabrotas igual que otros coleccionan sellos o monedas (aunque también tenía colecciones de esas dos cosas), parecía estar a un millón de millas de distancia.

—Un hermafrodita. Esta mañana había un anuncio en la tienda de ultramarinos; decía que este año van a traer a un hermafrodita de verdad, en vivo. Y desde Malta.

—No sé qué significa. Búscalos.

Holland se agachó y abrió las manos sobre el suelo. La rata se deslizó de entre sus palmas y se arrastró hasta quedar bajo un haz de luz. Se detuvo allí, junto a un agujero de la madera, boca abajo, con la cola algo torcida; no se movía, apenas respiraba. ¿Qué le pasaba? Niles bajó la mirada hacia los tablones del suelo, salpicados de cal. El sol se fundía en un espeso flujo de rojo y oro alrededor de sus pies, y alrededor de aquella forma blanca e inmóvil. Se inclinó, la levantó con suavidad, con cuidado, sintiendo en la palma de la mano el latido de aquel corazón que ya apenas palpitaba, preguntándose, porras, ¿qué le pasaba? Agua... Seguro que era eso lo que necesitaba... La que había en el bebedero de la jaula estaba rancia. Se volvió para llevar al animal hasta la bomba de agua, pero se detuvo en la puerta, sorprendido por la críptica sonrisa de su hermano. Holland le dio la espalda y miró por la ventana cómo el señor Angelini se afanaba entre las hileras de heno, recogéndolo con la horca y lanzándolo al carro. Entonces Niles salió, acunando a la rata entre los dedos extendidos; y, dejando tras de sí el seco sonido de las plumas, corrió a toda velocidad por la escalera, con el corazón en la boca; pero, incluso antes de llegar abajo, tuvo la seguridad de que, por mucho líquido que le diera, no sería suficiente para que el roedor se recuperase. Aquel animal nunca volvería a beber agua.

Pobre rata.

3

«Maldito seas, Holland.»

Corrió por el patio del granero y por la galería hasta llegar al cobertizo de las herramientas. Allí encontró una caja de galletas Sunshine en el cubo de la basura. Puso la rata dentro y cerró la tapa. Luego cogió un desplantador que colgaba de un clavo de la pared (el que estaba entre las tijeras de mango rojo que el señor Angelini usaba para podar las rosas y las botas de goma altas que Padre solía ponerse para ir de pesca) y se dirigió a la huerta. Cerca de allí se encontraba la escalera exterior, de escalones de madera y barandilla blanca, que llevaba al segundo piso de la casa. Cavó un hoyo con el desplantador, enterró la caja y la cubrió de tierra, despacio, pensativo. «Serás bastardo, Holland. Lo que has hecho es una crueldad.» Esas grageas del garaje de la señora Rowe... No eran Gro-Rite, ni por asomo. Esto había sido tan perverso como lo del gato. Su mirada se desvió de forma involuntaria hacia el pozo, al otro lado del camino. Bajo el tejadillo a dos aguas, el engranaje de la polea estaba oxidado por la falta de uso, y el cubo colgaba de la cuerda, roto y descompuesto. El manantial del interior se había secado hacía mucho tiempo; en el fondo tan solo había charcos entre rocas cubiertas de musgo. Eso y negrura; porque ahora estaba tapado por una losa de cemento sobre la que los sapos tomaban el sol y las serpientes de jarretera cambiaban de piel sin que nadie las molestara; a su alrededor, las hierbas salvajes crecían hasta una gran altura, y brotaban parches de trébol de un color lavanda brillante. Parecía una tumba antigua y decadente.

Se quedó un momento pensando. Sí, eso era lo que necesitaba: flores para la tumba, un monumento conmemorativo para la rata muerta. Recogió rápidamente un ramo de tréboles. Mientras volvía al cobertizo de las herramientas para buscar un frasco en el que ponerlo, detectó un movimiento en una de las ventanas del piso superior. Una cortina se había agitado. Detrás de ella vislumbró una figura, parcialmente oculta por la sombra de la ventana a medio abrir; dos ojos oscuros en un rostro apenas iluminado, que lo observaban. Vislumbró una mano, que, como un lirio pálido, pareció florecer y marchitarse en apenas un instante, tan etérea como la cortina que enseguida la ocultó.

Levantó el ramo de tréboles y, con un remedo de una reverencia cortesana, se lo ofreció a la ventana. Luego cruzó la hierba en dirección a la escalera. Cuando llegó ante los peldaños inferiores levantó la mirada hacia la puerta mosquitera del rellano superior y vio la misma mano, tan semejante a un lirio. Una figura esbelta salió corriendo. Sus brillantes zapatillas de seda bordada resplandecían mientras bajaba apresuradamente hacia él, lanzando miradas en todas direcciones. Por momentos

corría, luego se detenía, vacilante, con un ligero temblor. La falda de su vaporosa bata de color lila se arrastraba tras ella. Cuando llegó abajo, rodeó con sus brazos al asombrado muchacho y enterró el rostro en los tréboles que él le ofrecía.

—¡Niles! —La trémula Alexandra Perry levantó la mirada de los brotes para recibir un beso de su hijo.

—Madre —respondió él; sonrió y secó con la yema del dedo una lágrima que rodaba por la mejilla de la mujer—, no llores.

—No estoy llorando, cariño. —Sus cabellos castaños enmarcaban de forma encantadora la palidez de su rostro. Un toque de color resaltaba sus mejillas. El intenso maquillaje de los ojos no carecía de atractivo, y la fresca fragancia que emanaba de ella resultaba deliciosa. Mientras repetía el nombre del muchacho, su expresión se volvió agrídulce. Era como si la luz de una luciérnaga parpadeara en su rostro, en el que resplandecía una mezcla de placer y dolor. Sus labios rojos se suavizaron en una sonrisa—. ¿Son para mí?

—Sí —mintió él con valentía, lanzando una rápida mirada al hoyo recién tapado de la huerta—. Tréboles para ti. —Acarició la mejilla femenina, sin aflojar el abrazo, aprovechando al máximo la cercanía entre ambos. Echó la cabeza hacia atrás y la miró—. ¡Madre! —exclamó, encantado—. ¡Has bajado! Has bajado otra vez.

Ella se rio.

—Sí, cielo. No es tan... tan difícil. He visto que estabas tan ocupado con tu pala... Lo sé, no me lo digas; otro pájaro, ¿verdad? Otro de tus funerales... ¿Un petirrojo? ¿O quizá una oropéndola? Y luego me he fijado en que recogías tréboles...

Tréboles, pensó él. Tréboles para la rata. Así se sentía: como una rata, una sucia rata. Observó las flores que ella apretaba en su mano temblorosa. Si eso era todo lo que se necesitaba para sacarla de su habitación, que se quedara con todo el trébol que él fuera capaz de encontrar... Canastas, fardos, carretas enteras...

—¿Cómo estás, Madre?

—Bien, cariño. Estoy bien. —Se llevó el dedo a los labios y lo tomó de la mano. Caminaron juntos hasta el castaño de Indias, bajo el que había un columpio de dos plazas, cubierto por un toldo hecho jirones. Ella se dejó caer lánguidamente en uno de los chirriantes asientos de rejilla. Él se sentó en el otro y se inclinó hacia su acompañante para tomarla de la mano. Los ojos grises del muchacho abrazaron los marrones de su madre, que recorrían sin descanso el camino de entrada a la casa, de extremo a extremo. Su boca pronunciaba frases inconexas, mientras su mente saltaba de un tema a otro.

—¿Qué has estado haciendo hoy? —le preguntó el chico, mientras le acariciaba la mano, intentando calmarla.

—Oh, pues... —Alexandra hizo un gesto vago con la mano—. Leer.

—¿Has empezado con *La buena tierra*?

—Sí, de Pearl Buck. Es sobre China.

Él asintió.

—La señorita Shedd pensó que podría gustarte. Y se asegurará de reservarte *Anthony Adverse* cuando lo devuelvan. Dijo que tardarás un mes en leerlo.

Hizo una pausa para sonreír de nuevo. A ella le encantó aquella mirada dulce y radiante.

—Querido Niles, eres tan considerado... Estás yendo a la biblioteca por mí, todo el

tiempo...

Su voz tenía un tono grave que a él le resultaba agradable; un matiz ronco, bastante parecido al que usaban las actrices, muy distinto al de la mayoría de las madres.

—No me importa —respondió—. Me gusta hacerlo. La señorita Shedd dice que nuestra familia lee más que cualquier otra de la ciudad.

—¿Qué está leyendo Ada? —Llamaba así a su propia madre, la abuela de Niles. Todos en la familia la llamaban así.

—Esta semana no está leyendo nada. No hasta que termine con las conservas de cereza. Pero he conseguido otra novela de Agatha Christie para Torrie. —Su maravillosa hermana también vivía en la casa junto con Rider Gannon, con quien se había casado hacía menos de un año. Ambos leían muchos libros al mes; ella se había hecho adicta a las novelas de misterio mientras esperaba el nacimiento de su primer bebé; él estudiaba técnicas agrícolas con objeto de recuperar el negocio familiar de las cebollas.

—Y tú, cielo, ¿qué estás leyendo ahora? ¿Todavía andas con Richard Halliburton?

—Sí. He vuelto a sacar *El camino real al romance* y también tengo *Rumbo a la aventura*. Pero, Madre, la señorita Shedd dice... —Se mordió el labio.

—¿Sí, cariño?

—Dice que... que no arranques las esquinas de las páginas según las lees, por favor.

La mirada de su madre vaciló.

—Yo no hago eso. Nadie debería tratar los libros así. Es destructivo. A veces..., a veces me pongo un poco nerviosa, supongo. —Sus ojos se dirigieron hacia el camino, hacia el lugar donde la losa de cemento bloqueaba la entrada del pozo, donde las malas hierbas crecían como espigas de maíz y el trébol se desmandaba—. «Un buen libro es el mejor de los amigos, hoy y para siempre.» Eso dice el poeta. —Se rio, avergonzada; su mano revoloteó sobre su regazo como un animal enjaulado.

—Ven a la cocina —sugirió él—. Podríamos tomarnos una cerveza de raíz, si queda alguna; o Winnie podría prepararnos un té helado.

—No pasa nada, cariño, Winnie ya tiene suficiente trabajo. —Levantó la vista hacia el tendedero—. Bueno, supongo que ya es hora de que vuelva a subir...

—¡Espera! —Niles buscó una excusa a la desesperada, un clavo ardiendo; cualquier cosa con tal de evitar que ella volviese a correr escaleras arriba—. ¿Cuándo llegan las tías? —preguntó en tono distendido; se refería a las hermanas menores de su abuela, que cada verano venían desde Nueva York para pasar unos días en el campo.

—Ah, siií —respondió Alexandra, intentando recordar—. Ada me comentó algo. Creo que quieren venir justo después del Cuatro de Julio. Será estupendo verlas, ¿verdad? Pero ¿quién está armando ese escándalo en el granero? ¡Qué voces, qué ruido!

«Botticelli —pensó para sí misma. Su mente había vuelto a perder el rumbo mientras miraba la cara del muchacho—. Un ángel de Botticelli.» Le apartó el pelo de los ojos. Increíble. De vez en cuando, aquellos ojos le cortaban la respiración. ¿De verdad había traído al mundo a un hijo como aquel? Se inclinó para besarlo.

—Niles, si te sigue dando el sol, te aseguro que tu pelo se va a volver rubio platino, como el de Jean Harlow. —Aquella idea la hizo reír, divertida. Durante un momento él

volvió a vislumbrar su antigua alegría—. ¿Cómo están las rosas del abuelo, cariño? — preguntó, mientras miraba los rosales que trepaban por la pérgola cubierta de vides, en el extremo de la propiedad. Su mente volvía a divagar.

—El señor Angelini ha tenido que echar insecticida otra vez. Había tantos escarabajos verdes que casi llené un tarro con ellos. Este año han salido muchísimos. Apuesto a que hay como un trillón.

—Espero que los tires a la basura. —Alexandra se sentó, con aspecto de estar reflexionando sobre algo—. Mañana es viernes, ¿verdad?

—Sí.

—Que no se nos olvide decirle a Leno que saque también los botes de ceniza.

Él se quedó perplejo.

—Pero, Madre, si estamos en junio. No tenemos cenizas desde abril. Los escarabajos verdes salen en verano, ¿recuerdas?

—Ah... Sí, claro. Se me había olvidado. Pensaba que era marzo... ¡Qué *asna!* — Otra muestra de lo pobre que era su memoria, que establecía conexiones defectuosas —. Vuestros cumpleaños son en marzo, ¿no? —Sus dedos se deslizaron por la frente, tiraron del pelo con un movimiento nervioso, colocaron una horquilla, volvieron a desplomarse agotados sobre el regazo; luego se deslizaron sobre las rodillas y los tréboles cayeron a sus pies. Niles recogió las flores, recompuso el ramo y lo volvió a poner en las manos de su madre. Se le había pasado por alto una flor; cuando se inclinó de nuevo para recogerla, la lata de tabaco cayó de su camisa a la plataforma del columpio. Al bajar la vista hacia ella comprobó que la tapa se había abierto. Entre la lluvia de fósforos y bajo la castaña de Indias, se veía el paquetito azul, con un leve brillo dorado en su interior.

—¿Qué es eso? —preguntó ella, con una sonrisa de lo más radiante, mientras él volvía a guardarlo todo.

—Tan solo una lata de Príncipe Alberto. Era de Padre. La uso para guardar algunas cosas. —«Ring, ring. Hola, ¿hablo con losultramarinos Pilgrim? ¿No tendrán una lata de ese Príncipe Alberto? Bueno, pues devuélvansela. Ja, ja, ja»—. Madre, ¿estás bien?

—¿Qué? Sí, cielo, claro que sí. Durante un momento, he pensado...

Sacudió la cabeza, y las palabras murieron en sus labios. Sus ojos volvieron a mirar asustados en todas direcciones, como si se encontraran atrapados; como si algo terrible la estuviera acechando...

—¿Ho-laaa, Na-ils? ¿Estás ahiii? —Era tía Valeria, la madre de Russell, que lo llamaba desde la trampilla del sótano. Alexandra se incorporó como una exhalación. Por un instante se tambaleó en la plataforma oscilante del columpio. Retiró su mano de la de Niles.

—No debe verme aquí —musitó con una mirada extraviada, llena de súplica—. No se lo cuentes, por favor. No le digas que he bajado.

—No —respondió él impasible, mientras la ayudaba a bajar al suelo.

—Ese es mi niño. Será nuestro secreto —le dijo. Apretó los tréboles contra su pecho y corrió sobre la hierba, dejando a su paso un rastro de flores y tallos purpúreos. Desapareció escaleras arriba, con la mano de lirio sobre la barandilla, sin lanzar una sola mirada atrás.

La puerta mosquitera se cerró de golpe al tiempo que la tía Vee se asomaba por la trampilla inferior. Llevaba un gran barreño de cobre, sujeto por las asas de madera.

Niles corrió a ayudarla mientras ella dejaba la carga en el suelo y se ponía a tender aquellas telas retorcidas. Empezó a colgar de la cuerda cuadrados y rectángulos de gasa teñidos con su «técnica del anudado»: los retorcía y ataba antes de sumergirlos en el baño de color. Mientras la tía Vee tendía aquellos pedazos de tela que parecían enfangados, Niles comprobó que a la pobre no se le daba demasiado bien aquello.

—Vaya, ¿no hace un día *delicioso*? Qué alegría de vida —canturreó. Llevaba unos guantes de goma y protegía su bata de casa con un delantal de cuadros color canela—. Parece que lleve una eternidad en ese sótano. —Apartó una sábana mojada y se agachó para buscar otro trozo de tela—. Caramba, cómo huelen esos pasteles. De verdad, no sé de dónde saca Ada el tiempo para hacerlos. Y apostaría a que también hay buñuelos. ¡Qué fragancia taaaan *estupenda*! En serio, aquí los jueves huelen como una pastelería. ¡Vaya, queridín, mira esos tréboles! No, cielito, los que están ahí, en la hierba. Se le deben de haber caído a alguien. —Niles no dijo ni palabra—. Ay, cariño, no puedo ver tréboles sin pensar en la boda de tus queridos padres. Me rompí las medias saltando aquella valla para entrar en el prado y cogerlos. Y encima pisé ya-sabes-qué. Todos debieron de pensar que me había vuelto loca. Ay, queridooo. —Niles había oído que los amigos que la tía Valeria tenía en Chicago la llamaban «Pollito». Entendía el motivo: no hablaba de forma normal; parecía piar, como un polluelo—. Niles, queridín. —Hablaban con un par de pinzas de ropa en la boca—. Si hoy vas al centro, ¿te importaría...?

—Ya he ido, tía Vee.

—Vaya, quería un poco más de tinte. Quizá Ressel podría... —Una perspectiva dudosa, en el mejor de los casos. Niles observó cómo su tía sacudía la cabeza para sí. No existía la menor posibilidad de conseguir que Russell hiciera algo (mucho menos, ir andando hasta la tienda), y nadie lo sabía mejor que su propia madre—. Quizá le podrías prestar tu bicicleta —sugirió esperanzada.

Niles le ofreció su vehículo con toda la buena voluntad del mundo.

—Pero tiene una rueda pinchada —sintió la necesidad de añadir.

—Ah. Bueno, entonces quizá podría usar la de Holland.

—Sí, tía Vee. Claro que puede. Está en el cobertizo. —A Holland no le importaría... No mucho.

Ella ya había terminado de tender. Se quitó los guantes de goma con un restallido húmedo y se puso a darles la vuelta de dentro afuera.

—Ay, bueno..., da igual. —Sonaba cansada—. Creo que por hoy ya he acabado de teñir. Quizá siga mañana. Los estoy haciendo para los regalos de Navidad. Tu tío puede pasar a comprarme un poco de Tintex cuando coja el coche. Odio molestar a Ressel. —Sopló para hinchar los dedos de los guantes de goma y vació los restos del tinte sobre los lirios del valle que crecían a la sombra del laurel—. Seguro que está ocupado —pio mientras recogía dos paños de cocina del matorral junto a la entrada trasera, donde los habían puesto a secar.

Niles contempló sus propias manos, manchadas de tierra.

Cuando el viejo pozo se secó, descubrieron que había otro manantial cerca e instalaron allí una bomba de agua. Estaba en el centro de un camino circular de grava, debajo del castaño de Indias. La larga manivela de hierro, elegante y curva, se ajustaba perfectamente a las palmas de Niles, y a él le resultaba muy cómodo moverla de arriba abajo. Llenó una taza de cobre y bebió de ella; el borde tenía un sabor amargo, parecido al olor de las caléndulas.

Seguro que Russell descubriría lo que había pasado si iba al centro de la ciudad con la bici de Holland, reflexionó Niles, con la cabeza echada hacia atrás. El agua le goteaba desde la barbilla sobre los nudillos, a lo largo del brazo desnudo. Dejó la taza vacía en el suelo, volvió a tirar de la manivela de la bomba y se quedó observando cómo se derramaba el agua y formaba un charco sobre la pila de cemento que había bajo la boquilla. Se lavó las manos; los restos de tierra se desprendieron y se filtraron hasta el fondo. Poco a poco, un mosaico de fragmentos formó una imagen en el agua poco profunda. Al quietarse, las imágenes del líquido encajaban como si fueran piezas de un rompecabezas; pero no del todo, no llegaba a formarse un reflejo sin distorsión. Extendió la mano, pensativo, abstraído, como si quisiera tocar a ese otro chico tan parecido a él que lo miraba con aquella expresión tan anhelante. ¿Parecía esperanzado? ¿O algo nostálgico? ¿Quién era esa figura de ahí? ¿Un amigo o un enemigo? ¿En qué pensaba? Si él, Niles, hablara, ¿el otro respondería? Se quedó observándolo en silencio. Luego retiró las hojas blanquecinas que habían quedado atrapadas en la base del desagüe de bronce. El agua desapareció; y, con ella, su imagen, ahora entristecida por la separación. Dejó de ver aquella cara, que le resultaba tan familiar, aunque no porque buscara a menudo su imagen en el espejo; tan agradable de ver, aunque no por vanidad; tan querida, aunque no por amor propio..., sino porque era, incluso hasta el mínimo detalle, una gemela exacta y perfecta de la de Holland.

El sol ya había empezado a secar el cemento situado bajo la boquilla cuando Niles regresó al cobertizo. Volvió a colocar el desplantador en su clavo, entre las tijeras de mango rojo que servían para podar las rosas y las viejas botas de goma que Vining Perry solía ponerse para ir a pescar.

4

Media hora después, Niles ya se sentía mejor. Estaba sentado al borde del embarcadero, con la espalda curvada y apoyada en uno de los postes. Su caña de pescar colgaba sobre los remolinos de la corriente. Mantenía la mirada fija sobre el plomo, que se agitaba un instante y luego tiraba del sedal. A lo largo del río, entre los sauces, la tarde se extendía en todas direcciones, como un gran mantel de pícnic formado por cuadrados de luz y sombra. Sobre su cabeza, las nubes parecían formar caras... Mira esa de ahí, con dos ojos, una nariz... ¡Uf, qué calor hacía! Holland tenía razón: pescar era un aburrimiento. ¿Por qué no quería ir a recoger cáñamo para el Reino Invernal? ¿Por qué se había enfadado tanto con Russell, por qué le había hecho eso a su mascota? Ahora estaba enfurruñado, ahí, en el desván; Holland el independiente. Con todo y con eso, luego te sonreía de aquella forma tan suya y lo perdonabas. Al menos él, Niles, lo haría. Pero eso sería a la hora de cenar, claro. Aunque no podía asegurar que Russell hiciera lo mismo, porque a él no le afectaban las sonrisas, por encantadoras que fueran.

El sedal se tensó. Accionó el carrete para recogerlo. Rasgando el silencio, rompiendo el espejo de agua, un bagre saltó por los aires. Niles se levantó y tiró de la caña hacia atrás. El animal cayó sobre una tabla del embarcadero. Su cuerpo de peltre sin escamas se sacudía de forma espasmódica. Niles le puso un pie encima y extrajo el anzuelo, evitando cuidadosamente las barbillas que el pez tenía a ambos lados de la boca. Este saltó de nuevo. El muchacho retiró la mano; una gota de sangre apareció en su bronceada y suave superficie.

Se chupó el corte y volvió a lanzar el sedal. La corriente lo llevó hacia un bote de remos medio hundido; la franja roja que este tenía a lo largo de la borda ondeaba bajo la superficie del agua; parecía una herida. El sedal pasó a través de un escámo oxidado, como un hilo por el ojo de una aguja. Niles suspiró, se puso cómodo, sacó el anillo de la lata de tabaco. Cruzó una pierna sobre la rodilla y se lo puso en un dedo del pie. Lo levantó en el aire y se quedó mirando cómo el metal chispeaba contra el azul del cielo. El Peregrino de los Perry. El oro del Nibelungo.

Dejó vagar la imaginación durante un rato, y luego guardó el anillo. Sentía los párpados pesados. No podía mantenerlos abiertos... Se le cerraban... Todo invitaba al sueño: la hora del día, el aire en silencio, una atmósfera que le susurraba al oído emociones tranquilas... Oyó cómo las ninfas chapoteaban... Las seductoras doncellas del Rin, con sus cabellos sueltos y sus hermosos y sinuosos cuerpos... Criaturas románticas que custodiaban el oro de su río... Empezó a dormirar...

—*Dushka?*

Niles levantó la cabeza de golpe. Sus ojos parpadearon bajo la luz del sol. Ella estaba a poca distancia, sobre las tablas del embarcadero. Lo miraba con curiosidad; llevaba una cesta llena de flores bajo el brazo, y su rostro quedaba bajo la sombra del parasol. Ada: con su cara curtida y llena de arrugas, con el cabello canoso cuidadosamente recogido en la nuca, en un anticuado moño. Su piel, semejante a la de una manzana al horno, aún se mantenía tensa sobre los elevados pómulos; en algunas zonas parecía casi transparente, como una fina taza de té sostenida al trasluz. Enjuta, pero fuerte, aún caminaba erguida; el núcleo de su cuerpo elástico todavía era flexible, como sus pasos. No andaba, siempre se movía dando largas zancadas, alzando los hombros firmes y resueltos. Tenía unos intensos ojos castaños, joviales y vivaces. Los párpados, pesados como los de un halcón, le daban un aire autoritario, y sus bordes tenían los mismos colores que ciertas conchas marinas: tonos azulados, con un matiz purpúreo, incluso plateado. Las manos eran grandes, nudosas, oscuras, de aspecto competente y poseían cierta aura mágica. Toda su persona exhalaba cierta aura mágica.

Se acercó a él. Tenía la barbilla prominente y en su sonrisa había una suave inocencia infantil, como sucede a veces con las abuelas. Su vestido, con un modesto estampado de flores, susurraba alrededor de las piernas bronceadas y desnudas. Llevaba un broche prendido al pecho: una luna creciente sobre el círculo oscuro de la luna nueva, que atrapaba en sus cuernos dorados la luz del sol.

Niles recogió el sedal y corrió hacia ella.

—*Dóbryi den*, señora.

—*Dóbryi den, grazhdanín*. —La anciana sonrió ante el saludo del muchacho y se tapó la nariz cuando él se acercó blandiendo el bagre a modo de trofeo.

—¿Tienes miedo de que te muerda?

—¡Qué más me da a mí el pescado! —rio ella—. Todos los peces de por aquí están llenos de espinas. El sábalo... Pura espina.

—Pero las huevas del sábalo..., esas sí te gustan. ¿Con tocino?

—Esas sí me gustan, sí. Las huevas de pescado...

—¡Puaj! —Niles arrugó la nariz y dejó caer su pesca—. Se parecen a los huevos de renacuajo. Si te los comes se convierten en ranas y se ponen a saltar dentro de ti como esas habichuelas saltarinas mexicanas. Así. —Soltó la caña y se puso a brincar arriba y abajo con la lengua colgando, abrazándose las piernas y poniendo caras ridículas.

Ella se llevó la mano al pecho, como si la alegría le hiciera daño en el corazón.

—Ay, *dushka*, qué tontería.

—¡Es verdad! Como lo de las cerezas: si te tragas las semillas, las cerezas empiezan a salirte por las orejas. O por el agujero del...

—¡Niles!

—*Reculo, vale, reculo* —respondió él con gesto inocente—. ¿Qué? No he dicho nada malo...

—Niles —dijo ella, dejándose contagiar por la espléndida alegría de su nieto—, eres un payaso. Un verdadero payaso de circo. Los hermanos Ringling van a venir a buscarte para incluirte en su espectáculo.

El aludido soltó una risita.

—¿Como al señor La Fever? —El señor La Fever, el padre de Arnie La Fever, trabajaba en el circo.

—Silencio, no digas esas cosas. Tienes a un diablillo sentado justo aquí —su abuela le tocó el hombro— que te incita a hablar así.

Él levantó la vista al cielo.

—¿Ves esa nube? ¿No crees que se parece un poco a la cara de Holland?

Ella se asomó desde debajo de su sombrilla, inclinando la cabeza de un lado a otro, escrutadora.

—Vaya, pues sí; quizá sí —respondió, consintiendo al deseo de su nieto—. Sin embargo, la nariz está mal. Es demasiado larga, ¿ves? Se parece más a Cyrano que a Holland.

—Pero fíjate en lo rasgados que son los ojos... Como los de los chinorros. Oí decir en la ciudad que solo vienen a nuestras tierras a *sacar tajá*. ¿Eso es verdad?

—Se dice «chinos», no «chinorros» —lo reprendió la anciana con suavidad—. Y no estoy tan segura de que hayan venido a *sacar tajada*...

—¿Tajada? ¿Como esas que se pilla el tío George? —apuntó el muchacho, cogiendo la ocasión al vuelo.

—¡Niles!

—Bueno, es que oí cómo la tía Vee le decía que era la última vez que...

—Niño, no seas impertinente. —La mujer intentó que su voz sonara severa, pero él sabía que no hablaba tan en serio; cosa que también suele ocurrir con las abuelas.

Se entretuvieron durante un rato adivinando caras y figuras extrañas en las nubes esponjosas que desfilaban por el cielo: un elefante, un barco de vela, un búfalo, ¡tres señoras gordas «con traseros enooooormes»! Niles acompañaba las descripciones con el movimiento de los brazos, agitándolos en el aire.

—Pero ¿qué te has hecho en la mano? —Ada lo cogió de la muñeca e inspeccionó la herida—. Tenemos que ponerte un poco de Listerine. —Ese desinfectante era su panacea contra cualquier enfermedad que pudieras tener en la vida.

—No, no pasa nada, de verdad. —Niles, que prefería declinar aquella ayuda, volvió a chuparse la herida y escupió.

—¿Es esa la única camisa que tienes?

—No.

—¿Y no tienes tus propias zapatillas deportivas? ¿Por qué insistes en ponerte esas viejas de Holland?

«Aj», pensó la mujer, con cierto pesar que, no obstante, también tenía su parte divertida: qué lejos estaban los niños de las ancianas. ¿Cómo iba a cubrir ella esa distancia?

Mientras su abuela le apretaba el dedo para que la sangre fluyera, Niles miró por encima de la cabeza inclinada de Ada. Divisó al señor Angelini con su sombrero de paja, trabajando en el campo entre las hileras de mieses. Distinguió una pincelada de color rojo cuando el hombre se detuvo y se limpió la cara con un pañuelo. A su alrededor también había otras pinceladas de colores brillantes: arriba en el palomar, un destello rosado en la ventana oeste, donde Holland seguía tocando la armónica; más abajo, en el pajar, Russell Perry, de color azul, había hecho una pausa en su solitario pasatiempo para agarrarse otra vez a la cuerda de la polea.

—¿Y tú? ¿Qué has estado haciendo en un día tan especial como el de hoy? —le preguntó su abuela.

—¿Yo?

—Así es, tú.

—Nada.

—Ya veo. Dios nos da un día glorioso como este y tú no haces nada con él. Ahora que no hay colegio, ¿vas a desperdiciar el verano? Yo ya he cosido cintas con tu nombre en todas tus cosas; y Winnie te ha comprado esa caja de jabón tan bonita...

—El jabón Lifebuoy. ¡Puaj!

—... pero, a pesar de todo, ¿no quieres ir de campamento? Y ya sabes que la inscripción nos ha costado dinero...

—Sí. —Pero no; o sea, que no iba a haber campamento. Habían organizado uno en un lago cercano y Madre había dicho que tenían suficiente dinero para pagarlo... Pero no, Holland no quería ir; no le gustaban los juegos, ni los grupos, ni pasar tiempo con otros compañeros. Le gustaba quedarse en casa, jugar en la cueva de las manzanas, en el palomar. Menudo espectáculo iba a montarse...—. Y el dinero que hemos reunido lo usaremos para que otro niño vaya de campamento —explicó—; algún niño menos afortunado...

—A veces —se rio ella— dudo que exista un niño así.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que los niños que pueden ir de campamento, pero eligen no hacerlo, podrían acabar pasando las vacaciones en manos de la señora Jewett.

¡Qué horror! La señora Jewett enseñaba Aritmética; una asignatura contra la que Niles había estado luchando desde que le tocó empezar a hacer divisiones largas.

—¡Porras!

—¿De verdad tienes que usar esa expresión, cariño? —dijo Ada con dulzura. Detrás de la sonrisa, su rostro tenía un gesto firme. Así que hablaba en serio... La señora Jewett era una amenaza real—. Ahora dime: ¿qué has estado haciendo hoy?

—Pues muchas cosas... He bajado al centro y he traído los emplastos de maíz que querías...

—Gracias.

—De nada. Y tus pastillas están sobre el fregadero de la cocina. Puedes volver a comprarlas una vez más con la misma receta.

—Gracias.

—De nada. Y también he estado ensayando.

—¿Con el piano?

—No, magia. Para el espectáculo. Con Holland.

—Ah, sí, los trucos de Holland. —Ada se presionó las yemas de los dedos contra los labios. Su tono sonó algo melancólico—. ¿Y qué clase de trucos has practicado?

—Uno de cartas. Se llama «boda real». Se hace con todas las figuras de la baraja.

—Las que son como miembros de una corte, sí.

—Y también he tenido un entierro. Otro más. Lo he hecho yo mismo. He cavado la tumba. ¿Te acuerdas de ese pájaro que se murió el mes pasado? Pues hoy...

—Chiquillo... —La abuela intentó que se calmara. La voz del muchacho estaba empañada por la emoción y su rostro había enrojecido.

—Sí, otro entierro. Ha sido muy triste. Se ha muerto una rata.

—¿Muerto? ¿Cómo?

—Se ha muerto... Así, sin más. Holland me ha dicho que me deshiciera de ella, así

que lo he hecho...

Ella lo interrumpió con la mirada.

—¿Holland te ha dicho eso?

—Sí.

—¿Y?

—Pues que lo he hecho. La he enterrado. He encontrado una caja de galletas, he metido dentro la rata, he cogido el desplantador del señor Angelini y he enterrado la caja en el jardín. También quería poner flores en la tumba, pero se las he dado a Madre.

—¿A Zan?

—Sí. Tréboles. Eran tréboles, y le encantan, así que se los he dado. Ella...

—¿Sí?

—Nada. —Había estado a punto de contarle el secreto de Alexandra. Se sentó en el embarcadero y dio una palmada al tablón que había a su lado. Ada se quitó sus zapatillas de lona (había cortado en forma de X la tela que quedaba encima de los pulgares para aliviar la presión sobre sus callos) y, sin agarrar la mano que su nieto le ofrecía, tomó asiento a su lado, con las piernas colgando sobre el agua, y se puso a remover la superficie con un dedo del pie. Atrajo la cabeza del muchacho hacia su pecho, teniendo cuidado de que no se pinchara con su broche en forma de luna. Asió un mechón de pelo de Niles y tiró de él con suavidad. Para mantener la flexibilidad del cuero cabelludo, dijo; no hay cabezas calvas entre los hombres de la familia Vedrenya. Él recordaba que su abuela había puesto en práctica ese ejercicio en su cuero cabelludo y en el de Holland desde que ambos eran pequeños.

—¿Y la rata? ¿Cómo ha muerto?

—No..., no lo sé. —¿Cómo iba a revelar la crueldad de Holland?—. Era una de las mascotas de Russell. Tal vez fue a causa del calor.

—Ya veo. Ay. Pobre criatura. Espero que la liebre no la eche mucho de menos. Qué raro, eso de que una liebre haga de madre de una rata...

—Por lo menos eran una familia feliz.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, que nuestra familia... —Buscó las palabras adecuadas para expresarse.

—¿No es feliz?

—No es eso. Pero las familias deberían ser... uña y carne. Algo... con sustancia, espeso...

—Sí, claro. Como la sopa.

—Pues la nuestra no es sopa, sino caldo —respondió él, con expresión divertida—. ¿Por qué a Madre le gusta tanto el trébol? No es más que una mala hierba, ¿no?

—El trébol es una flor silvestre muy abundante. Pero no es una mala hierba. Y seguro que ya te sabes la historia de la boda. El ramo de novia de tu madre estaba hecho de tréboles.

Sí, Ada sabía de sobra que su nieto ya había oído aquella narración, una de las favoritas de la familia; especialmente ahora, con otra boda (la de Torrie) tan reciente. Pero volver a esa historia evitaría que siguieran hablando de ratas, entierros y muerte. Así que se la contó de nuevo: cómo se estaba librando la guerra mundial; cómo el padre de Niles, destinado en Fort Dix, y Zan, su madre, habían decidido casarse a toda prisa, antes de que él zarpara; cómo asistieron el tío George y la tía Valeria, y cómo, en

el último momento, la tía Vee recordó que la novia no tenía ramo y saltó una valla para coger tréboles de un campo cercano.

—Y pisó una boñiga de vaca.

—Sí, pisó una boñiga de vaca, si en verdad quieres saberlo. Así que —concluyó la abuela— desde entonces tu madre está fascinada por el trébol. ¿Y tú? ¿Estás planeando algún tipo de arreglo floral?

—No, señora.

—Entonces, ¿qué es eso? —Señaló un montón de cáñamo que Niles había recogido y dejado junto a la orilla del río.

—Juncos —respondió él, con expresión inocente.

Su abuela estaba acostumbrada a sus pequeñas astucias.

—Sí, ya sé que son juncos, jovencito. ¿Y qué vas a hacer con ellos?

—Ah, nada —dijo él, con esa maniobra evasiva tan propia de los niños de trece años—. Solo son para... Para nada.

Ada lo tomó de la barbilla y estudió la cara del muchacho con sus ojos antiguos, sabios y llenos de humor. Tenía una expresión pensativa, a medio camino entre la sonrisa y el ceño fruncido.

—¿Y bien? —inquirió, esperando la respuesta con su mirada de sibila. Él desvió la vista. Se sentía transparente, pues era consciente de que ella sabía que le estaba mintiendo.

Pasando por alto ciertos detalles, le habló de Doc Savage y del Reino Invernal de los Akaluks. ¡Qué imaginación tan portentosa!, pensó ella mientras rozaba con los dedos la mejilla de su nieto.

—¿Qué es un hermafrodita? —preguntó Niles.

—Se supone que es una criatura mitad hombre, mitad mujer; aunque no creo que exista ninguno en realidad. Es más bien un ser mitológico, mitad Hermes, mitad Afrodita, ¿sabes? ¿Por qué lo preguntas?

Él le explicó lo que había leído sobre el carnaval de los bomberos y el supuesto bicho raro maltés.

—¿Cómo están tus manos? —inquirió. Había observado que ella se masajeaba con cautela los dedos hinchados.

Su abuela despachó el tema con un movimiento despectivo de la mano. Niles nunca la había oído quejarse del dolor que sufría en las articulaciones. Para entretenerla, buscó bajo su camisa, extrajo la cadena de plata de la que colgaba su mascota, y la puso al trasluz, entre ellos y el sol.

—Ese camaleón se va a morir ahí dentro —comentó ella, mientras pensaba en lo encantador que resultaba el muchacho.

—Puede respirar perfectamente. Me gusta cuando me hace cosquillas. Y no es un camaleón, sino un basilisco. ¿Ves?, en vez de ojo, tiene un diamante. No te atrevas a mirarlo o te convertirás en piedra.

—Ah, un lagarto-Medusa, nada menos.

Qué fantasioso. ¿Qué se podía hacer con un niño como aquel? Aunque, al fin y al cabo, ¿quién le había hablado de los basiliscos, si no ella? Y de los unicornios y las doncellas del Rin, esas criaturas acuáticas escondidas en las profundidades del río, un secreto que él le había prometido guardar. Sacudió la cabeza y colocó musgo húmedo sobre las flores de su cesta: girasoles, rudbequias, vellosillas, lirios manchados y

ranúnculos.

Niles cogió uno de estos últimos y se lo puso a su abuela bajo la barbilla. Sí, a ella le encantaban los ranúnculos. Pero sus favoritos eran los girasoles. El muchacho alzó uno y lo sopló, dispersando en el aire una pequeña nube de polvo.

—Así es, aquí todos los girasoles se llenan de polvo —comentó ella. Pero, aun así, era agradable que estuvieran ahí. Le recordaban a San Petersburgo. Allí, el viento que barría la estepa rusa los mantenía frescos y sin polvo.

—¿Es verdad eso de que los girasoles siguen al sol durante todo el día? —preguntó el niño. Ella le había leído eso de un libro.

—Creo que solo es una superstición. Pero ¿sabes?, todos los rusos son supersticiosos. ¿Ves? —Ada tomó las mejillas de su nieto entre las manos, le levantó la cabeza hacia arriba y giró su rostro en dirección al sol.

—¡Girasol! —gritó él. Sonrió orgulloso y entrecerró los párpados frente a la luz. La anciana dejó que sus ojos descansaran un momento sobre el rostro de Niles; ¡ah, la frescura de aquellos rasgos...! Su *podsólnchnik*, suave como una flor, su girasol... Todos los girasoles de Rusia habían quedado atrás; pero en su lugar había crecido este, esta preciada flor de su corazón.

—¿Por qué sonrías?

—Aj —dijo ella—. Estaba recordando ese día en que jugamos a los girasoles y tú te pusiste a llorar por culpa de ese maldito cuervo. Mi *dushka*, eras tan llorón...

—No lo era —protestó él, apartándose.

—No pasa nada. Todo el mundo debería llorar de vez en cuando. Es bueno para el aparato digestivo. Así es. Cuando tu tío llegue a casa, ¿vendrás conmigo a quitar las flores?

Él palideció, la miró sin comprender. ¿Tío George? ¿A casa?

—¿Quitar las flores? —repitió, con voz temblorosa y cierto malestar en el estómago.

—Las del cementerio. Cuando tío George venga con el coche, Winnie nos llevará y quitaremos los adornos. Iremos en secreto; no diremos nada para que tu madre no se disguste, ¿de acuerdo?

Niles dirigió la vista al granero y divisó la figura de Russell. «¡Ya verás cuando mi padre llegue a casa!»

—Sí, de acuerdo. Iré contigo. —Respiró hondo, exhalando el aire lentamente, con cuidado, para que ella no notara su miedo. ¡Cuántos secretos tenía que guardar...!

—¿Cómo es que no estás haciendo de *caddie* del tío George hoy?

¡Qué despiste! Se le había olvidado que el tío George iría a jugar al golf después del trabajo. Si llegaba a los dieciocho hoyos, no volvería a casa antes de las siete; y siempre se quedaba tomando una copa en el hoyo 19.

La expresión de Niles despertó las sospechas de su abuela, que le lanzó otra mirada penetrante.

—¿Bueno? ¿Y bien?

Bueno, explicó el, ya no podía ser el *caddie* del tío George. ¿Por qué? Pues porque esa misma mañana lo habían expulsado del club de golf. ¿Por qué? Bueno, él y Holland se habían levantado temprano y habían cogido el tranvía (sin duda, habían ido sentados en el tope de la parte trasera, supuso ella) hasta la calle del hoyo 18 en busca de las pelotas de golf que se habían perdido ayer. Pero el vigilante había descubierto a Niles; y ahora no podía volver al club.

—Y encima hemos tenido que darle todas las pelotas que habíamos encontrado. Valían casi dos dólares. ¡Porras!

—Niles —lo reprendió su abuela.

El muchacho cogió un palo del suelo y, en una táctica de distracción, se dejó caer sobre una rodilla y roció de plomo a la anciana.

—¡Ra-ta-ta-ta-tá! —disparó, realizando un arco en el aire con el palo, como si fuera una ametralladora—. Estás muerto. ¡Eres Dillinger y estás muerto! ¡Eres Mad Dog Coll y estás muerto! ¡Muerto, muerto, muerto!

—¡Basta ya! —le ordenó ella—. Tira ese palo. —Su abuela podía ser muy severa; así que el muchacho obedeció al instante—. Menuda idea. ¿Dónde aprendéis esas cosas los niños? ¡Conque Mad Dog Coll! —Vincent Coll, «el Perro Rabioso»... «Cuidado con los perros rabiosos que acechan; porque, si acechan ahora, luego morderán»—. Y tanto que morderán... —musitó para sí misma, pero Niles sabía a qué se refería.

—Bueno, se supone que tienes que tirarte al suelo cuando te matan —la informó. Se metió las manos en los bolsillos, abatido. ¡Venga ya! El año pasado los federales habían pillado a Dillinger frente a aquel cine; y seguro que él sí se tiró al suelo cuando lo mataron. Caramba, que te cosan a tiros porque has ido a ver una película... Y de Clark Gable... ¡Puaj!

—No frunzas el ceño así, niño.

Él la miró.

—¿Ada?

—Dime.

—¿Cómo es que siempre lo sabes?

—¿Saber qué?

—Lo que es verdad y lo que no. ¿Cómo es que siempre lo sabes?

—No siempre. —Lo observó—. Pero tú sí, chiquillo, ¿no es así?

Él frunció el ceño.

—Bueno —respondió con gravedad—, a veces sí. —Se estiró hacia su abuela y le susurró al oído, con tono cómplice—: ¿Y si lo hacemos ahora?

Ella sonrió. Aún conservaba todos los dientes, blancos y fuertes. Claro, aquel era su juego particular, el que ambos compartían. Se levantó y se apartó del embarcadero. Iba guiando al muchacho, manteniéndolo un poco ladeado. En aquella postura, la cabeza del chico quedaba justo por debajo del hombro de la anciana. Ada señaló una libélula que volaba sobre unos nardos. Niles levantó la mirada hacia ella, con ojos inquisitivos.

—No, mira ahí, esas flores. Observa con atención.

El insecto planeaba sobre las hojas. El muchacho se quedó mirándolo en silencio durante largo rato, concentrado, con las pupilas paralizadas. Los rayos del sol resplandecían; incluso a aquella distancia, Niles fue percibiendo de forma cada vez más nítida el intenso olor de las hierbas silvestres. Ahora la libélula volaba a gran velocidad, flotaba sin moverse del sitio, se lanzaba otra vez a la carrera... Y todo al mismo tiempo: ahora se elevaba, ahora descendía, ahora se quedaba suspendida en el aire... Y él seguía contemplándola, sin apartar los ojos ni un instante. Al cabo de un tiempo, sintió cómo su abuela lo tocaba con suavidad.

—¿A qué se parece? —le preguntó. Su voz sonaba expectante—. ¿Cómo es, qué se siente?

—Aviones. Se parece a los aviones.

Ah, pensó ella, aviones. Qué perceptivo.

Sí que *era* algo parecido a eso; aunque no una máquina, sino... ¿qué? Una criatura, supuso él. Ada examinó con atención la forma larga y delgada del insecto, su... ligereza. Más liviana que el aire, y tan esbelta... El cuerpo segmentado... Las alas metálicas veteadas de plata y oro, iridiscentes como las de las hadas de los cuentos, con sus zumbidos inaudibles, batiendo a una velocidad que el ojo humano es incapaz de percibir... La cabeza ligeramente articulada, girando en todas direcciones, los ojos dotados de una maravillosa capacidad visual, en busca de una presa. Una pequeña bestia delicada y feroz, más veloz que una golondrina; sacaba de sus escondrijos a los insectos que se ocultaban entre los tréboles, y los devoraba, los devoraba, los devoraba...

Ahora, la libélula flotaba a gran altura. Niles sintió que él mismo se alejaba de la tierra, que su yo corpóreo se elevaba sobre la pradera junto a la criatura, con sus ojos compuestos que lo observaban todo, que lo percibían todo; hacia el oeste, siguiendo los prados hasta los montes de Avalon, al otro lado del río; en la distancia se intuían las colinas, las Shadow Hills, cubiertas de neblina. Lejos, al este, más allá de la casa, sobre las ondulantes copas verdes de los árboles, sobresalía un conjunto de tejados y agujas: el centro de la ciudad. También vio la huerta que había junto a la cocina, en la parte trasera de su propia casa; vio a Winnie, la empleada, recogiendo la colada; vio el tranvía que recorría la ruta de Shadow Hills (desde Talcotts Ferry, pasando por Knobb Street y por Packard Lane, por todo el norte de la ciudad; y luego a Babylon, al oeste; Babylon, final de línea). Veía todo eso ante sus ojos, como una maqueta: las casas en miniatura, el granero de juguete, las figuritas humanas colocadas en la acera tan solo para dar credibilidad al conjunto. Allí abajo, en el suelo, Ada no era más que una mota.

El muchacho se lo describió a su abuela con todo lujo de detalles.

—Así es, así es como se siente —dijo, ardoroso y sin aliento después de aquel vuelo.

Ella estaba de acuerdo; sí, seguro que debía de ser justo así. Paladearon juntos aquel juego secreto, como si se tratase de una fruta prohibida.

Niles sonrió.

—¿Lo he hecho bien?

—Sí, chiquillo.

—¿Tan bien como Holland?

El delicado encaje que Ada llevaba en la garganta se agitó en la brisa, debajo del broche en forma de luna.

—Aj —respondió al fin, con una sonrisa esquiva y voz dolida—, tan bien como Holland. O como yo, o como cualquiera. —Se cubrió el rostro con la sombra del parasol, como si quisiera ocultar sus sentimientos, y miró hacia el otro lado del río.

—Otra vez —suplicó su nieto, tirando ansiosamente del brazo de la anciana. Pero ella se limitó a sonreír y respondió:

—Es suficiente por hoy. —Algo que también suelen decir las abuelas.

—*Pozháluista*, ¿solo una vez más?

Ella levantó la cesta.

—Tengo que coger berros y llevárselos a Winnie para la ensalada de la cena.

—Solo una vez más —rogó el niño, insistente—. *Pozháluista*, *pozháluista*?

Era un muchacho irresistible. Ada le revolvió el pelo y escudriñó el campo, desplazando la sombrilla para protegerse del sol.

—¿Qué va a ser ahora? —Sus ojos se movían de un objeto a otro: un mirlo de alas rojas que revoloteaba en una ramita, un poste de la valla en mal estado, un bidón de aceite oxidado, un neumático desgastado—. Allí —dijo al fin—, observa. Dime qué ves.

Él siguió la mirada de la anciana por el prado, hasta el lugar donde el señor Angelini seguía recogiendo heno.

—Pero —protestó— está demasiado lejos. No puedo...

—Observa —insistió ella—. Haz lo que te he enseñado. Concéntrate. Dime lo que se siente.

Ante la insistencia de su abuela, el muchacho obedeció. Percibió una especie de plumas brillantes que flotaban a la luz del sol; el heno, lanzado por la horca, navegaba en retazos amarillos contra el cielo. Sus ojos se concentraron en uno de los fardos; vio cómo los dientes de la horca lo alzaban del suelo, observó la forma que trazaba en el aire, una figura delicada, casi musical, *suiss-s-s*, deslizándose desde la horca, *suisssss*, al carro. Ahora, sus ojos distraídos siguieron el trayecto inverso de la horca a través del aire... El giro al completo... Las púas curvas, de puntas como dedos afilados, hacían señas al sol; lo esperaban para atraparlo, brillando como fuego frío. El pinchazo... El dolor... Ay...

—Niles, ¿qué pasa?

El muchacho se había agarrado el pecho, con los dedos encogidos y rígidos y el rostro contraído. Se había doblado sobre sí mismo, con la respiración convertida en jadeo.

—Ada... Me duele...

—¿Qué ocurre, chiquillo?

La abuela se inclinó sobre él, alarmada, para examinarlo. Lo abrazó hasta que el dolor remitió. El muchacho se estremecía, pero al final se tranquilizó. Entonces la miró con los ojos grises muy abiertos, atónito ante aquel dolor.

—Ya se me ha pasado —dijo al cabo de un rato. Aunque su respiración aún era irregular, se esforzó por sonreír.

Ella le tocó la frente, el pecho.

—Niles, ¿qué ha pasado? ¿Estás bien?

El muchacho asintió mientras intentaba trazar con los dedos el misterioso camino que había seguido aquel dolor. ¿Había sido el corazón? No, la posición de las manos de su nieto indicaba a Ada que el dolor se le había extendido a lo ancho del pecho.

—Explícame lo que has sentido.

—No puedo... Era... un dolor... intenso, agudo, aquí. —Se tocó de nuevo el pecho—. Pero ya se ha ido. No pasa nada, Ada, de verdad.

Niles apoyó la cabeza sobre ella y descansó el rostro en la delicada mano de la anciana, cuyos dedos acariciaron la piel bronceada de aquella nuca juvenil. Sin alterarse, él se limitó a decir:

—Te quiero.

El corazón de Ada dio un brinco.

—Aj, *dushka*, yo también te quiero.

El chico recogió su caña de pescar.

—Voy a ir río arriba, a ver si puedo atrapar un lucio.

—Quizá —sugirió Ada antes de que él se marchara— a Russell también le gustaría ir de pesca. Seguro que en alguna parte podríamos encontrar una caña de pescar para él. —Captó la mirada de su nieto—. No te cae muy bien, ¿verdad?

Él se encogió de hombros.

—No es tan malo, supongo.

—Después de todo, es tu primo. Y nuestro invitado. Deberíais jugar juntos más a menudo. El problema es que lo tienes mal puesto en la garganta. —Era su forma de decir que Russell se le había atragantado—. Es importante que los huéspedes se sientan como en casa, ¿sabes? Y, cuando vengan la tía Josie y la tía Fanuschka, Russell tendrá que dormir en tu habitación...

La risa juguetona del muchacho la interrumpió. Niles había echado a correr entre las hierbas de la orilla en dirección el prado, donde recogió un montón de varas de oro. Volvió junto a la anciana y se las puso en la cesta, junto con las demás flores.

—Para usted, señora, para llevarlas al cementerio.

—Y ¿qué pasa con la fiebre del heno?

—Los muertos no estornudan. Y no las pongas en tarros de mayonesa, ¿de acuerdo? —Ada tenía la manía de hacer sus arreglos de flores silvestres en cualquier recipiente viejo.

—Pero ¿has oído lo que te he dicho?

—¿Qué?

—Russell tendrá que irse a tu habitación.

Él suspiró.

—Ya lo sé. No importa. Hay sitio de sobra, y Russell tiene que ir a alguna parte, supongo... Pero es una causa perdida —dijo con franqueza. Ada abrió la boca para elogiar la llaneza de su nieto; pero él añadió, con tono sombrío—: A Holland no le va a gustar.

Cuando Ada respondió, su voz sonó más aguda de lo que pretendía.

—¿Y eso por qué?

¡Porras, no quería meter a Holland en problemas! Sacudió la cabeza e insistió:

—No le va a gustar, eso es todo.

—Chiquillo, deja de poner esa cara y dime por qué.

—Porque no. Porque... no le gusta Russell. Por eso ha hecho eso con la rata. Por eso ha habido un entierro.

La anciana se dejó caer hasta quedar sentada en el embarcadero, como si de repente fuera incapaz de seguir de pie. En ese momento, una nube cubrió el sol como un enorme tapete. Era grisácea, de bordes dorados, y proyectaba una sombra lúgubre. Una repentina brisa festoneó la superficie del agua. Ada se estremeció.

—¿Tienes frío?

Ella sacudió su cabeza.

—*Niet*. Me ha dado un escalofrío, eso es todo.

Un escalofrío. Y el causante era Holland. Niles sabía lo que su abuela estaba pensando, lo preocupada que estaba por su otro nieto; intentaba no demostrarlo, no dar a entender que sabía ciertas cosas... Aunque apostaría lo que fuera a que, antes o después, Ada habría averiguado lo de la rata. Y se suponía que él tenía que seguir protegiendo a Holland, disimulando por él, guardando sus secretos: el anillo, el envoltorio, el paquete azul que contenía La Cosa... Suspiró. No, un día de estos

Holland tendría que empezar a defenderse por sí mismo. Un día de estos, Niles olvidaría que eran gemelos.

La nube pasó. Su abuela se despidió de él con la mano. El muchacho corrió hasta la orilla del río, y desde allí continuó caminando junto a la vegetación de las márgenes, saludándola. Ella seguía sentada en el embarcadero. Lo vio alejarse, enrollándose los pantalones cortos de color caqui sobre los muslos tostados. Los omóplatos del chico sobresalían en la parte posterior de su colorida camisa, como alas incipientes; la mata de pelo que remataba su esbelto cuello brillaba al sol. Luego quedó oculto por la pantalla de sauces. Ada mantuvo los ojos fijos en el punto en que él había desaparecido. Se le ocurrió que tal vez no fuera un ser humano, ni su nieto, el gemelo de Holland, sino una especie de criatura del bosque... Tal vez un fauno, con una caña de pescar en lugar de una zampoña.

¿Por qué sentía tanto frío? Se recostó contra las tablas del embarcadero y dejó que la madera bañada por el sol calentara sus huesos. Odiaba el frío. Era rusa hasta la médula, pero aun así lo odiaba; amaba los veranos calurosos. El sol era una bendición para ella. En los viejos tiempos, incluso después de aquellos fríos inviernos, las grandes señoras pasaban los veranos en el campo, pero se mantenían alejadas del sol para mantener la piel clara; por las tardes se quedaban a la sombra o bajo grandes parasoles. Ella no. Ada se habría pasado todo el día al sol si hubiera podido, con la falda sobre las rodillas, corriendo descalza entre las hileras de girasoles.

El sol iba descendiendo en el cielo. Ada recolectó sus berros en un manantial cercano; después, se recolocó la falda y volvió a introducir los pies en sus zapatillas de lona. Eran muy cómodas, con ese corte en forma de X que les había practicado en la parte superior para que los callos respiraran. Pero los callos no eran lo único que le causaba problemas. Cuando era mucho más joven, un perro le había dañado seriamente una pierna, que a veces aún le dolía y le provocaba una ligera cojera.

De repente, un movimiento en la hierba la sobresaltó. Se rio para sí. Un gato vagabundo —uno al que no había visto antes— la miraba entre la vegetación. Se pavoneaba avanzando hacia ella por las rocas, con la cola curvada como en un signo de interrogación.

—Ah, *zdrávstvuite, zdrávstvuite* —dijo ella, canturreando en su lengua nativa—. *Podoidí, kóshechka.*

Cuando la anciana se inclinó hacia el animal, este saltó sobre el bagre de Niles. Lo cogió con la boca y desapareció corriendo por el prado. Russell estaba en la puerta del piso superior del granero, abanicándose el rostro, con las gafas brillando al sol. Ya no se veía al señor Angelini por ninguna parte.

Aj. Ada sacudió la cabeza. Pensaba en su propio gato, Pilakea. Era una palabra que Holland había encontrado quién sabía dónde; significaba «problema» en hawaiano. Y sí que había dado verdaderos problemas. Pero, por supuesto, Pilakea ya no estaba; había tenido un triste final, en marzo, justo después del día de San Patricio. En el cumpleaños de Holland. Murió de forma horrible, pobre *kóshechka*; Holland lo había colgado en el pozo. Holland... Qué sed de destrucción tan absurda, tan trágica. Le dieron ganas de llorar. Y todos aquellos años de dolor que su nieto había causado, y todas las cosas que había hecho antes. El día que prendió fuego al cobertizo de los Joacum... El día en que se escapó y se escondió en el vagón de carga, detrás del baúl del señor La Fever; el circo llegó hasta Springfield antes de que lo descubrieran, y la familia estaba como loca... Sí, Holland le daba ganas de llorar.

Tan parecidos, pero tan distintos. Recordaba cómo reaccionó cada uno de ellos al «juego»: esa transferencia casi mística, que ella había descubierto de niña y que les había enseñado. Tan diferentes... Niles, un niño del aire, un espíritu alegre, bien dispuesto, cálido, cariñoso; se le veía el alma en la cara: tierno, alegre, afectuoso.

¿Holland? Totalmente diferente. Ada siempre los había querido a los dos por igual, pero Holland era un niño de la tierra; silencioso, cauteloso, encerrado en sí mismo, encadenado por secretos que no compartía. Anhelando amor, pero incapaz de darlo. Hasta su nacimiento había sido misteriosamente hosco: su cuerpo luchó, rasgó el útero, emergió muerto. Había llegado a la vida enfadado, a causa de los golpes del médico. Veinte minutos después, pasada ya la medianoche, Niles apareció con una facilidad milagrosa. «El parto más fácil que he visto nunca», había dicho el doctor Brainard mientras le quitaba con delicadeza la membrana amniótica. Imagínate, nacido con la membrana.

—¿Gemelos? ¿Con diferentes cumpleaños? Qué inusual.

Y tanto, sobre todo para unos gemelos idénticos. Oh, sí, habían nacido entre dos signos zodiacales, en la cúspide, como suele decirse. Deberían haber sido más parecidos; sin embargo, cuántas diferencias... Holland, piscis, un pez resbaladizo, ahora una cosa y ahora otra distinta. Niles, aries, un carnero que se lanzaba alegremente contra los obstáculos. Crecían el uno al lado del otro, pero no juntos. Qué extraño. Holland se retiraba una y otra vez, Niles lo perseguía, Holland se retiraba de nuevo, reticente, taciturno, como un caracol en su concha.

No siempre había sido así. Al principio eran inseparables, como deben serlo los gemelos. Pero si incluso habían compartido la misma cuna de bebé, hombro con hombro —esa vieja cuna de mimbre que aún estaba en el almacén—, hasta que se les quedó pequeña... y luego durmieron en la misma cuna infantil. Se podría pensar que eran gemelos siameses, de tan cerca como estaban. Un mismo ser alojado en dos cuerpos. ¿Qué había pasado? ¿De quién era la culpa? Ada no sabría decirlo. Se hacía la misma pregunta una y otra vez...

Sí, Holland le daba ganas de llorar.

—Vaya, Niles sería capaz de darle a ese chico uno de sus riñones.

«Imagino que lo haría. Está en su naturaleza.» Generoso hasta el límite, así era Niles. La mitad de las cosas que le daban acababan en poder de Holland. Dale a cada uno un soldado de hojalata, y Holland terminará teniendo dos. Dale coches de juguete, y Holland creará una flota. Y era un mago cuando se trataba de agenciarse dinero. Niles —que, como había nacido con la membrana, tenía una suerte natural para esas cosas— había encontrado un billete de dólar escondido entre las páginas de la Biblia del abuelo, uno de esos billetes antiguos de la Guerra Civil. El que lo encuentra se lo queda, dijo Vining; pero en un abrir y cerrar de ojos Holland tenía ya el dinero, escondido entre los rollos del escritorio chautauqua. Alexandra lo había encontrado después, mientras limpiaba el polvo.

¿Y la naturaleza de Holland? Por ejemplo, ese día en que lo expulsaron del colegio y lo mandaron a casa.

—Lo siento —informó la directora, la señorita Weeks, sentada rígidamente en el salón—, todos lo sentimos, de verdad. Niles es muy buen alumno; Holland, sin embargo... —Se puso roja.

—Pero ¿qué ha hecho?

—Holland es una influencia preocupante...

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir con eso de que es una influencia preocupante?

La severa narración de la directora, que les contó el suceso con los labios apretados, resultaba más que preocupante: era realmente espantosa.

—¡Qué disparate! —En casa se negaron a creer semejante historia. Pero los hechos eran los hechos.

—Tal vez si lo viera un psicólogo... —había sugerido la señorita Weeks.

Así que acudieron al doctor Daniels:

—Es un niño muy fogoso. Bullicioso, pero sin más defecto que su exceso de energía. No es nada raro en chicos de su edad. Manténganlo ocupado. Que haga mucho ejercicio.

Pero había algo más: tormentoso, inquieto, propenso a cegarse en sus ataques de rabia y aquellos berrinches que lo destrozaban... Así era Holland. A veces temerario, a veces arisco, a veces soberbio...

—Holland —le decía Ada, cuando él ponía aquella cara de diablillo adusto—, se atrapan muchas más moscas con azúcar que con vinagre. Holland, sonríe, no querrás que te dé un aire y se te quede para siempre esa cara.

Y con el tiempo aparecía la sonrisa. Al principio, reacia; luego deslumbrante. Después llegaban las extravagantes muestras de afecto. Querido Holland... A Ada le daban ganas de llorar. Bajó la cabeza y se pasó una mano por la cara, como para apartar de ella —igual que si fuera una telaraña— un recuerdo doloroso. Luego alzó los ojos de nuevo y se quedó inmóvil durante unos instantes, con la sombrilla inclinada para tapar el sol. Tenía una postura extrañamente ladeada, inmóvil, como a la espera de que algo ocurriera. La brisa hizo ondear la ligera tela de su sombrilla y le provocó un estremecimiento.

En el piso superior del granero, Russell Perry se apartó de la puerta abierta y la luz del sol para retroceder hasta las sombras del interior. Volvió a dejar en el suelo las gafas, parpadeó en el oscuro vacío y dio cuatro zancadas hasta el borde del altillo. Abrió los brazos a los lados y saltó.

—¡Soy el Rey de la Montaña!

Abajo, abajo, abajo. Sin planear, sino simplemente dejándose caer; con el olor a heno recién cortado en la nariz, contuvo el aliento y se desplomó en la fría y oscura nada. Deprisa, como si llegara tarde a una cita, como si tuviera que ir corriendo a algún sitio. Y la vio acercarse... Al principio, solo un borrón; luego con más claridad... Más nítida que cualquier otra cosa que hubiese visto en la vida, asombrosamente nítida, elevando hacia él esos crueles dedos que parecían estar llamándolo, que esperaban atraparlo mientras caía... Vio en la oscuridad las relucientes puntas metálicas, afiladas, afiladas y gélidas...

—¡Aaaaaaah!

Cuando el acero atravesó su pecho, destrozando la carne y los huesos, su grito hizo que los ratones corrieran asustados. La sangre caliente, roja y espumosa, con pequeñas puntillas, como un espantoso bordado de encaje, chorreó sobre el heno amarillo... Winnie y el señor Angelini, que estaban junto a la bomba de agua, echaron a correr. En el embarcadero, Ada se puso de pie con su sombrilla, temblorosa. Escuchó, con el cuerpo rígido y la cabeza algo inclinada, aquel grito que llegaba a sus oídos; junto con él, la brisa trajo la perezosa vibración de una armónica. Sus dedos temblaron

mientras iban apretando, cada vez con más fuerza, las puntas afiladas de la dorada luna creciente prendida de su pecho.

5

Russell Perry está en el salón, en un ataúd abierto. Los Perry siempre pasan por esta estancia antes de ser enterrados. Aquí es donde se bautizan, se prometen en matrimonio, se casan. Cuando mueren, se les vela en este salón. Siempre ha sido así: las persianas bajadas, el ataúd sobre esos caballetes con drapeado negro, adornados de cordones y borlas; suspiros, susurros, formas parecidas a sombras que se deslizan en silencio para llorar, lamentarse o —como alguno hará— posar en secreto los labios cálidos sobre esa carne fría y rígida, en un último gesto de despedida. Así es como los Perry hacen las cosas.

Hay ramos de gladiolos y un par de candelabros Sheffield, cada uno a un lado; sus velas humeantes dan a la habitación un aspecto inquietante a la luz de la última hora de la mañana. El señor Tuthill, un hombre aburrido y encomiástico, está de pie a un lado, mientras la familia se sienta a la izquierda del ataúd, en sillas plegables que ha traído la compañía funeraria; frente a ellos hay algunos conocidos: el doctor Brainard y su esposa y Simon y Laurenza Pennyfeather, unos amigos que viven más arriba, en Valley Hill Road.

Mientras el ministro comenta cuántas veces se han reunido en aquel salón por tan triste motivo, Niles mira a Holland. Ahí está, acicalado, con su traje azul de cuello blanco, con una de las corbatas de su padre, el pelo bien peinado, los zapatos lustrosos, tras el hombro izquierdo de Ada. Mira al frente, con los ojos grises e inexpresivos fijos en la nada.

A su espalda se sienta Winnie Koslowsky y, detrás de ella, Leno Angelini; aquel inmigrante otrora atractivo, todavía fuerte y varonil, aunque ahora tiene las piernas abiertas y arqueadas, una mirada amenazante, la cara del color y la textura del cuero viejo, el cuello encorvado hacia delante, las manos nervudas. Bajo su larga nariz surcada de venas, el bigote de color gris acerado oculta la expresión de su boca. Fue el primero en llegar hasta Russell, seguido de Winnie; ella había estado limpiando los rábanos en la bomba de agua, él se estaba lavando y tenía prisa por llegar a casa. Entonces se escuchó el grito. Cuando encontraron a Russell, el chico todavía seguía moviéndose en el heno, retorciéndose de dolor, tratando de sacarse del pecho la horca que lo atravesaba y le sobresalía por la espalda. Cuando Leno se la arrancó, la sangre brotó al ritmo de los latidos del corazón del niño, en una roja marea palpitante. Un accidente espantoso. Aunque había un detalle curioso: el señor Angelini siempre era muy cuidadoso con sus herramientas. De hecho, juró que había colgado la horca en su sitio habitual del cobertizo de herramientas después de dejar a los caballos en el establo.

Niles estiró un poco el cuello para mirar, más allá de su hermana Torrie y su esposo Rider Gannon, al tío George y la tía Valeria. ¡Pobre tía Vee, qué transformación! De la noche a la mañana, había pasado de un pollito alegre a un triste gorrión. Daba pena mirarla, no hacía más que llorar y echarse la culpa por permitir que Russell jugara en un sitio tan poco seguro, en el que no tendrían que haber dejado entrar a los niños. El tío George había dado órdenes estrictas: se había acabado eso de saltar al heno; había ordenado al señor Angelini que colocase un candado en la puerta de los esclavos. Pero ya era demasiado tarde.

Niles miró a su abuela. Estaba sentada, con su vestido negro y el broche en forma de luna dorada prendido al pecho. Tenía las manos quietas sobre el regazo; realizaba leves, casi imperceptibles, gestos de asentimiento con la cabeza, y sus ojos no descansaban en el ministro, ni siquiera en el ataúd abierto, sino en el cuadro que había más allá. Era como si estuviera intentando resolver un enigma oculto en los rostros de las tres personas retratadas en él: su hija Alexandra, impresionante con aquel vestido largo y negro que resaltaba su figura delgada y elegante contra las rayas grises del respaldo del sillón, sostenía negligentemente una gran flor de color amatista en la mano; su peinado se elevaba como una nube de humo sobre aquella cabeza de formas delicadas, el cuello largo y arqueado, la sonrisa cautivadora, los ojos oscuros y serenos; Holland estaba a su lado, con un barco de juguete bajo el brazo; Niles, al otro lado, con un animal de peluche. Sus rasgos tenían un parecido asombroso: los tres miraban al exterior del marco dorado, como si compartieran un secreto tácito, pero divertido. *Madre y sus chicos*, ese era el título que la familia había puesto a aquel cuadro. A Ada le dolía mirarlo.

Al referirse a su cuñada, Valeria solía decir:

—Tiene un aire un poco teatral, ¿no os parece? Da la impresión de que la tragedia la persigue. Hay algo en sus ojos, creo... Algo profundo... Terriblemente profundo. Como si estuviera hechizada, en realidad.

La tía Vee elegía las palabras igual que las frutas, buscando las más maduras y jugosas. Pero era una descripción acertada: Alexandra llevaba una vida aislada; meses y meses de luto en el piso de arriba, sentada en su butaca tapizada de cretona, leyendo libros que le traían de la biblioteca. Sin querer bajar; incapaz de bajar.

El discurso del ministro seguía siendo igual de monótono. La mente de Niles empezó a divagar; sus pensamientos viajaron hacia tiempos más felices, dejando atrás el funeral de su primo. Era como mirar las fotografías de un álbum familiar: las esquinas cuidadosamente pegadas, las imágenes archivadas con sus rótulos, un poco de polvo en una, algo descolorida la otra... Hojeó mentalmente las páginas, deteniéndose para examinar algunas escenas conocidas.

En la bomba de agua: Holland y Niles, desnudos bajo el surtidor. La pila está llena, sus imágenes rotas se duplican en el agua, igual que las figuras de una baraja de cartas. En un momento de puro júbilo, desbordante de alegría sin reservas, los brazos se alcanzan, las manos se juntan en un destello gozoso. Su conexión no solo parece física, sino también espiritual. Ambos sonríen, ambos expresan un intenso deleite por su reflejo humano, resulta evidente que entre ellos existe una profunda unión. Padre captura el momento con su Kodak.

El carro del pony: Holland y Niles sonríen desde un carrito de mimbre con delgadas ruedas rojas. El pony se llama Donald. Padre lo lleva de las riendas por el camino. Viste un jersey militar y está fumando en pipa... tabaco Príncipe Alberto. Es un gigante, más

fuerte que Atlas, más sabio que Salomón (por desgracia, no es más rico que Crespo), más virtuoso que Galahad; en sus ojos brilla el buen humor; en su boca, una sonrisa tolerante. Padre, un hombre digno de admiración. Es capaz de hacer cualquier cosa... Bueno, *casí* cualquier cosa. Al menos, eso cree Niles.

En el cine: una enorme caverna. En la pantalla saltan unos gigantes plateados. Niles va a buscar una bebida; se pierde en el camino de regreso, llora. Holland viene, lo toma de la mano, lo lleva a su asiento.

La barca: Holland y Niles están varados en un banco de arena, en medio del río. Pasa el último barco con rueda de paletas que aún navega por aquellas aguas. El piloto los saluda con la mano. Está fumando en una pipa hecha de maíz. Cuando el barco los adelanta, sucede algo maravilloso: ¡Niles encuentra dinero! Descubre, medio hundido en la arena, un dólar de plata.

Niles encuentra dinero. Segunda parte: hojeando la Biblia del abuelo Perry, el chico descubre un gran billete verde. Es un billete de la Guerra Civil, explica Padre. El que lo encuentra se lo queda, claro. Padre mira a Holland. Luego llega el timo. El dinero acaba en el bolsillo de Holland, de allí va a un escondite; tras ser descubierto, va de ahí a la cuenta bancaria. Niles, te han vuelto a estafar.

La fiesta de la pobreza: es sábado por la noche; se celebra una de esas fiestas en las que los ricos de la ciudad comen como si fueran de clase baja y se visten de forma poco elegante; hay una cena a base de alubias al horno. Han instalado mesas de caballete en el granero. Holland y Niles se han escondido en el desván, observan cómo la gente del club de campo se emborracha con la ginebra que Padre va sirviendo de las cubas. Todos llevan ropas extravagantes y bailan en la zona de trilla. Resulta muy divertido; hasta que Niles hace demasiado ruido al reírse del estrafalario atuendo de Padre, y los mandan a la cama.

Después... *La cueva de las manzanas:* un sábado por la mañana del pasado noviembre. Holland está arriba, en la zona de trilla, sujetando las canastas que Padre y el señor Angelini van bajando por la escalerilla hasta el sótano, donde Niles espera con la lámpara. El señor Angelini sube, Padre empieza a bajar desde la trampilla con otra canasta. Las piernas de Holland se vislumbran a través de la abertura. Cuando Padre está a mitad de camino, la puerta comienza a caer... cae... El grito... la sangre. «¡Padre!» La puerta se levanta, Holland baja corriendo. Se lleva a su gemelo a la cochera, a través de la puerta de los esclavos... Cuando Niles vuelve a ver a Padre, está en el mismo sitio en el que Russell se encuentra ahora... Ante la chimenea... Un ataúd... Un forro de seda acolchada... Las persianas bajadas... Flores y velas... La parte inferior del cuerpo oculta por la parte cerrada de la tapa. Niles mira la cara de la almohada, oye al mismo ministro, repitiendo las mismas palabras...

—... por los siglos de los siglos. Amén. —Los asistentes, liderados por el señor Tuthill, estaban terminando la plegaria, al unísono. El oficio religioso por Russell Perry estaba a punto de concluir. Después vendría el viaje al cementerio, detrás de la iglesia, donde el señor Tuthill leería —inevitablemente— el salmo 23 y encomendaría el espíritu de Russell a la vida eterna. Luego llegaría la última parte: el entierro, la pala del sacristán que volvía a llenar de tierra el agujero. La gente de esta familia tardaba poco en morir. Niles volvió a mirar a su gemelo: observó la expresión de Holland, distraída y lejana; esa misma mirada lúgubre, con los ojos empañados por una capa vidriosa. Tenía gotas de sudor en el labio superior, húmedo y un poco separado del inferior. ¿En qué estaría pensando? Sin duda, la suya no era una expresión de preocupación o

perplejidad: no pensaba en el anillo, ni en la caja de tabaco, ni en el papel de seda azul. No, claramente, no estaba preocupado. Su rostro, tan vago como vacío, era inescrutable; tenía ese curioso toque asiático.

Para sacarlo de su ensoñación, Niles no tuvo más remedio que recurrir a un gesto brusco; levantó una mano y empezó a realizar un vigoroso movimiento intermitente señalando más allá del ataúd. Ada, que estaba cerrando el monedero con los dedos enfundados en sus guantes negros, captó la señal que pasaba por encima de su hombro. Pero su rostro solo reveló su inquietud cuando el último de los asistentes abandonó el salón.

En su habitación del piso superior, Alexandra paseaba nerviosa por la alfombra de diseño floreado. Sus pies, enfundados en zapatillas, se deslizaban hacia la puerta, luego hacia una ventana, pasaban de un poste de la cama al tocador, se detenían un momento ante el espejo con marco de caoba. Luego volvieron a recorrer la alfombra, de un lado a otro, hasta que se oyó el sonido de un motor que se aproximaba por el camino de entrada. Entonces regresaron a la puerta y se quedaron allí, a la espera. En cierto momento, Alexandra abrió la puerta, apenas una rendija. Sonaban pasos que atravesaban la antesala. Abrió los brazos y metió a Niles en la habitación.

—Hola, Madre. —Era bastante alta; el muchacho tuvo que estirarse para llegarle a la altura de la boca, de forma que ella pudiera besarlo.

—¿Ya ha acabado todo? —Alexandra se dejó caer en la butaca tapizada de cretona. Su hijo se sentó en el taburete del tocador y observó aquel rostro pálido, en el que se detectaba claramente la tensión. Ella se había echado colonia, aquella fresca fragancia floral que tanto le gustaba a Niles; pero eso no lograba enmascarar el otro olor, por mucho que ella sostuviera el pañuelo perfumado cerca de la boca.

Acabado. Sí, ya había acabado todo. Russell estaba enterrado; y tía Valeria, encerrada en su habitación, sin poder dejar de llorar. A Niles le sorprendió la claridad con que distinguía su propio reflejo en los oscuros ojos de su madre; la facilidad con que reconocía el dolor que habitaba allí. Igual que la lente de una cámara, detenida en una única y vívida imagen, le pareció que aquel iris brillante enfocaba con obstinación la imagen del cuerpo redondo de Russell Perry mientras caía desde el desván hasta el frío acero que sobresalía del pajar.

Los ojos de su madre comenzaron a revolotear de nuevo; cada cierto tiempo se posaban en el cajón de la cómoda. Niles había empezado a jugar con los mangos plateados de los objetos de tocador que había allí. Colocadas alrededor de los pinceles, el pulidor de uñas y el abotonador, había varias fotografías con marcos plateados: Niles y Holland bajo la bomba de agua; la familia bañándose a la orilla del mar; Ada con un vestido de muaré y un elegante collar de perlas; Holland y Niles de marineros en el carro del pony; Torrie con su atuendo de novia; los asistentes a la fiesta de la pobreza del granero: Madre llevaba el esmoquin de Padre, y él, el vestido rojo de Madre y las viejas botas de goma que usaba para ir de pesca.

—Supongo que ahora las tías ya no vendrán. —Niles había cogido una instantánea en la que se veía a dos mujeres en bombachos de color azul marino, que sonreían con timidez, cada una a un lado de una red de tenis: eran las hermanas de Ada, las tías abuelas Josie y Fania.

—Sí que vendrán. Pensaban no hacerlo, debido a esta... situación. Pero yo insisto, *insisto* en que ya tenemos demasiadas caras largas por aquí. Así que vendrán según lo

planeado. Aunque creo que quieren posponerlo hasta la segunda mitad del mes próximo. Creen que es un periodo de espera apropiado.

Él sonrió.

—Entonces tenemos mucho tiempo.

—¿Para qué, cariño?

—¡Para el espectáculo! —exclamó él en tono alegre, haciendo un esfuerzo para animarla. Cada año, mientras las tías estaban de visita, organizaban un espectáculo en el granero; todo el dinero recaudado se destinaba a obras benéficas. Colgaban una sábana a modo de pantalla, y sobre ella proyectaban diapositivas, postales coloreadas y películas mudas de Charlie Chaplin; la tía Jo cantaba *Yes! We Have No Bananas* o *Don't Bring Lulu*; después imitaba a Betty Boop o a Mae West. Luego, como plato fuerte, llegaba la magia: Holland se ponía una capa y un sombrero de copa y Niles hacía de su fiel ayudante, mezclado entre el público.

—Y Chan Yu va a venir otra vez —añadió, recordándole a su madre el carnaval de los bomberos del Cuatro de Julio y al mago que, el año pasado, había realizado un truco increíble: parecía que se había ahorcado; pero, en el último momento, la tela que lo cubría cayó al suelo... ¡y la soga estaba vacía! ¡Tachán! ¡Y ahí estaba Chan Yu, en el pasillo, vivo y sonriente! Chan Yu, el Maravilloso Hombre de las Desapariciones. Ante aquella extraordinaria actuación, Holland y Niles habían recurrido al «juego» para descubrir el truco.

—¿Y? —preguntó Alexandra, que lo había olvidado todo—, ¿cuál era el truco? —Niles volvió a describir cómo lo habían conseguido, cómo habían resuelto el misterio del ahorcamiento—. Sí. Sí, cariño. Será estupendo, estoy segura. Vuestros trucos... siempre son maravillosos.

Su madre se estaba alejando. El muchacho le puso en las manos el libro que estaba leyendo y se levantó.

—Toma. Termina *La buena tierra*, y así podrás empezar *Anthony Adverse* cuando llegue.

—Sí, cielo. Gracias. Ahora ve a cambiarte de ropa.

Niles le apretó la mano. Luego se inclinó para acercar su mejilla a la de su madre e intercambiar unos besos. Pero ella lo evitó; se llevó el pañuelo a los labios, apartó la cabeza y fingió tener tos.

«Ay, Madre; mi pobre y querida Madre —pensó Niles—. Ya lo sé.» ¿Qué podía hacer por ella? ¿Cómo ayudarla? ¿Qué podía decir para liberar esos pensamientos encarcelados en su cabeza, aquellas palabras tácitas que sabía que ella nunca pronunciaría? Miró sus diminutas zapatillas, aquellas preciosas babuchas que Padre le había traído de Gibraltar; también le había traído un peine hecho de caparazón de tortuga cuando volvió de ultramar. Y un mono de coral tallado —aquellos animales salvajes corrían en hordas a lo largo y ancho de la Roca, según dijo—, que ella solía ponerse cuando se arreglaba. Se tomaba muchas molestias a la hora de acicalarse: nunca había ido ni a la vuelta de la esquina sin sus medias. Antes de coger el tranvía calle arriba, siempre seleccionaba su atuendo con todo cuidado: guantes y bolso a juego, y uno de aquellos sombreros con un frívolo trozo de velo sobre la frente. Cuando ella pasaba, las cabezas se giraban; todo eran asentimientos, sonrisas e inclinaciones amistosas. «Ah, Alexandra Perry —oía decir a la gente por la calle—, qué brillo tiene en la mirada.» Era cierto. También tenía una risa semejante al arcoíris, que desplegaba generosamente para su familia.

—¿Madre? —preguntó Niles con suavidad. Ella respondió con un ruido gutural y entrecortado, y sacudió la cabeza.

—No pasa nada, cielo.

Alexandra trató de reírse. Pero sus ojos volvían a ser huidizos. A la luz de la tarde su rostro brillaba, pálido e incandescente. Juguetó con su bata, hizo ademán de levantarse; después cambió de opinión y se recostó sobre la butaca, como si aquello le supusiera demasiado esfuerzo. Apartó la mirada de la de su hijo cuando él la besó de nuevo. Niles se inclinó y le apretó las muñecas por última vez; notó el latido del pulso en sus venas.

—Adiós, Madre. Volveré luego.

—Claro, cariño. Hazlo, sí, por favor. Y debemos intentar que la casa esté en silencio, por la tía Vee, ¿de acuerdo?

Alexandra se besó las puntas de los dedos, a modo de despedida, en un gesto lánguido. Cuando Niles se marchó, su madre se levantó y vagó por la habitación. Abría y cerraba las manos, las presionaba contra las sienes, como si así pudiera contener los pensamientos que se agolpaban en su interior. Al cabo de un rato, volvió al tocador y sacó de él una botella, disimulada bajo los pañuelos del cajón de la izquierda. Vertió en un vaso un poco de agua fría de la garrafa que Winnie se encargaba de traerle, le añadió whisky de centeno y volvió a su butaca. Una vez allí, sus ojos vagaron hacia la mancha lavanda de trébol que había junto al pozo.

En la parte trasera de la casa, el tejado de los Perry tenía sus dificultades para abarcar a la vez el ala norte y el ala sur, ya que cada una de ellas había ido creciendo a base de añadidos aleatorios: pasillos oscuros, curvas inesperadas, escaleras ubicadas en lugares extraños y espacios excéntricos y sorprendentes. Uno de ellos era aquella habitación agradable y soleada que había sobre la cocina, y que contaba con su propia escalera trasera. En otros tiempos había sido «la habitación de la inválida», separada del resto de la vivienda y reservada para una tía muy peculiar («la vieja tía Hattie, que está como una cabra») a la que la familia había preferido cuidar en casa, en lugar de confiarla a una institución. Ahora, aquel lugar se llamaba «la habitación de los chicos»; era un sitio alegre, con pintura amarilla y adornos de color blanco. Parecía más un porche que un dormitorio; tenía dos camas iguales, con postes cuya forma recordaba la rosca de un tornillo; a los pies de cada cama había un cofre de madera fabricado por Padre; ambos eran idénticos, excepto porque uno tenía una *H* y el otro, una *N*. Colgadas del techo había maquetas de aviones hechas de tela y madera de balsa; y, desperdigados por las estanterías, todo tipo de objetos de los niños: soldados de plomo, esquistos y cristales de roca, un montón de rodamientos de tranvía, una colección de sellos, libros desordenados, un globo terráqueo; un pupitre plegable con rollos de imágenes a todo color —el «escritorio chautauqua»— colgaba de la pared. Otros objetos daban al ambiente un toque humorístico y extraño: una cabeza de halcón decolorada por el sol, con un reflector rojo de bicicleta encajado en una de sus cuencas oculares; un busto de yeso al que le habían pegado unas astas; una mandíbula de zorro con un hueso de pavo incrustado entre los dientes. En el lado norte, las ventanas daban a la otra ala; al sur, seguían el recorrido del camino; al oeste, pasado el granero, dejaban ver la antigua cámara de hielo, a la orilla del río.

Niles se quitó la corbata, la chaqueta y los pantalones, y los colgó. Se desató pensativo los cordones de los zapatos; una consternación incomprensible le sacudía la

conciencia. ¿A qué se debía? En su mente se había formado una imagen; el centro estaba en blanco, era un espacio que no podía llenarse. Tenía algo que ver con Russell, y resultaba muy molesto. Abrió de golpe la tapa de su cofre: dentro estaba su ropa interior, doblada con pulcritud: calcetines —todos tenían esas cintas con su nombre que Ada les había cosido—, cinturones y mocasines, un suéter, algunas camisas que Winnie acababa de lavar. Se puso una —su favorita—, se la abrochó y se la remitió por la cintura. Luego se sentó en el cofre que había a los pies de la cama de Holland, vació en su regazo la lata de Príncipe Alberto y volvió a meter dentro, uno por uno, los artículos que había sacado: la castaña de Indias, las cerillas, el anillo —el Peregrino de los Perry—, el paquete de papel de seda azul; este último —La Cosa— tenía una forma intrigante, de aproximadamente dos pulgadas de largo, estrecha, un poco más gruesa que un lápiz; y el papel, desgastado de tanto abrirlo y cerrarlo, tenía el azul brillante de un huevo de petirrojo. Dejó caer la lata y su contenido dentro de su camisa, fue a consultar el diccionario —en el que señaló una palabra con el dedo— y luego abandonó la habitación.

Las terribles secuelas de la muerte dejaban sentir su peso sobre la casa, como si una enorme mano la estuviese presionando. En los pasillos, las persianas estaban bajadas; la escalera en penumbra parecía haberse convertido en un limbo sombrío. Se oía un llanto lúgubre tras la puerta de la tía Valeria. En el piso de abajo sonó el timbre; Niles se detuvo en el rellano superior, distinguió la cara que había al otro lado del cristal de la puerta: la señora Rowe, la vecina de al lado. Seguro que Ada iría a abrir; ella se encargaba de todas las formalidades. Un hombre vestido de negro, con una flor en la solapa, caminaba de puntillas por el pasillo; le llevaba las sillas plegables a otro hombre vestido del mismo modo: el señor Foley, de la funeraria, y un asistente. Adiós a los caballetes, al ajuar funerario. Todo resultaba tan desolador, tan triste, tan vacío... Aquellos acontecimientos traían consigo la sensación de que todo había llegado a su término... La conclusión. El Fin. Nacido en 1921. Muerto en 1935. Pobre Russell.

El señor Foley estaba hablando con su ayudante. ¿Qué le estaba diciendo? ¿Qué? ¿Algo sobre Holland...? Niles sintió un zumbido en los oídos. Notaba que se había sonrojado. Tuvo que contenerse para no correr escaleras abajo y gritarle al señor Foley —con su enorme boca, como la del Lacayo Pez de *Alicia en el País de las Maravillas*—: «¡Cállese, señor Foley...!»

El reloj de pie que había al principio de las escaleras era un artefacto perverso: tic-tac, repetía una y otra vez, tic-tac. Hoy sonaba excesivamente ruidoso; su sonido invadía hasta el último rincón de aquella casa silenciosa, haciendo que pareciera más dolorosa que nunca. Niles se quedó inmóvil; escuchaba y observaba, midiendo el silencio.

Se dirigió al vestíbulo adyacente; cogió un taburete del armario y abrió la puerta de la caja del péndulo: las pesas descendían casi hasta el suelo. Qué extraño; aquel reloj nunca se había parado. Había acompañado a Ada y al abuelo Vedrenya hasta América; y durante años había permanecido en el vestíbulo de su casa, en Baltimore. Cuando Ada llegó a Pequot Landing, se trajo consigo el reloj.

Niles tiró de las cadenas hacia abajo y elevó las pesas de bronce. Seguía pensando en Russell en el pajar. Tocó las pesas para que dejaran de balancearse, puso el péndulo en movimiento y cerró la puerta. De pie sobre el taburete, hizo avanzar el minutero con el dedo extendido, hasta que coincidió con el de su reloj. Había sido un accidente. En su apresuramiento por llegar a casa esa tarde, el señor Angelini se había

dejado la horca en el heno. Y Russell debió de quitarse las gafas y... un momento. *Ahi estaba*, el espacio en blanco: las gafas de Russell. Por eso no había visto la horca: se había quitado las gafas. Y, por extraño que resultara, nadie había podido encontrarlas. Las tenía puestas cuando se asomó al exterior; Ada las había visto brillar; pero no estaban en el desván, y tampoco entre el heno. Después, hicieron una búsqueda exhaustiva entre las mieses, pero no encontraron nada. El señor Blessing, el alguacil, que investigaba el accidente, había declarado que era una circunstancia desconcertante.

Sí que lo era.

—¿Se ha atrasado, eh? —Se trataba de la voz inconfundible de Holland; su timbre gutural, su tono ligeramente burlón. Estaba apoyado con indolencia contra el poste de la escalera, haciendo girar la corbata de Padre en la mano. Aún no se había quitado el traje de los domingos.

—Se te ha olvidado darle cuerda —replicó Niles.

A lo que su hermano respondió:

—No, hermanito, la semana pasada te tocaba a ti.

Niles volvió a colocar el taburete en el armario e intentó cerrar la puerta. Pero la madera estaba combada y se negaba a encajar del todo. Tuvo que apoyar la espalda contra ella y empujar hasta oír el clic del pestillo.

—A veces se te olvida; no es bueno dejar que el reloj se pare —le dijo a Holland—. Es muy viejo. Las cosas viejas hay que tratarlas con cuidado.

Holland hizo un gesto remilgado. Empezó a imitar a una vieja con un bastón, y recitó unos versos del poema de John Greenleaf Whittier, esos en los que la anciana señora Fritchie, tras defender su bandera, se gana el respeto de un general de la Confederación:

—«Quien toque un cabello de esa cabeza gris morirá como un perro. ¡Seguid avanzando!» Muy bien, Barbara Fritchie. —Se rio y sopló la armónica.

—¡Deja de hacer eso, porras! —exclamó Niles, molesto ante aquella falta de decoro.

Holland adoptó al momento una expresión seria.

—¡Narices! —susurró—. Lo siento, se me había olvidado.

Su arrepentimiento no sirvió de nada. Un instante después, la cara enrojecida de George Perry apareció en la puerta, con su corte de pelo militar, gris y puntiagudo como un erizo de mar. Tenía los ojos pálidos y demacrados.

—Eh, tú, déjate de musiquitas —susurró.

Niles pensó que Holland tenía (y con razón) un aspecto terriblemente avergonzado. Se guardó el instrumento a la espalda y repasó la alfombra con la puntera del zapato, con aire arrepentido.

Tras las disculpas de rigor, la puerta volvió a cerrarse. Se escucharon los ruegos del tío George, impotentes ante los sollozos de la tía Valeria, que lloraba aún más fuerte que antes.

—Por favor, Vee, para. Mi pollito, por favor, no llores más. Inténtalo, ¿quieres? Por mí, por Russell... Por favor...

—«Quien toque un cabello de esa cabeza gris...» —repitió Holland en tono de broma. Atravesó corriendo el pasillo y se puso a escuchar en la puerta—. La tía Vee se marcha.

—¿Sí? ¿A un hospital? —Niles se puso al lado de su hermano.

—No, de viaje. Oí decir al señor Tuthill que un cambio de aires le vendría bien.

—Supongo que sí. Es muy desgraciada. —Niles se preguntó qué podría hacer para animarla. No mucho, supuso; cuando alguien moría, la gente lloraba a mares; la muerte parecía ser siempre eso: llorar, sufrir, recordar...

Niles se acercó a la ventana del vestíbulo y levantó la persiana. Sentía cómo el sol entraba a través de la cortina de encaje.

—Tengo una palabra para ti —dijo.

Holland aguzó las orejas.

—¿Cuál?

—Asnal.

—Anal. —Holland rompió a reír—. Suena a algo sucio.

Niles le lanzó una mirada de superioridad.

—*Asnal* significa «estúpido» o «tonto». Como idiota.

—¿Dónde lo has oído?

—Me lo ha dicho Madre.

Holland optó por quedarse en silencio. Niles dirigió la mirada al otro lado de la calle. Observó el sasafrás que había en casa de los Joacum; las hojas de aquel árbol tenían aspecto de mitones. Pero sus pupilas parecían incapaces de evitar el cobertizo que había en la parte posterior de la casa; el mismo en el que Holland había reunido un montón de trapos empapados de aceite y había iniciado el incendio. La madera de la fachada todavía estaba negra. Mitones de sasafrás, hojas de tres, cuatro, cinco dedos. *Sassafras albidum*, según el manual del escritorio chautauqua.

En las ramas superiores estaba la flecha; *su* flecha. No, en realidad era *la de Holland*. Pero ¿qué importaba? Ya no tenían arcos... Al pie del árbol —no de ese, sino del castaño de Indias que había detrás de la casa— Padre había pintado una diana. Para celebrar sus cumpleaños, hacía tres años. Les había regalado arcos y flechas. Una de las de Holland resultaba especialmente bonita: el astil tenía franjas de vivos colores, y las plumas eran de halcón, no de gallina. Aquella iba a ser su flecha de la suerte, declaró. Lanzaron una descarga de proyectiles contra la diana.

—Esperad, chicos, dejad que os enseñe cómo se hace. —Padre los ayudó a reunir las flechas dispersas, les explicó con paciencia la posición correcta, cómo se empuñaba el arco con una mano y se guiaba con la otra.

—¡He acertado! ¡He acertado!

Niles extrajo su flecha de uno de los anillos de la diana. Holland tenía el ceño fruncido en un gesto siniestro; seguía disparando con ferocidad. Madre llamó desde la cocina:

—Querido, preguntan por ti al teléfono: es la oficina de seguros.

Padre entró en casa mientras una nueva andanada de proyectiles buscaba la diana.

—¡Narices! —Las flechas de Holland seguían sin acertar. Apuntaló en la cuerda la última de todas, la de franjas de colores, con la vista fija sobre Niles, que, de puntillas, se estaba estirando para alcanzar sus proyectiles y sacarlos de la madera.

¡Zum!

La flecha salió volando del arco de Holland, y surcó el aire vibrando. Niles se giró y el proyectil lo alcanzó en la garganta.

—¡Ha sido un accidente! —juró Holland después de que el doctor Brainard se

marchase.

—Dale la flecha a tu hermano —ordenó Padre. Holland salió corriendo, furioso, y lanzó la flecha, que cruzó la calle hasta las ramas superiores del sasafrás. Y allí seguía aún, tres años después.

¿Y luego? Desde el episodio de la flecha, a Holland parecía no importarle nada. Cada vez dejaba ver con más frecuencia aquella sonrisa burlona; y ahora tocaba esa canción de Mama Oca... Holland tenía un secreto, Niles estaba seguro.

Kikirikií.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por un viejo gallo, que llegaba picoteando la grava del camino en busca de comida. Avanzaba pavoneándose, levantando mucho las patas del suelo. Holland sacó la cabeza por la ventana y lo llamó en voz baja:

—¡Gallitooo!

El ave hizo caso omiso. Emitió unos ruidos roncós y continuó su camino.

—¡Gallitooo!

Holland se inclinó más hacia fuera, repitiendo el nombre en voz baja. Niles distinguió con toda claridad su mirada oblicua, socarrona y alegre a la vez. Holland estaba estudiando la situación: sus ojos iban de su hermano al ave, y de nuevo a su hermano. Abrió la boca, como para decir algo; pero al final se limitó a lanzar su sonrisa de costumbre, perezosa y torcida. Luego sacudió la cabeza, como dando a entender que sus pensamientos no tenían la menor importancia. Durante un momento las miradas de ambos se fundieron. Después Holland se encogió de hombros y, con una expresión insondable, dejó allí a su gemelo y se fue a cambiarse de ropa.

Niles contuvo el aliento largo rato, mirando de nuevo en dirección al gallo. Entonces notó el olor, rancio y ligeramente chamuscado, de la última sesión de plancha de Winnie; un olor que aún se aferraba a los pliegues de la cortina de encaje, que empezaban a amarillear.

6

Para Niles, el trastero era la habitación más glamurosa de la casa. Embutido en el ala norte, contiguo a la habitación de Torrie y Rider, era un museo polvoriento y lleno de telarañas, rebotante de baúles cubiertos con sábanas, cajas de ropa, retazos de disfraces y uniformes. Cerca de la puerta estaba la cuna de mimbre de los gemelos; más allá, un maniquí, una silla de ruedas, un caballo balancín pintado y dorado, una marioneta enredada, colgada en la puerta de espejo de un armario; viejos amigos, todos ellos.

Sentado a horcajadas, Niles abrazó el cuello del caballito y apoyó la cabeza en él. Se balanceó mientras en el gramófono —aquel antiguo aparato del abuelo Perry, con esa gran bocina, cuya forma recordaba la de una campanilla— sonaban los acordes del *Viaje de Sigfrido por el Rin*.

Detectó, por el rabillo del ojo, una sombra que se deslizaba por el suelo. Se incorporó rápidamente y vio que alguien estaba de pie en la puerta entreabierta, observándolo.

—Te he buscado por todas partes —dijo Ada. Había cambiado su atuendo negro por un vestido de andar por casa y se había arreglado el pelo—. Debería haberme imaginado que estarías aquí. ¿Un mal día?

—No. Sí. Algo así. Estaba escuchando música.

—Ah... *Götterdämmerung*. —Se acercó a él y lo miró, con el ceño fruncido—. ¿Estás bien, *dushka*?

—Claro que sí.

—El tío George va a llevar a tu tía Valeria a la estación, y quiere saber si te gustaría ir con él.

—No, gracias. —Niles se bajó del caballo, fue hasta el gramófono, levantó la aguja del disco y seleccionó otro.

—Pero tal vez él prefiera no estar solo en un día como hoy. Tal vez sería bueno para ti acompañarlo. Además, te gusta ver los trenes, ¿no?

—Sí. A veces. Pero no ahora. —Miró fijamente el suelo rasguñado que había bajo sus pies—. Si Holland vuelve a tiempo, tal vez podría ir él.

Sentía cómo los ojos de Ada lo observaban con atención.

—Entonces, ¿Holland se ha marchado?

Él suspiró. Se imaginaba que sí. Aunque no sabía adónde. ¿Se habría escabullido a esa covacha que frecuentaba, en Talcotts Ferry? ¿O habría bajado a la estación de carga para ver los trenes? ¿O hasta Knobb Street, donde se reunía su pandilla? ¿Estaría dando vueltas por los ultramarinos Pilgrim? ¿O se habría montado en un

tranvía siguiendo la ruta de Shadow Hills para viajar hasta Babylon, el final de línea?

Niles abrió la silla de ruedas para que Ada se sentara; era un objeto robusto y feo, con unas ruedas de metal con bordes de goma, agrietadas y duras como una piedra. Colocó la silla frente al caballo balancín e, ignorando la expresión de la anciana, la tomó de las manos e intentó sentarla en la silla (¿por qué se resistía?), donde estaría más cómoda.

—¿Sabes qué? El reloj se había atrasado. Le he dado cuerda. Estaba casi parado.

—Así es. A alguien se le había olvidado hacerlo, ¿verdad?

—Bueno, ya sabes que a veces se confunde con estas cosas.

—¿Quién?

—Holland. Le tocaba a él.

Ada apartó las manos de su nieto, en un gesto suave, sin rastro de severidad. Se dirigió a la ventana y levantó la cortina.

Niles se acercó a ella y se puso a su espalda. Contempló el césped, la bomba, el pozo, que estaba cerca de la arboleda, junto al abeto que había al borde del camino. Su abuela mantenía la cortina apartada como si estuviera mostrándole el paisaje para que él lo examinara: el cielo, la hierba, el río, los árboles, algunas vacas. Con sus ojos ancianos, parcialmente cubiertos por los párpados, ella oteaba los campos más lejanos, hasta los montes de Avalon; miraba incluso más allá, hacia un vasto espacio inexplorado. Y Niles supo que Ada se había ido aún más lejos, hasta un sitio más apartado, ese remoto lugar adonde nadie podía acompañarla, más allá de las cumbres de las colinas, más allá de las Shadow Hills; hasta ese sitio en el que se encontraba sola, distante, recluida, donde podía reflexionar... ¿Sobre qué? Parecía una especie de maga... No, algo más grande: una diosa. Minerva: serena, imperturbable, benigna, tras surgir, ya en su plenitud, de la frente de Júpiter.

El disco había acabado otra vez. Le dio la vuelta y dio cuerda al aparato, girando la manivela. Tras los acordes introductorios se oyó el rico y sonoro canto de una soprano. *Ho-yo-to-ho...* El grito de batalla de Brunilda.

—Así es —dijo Ada. Por fin se giró, dándole la espalda a la ventana—. *Die Walküre*.

Cuando él la llevó de regreso a la silla de ruedas y la sentó, su abuela comentó:

—Niles, ¿no crees que a veces culpas a Holland por cosas que no son responsabilidad suya?

—Tal vez, pero lo del reloj sí lo era. Le tocaba, de verdad que...

—*Niles*.

—Caramba... —Sonrió ante la mirada de su abuela—. Yo siempre me acuerdo, ¿no es así? Cuando me toca a mí, nunca se me olvida.

—¿Y eso es algo de lo que debas sentirte tan orgulloso?

—No. —Decidió cambiar de tema—. «El orgullo precede a la caída...»

—«El orgullo precede a la destrucción; y el espíritu altivo, a la caída.»

—¿Y yo tengo un espíritu altivo?

Aquella pregunta —que Niles había hecho tras unos instantes de profunda reflexión, como si aquello le pareciera una posibilidad real— hizo que Ada se echara a reír.

—Cielos, no. —Le alisó el pelo a su nieto y se lo besó. Luego alcanzó la marioneta que colgaba de la puerta del armario; pobre rey, con su corona de cartón y sus cuerdas enredadas. Ada le había hecho la ropa usando restos de terciopelo y lamé de un vestido que Zan se había confeccionado. Holland le había pintado la cara; tenía una

expresión saturnina, y los ojos no del todo rectos. Era el rey Cophetua. ¿Y dónde, preguntó Ada, mientras le desenredaba las cuerdas, estaba esa doncella mendiga a la que él amaba? Niles sacó una sombrerera, rebuscó en su interior y extrajo una figura harapienta y despeinada. Intentó que hiciera una reverencia con la cintura; y se echó a reír cuando la marioneta cayó de entre sus dedos y se desplomó en una esquina, rota.

—¿Qué has dicho? —preguntó, volviéndose hacia su abuela y la marioneta que ella sostenía.

—¿Cómo? ¿He dicho algo? Vaya, estaría hablando conmigo misma, ¿no? Supongo que es cosa de la edad...

—«Eres tan joven como te sientes»; eso dice el señor Pennyfeather. —Una sonrisa, espontánea y encantadora, se dibujó fugazmente en el rostro del chico. Luego se oscureció, como el sol cuando lo oculta una nube—. He ido a ver a Madre.

—Así es; y yo he ido a su habitación a buscarte.

—Hoy está nerviosa.

—Ya lo sé.

—Supongo que será por el entierro y todo eso.

—Me alegra que todos hayan ido a hablar con el señor Angelini después de la misa. —Ada sacudió su cabeza—. Pobre hombre, cuánto está sufriendo por su falta de cuidado. Tenemos que intentar sonreírle para que no se sienta tan culpable. Los accidentes ocurren.

—Eso es lo que dice Holland. ¿La tía Valeria se marcha de verdad?

—Sí. Se va de visita. Tiene una amiga en Chicago, una antigua compañera de colegio.

—Será bueno para ella. ¿No tiene familia allí?

—No, cariño. El señor Russell y su esposa se hundieron en el *Titanic*, hace más de veinte años.

A Niles se le había olvidado. Esa era la razón por la que el abuelo Perry había tenido la generosidad de organizarlo todo para que se casaran en Pequot Landing. La ceremonia se había celebrado en el salón del piso inferior. El ministro la había oficiado frente a la chimenea, y la abuela Perry había adornado el pasamanos de la escalera con laurel y flores de manzano.

—La tía Vee es muy desgraciada, ¿verdad? —preguntó Niles al cabo de un rato.

—Sí.

—Madre también. Mañana iré al centro y le compraré un regalo, algo que la haga sonreír. —Hizo una pausa para revisar mentalmente la mercancía disponible en los ultramarinos—. ¿Crees que le gustarán las habichuelas saltarinas?

Ada disimuló la gracia que le habían hecho aquellas palabras.

—No veo por qué no. Me imagino que unas habichuelas que saltan pueden animar a cualquiera. ¿Y podrías preguntarle a la señorita Josceline si el color «lago carmesí» que pedí ha llegado? Me gustaría pintar un cuadro de las rosas antes de que se marchiten.

—Sí, señora.

La música había terminado y Niles se levantó para volver a cambiar el disco. Enseguida, la voz de tenor de John McCormack llenó la habitación.

—¿No es eso *El joven juglar*? —preguntó su abuela—. Hacía años que no la escuchaba. Recuerdo que era una de las favoritas del abuelo Perry. —Tarareó un

fragmento de aquella canción tradicional irlandesa y comentó, desconcertada—: Qué raro, cómo se olvidan las palabras.

—¿Ada?

—¿Sí, cariño?

—¿Por qué se arrojó Brunilda al fuego?

—Vaya, ¿qué te ha hecho pensar en eso? ¿La música de Wagner? Bueno, en aquella época, las mujeres hacían esas cosas. Se llamaba inmolación. Se ofrendaban a sí mismas en la pira del amado.

—Sí, pero ¿por qué?

—Por amor, me imagino. Cuando lo que alguien siente por la persona amada es más fuerte que su amor a la vida o a sí mismo, a veces prefiere la muerte. Creo que, más que una inmolación del cuerpo físico, es... —Se detuvo, en busca de las palabras adecuadas.

—¿Es qué?

—Una inmolación del corazón.

El muchacho meditó sobre aquello durante unos instantes. Luego dijo:

—La que ha llamado antes a la puerta ¿era la señora Rowe?

—Pues sí. Ha venido a traernos un poco de comida. La ha preparado para nosotros. Qué amable de su parte. —La señora Rowe, la vecina de al lado, era una anciana viuda que vivía con un ama de llaves. Era esta, la señora Cooney, la que cocinaba.

—¿Y qué ha preparado?

—Un pastel de carne. No, jovencito, nada de poner cara de asco. Es un plato perfectamente agradable. Y la señora Rowe ha sido muy considerada por tomarse esas molestias. No tenía por qué haberlo hecho.

Niles hizo una mueca: a veces su abuela sonaba tan terriblemente anticuada y tradicional... Como cuando soltaba «Así es», o «en efecto», en lugar de decir, simplemente, «sí»... Ada le entregó la marioneta; por fin había logrado desenredarle las cuerdas.

—Toma; ahí tienes a tu rey Cophetua, como nuevo. —Se incorporó y observó la figura rota del suelo—. ¡Ay, su pobre mendiga! ¿Te quedas oyendo un poco más de música o vienes conmigo? Voy a ver un rato a tu madre, antes de la cena.

Él la miró, preocupado.

—¿Qué le ocurre, Ada? ¿Qué le pasa a Madre? A veces parece que está bien, igual que antes. Pero luego se vuelve... —se encogió de hombros, en un gesto de desconcierto infantil—... rara. Mezcla las cosas, los tiempos... Me preguntó si habíamos sacado las cenizas, pero la estufa lleva apagada desde abril.

—La música, chiquillo —dijo ella, señalando con la cabeza en dirección al gramófono. La aguja estaba rascando el borde del disco. Niles se levantó y volvió a colocarla al principio.

—Tienes que ser paciente con tu madre —le explicó Ada—. Se pondrá bien, andando el tiempo... Si Dios quiere. —Al decir eso, hizo una cruz con el pulgar y el índice, a la manera rusa, y la besó fervientemente—. Ha sufrido una conmoción. Su mente... Su mente está intentando protegerse contra el dolor. Y, a veces, algunas personas tardan más que otras en superar las cosas, ¿lo entiendes?

—Sí. —Aunque por su tono, no estaba claro si realmente lo entendía o no.

—Además, tienes que recordar que tu madre no descansa bien. Muchas noches se

queda despierta, andando por la habitación hasta la madrugada. Algunas noches no duerme nada de nada. Por debajo de su puerta se sigue viendo la luz encendida hasta el amanecer. Y eso es muy malo, porque el sueño es algo sagrado. Mientras dormimos, volvemos a llenar nuestra mente y nuestra imaginación. —Formó un cuenco con las manos nudosas—. La imaginación es como un profundo estanque. Durante el día se va vaciando, como cuando bebemos agua; y, cuando dormimos por la noche, el agua que hemos consumido durante el día vuelve a recuperarse. Pero, si no se recupera, si no queda nada para beber, tenemos sed. A través del sueño, Dios nos otorga nuestra fuerza, nuestro poder y nuestra paz, ¿sabes?

Él asintió, impresionado por la gravedad de aquel discurso. No dormir, decidió, debe de ser algo realmente malo.

—Me gustaría poder ayudar —murmuró, mientras volvía a dar cuerda al gramófono.

—Nos ayudamos cuando nos comprendemos los unos a los otros: esa es la única ayuda posible. Y también la única esperanza.

—Esperanza.

Niles recogió aquella idea, la analizó, la aceptó; y (como casi todas las que le llegaban procedentes de la mente de Ada) la almacenó. Mientras escuchaba la canción, su espíritu comenzó a vagar muy lejos, por un paisaje de tierra oscura, donde otro se burlaba de él y el fuego no calentaba su cuerpo. Pronunció unas palabras en voz alta.

Ada se giró hacia él y lo miró boquiabierta.

—¿Qué dices, niño? ¿Has dicho «la muerte»?

—Sí, la muerte —repitió él, decidido—, eso es lo que Madre no puede superar. —Hizo que la marioneta bailara en el aire mientras él regresaba a la ventana—. Debe de ser horrible. ¿Crees que Padre sintió dolor cuando murió?

—No lo sabemos. Ojalá que no.

—Sí. Ojalá. —Sujetó las cuerdas al pestillo de la ventana y colocó la marioneta en el alféizar, con los brazos cruzados sobre el pecho—. Aunque supongo que Russell sí.

(«Las gafas; ¿dónde estaban las gafas?»)

—¿Sí qué?

—Sí que sintió dolor. O sea, eso de caer sobre una horca debe de ser realmente doloroso, ¿no crees?

—Sí, seguramente. —Le vino a la mente otro pensamiento. Miró de nuevo a su nieto—. Niles.

—¿Sí, señora?

—¿Ha sido imaginación mía o antes he oído una armónica?

Él se rio.

—Sí, la has oído. Era Holland. A veces toca música con ella. —No mencionó que él le había dicho que parara, ni cómo había molestado al tío George.

—¿De dónde ha sacado Holland esa armónica?

—Ah..., de un amigo.

—¿Qué amigo?

—Uno cualquiera.

—¿Y ese... amigo... se la dio a Holland?

—No —confesó él, de mala gana. ¿Ves? ¿Cómo es posible que ella siempre

supiera cuándo estaba mintiendo?

—¿Entonces?

—Bueno... Él no se la dio, no exactamente. Holland...

—¿Sí?

—Se la cogió. Y... bueno..., tampoco se la quitó a «él», sino a «ella»... Y no era una amiga, sino...

—¿Sí?

—La señorita Josceline-Marie...

—¿Que la robó de la tienda? ¡Ah! —exclamó su abuela, exasperada—. ¡No he criado a los niños de esta familia para que se conviertan en ladrones! —Se quedó junto al alféizar, donde yacía la marioneta, como un minúsculo cadáver. Siguió un silencio sombrío y prolongado; Ada parecía haberse retraído aún más; con los ojos cerrados, perdida en sus pensamientos. No parecía oír en absoluto la voz de tenor que volvía a cantar aquella vieja melodía irlandesa.

Se marchó de la habitación con una extraña expresión, sin prestar la menor atención a las palabras:

El joven juglar a la guerra se ha ido.

En las filas de la muerte lo encontrarás...

Ahí estaba: justo ahí. A eso se refería Niles cuando pensaba que algo la estaba molestando, aunque ella tratara de ocultarlo. Tenía algo en mente... Esa expresión un poco perpleja... ¿Por qué le había hecho esas preguntas sobre la armónica? Ese algo guardaba relación con Holland, de eso estaba seguro. Todas aquellas miradas extrañas que había por la casa: la de Madre, afligida (y lo mismo la de la tía Vee); la de tío George, indefensa; la de Winnie, llorosa; la de Holland, misteriosa; incluso la del señor Angelini (que tenía un aspecto, pensó Niles, parecido al del anciano de una tribu), con sus oscuras cejas, que ahora parecían siempre caídas (tenía los pelos de las cejas realmente largos)... El señor Angelini había permanecido con la mirada fija en la nuca de Holland mientras el señor Tuthill hablaba sin parar sobre cómo las ramas de aquel árbol genealógico parecían estar malditas... Y, ahora, Ada. Aunque con ella nunca se sabía. Su mirada solía ser la más extraña de todas. Cuando los rusos eran felices, la felicidad brotaba de cada uno de sus poros; brillaba a su alrededor, como el sol. Pero, cuando eran infelices, mantenían esa infelicidad oculta, como si no existiera. Bueno, por supuesto que estaba triste por que Russell hubiera muerto víctima de aquella horca (no tenía sentido ocultarlo). Todos lo estaban. Holland también. Holland...

¿Y qué había pasado con esas gafas de montura metálica que Russell llevaba en el desván?, volvió a preguntarse Niles.

Ya a solas, mientras tarareaba la melodía de *El joven juglar*, miró hacia abajo y vio que su mano se movía como atraída por un imán: se dirigió a su camisa, se deslizó en su interior y sacó la lata de tabaco. Niles observó pensativamente el rostro del Príncipe Alberto (¡incluso él tenía hoy una mirada extraña!). Luego abrió la tapa, la levantó y sacó el desgastado paquete azul. Desplegó las capas del envoltorio, que parecían pétalos de rosa arrugados —una rosa de papel azul— con mucha delicadeza, para que el papel no se rasgara aún más; y se quedó contemplando durante largo rato su contenido. La Cosa. Esa Cosa que Holland le había dado, y que él guardaba allí, en el corazón de aquellas capas de papel de seda similares a una corola. Esa Cosa de carne

marchita, hueso y cartilago no era otra cosa que un dedo humano.

SEGUNDA PARTE

Está oscureciendo. La luz va menguando poco a poco. Se producen cambios imperceptibles. En realidad, me siento un poco somnoliento. Incluso después de esa cena. (¡Imagínate, *tener que hacer cola* para lo que te sirven en la cafetería!) Luego no seré capaz de pegar ojo. Nunca lo hago. Si duermo, sueño. No, no siempre es el mismo sueño, como les pasa a algunos. Pero ni siquiera despierto me gusta pensar en esos sueños que tengo. Ahora es difícil ver la cara del techo. O Madagascar, o lo que quiera que sea. Me aseguraré de preguntárselo a la señorita DeGroot cuando venga. (Ya tendría que haber empezado su ronda a estas alturas.) He estado dándole vueltas: ¿qué lugar es ese que ella cree ver ahí? Tal vez no sea una isla, después de todo, sino un país. Se parece un poco a España y a Portugal juntos, ¿verdad? Si giras la cabeza así... ¿La península ibérica? Con un poco de imaginación... Aunque la señorita DeGroot es una verdadera holandesa de Pensilvania —pies grandes, gran nariz, un poco caballuna—, tiene una gran imaginación. Supongo que, si mirara la mancha lo suficiente, probablemente acabaría viendo al abominable hombre de las nieves o algo por el estilo.

Creo que la imaginación es saludable. Hace que te resulten posibles muchas más cosas, ¿no? Ya lo sé; probablemente estarás diciendo que Holland no tenía esa clase de imaginación; pero te equivocas. Tenía imaginación, ya lo creo. Y mucha. Niles no era el único con ese tipo de cualidades, ¿sabes? Ni por asomo. No creas que estoy predisposto a su favor solo porque sí. Si piensas eso, es que te he engañado a base de bien.

Si pudieras elegir, ¿con cuál de ellos te quedarías? Yo me siento más identificado con Holland; me parece que es el menos falso de los dos. Me gusta tomar partido por los desfavorecidos, sin duda; pero todos ellos terminan teniendo su momento de gloria, por decirlo de alguna manera. Créeme, Niles no es ese dechado de virtudes que aparenta ser, ni Holland es tan bellaco. Las personas como Holland son, a mi juicio, mucho más fascinantes: es decir, más atrayentes. Resultan irresistibles, porque ¿quién podría resistirse a semejante encanto? Piénsalo: te he descrito a un Niles cálido, simpático, inocente, virtuoso, un poco gracioso —bueno, hasta cierto punto—, un niño que posee una clara sensibilidad y, ciertamente, una muy genuina. Por otro lado, he retratado a Holland casi como un villano: distante, independiente, burlón, un niño frío e invernal, y, como hemos visto hace un momento, un ladrón. Pero aquí viene la pregunta: ¿por qué insiste tanto Niles en emularlo? ¿Por qué lo imita? ¿Por qué intenta ponerse en la piel de su hermano? ¿Por qué ese interés en saber adónde va? ¿Tanto lo echa de menos? ¿Por qué no se acuesta en su propia cama, en vez de en la de Holland, mientras observa esa cara que hay en el techo, la cara de la mancha de humedad, como la que hay aquí, en esta habitación?

Ah, podrías responder, pero es que Niles se siente solo. De acuerdo. ¿Y quiénes son esos amigos de Holland? ¿La pandilla de Knobb Street? ¿Esos muchachos ya mayores que silban a las chicas que pasan frente a los ultramarinos Pilgrim, en Packard Lane? No creas. ¿Por qué Niles se queda mirando mientras Holland monta en tranvía? Y, lo más importante, ¿por qué no monta él mismo? Y, me pregunto, ¿qué

significado concreto otorga él a esos tranvías que pasan frente a la casa, la casa que fue derribada antes de que los autobuses hicieran su aparición en la ruta de Shadow Hills? Descubrir esto, creo, ayudaría a desentrañar gran parte del misterio.

Niles es generoso, dirás. De acuerdo. ¿Pero qué hay de esos regalos que ha recibido de Holland? ¿El anillo, el paquete azul? Admítelo: en líneas generales, Holland es un personaje fascinante. Claro que sí. Y esa sonrisa... sin parangón. ¿Quién podría seguir enfadado con él durante mucho tiempo?

Sin duda, Niles —cuya sonrisa no es menos celestial y que conoce a su gemelo mejor que nadie en el mundo— defenderá a Holland hasta la muerte.

Ya verás cómo sí.

Quizá hayas observado —como yo mismo he hecho— cómo los Hollands de este mundo a veces se mueven por una profunda pasión que no suele encontrarse en otros niños de su misma edad; cómo sus odios parecen casi tan arraigados como los de una persona más madura. Sí, dirás, ya has oído mencionar lo que ocurrió detrás del colegio, ese terrible episodio con la niña; pero ¿quién de nosotros no ha realizado alguna vez ese tipo de investigaciones frívolas? Además, la niña en cuestión era mayor que él, así que debería haber sido más sensata. E, incluso si Holland quemó un cobertizo, ¿acaso alguien resultó herido? Los daños no fueron tantos, y todo el mundo sabía que Ed Joacum estaba bien asegurado.

En cuanto a ese asunto del que todos hablan tanto, el del chico de los Talcott, no cabe duda de que Holland se encontraba allí (él mismo lo reconoció) y está claro que el muchacho se ahogó. Pero no se debería dar pábulo —y yo siempre me he negado a hacerlo— a ninguna indirecta sobre el accidente; excepto al hecho de que la cojera del niño —aquella pierna más corta que la otra— debía de parecerle bastante monstruosa a alguien de naturaleza tan delicada y sensible como Holland. Él detestaba lo feo y lo grotesco, lo admito; aunque aquel tipo de cosas ejercían sobre él —como sobre la mayoría de nosotros— cierta fascinación macabra.

Lo que me lleva al carnaval de los bomberos del Cuatro de Julio, que resultó bastante grotesco en ciertos aspectos; y que, por así decirlo, supuso un nuevo comienzo (en un momento en el que Russell llevaba ya varias semanas enterrado y casi todas las ideas que la familia había albergado sobre su muerte se habían desvanecido en un pasado cada vez más nebuloso).

Ah, y debería mencionar que por entonces una chica nueva acababa de llegar al pueblo. Se hospedaba con otras personas en Church Street, y trabajaba en la tienda de todo a diez centavos, tocando los últimos éxitos musicales en un piano vertical. Se llamaba Rose Halligan y, aunque solo llevaba unos meses en Pequot Landing, los chicos ya tenían un mote para ella...

1

—¡Eh, Facilona!

Vestida con una falda ajustada y una blusa del color de la sangre seca sobre su generoso pecho, Rose Halligan observaba las cabinas de la noria. Aquel artificio, cuajado de luces en forma de estrella, giraba mediante tirones irregulares, sacando a las parejas de la luz crepuscular y elevándolas en el aire. Un altavoz voceaba *En la isla de Capri*, compitiendo con el estruendo metálico del órgano del carrusel y los estallidos de los buscapiés y los petardos.

En respuesta a los silbidos que le dirigían desde una de aquellas cabinas, Rose meneó un hombro con desdén, elevó la cabeza y miró hacia otro lado. No quería tener nada que ver con renacuajos como aquel. Tras guiñarle un ojo a Holland, Niles le silbó sonoramente a Rose Halligan y la saludó con la mano, mientras el suelo se acercaba y retrocedía a una velocidad vertiginosa.

—Carmen Lombardo canta por la nariz —comentó, en referencia a la música atronadora que llenaba el ambiente. La cabina se sacudía de forma espasmódica, avanzaba, se detenía, volvía a ponerse en movimiento; entonces, de repente, saltó hasta el punto más elevado de la rueda; otras cabinas habían descendido hasta el nivel inferior para deshacerse de sus ocupantes y cargar con otros. Miró desde las alturas la multitud que se arremolinaba en el solar de la oficina postal. Allí se había organizado un pequeño y chabacano carnaval que, bajo el patrocinio del departamento de bomberos de Pequot Landing, ofrecía emoción y bullicio durante una sola noche. Unos puestos desvencijados, desteñidos y mustios se levantaban a ambos lados de una estrecha avenida, alfombrada con restos de palomitas de maíz y vasos de papel arrugados; aquellas casetas ofrecían entretenimiento de tercera categoría: «Gane la Muñeca»; «Madame Zora, la Adivina»; «Chan Yu, el Maravilloso Hombre de las Desapariciones»; «Zuleika, la Única Persona del Mundo Mitad Hombre y Mitad Mujer».

¡Bang! ¡Fiuuuu!

En algún lugar explotó un petardo; de vez en cuando, un cohete derramaba una hermosa lluvia de luz sobre alguno de los jardines; un niño corría como loco, cortando la noche en zigzags, mientras sacudía una de las típicas bengalas del Cuatro de Julio. La rueda de la noria crujía. Niles echó la cabeza hacia atrás para abarcar el cielo nocturno en toda su extensión.

—Ahí está Géminis —dijo, señalando una constelación.

—Estás loco —le dijo Holland.

—Sí, ahí, ¿la ves? Esa otra es Tauro, y allí está Cáncer. Y Géminis, justo ahí, entre esas dos estrellas pequeñas y brillantes; la amarillenta es Castor y la otra, Pólux. Los

Gemelos.

Holland lo miró de reojo. Luego, impaciente por que la noria volviera a girar, empezó a balancear la cabina. Mientras Niles continuaba dibujando su mapa del cielo —allí estaba la Osa Mayor. ¿Y ese grupo de estrellas? La silla de Casiopea—, la vibración de la armónica añadió un agradable acompañamiento a la escena.

—¿Holland? —dijo Niles, cuando la música se detuvo.

—¿Mmm?

—¿Qué le dijiste a la señora Rowe?

—¿Hum?

—¿Qué le dijiste a la señora Rowe ese día, cuando te encontró en su garaje?

Holland se rio entre dientes. Repitió unas palabras que escandalizaron incluso a Niles.

—¿De verdad? ¿Y ella qué hizo?

—Ya te lo he dicho, me echó de su casa. —Ahora su risa no era solo irónica, sino casi salvaje—. Pero espera y verás.

—¿Que espere a qué?

—A que la vieja Rowe tenga lo que se merece. —Niles notó cómo, mientras Holland hablaba, aquella expresión intensa y encendida desaparecía de su rostro, dejándolo con un aire plácido e introspectivo. Ahora tenía los ojos entrecerrados, como si estuviera examinando con atención un fantasma que habitara en su interior. Niles observó el perfil de su hermano contra el cielo oscuro. Holland, pensó; Holland. Lo necesitaba... Se necesitaban el uno al otro. Ahí estaba el quid de la cuestión. Él... ¿Cómo decirlo?... Dependía de su hermano. Tenía la sensación de que, sin Holland, perdía una parte de sí mismo.

—¡Mira! Ahí está Arnie La Fever. —Niles señaló hacia el suelo—. Y mira, ¡esa es Torrie!

Torrie y Rider estaban en el puesto de «Gane la Muñeca», fascinados por la rueda giratoria. Cada uno tenía el brazo alrededor de la cintura del otro. Torrie no era una verdadera Perry. Después de tres años sin hijos, Alexandra y Vining habían adoptado a una niña de cuatro años. Doce meses después llegaron los gemelos. Todo el mundo quería a Torrie. Tenía unos rasgos suaves y mágicos, como los de un hada o un duendecillo; justo lo contrario a los de los Perry, que siempre exhibían un aspecto regio. (Antes de que se la llevaran a la institución, la abuela Perry solía llevar sombreros al estilo de la reina María y andaba con un bastón.) Torrie tenía el pelo rojizo, los ojos marrones y abundantes pecas; era más pequeña, de huesos más delgados y menos prominentes. Una *gamine*, como dirían los franceses. Era encantadora, alegre y desenfadada, tenía buen ánimo y buen humor, y estaba decidida a ser una buena esposa para Rider Gannon. A sus ocho meses de embarazo, parecía ya a punto de dar a luz, aunque el doctor Brainard esperaba que consiguiese llegar a término.

Rider colocó dos monedas en sendos números, y el responsable de la atracción hizo girar la ruleta. La solapa de cuero, que entraba y salía del perímetro de la rueda para señalar la cifra ganadora, fue disminuyendo la velocidad poco a poco. Desde las alturas, Niles alcanzó a ver que Torrie no había ganado; pero se quedó quieta un instante, mientras repasaba con mirada anhelante la hilera de premios que se extendía tras el mostrador. Rider buscó de nuevo en el bolsillo. Ella negó con la cabeza, lo alejó de la cabina y de la tentación y volvieron a sumergirse en la multitud.

—Qué pena —dijo Niles con tristeza. Con aquellos andares torpes y aquellos pies planos, Torrie caminaba como un pingüino que llevase auestas una sandía—. Pero al menos tendrá un precioso bebé.

Holland lanzó una mirada desdeñosa hacia la pareja que se alejaba.

—¿Ah, sí? —dijo con tono misterioso. La noria comenzó a girar.

Cuando completó el número de vueltas prescritas y el viaje llegó a su fin, Niles echó a correr detrás de Holland, bajando por la rampa y abriéndose paso entre la multitud. Alguien lo empujó: era Arnie La Fever, cuyo rasgos gordos y flácidos recordaban a Russell Perry. Tenía la cara hundida en un algodón de azúcar; el brazo de Niles quedó manchado con restos de aquella sustancia, como si le hubiesen crecido unos extraños hongos. Se los tocó y notó que aquella confección pegajosa se disolvía, dejando un molesto residuo que brillaba sobre su piel desnuda como las huellas de un caracol. Se chupó los dedos y se los limpió en un pañuelo.

—Hola, Arnie —exclamó, pero este había desaparecido entre la multitud. No se lo veía muy a menudo; solía estar enfermo y su madre no lo llevaba al colegio.

—¡Prueben suerte! —gritaba el hombre del puesto de «Gane la Muñeca»—. Calderilla, no necesitan más, amigos, solo una moneda de diez centavos y pueden conseguir una muñeca para su chica.

Niles inspeccionó los premios en cuestión: tenían un aspecto extraño, con las caras redondas de las muñecas *kewpie*, pero pintadas con colores chillones y expresiones de diablillo, que parecían más un gesto lascivo que una sonrisa; una hilera de duplicados baratos que atestiguaban la ineptitud de algún aspirante a artesano. Llevaban una falda larga de color melocotón: la pantalla de una lámpara, bajo la cual había un cable eléctrico. Como prueba, el hombre metió la clavija en un enchufe y la muñeca se encendió. La falda emitía un brillo naranja cálido.

—Vamos, amigos, vamos —vociferaba, golpeando el mostrador de los números—, que toodo el mundo pruebe suerte.

Hizo girar el mecanismo y, mientras varios espectadores ponían su dinero, Niles colocó una moneda de diez centavos en el 10. Intentó seguir el borroso recorrido de los dígitos en la ruleta, con los ojos girándole en las cuencas. Al final consiguió distinguir su número; fue reduciendo la velocidad y se detuvo en el lado contrario. Volvió a intentarlo; una vez más, sin éxito. A la cuarta tentativa, cuando la rueda casi se había parado, el puntero se detuvo sobre el 5; pero, en un último impulso, como por arte de magia, se abrió camino hasta el 4.

—Aquí tienes, chaval —le dijo el hombre mientras le entregaba el premio. Niles le llevó la lámpara a Holland, que había estado observándolo todo desde la sombra de una carpa desvencijada.

¡Porras! ¡La Mirada!

—¿Para qué narices quieres eso?

—Es para Torrie. —Niles la levantó y le arregló la falda.

—Te ha costado cuarenta centavos. —Holland la agarró y le dio la vuelta—. Nada —dijo, tras mirar debajo del vestido—. ¿Quién puede querer una muñeca mariquita?

Niles cogió la lámpara y se quedó mirando cómo su gemelo se dirigía a la entrada de una carpa. El cartel mostraba la imagen de un chino de cara amarilla y un largo bigote, con las manos ocultas bajo las mangas y el cuerpo apoyado sobre un sarcófago abierto, colocado en vertical.

—*Damassssycaballerossss* —bramó una voz—, su última oportunidad de ver a Chan Yu, el Maravilloso Hombre de las Desapariciones. Viiinticinco centavos para ver al Maravilloso Hombre de las Desapariciones, Chan Yu. *Corrancorran*, el espectáculo está a punto de comenzar...

En la oscuridad de la tienda, la gente se había reunido frente a un pequeño tablado con cortinas de terciopelo; del fondo surgían los chirriantes sonidos de un fonógrafo: una disonancia oriental de címbalos, campanas y flautas. En el escenario, un foco iluminaba una gran arca lacada en rojo; y, junto a ella, a Chan Yu, el Maravilloso Hombre de las Desapariciones. Con los ojos rasgados y un aspecto intencionadamente exótico —bigote largo y negro y un pequeño bonete del que colgaba una coleta—, estaba haciendo una profunda reverencia para agradecer los escasos aplausos. Sacó de la manga una varita con punta de marfil y golpeó con ella la caja lacada, deslizando así un pestillo oculto que abría el panel frontal. Dentro había una segunda caja, una réplica de la primera, pero un poco más pequeña y lacada en verde, que Chan Yu mostró con esos ostentosos gestos que suelen hacer los magos. Giró el arca y la volvió a golpear con la varita para revelar una tercera, azul; luego una cuarta, negra; y, finalmente, una quinta, dorada.

Con las manos cruzadas sobre el pecho, el mago se introdujo en el arca de menor tamaño. Tras una breve pausa, que sirvió para que una mano invisible moviera la aguja sobre el disco y reiniciara la música, salió al escenario una chica con kimono y una rígida peluca negra. Ahora Chan Yu parecía estar muerto; tenía los ojos cerrados, y una luz roja convertía en una extraña máscara sus rasgos impasibles, su maquillaje y aquel bigote tan evidentemente postizo. La ayudante cerró el panel; hubo un clic y la chica giró la caja; a continuación, cerró el panel negro y volvió a girar el arca; luego hizo lo mismo con la azul, la verde y la roja.

El volumen de la música aumentó; el público esperó en aquella tenue luz, silencioso y expectante.

Niles miró un momento a Holland y susurró:

—Intentémoslo.

—¿Qué?

—El juego. A ver si descubrimos el truco.

Satisfecho al comprobar que Holland se estaba concentrando, Niles empezó a examinar con la mente el conjunto de cajas. ¿Qué se siente? ¿Cuál es el misterio encerrado en ellas? ¿Cuál es la verdad? El mago parece estar en el arca dorada. Pero eso es solo la apariencia; no es —al menos, no durante más de un solo instante— la realidad. Cajas: superficies brillantes, lisas, lacadas, con sus bandas de latón, con sus blasones. Incienso, una fragancia exótica. Una caja dentro de una caja, dentro de otra caja. Y de otra y de otra. Dorada, negra, azul, verde, roja. Un conjunto. Un acertijo. ¿Una trampa? Veamos. Contén la respiración dentro de la caja, en la oscuridad; espera el momento. Címbalos, campanas y flautas que crecen en intensidad para enmascarar el ruido de un cable que se activa, mientras una trampa se abre a tus pies. Ahora déjate caer en la tierra que hay debajo, rueda por debajo del escenario, sal por detrás de la carpa, quítate los bigotes y la coleta, arroja el gorro y la bata oriental. En su lugar queda un traje de papel negro, zapatos, sombrero, todo de papel: uno de esos trajes que los chinos llevan en los funerales. Sal por la parte trasera de la carpa, vuelve a entrar por la delantera, mézclate con el público. Chan Yu, el Maravilloso Hombre de las Desapariciones.

Se vuelve a encender la luz, se apaga la música, la ayudante va corriendo los pestillos —clic, clic— y sonrío mientras abre los paneles, uno a uno; todas las arcas están vacías; hay gritos de asombro y aplausos cuando se descubre a Chan Yu sentado tranquilamente entre los espectadores; levanta su sombrero y se inclina. ¡Hurra! ¡Chan Yu!

Las luces se encendieron del todo para indicar el final del espectáculo y los asistentes salieron de la carpa charlando entre ellos. Una vez fuera, Niles respiró hondo y, asintiendo con aire profesional, dijo:

—Así es como lo hace.

Holland se quedó en silencio, mirando al suelo.

—¿Verdad que sí? —lo pinchó Niles.

Al rato le llegó un gruñido: «Sí». Pero Niles observó que su hermano se daba la vuelta, con expresión hostil y ojos malhumorados. Intercambiaron una larga mirada, luego Holland salió de aquel brillante enjambre de polillas cuyas alas parecían de papel, y se alejó. Dejó tras de sí a un Niles solitario, que escuchaba el tintineo de las campanas y los címbalos, con el susurro de una flauta flotando en sus oídos.

Una ligera brisa arrastró una ráfaga de basura de un extremo a otro de aquel terreno irregular, agitando las telas de las carpas al pasar. El zumbido de la multitud parecía estar muy lejos. Dos figuras se acurrucaban en el espacio oscuro que había entre dos carpas, semejante a un callejón desierto que saliera de una avenida principal. Eran Rose Halligan, la pianista de la tienda de todo a diez centavos, y un hombre al que Niles reconoció como el operador de la noria. Los dos estaban apoyados contra una de las cuerdas que tensaban la carpa; el hombre tenía el cuello encorvado y sus manos se afanaban sobre la chica, buscando a tientas los botones de su blusa roja, recorriendo su pechera, chocando ansiosamente con los dedos frenéticos de la propia Rose.

Mientras se alejaba, Niles alcanzó a escuchar la risa de la joven. Adelantó a Holland en la carpa de los bichos raros de la feria. A la entrada, bajo unos carteles decolorados y chabacanos que pregonaban los grandilocuentes e increíbles fenómenos que esperaban en el interior —«Sexacional», «Chocante», «Seductor»—, un hombre de cara hinchada lanzaba a su alrededor miradas lascivas mientras gruñía su reclamo; una colilla de cigarro le taponaba la esquina de la boca igual que un corcho.

—*Damassssycaballerossss, paaasssen* y vean. Vean al Cerdo Maravilla, Bobo el Cerdo Maravilla: cinco pies; no cuatro, sino cinco: el quinto, justo donde más se necesita. Vean con sus propios ojos al bebé de cabeza gigante, el gran error de la naturaleza, ¡el horrible monstruo hidrocéfalo! ¡Vean al señor y la señora Katz, la diminuta pareja de Arkansas, que goza de sus cuerpos como todos nosotros! Maravillenseante Zuleika, la morfadita maltesa, que tiene partes para todos los gustos, *damassssycaballerossss*, una morfadita ge-nui-na, mitad hombre y mitad mujer, se lo enseñará todo, ¡realmente sexy! —Se llevó el cigarro al otro lado de la boca, sacó un bastón y dijo—: Lárgate, bonito, no tienes edad suficiente para este espectáculo. Mantened la mente por encima del cinturón, *boy scouts*, esto no es para vosotros. —Tras una breve y obscena pantomima, comenzó de nuevo su discurso—: *Paaasssen* y vean *damassssycaballerossss*...

Holland le dirigió una mirada furiosa y, cuando estuvo a la espalda del hombre, le sacó la lengua. Con una sonrisa, Niles lo siguió mientras su hermano se alejaba de la luz infestada de polillas. Un callejón entre dos carpas. El brillo cromado de una navaja

de bolsillo. Una raja en la tela. Gatearon. En el interior, el aire estaba lleno de humo y olía a rancio; en la hierba pisoteada relucían restos de saliva.

A unos pies de distancia se alzaba la parte trasera de una plataforma. Unas cortinas de lona pendían de un cable, formando un cubículo de tres lados con una de sus paredes abierta al público. De allí dentro llegaba una voz infantil. Niles contuvo la respiración y se movió con cautela hacia aquel sonido.

—¿Se te ha asentado el estómago, Stanley? —preguntó la voz, solícita.

—Buaaj —llegó la respuesta, con tono disgustado.

—¡Cielos! Esos fármacos no son nada buenos: Exlax, Feenamint, Milka Magnesia... Escucha, Stan: lo que necesitas es un buen enema.

Inclinándose hacia un lado del cubículo por encima del hombro de Holland, Niles vio a dos enanos vestidos de la manera más cursi: el señor y la señora Katz, la diminuta pareja de Arkansas. Estaban sentados en sendas sillas de muñecas, con una vajilla de muñecas colocada sobre una mesa de muñecas. Ignorando lo que había a su alrededor, se comportaban como si estuvieran en la intimidad. Era evidente que él se aburría: miraba al frente, parpadeaba y suspiraba; ella se estaba pintando las minúsculas uñas con delicadeza, aplicándose un tono de color tomate y soplando de vez en cuando sobre el barniz.

—Un enema de agua caliente y espuma de jabón; eso es lo que de verdad necesitas —recetó la señora Katz con voz de ocarina.

—Recórcholis, nena —dijo el señor Katz. Niles se lo imaginó adoptando la posición de rigor, con la manguera de goma insertada en el trasero; la señora Katz sostendría en una mano la pera de goma roja, mientras que con la otra batía el jabón para hacer espuma.

—Deberías haber venido al cine esta tarde, Stanley —dijo entusiasmada—. Seguro que te habría gustado.

—¿Qué has visto? —preguntó él, gorjeando como un pájaro.

—*Los buscadores de oro de 1935*. Todo un espectáculo, en serio. Había un número impresionante... Unas cien chicas, vestidas de blanco y tocando el violín... Todas y cada una de ellas.

—Cristo, cien chicas vestidas de blanco tocando violines... mientras la gente se muere de hambre en Tuleopa.

—Sí, Stan, pero eso es lo que los espectadores quieren. Es puro escapismo, nada más. ¿Quién quiere a gente que se muere de hambre en el cine?... Eso puedes verlo en la calle, todos los días. Por eso la gente quiere escapar, ¿sabes?

—Recórcholis, nena —respondió Stanley, con tristeza.

Siempre al lado de Holland, Niles se mezcló entre los espectadores. Ahora que aquellos adultos sudorosos en mangas de camisa los envolvían, se sentía a salvo. Aburrido de los enanos, el grupo siguió adelante y observó de reojo a un hombre cuyo rostro grotesco y lívido, compuesto de tejido cicatricial, carecía de nariz; jadeaba patéticamente mientras inhalaba un cigarrillo a través de una abertura de metal en forma de lente inserta en la base de la garganta, y soltaba una nube de humo a través del agujero donde debería haber estado su nariz.

Después estaba Bobo, el cerdo de cinco patas; un fenómeno que Holland observó sin demasiado interés. Se limitó a mirarlo con frialdad, como si pensara que con aquello no bastaba, que el animal también debería realizar algún truco. En cuanto a Niles, la

extraña anatomía del cerdo le hizo pensar en el padre de Arnie, el señor La Fever, que trabajaba en el circo. Él también debía de ser un fenómeno de feria, ya que, si bien no tenía cinco patas, decían de él que contaba con tres piernas.

Al final de la carpa, el grupo se detuvo frente a una plataforma hundida. Allí, sentada bajo una lámpara adornada con flecos y cuentas de colores, los esperaba otra atracción: Zuleika, la hermafrodita maltesa; una criatura extraña y epicena cuyos ojos, oscuros, húmedos y algo saltones, estaban perfilados con alguna sustancia negra; tenía un cabello abundante, cuidadosamente dispuesto en bucles azabaches, lustrosos de brillantina. Su cuerpo lampiño y flácido se envolvía en un mugriento kimono de color cobrizo, que relucía como la piel de una serpiente. Habían embutido unos anillos de oro en sus gruesos dedos, que jugaban seductoramente con los labios húmedos y rugosos. La bata entreabierta reveló una mano que se cerraba y se abría de forma rítmica sobre un seno apenas desarrollado, con un pezón sorprendentemente grande, de color escarlata. Niles, de puntillas al lado de Holland, observaba boquiabierto a la criatura, que, con una sonrisa complacida, se cubrió el pecho, cerró la bata y volvió a atarse el cinturón. Él —¿o ella?— cambió ligeramente de posición y abrió los faldones de la bata en un movimiento coqueto, poco a poco, jugando con los espectadores. Dirigió la mirada hacia el techo y al fin mostró una V oscura de vello ondulado, encajada entre unos muslos regordetes y femeninos.

Entonces, debía de ser una mujer. Niles buscó confirmación en el rostro de Holland, pero quedó sorprendido por su expresión desdeñosa. Tenía las cejas un poco alzadas y las comisuras de la boca elevadas en un ligero rictus de desprecio.

Los muslos se abrieron y, con una amplia sonrisa, la criatura llevó hasta allí sus exquisitos dedos. Extrajo de entre el vello una excrescencia carnosa pequeña y blanquecina que, como una banda elástica, multiplicó su tamaño, estirándose hasta alcanzar su máxima longitud. Luego, con un arrogante gesto de satisfacción que evidenciaba su superioridad sobre los curiosos allí reunidos, la criatura ocultó la protuberancia carnosa. Cerró la bata con desdén y cruzó las rodillas. Aquel movimiento indicaba, según parecía, el final de la exhibición. Cuando Zuleika recolocó sus rasgos creando una máscara aburrida y extendió la mano para apagar la luz, a Niles le dio la impresión de que era un hombre —o un chico—, pero, sin duda, no una mujer. En la oscuridad, ¿él? —¿ella?— encendió un cigarrillo. La llama iluminó durante un instante aquellos ojos negros que resplandecían como joyas, los párpados bajados en un gesto lánguido, con una pesada película grasienta. De forma inexplicable, Niles sintió que una repentina oleada de compasión se extendía en su interior; pobre, pobre esperpento. Observó a Holland, cuyos ojos, entrecerrados, apagados y opacos, sostenían con desprecio la mirada de la criatura.

La multitud siguió avanzando hasta un lugar cercano a la entrada y se detuvo ante una mesa cubierta con un hule deteriorado. Sobre ella había un gran tarro de laboratorio hecho de vidrio. Estaba lleno de un líquido claro y viscoso; flotando grotescamente en su interior, había un niño humano. Tenía la piel blancuzca como la tripa de una rana; todos sus miembros, órganos y rasgos estaban perfectamente formados, como una miniatura detallada. Los mechones de su cabello se agitaban suavemente en el líquido conservante; brotaban de un cráneo que abultaba más del doble del tamaño normal; la piel se estiraba brillante y tensa sobre aquella calavera descomunal; los ojos estaban llenos de asombro, vidriosos como los de un pez muerto; los labios gomosos se abrían como si aquella cosa se hubiese ahogado, o como si

hubiese sido estrangulada en medio de un grito.

La multitud, alterada por aquella visión tan horripilante, se detuvo durante un momento, dándose codazos y empujones en su afán por acercarse y poder observar mejor. Luego, riéndose o temblando —cada cual de acuerdo con su naturaleza—, fueron saliendo de la carpa. Niles se apartó de aquel repulsivo espectáculo, sintiendo que se le revolvía el estómago, mientras, en un gesto inconsciente, se palpaba la camisa en busca de la lata de tabaco.

—Holland... —comenzó. Pero parpadeó, horrorizado por la mirada de fascinación que advirtió en el rostro de su hermano.

—Un suplantador —susurró Holland con voz ronca, mientras le daba golpecitos al cristal con los dedos.

—¿Qué?

—Uno de esos bebés que las criaturas malévolas ponen en la cuna de un niño humano, para suplantarlo. —Al golpear el cristal, agitó el líquido y el bebé se movió de un lado a otro, subiendo y bajando. Al volver a elevarse, con la cabeza hacia atrás, aquellos labios pálidos y arrugados atravesaron la superficie, como si estuvieran boqueando en busca de aire—. Mi pequeñín —se mofó con tono gélido—, mi precioso bebé. —Se volvió hacia Niles—. Este es el aspecto que tendrá el de Torrie, justo este. Qué bonito, ¿verdad?

Niles se quedó estupefacto.

—No... No, no tendrá ese aspecto. Será un bebé precioso.

—¿Sí? —Holland soltó una carcajada maliciosa—. Si eso es lo que crees, espera y verás. —Y desapareció en la oscuridad, riéndose.

—¡Eh, tú! —gritó el hombre de la entrada cuando Niles, que había acelerado el paso para alcanzar a su hermano, apareció ante él. El muchacho agarró con fuerza la muñeca-lámpara, dio media vuelta y corrió en dirección opuesta, buscando a tientas la hendidura abierta en la parte trasera de la carpa. Consiguió atravesar el lienzo, dejando a sus espaldas un agujero abierto y deshilachado. Bajo la tenue luz que se filtraba desde la entrada, el gran tarro de vidrio seguía sobre el brillante hule negro que cubría la desvencijada mesa. El diminuto espécimen aún flotaba en la solución. Tenía los ojos blancos y vacíos; la mirada, inmóvil; la boca, sonrosada y sin dientes, abierta en un grito silencioso.

2

Sentada en una mecedora de la terraza, Ada se balanceaba a la tenue luz proveniente del interior de la casa. Repasó con los dedos la colcha que había ribeteado con cuidadosas puntadas. Pese a tener las articulaciones enrojecidas e hinchadas, sus manos rara vez estaban inactivas; siempre había algo que hacer: partir judías, preparar conservas de fruta, tejer calcetines, remendar un edredón o coser una colcha. Un día tras otro, hasta que el año terminaba. Y, luego, todo volvía a empezar. Era lo que le habían enseñado. Pero ahora estaba demasiado oscuro para seguir con sus labores, así que tan solo se mecía al compás de la música proveniente de la sala mientras el atardecer caía sobre ella.

Oyó un ruido y levantó los arrugados párpados. Niles estaba cruzando el césped. Sus zapatos resbalaban sobre la hierba mojada, dejando escapar notas sibilantes. Dentro, en lo alto de las escaleras, el reloj sonó diez veces.

—Esperaba que estuvieras despierta. —El muchacho parpadeó ante la luz que se derramaba a los pies de la anciana, siguiendo los patrones cuadrados de la ventana—. La señora Rowe no ha arriado la bandera —observó mientras entregaba a su abuela un vasito de papel lleno de helado.

—Pobre mujer. Es muy olvidadiza. Patriótica, pero olvidadiza —respondió Ada. Cogió el vasito y la pequeña cuchara de madera—. Vaya, cómo sabías lo que me apetecía. —Levantó con avidez la tapa del helado (ya medio derretido), retiró el círculo opaco de papel que cubría la parte inferior y miró la imagen—. ¿Quién me habrá tocado? ¡Ah, Anne Shirley! ¡Me gusta! La añadiré a mi colección, ¿verdad? Y de fresa, además. Mi favorito. *Spasibo, dushka*. ¿Qué tal la feria?

—El carnaval —la corrigió Niles. Le describió con detalle la noria, los fuegos artificiales, la multitud—. Y he ganado esto para Torrie. Es una lámpara.

—Caramba, una lámpara en una muñeca. Y mira qué carita tan maliciosa.

—Y había dos enanos —continuó el chico, echándose a reír al recordar la escena del enema—. Y también estaba Zuleika, la hermafrodita. Y el mago.

—¿Y cómo era?

—Un chinorro... quiero decir, chino, o algo así... —respondió, y le contó todo sobre el truco de Chan Yu—. Y ha terminado con un traje de papel, como los que llevan en los entierros.

—La proverbial frugalidad oriental —respondió ella, con un deje irónico.

—Y sé cómo ha hecho el truco. —Niles le contó cómo había descubierto la técnica al concentrarse en el juego de cajas lacadas—. Aunque Holland no ha sido capaz de averiguar la solución. —Pero, bueno, eso era algo que Ada ya se habría imaginado;

Niles y Holland rara vez sentían lo mismo—. Y había un cerdo —continuó su nieto—, un cerdo de cinco patas.

—Vaya, vaya. ¿Cómo era?

Su nieto se rio.

—Me ha recordado al señor La Fever.

Ada comprendió el significado de aquella pequeña broma. El muchacho se había sentado en el escalón mientras ella se comía el helado. A través de la ventana abierta se escuchaba el suave sonido del saxofón de una orquesta de baile, en la emisora de la radio Atwater-Kent. Probablemente se tratase del programa *Tiempo de vals*, con la banda de Abe Lyman.

—¿Quieres escuchar *Espectáculo vespertino*?

—¿Es el siguiente programa?

—Ajá.

Desde su posición en el escalón, Niles solo podía ver la parte del salón que quedaba por encima del umbral. Las cortinas estaban abiertas para dejar entrar la brisa. Su mirada se desvió hacia *Madre y sus chicos*, que sonreía desde la chimenea. Ahí era donde la tía Vee y el tío George se habían casado; ahí mismo, en el salón. Recordó la historia de Torrie —ninguna otra persona de la familia la había mencionado— sobre cómo la tía Vee había bajado la escalera ese día, ataviada con su vestido de novia, y se había situado ante la chimenea, frente a los invitados. Y cómo, a mitad de la ceremonia, la abuela Perry había saltado de la silla, gritando, y le había arrancado el velo a la tía Vee; cómo se había aferrado a la barandilla de guirnaldas mientras la subían por las escaleras, arañando la madera; cómo había aullado el día en que vinieron a llevársela.

Tras terminar el helado, Ada dejó la cuchara y el vasito de papel a un lado, limpió la tapa de cartón con su pañuelo y la guardó en su cesta de costura. Qué tranquilidad sentía, allí sentada, en aquella noche serena. La luna, parcialmente oculta por las ramas de los olmos, grababa sombras plateadas sobre la placa oscura del césped. Un pájaro nocturno cantaba. Los grillos habían organizado un concierto. Las tablas del suelo respondían a los chirridos de la mecedora. El zumbido de los rieles metálicos anunciaba la cercanía del tranvía. En la negrura que había más allá de la terraza, más allá de la luz eléctrica, un enjambre de luciérnagas volaba suspendido en el aire; sus tórax y sus abdómenes emitían un código morse de puntos y rayas fosforescentes; mensajes secretos, pensó Niles, dirigidos a él.

—De camino a casa me he encontrado con la señora Pennyfeather. Me ha dicho que iba a pedirte que prepares las flores para la misa de este domingo.

—¿Sí? Eso sería estupendo. Tengo que pensar cómo hacerlo. ¿Qué tal está Laurenza?

—Bien. Quiere que vaya todo el mundo.

La señora Pennyfeather se encargaba del coro de la iglesia, bajo la supervisión del profesor Lapineaux. Vivía con su esposo en una casa de la misma calle, a unas manzanas de distancia. En vez de alcalde, Pequot Landing tenía una junta municipal de concejales. Simon Pennyfeather, que era ciego, ocupaba desde hacía muchos años el cargo de primer concejal. Había sido el amigo más antiguo de Vining, y el albacea de su testamento. Cada año se celebraba una cena conmemorativa en honor del abuelo Perry, y las bromas de Simon Pennyfeather siempre conseguían que los asistentes se

rieran a carcajadas.

—¿Qué te pasa? —preguntó Niles. De repente, Ada había fruncido los labios y se había apretado el regazo con las manos.

—Nada. No me pasa nada. —En realidad, estaba luchando contra el terrible dolor que sentía en los dedos.

—¿Te duele? ¿Otra vez?

Asustado, el muchacho fue corriendo a la cocina y sacó unas pastillas del bote que había sobre el fregadero: codeína, para aliviar el dolor.

—¿Se te ha pasado? —le preguntó, una vez que Ada se tragó una, con ayuda del agua que él le había traído.

—Se me pasará enseguida —respondió. Niles cogió el vaso y lo llenó con cerveza de raíz recién sacada del refrigerador. Añadió varios cubitos de hielo y exprimió encima medio limón para que estuviera ácida, tal y como a ella le gustaba. Regresó junto a su abuela, que tomó un sorbo de la bebida, y luego dejó el vaso en la mesa—. *Spasibo* —se lo agradeció; aún le costaba un poco respirar. Niles volvió a sentarse en el escalón; al cabo de un rato, el rostro de la anciana pareció relajarse y recuperó su color natural. Echó la cabeza hacia atrás, y la mecedora empezó a balancearse, *ñic-ñac*, sobre la alfombrilla de rafia que había bajo sus patas. Los rasgos de Ada mostraban una expresión que su nieto no lograba descifrar. Tenía los ojos cerrados y movía la cabeza al compás, como si estuviera escuchando una música que sonara solo en sus oídos.

¿En qué estaría pensando, se preguntó Niles, con esa pequeña sonrisa que le bailaba en la comisura de los labios? Como en respuesta a aquella pregunta tácita, la anciana hizo una mueca y arrugó la nariz.

—Aj —dijo, sin levantar los párpados—. Tchaikovsky... interpretado al saxofón. El saxofón es un instrumento diabólico.

La que así hablaba era la rusa que había en ella. Ada Katerina Petrichev. Y, siendo rusa, ¿por qué no debería tener a un Tchaikovsky en estado puro? Le recordaba su infancia, la vieja Rusia, esa Rusia imperial que existía antes de los bolcheviques y la Revolución. Le encantaba relatar cosas de su infancia. En ocasiones Niles y Holland se acostaban en la cama de Ada, uno a cada lado de su abuela. En esas ocasiones, la anciana calentaba con los dedos unos pequeños bloques de cera de colores, para hacer figuritas con ellos —ranas, unicornios, ángeles— mientras les contaba historias de tiempos pasados.

Historias de la gran finca, la *dacha* —esa casa de campo a las afueras de San Petersburgo—, donde su padre trabajaba como mayordomo. Su madre era el ama de llaves; sus dos hermanas pequeñas, camareras, y Ada Katerina, la costurera de Madame, la gran señora de la *dacha*, y de su hijita. ¡Qué ágiles eran los dedos de Ada Katerina! Eso decía Madame.

Era costumbre que los sirvientes empezaran a trabajar temprano. Pero Ada Katerina se levantaba antes que los demás; retiraba las sábanas de su cama de hierro blanco, se arrodillaba en el suelo, rezaba ante su icono; luego se vestía, salía al exterior y caminaba sola por el sendero que había entre los campos de girasoles silvestres. Aquellos campos se extendían tan lejos, en todas direcciones, que parecían no tener fin; se alejaban del sendero en suaves ondulaciones, hasta donde alcanzaba la vista, meciéndose y balanceándose como un mar de oro. Ada Katerina pensaba que los barcos podrían navegar sobre aquel mar, alejándose para siempre sobre las olas de flores, tan altas como un hombre.

Allí, en el camino, sentía que el mundo entero era amarillo y tranquilo; tan enorme que ella ni siquiera podía intentar imaginarse su verdadero tamaño. Estar sola en ese mundo de girasoles significaba estar en paz. Y era algo suyo, solo suyo; de ella, para ella.

—Siempre iba allí sola, porque no quería hablar ni contar chismes, como las otras chicas, que no hacían más que cotorrear. E iba descalza; sí, siempre. Ada, con los pies desnudos, sin importar lo que dijera *mámushka*. En aquella época no tenía callos y era una delicia andar descalza. Entonces pensaba en la nostalgia que sentiría si tuviera que abandonar mis girasoles, y en lo feliz que mi corazón se sentía estando allí. Y podía ver cosas. Es decir, percibía una clase de cosas en otra clase de cosas diferente... Cosas que en realidad no estaban allí. Y veía caras y figuras en casi cualquier sitio, en todo: en las nubes, en los árboles, en el agua. Incluso en el techo.

Ah, sí, también tenían una cara allí, en *aquel* techo.

—Y después vino el juego.

Ooooooh, el juego.

Recostada en las almohadas de su cama de hierro blanco mientras se cepillaba el pelo, comentaba con modestia:

—Bueno, el juego no es tan difícil, ¿sabéis? No es nada especial. —O eso decía, aunque ellos sabían que no era cierto—. No es más que un pequeño juego de simulación. Tiene su truco, ¿sabéis? Solo... Bueno, solo hay que pensar, eso es todo. Eliges algo y lo observas. Enseguida notas que lo estás mirando, y mirando, y mirando... Y piensas en esa cosa, solo en esa, con mucha intensidad, y quizá aprietas los ojos con fuerza, y recuerdas, y la imagen de esa cosa sigue ahí, detrás de tus párpados, y el sol crea puntos de colores tras ella, y luego abres los ojos y puedes ver *cómo es* esa cosa en realidad; *lo que es* en realidad. Lo miras y penetras en su interior.

—Pero es solo un truco, ¿no?

—Exacto. Creo que sí; pero un truco ruso —añadía, como si aquello lo explicara todo.

—¿Pero cómo funciona? ¿Cómo?

—Bueno, los rusos, por así decirlo, sienten más que la mayoría de la gente. Sienten en profundidad. Sospecho que los rusos cuentan con un sexto o séptimo sentido que Dios no ha dado a las demás personas. Tienen mucha... ¿Cómo se llama? —Se quedaba pensando un momento—. Visión. Exacto, esa es la palabra. Visión interior. El ruso es un pueblo místico, y —añadía bromeando—, cuanto más borrachos están, más místicos se ponen. Son incluso peores que los irlandeses.

Pero *ellos* —Niles y Holland— también podían hacerlo.

—Pues claro que sí, sois medio rusos. ¿Qué esperabais?

Pero cuéntanos más cosas. ¡La historia de la niña pequeña y el perro, ese perro rabioso que siempre estaba al acecho! Y se entusiasmaban, a la espera de aquella narración tan familiar.

—Bueno —Ada siempre comenzaba la historia de aquel mismo modo—, ese maldito perro tenía aterrorizados a todos los lugareños. Era un gran perro de raza rusa que servía para atacar a los lobos, y que pertenecía al guardabosque; se llamaba Zoltan. Un día, estando yo en la linde del bosque, lo veo pasar entre los talones de Wasili, el guardabosque, y lo miro, y se me ocurre algo que nadie ha pensado nunca: ese perro, Zoltan, está rabioso. —Se tocaba la frente al decir esto—. No del todo aún,

pero poco le falta, y hay que vigilarlo. Me digo a mí misma: «Cuidado con los perros rabiosos que esperan al acecho; porque, si acechan ahora, luego morderán». Entonces concluyo: «Y, si muerden una vez, morderán otra». Oigo que mi mente me dice esto, dos o tres veces, cada vez que pasa Zoltan, y sé que es cierto. Bueno, pues una tarde Madame está en el cenador con su hijita y algunas otras damas, y les traigo *korzínokha*, té y pastelillos en una bandeja, y los hombres están lejos, cerca de las escaleras de piedra que hay en el campo de croquet. Todas las damas están hablando entre ellas, y yo estoy preparando las cosas del té y veo que la niña baja los escalones y pisa la hierba del croquet; y detrás de ella, al borde del césped, junto a los árboles, está el matorral, tan oscuro y malvado, con zarzas llenas de espinas; y me olvido por completo de las cosas del té mientras miro y miro ese matorral. Estoy pensando: ¿qué hay ahí? Y me digo a mí misma: «Bueno, me ha dado un escalofrío». Ahora, de repente, el pelo de la nuca se me eriza; lo noto y me levanto de la silla con todas las cosas del té, que caen al suelo, y mi mano se extiende para detener lo que sea, lo que sé que va a suceder.

Sí, asienten los nietos solemnemente, porque también ellos saben lo que va a suceder, y esperan sin aliento a que ella continúe. Ahora viene la mirada de asombro en el pálido rostro de Madame, su exclamación cuando su costurera sale corriendo del cenador. Ada Katerina atraviesa el césped hacia la niña, que sonrío a los jugadores de croquet, ignorantes de lo que está ocurriendo. Pero ocurre, y Ada arranca de allí a la pequeña justo cuando Zoltan, el gran perro rabioso, salta de la espesura en la que está al acecho, con sus terribles mandíbulas blancas y espumosas. Intenta comerse a la chiquilla... («¡Aj, qué mandíbulas tan fuertes, qué dientes tan afilados...!») Pero, en su lugar, muerde con ferocidad la pierna de Ada, intentando derribarla al suelo. Ada consigue escaparse, aunque la parte trasera de su vestido queda atrapada entre los dientes del perro y, perdiendo sangre, corre a refugiarse en el cenador, y allí entrega a la niña a los brazos de su agradecida madre y luego, ay, qué dolor cuando el médico le trata ese terrible mordisco en la pierna, que, a día de hoy, aún hace que Ada cojee cuando el clima se vuelve frío, o cuando está cansada o molesta.

Entonces Madame tomó bajo su tutela a la valiente Ada Katerina, le regaló dinero y también un vestido, uno de su propio guardarropa, y cintas para el pelo, y no dijo nada sobre las tazas de té rotas, aunque eran caras. Pero qué extraño, pensó Madame, que Ada supiera lo del perro rabioso que acechaba en la espesura. ¿Cómo podía saberlo? Pero todo lo que la joven respondía a sus preguntas era «cuidado con los perros rabiosos que esperan al acecho; porque, si acechan ahora, luego morderán»; y siempre agregaba: «y, si muerden una vez, morderán otra». Así que por la zona se extendió la noticia de que Ada Katerina tenía el Don; y le decían en broma: Ada Katerina, sé una abeja, una flor, un búho...

A veces, por las tardes, Madame llamaba a su costurera —que ahora, además, tenía el privilegio de leer para la señora—; le había concedido permiso para salir al cenador, donde se recibía a las damas y a los caballeros de alcurnia; y allí acudía Ada Katerina, muy tímida, con su nuevo vestido bordado de flores; pero también llevaba en el cabello cintas trenzadas que le colgaban sobre los hombros como las de los gitanos, lo que le daba un aspecto misterioso. Se sentaba en un taburete a los pies de los grandes señores, y les explicaba cómo era ser una abeja, una flor, un búho.

Aaaaah. Sí, a Holland y Niles les encantaba esa parte. Pero ¿qué pasó con Zoltan? ¡No nos has contado lo que le pasó al perro que acechaba!

—Ya basta, niños, es hora de que os vayáis a vuestras camas.

No, no. *Pozháluista, pozháluista!* Y tironeaban a su abuela del pelo, cada uno por su lado, hasta que ella continuaba con la historia.

—Aj, ese maldito perro. Como sabéis, los rusos son el pueblo que más cariño tiene a los animales del mundo entero. Tanto que los aman igual que a las personas, incluso cuando han hecho algo malo. Así que Wasili, el guardabosque, no se deshizo del perro; se negaba a creer que estuviera rabioso, y se limitó a atarlo en los establos. Pero, una noche, Wasili, que había salido a caballo en busca de cazadores furtivos (o eso creían todos), volvió a casa borracho, eso dijeron, porque se le oía cantar en el bosque. Bueno, cuando llegó a los establos aquellos, el caballo se asustó de ese perro Zoltan y debe de haber tirado a Wasili al suelo y, antes de que te des cuenta, ¡Zoltan le ha arrancado la garganta a Wasili!

Aquí, Ada se ponía nerviosa. Era evidente, porque su inglés siempre empeoraba cuando le pasaba eso. Y a veces se estremecía ante aquel recuerdo y, riendo, decía que había sentido un escalofrío.

¡Ahora cuenta algo del abuelo! ¡Sí, del abuelo!

Bueno, pues sucedió que Ada Katerina se enamoró del hijo del jardinero, el que cuidaba las rosas de Madame; se llamaba Pavel Vedrenya, y sabía todo lo que había que saber sobre las flores. Y, cuando reunieron suficiente dinero, se casaron. Él compró unos billetes para ir a América; y así, el reloj que se encuentra en la parte superior de las escaleras llegó a la pequeña casa en Baltimore. Ada y el abuelo vivieron allí muchos años, hasta que él murió. El abuelo tenía allí un invernadero lleno de plantas y flores, que luego vendía. El resto de su familia había muerto, así que Ada compró a sus hermanas, Josephine y Fania, que se llamaba Fanuschka, un billete para que también pudieran venir a América.

Pero siempre había girasoles, sus queridos *podsólniechniki*, porque Ada los plantaba para que le recordaran los campos de San Petersburgo, y a la Ada Katerina que había sido, y que ahora era Ada Vedrenya; girasoles en su jardín, junto a la valla, junto al garaje. Y, cuando llegó a Pequot Landing, puso semillas en la tierra detrás de la cochera, y allí crecieron; y estas flores eran sus favoritas de entre todas, porque cada una de ellas tenía su rostro girado hacia el sol para saludarla en las mañanas de verano. «Porque el girasol posa en su dios, cuando este cae, / la misma mirada que posó en él cuando se elevó.» Había encontrado aquellos versos en un libro y los había copiado; le gustaba el pensamiento que contenían. Pero, con el paso de los años, aquellas flores le iban recordando cada vez menos a su viejo país, y cada vez más a sus nietos, y a sus flequillos iguales, de color amarillo brillante, como la luz que irradiaban los girasoles; y era verdad que, para ella, las caras de los niños también irradiaban luz. Solo algunas veces —como esta noche, con la música de Tchaikovsky en la radio—, Ada se permitía recordar los vestidos bordados de blanco, y las cintas para el pelo, y las suaves tardes pasadas en el cenador de la gran *dacha*, en San Petersburgo.

Ñic-ñac, sonaba la mecedora. La música había cesado. Ada abrió los ojos y sonrió con melancolía a Niles.

—Tchaikovsky con saxofón —murmuró—. Es como el salami. Aj, no debería quejarme, en realidad apenas había escuchado a Tchaikovsky antes de venir a los Estados Unidos.

—¿Por qué?

—En Rusia no había posibilidad de que escucháramos música, excepto la que Madame tocaba a veces al piano. Pero siempre eran canciones en francés, nada como Tchaikovsky. Y en Rusia, cuando yo era una niña, no había música para la gente pobre, excepto la que hacíamos nosotros mismos. ¡Aj, cómo adoro la música!

—Entonces los rusos deberían ser más felices hoy en día.

—¿Y eso por qué?

—Porque ahora hay música para la gente pobre.

—Para la gente pobre, eso sí. Pero no estoy segura de que sean más felices. —Y, por la tristeza de su voz, se adivinaba cuánto echaba de menos la vieja Rusia.

—Echas de menos aquellos girasoles —dijo Niles. Extendió la mano para tocar la de su abuela, salvando el espacio que había entre ellos—. Pero aquí también tenemos; no muchos, pero sí algunos —añadió, como pidiendo disculpas por la escasez de flores—. Y mariposas. Te encantan las mariposas.

—Aquí todos los girasoles tienen polvo en la cara —respondió Ada. Luego se quedó en silencio durante unos instantes, pensativa—. Bueno —dijo al fin—, tendré que elegir las flores para la misa del domingo, ¿no? Llevaré espuelas de caballero, creo, y coreopsis; tal vez añada también algo de velo de novia, si veo que los brotes tienen buen aspecto.

Espuelas de caballero. Coreopsis. Niles recordaba esas mañanas brumosas en que el sol era apenas un disco blanco que se adivinaba a través de la niebla, en las que despertaban a Ada temprano y la guiaban hasta la pradera aún húmeda. Ella recogía ranúnculos, margaritas y rosas silvestres; también seleccionaba otras que crecían entre los macizos de flores: pensamientos, con caras que parecían leones orientales; violas, petunias; y luego organizaba procesiones florales, con figuras a base de corolas y pétalos: caballos creados con boca de dragón, que tiraban de carruajes hechos de zanahorias silvestres.

—O tal vez un poco de iris —pensó en voz alta—; un ornamento a cada lado del púlpito.

—No, mejor un centro, uno grande; y lo pones en la mesa, debajo de donde está ella.

Ella. La sonrisa de Ada se ensanchó. «Ella» era la figura de una de las vidrieras, el Ángel de la Anunciación, que llegaba con la buena nueva. Un hermoso trabajo que lo mostraba mientras descendía a la tierra con sus gigantescas alas luminosas, portando un lirio en la mano. Fue Niles quien le puso nombre: «El Ángel del Día Resplandeciente»; una criatura de apariencia amable y afectuosa que el muchacho identificaba con un espíritu guardián.

Ada se incorporó del respaldo de la mecedora.

—¿Qué has dicho? ¿Zanahorias silvestres?

Él no había *dicho* nada; aquella imagen solo había aparecido en su pensamiento. Aun así, disimuló:

—Claro. En el prado hay muchísimas. Mañana puedo coger algunas y traértelas.

Su abuela le había leído la mente, igual que lo hacía Holland. Entre ellos existía un vínculo innegable. Era como si un cordón invisible pasara de su cabeza a la de Ada, y pudieran telefonarse entre ellos, sintiendo los pensamientos del otro. Niles siempre sabía lo que su abuela iba a pedirle, incluso antes de que ella abriera la boca: un libro de la biblioteca, su labor de aguja, un vasito de helado, que le diera su avena al gato...

Solo que ahora no había necesidad de avena, claro: el gato estaba muerto.

—¿Y qué más has visto en la feria? —preguntó Ada.

Tras pensarlo un momento, Niles le describió el bebé del tarro.

—Aj, no deberían enseñarles esas cosas a los niños. Te provocará pesadillas.

—No, nada de eso —le aseguró—. Pero sí ha hecho enfadar a Holland. Ha golpeado el tarro con la mano y ha salido corriendo... Aunque, en realidad, ya estaba enfadado de antes.

—¿Sí? ¿Y por qué razón?

—La vieja Rowe.

Su abuela le lanzó una mirada reprobatoria.

—La señora Rowe, quiero decir. —Su nieto estaba encorvado hacia delante, con los ojos fijos en el enjambre de luciérnagas—. Dot-dit dit-dit dit-dot-dit-dit dit dit-dit-dit.

—¿Qué es eso?

—Código morse. De las luciérnagas. Es mejor que el receptor de cristal de nuestra radio. —La miró con ojos esperanzados—. ¿Puedo hacerlo ahora?

—¿Hacer qué?

—El juego.

Aj, el juego. Esta noche se sentía cansada. Por lo general, no consideraba que nada de lo que la familia le pidiese fuera una pérdida de tiempo ni de energía. ¿Arreglas esto, por favor? Haz eso, ¿quieres? Sé esto. Juega con los niños. ¿Jugamos al juego? Era su juego, el de los tres. Torrie no formaba parte del grupo. Por desgracia, no tenía interés en practicarlo; lo llamaba «lanzar el hechizo», bromeaba sobre los gitanos y las supersticiones rusas. Pero los gemelos eran otra historia. Eran capaces de adivinar el concepto, de apoderarse de él sin dificultad. Sí, la mente de Holland a veces divagaba; perdía la concentración por cualquier tontería o broma casquivana que le pareciese divertida. Pero Niles... Ah, Niles era diferente. Aquello era innato en él, resultaba tan adecuado a su carácter... ¡Lo conseguía con una rapidez increíble! Miraba y miraba y miraba. Y enseguida *sentía*. Y *sabía*. El conocimiento le llegaba como si de repente se hubiese encendido la luz.

Sí, era un juego muy interesante e inofensivo; incluso saludable. Y tan divertido...

Pero Niles, se dijo a sí misma, necesitaba un poco de vigilancia; parecía que lo acechase algún tipo de peligro. A veces parecía que estuviese hipnotizado. ¿Y quién de la familia podría olvidar la desgarradora experiencia del gallo? Gallito, lo llamaban; condenada criatura, la maldita ave.

Desde el desconcertante incidente de Gallito, Ada se había dedicado a observar con atención, con cautela, en busca de signos similares. Pero no había encontrado ninguno; solo la percepción —cada vez más acrecentada— de una mente fuera de lo común. En otra persona menos consciente —por ejemplo, Holland—, podría llegar a producir, como mucho, una imaginación extremadamente desarrollada. Pero, si Niles alimentaba aquel don, ¿hasta dónde sería capaz de llegar? ¿Se convertiría en un genio? ¿En un vidente? ¿En un profeta? Cuando llegase a la edad adulta, ¿habría algo que no fuese capaz de lograr? Cada noche, Ada rezaba por ello.

Aquel don... ¿Estaba mal? ¿O, por el contrario, había que potenciarlo? No; mejor dejar las cosas tal y como estaban. Que siguieran su curso natural; con el tiempo, aquel entretenimiento quedaría atrás. No era más que un juego de niños, y los niños tienen que crecer, ¿verdad? Aunque, ¿*de verdad* tienen que crecer? No, todavía no, espera

un poco más. Cómo le gustaba complacer a Niles, cómo se deleitaba en sus caprichos y fantasías infantiles, en su forma de insistir —como si estuviera jugando al gato y al ratón—, en sus ficciones cautivadoras. Amaba aquel rostro inocente, aquellos ojos que se abrían maravillados mientras la mente trabajaba. Con el tiempo, seguramente superaría aquello; dejaría de creer, igual que hacen todos los niños con Papá Noel. Pero tienen que soñar; en eso consiste la niñez, ¿no? La infancia no dura más que unos breves veranos; el invierno se alarga durante el resto de la vida, tan oscura y fría. No... Aún no; aún no.

—¿Podemos? —insistió Niles en tono persuasivo.

¿Cómo? Ah, sí, el juego. Pero ya era muy tarde.

—Es hora de irse a dormir, chiquillo —respondió.

Pero el muchacho argumentó que Holland todavía estaba levantado. *Pozháluista, pozháluista*, ¿solo una vez? Su «por favor» fue tan ferviente y su sonrisa, tan agradable que la abuela no se sintió con fuerzas para negarse. Inspiró profundamente y señaló con la cabeza a las luciérnagas.

—Muy bien, mira allí. Dime, ¿cómo son? ¿Qué se siente? —Mientras esperaba a que Niles se concentrara, se puso a jugar con la alianza de oro que llevaba al dedo.

Luciérnagas. Insectos de luz. ¿Cómo son? Pequeños pulsos, semillas brillantes diseminadas en la oscuridad. Esa es su apariencia. Pero ¿qué se *siente*? Estrellas verdes y frías, a años luz de distancia; su brillo proviene de capas de células especializadas. Puntos de neón en miniatura. No... El neón es frío. Esto está... caliente, más bien. Moscas de fuego, chispas candentes en el viento nocturno. Sí, eso es, ahora sí que se está acercando... ¡Fuego! En las horquillas que forman las ramas de olmo, la llama de la luna queda atrapada en las telarañas; sus patrones escalonados parecen estar cubiertos de polen dorado, que arde en la noche vaporosa. ¡Ahí! ¡Y ahí! Los puntos luminosos se encienden, ahora saltan para prender fuego a la noche; las sombras bailan mientras las cenizas se arremolinan hacia arriba, como nieve negra; succionan el fuego verde, lanzan la muerte en espiral hacia el cielo nocturno... La muerte... y el horror...

Estaba temblando. Se le había puesto la piel de gallina entre la pelusa rubia que le cubría los brazos. Se los frotó, riendo.

—Porras, ese sí que ha sido un escalofrío de los buenos. —Se levantó del escalón—. Vaya, casi es la hora de *Espectáculo vespertino*. ¿Te apetece oírlo? ¿No? Bueno. ¿Quieres que te lleve a la habitación tus cosas de costura?

La anciana asintió sin decir palabra. El muchacho retiró con cuidado las labores que ella tenía en el regazo y lo puso todo en la canasta. Le dio a su abuela un beso de buenas noches, abrió la mosquitera y entró en la casa, llevándose consigo la cesta y la muñeca-lámpara de Torrie. Ada permaneció un poco más en la mecedora, balanceándose. Notó que la noche cálida se enfriaba a su alrededor. Y, mientras se masajeaba distraídamente los nudillos hinchados, el miedo se deslizó en su mente; tan silencioso, tan sigiloso, tan imperceptible que la pilló por sorpresa.

Niles subió a la habitación de Torrie y Rider y le entregó a su hermana la muñeca-lámpara. Luego regresó a la sala de estar del piso superior; había dejado allí la cesta de costura de Ada, junto al poste de la escalera. Recorrió la galería y abrió la puerta. La habitación tenía un aspecto limpio y sobrio. Aparte de una cómoda, una silla de respaldo recto colocada junto a una lámpara, una cama de hierro pintada de blanco —

como aquella en la que su abuela acostumbraba a dormir cuando vivía en Rusia— y la alfombra azul y blanca que ella misma había tejido, la habitación estaba casi desnuda. Tan solo colgaba de una pared un pequeño icono de marco dorado. Se podría decir mucho sobre Ada observando su habitación; o eso pensó Niles, mientras colocaba la cesta de las labores junto a la silla. En el escritorio había un gran libro ilustrado, con grabados antiguos de la Biblia y otras obras de la literatura universal; un tomo cuyas páginas Holland y él se sabían ya de memoria. *El Doré ilustrado*. Levantó la cubierta y leyó la caligrafía fina y sinuosa del interior. «Ada Katerina Vedrenya. Baltimore, Maryland, 1894.» Un ligero aroma surgió de entre las páginas: su abuela las usaba para prensar flores. Dejó caer la tapa, cerró con suavidad la puerta a su espalda, bajó por el pasillo y apretó el paso hacia su habitación, en el ala trasera de la casa. No quería perderse el comienzo de *Espectáculo vespertino*.

Los auriculares de la radio estaban en la cama de Holland. Se los puso, se acostó sobre la colcha, sintonizó la frecuencia y escuchó. La música de esta noche no era muy buena, así que se entretuvo observando el rostro que parecía formarse partiendo del centro de la mancha de humedad que había en el techo: dos ojos, una nariz, una boca. Una cara familiar. Pero ¿de quién? ¿De quién?

Porras, qué programa tan malo. Cuando el espacio radiofónico terminó, Niles bostezó, se quitó los auriculares y fue a abrir la ventana que miraba al sur. A lo largo del camino, los abetos se destacaban contra el cielo como formas verdinegras; parecían un panteón de dioses barbados: Wotan, Fafnir, Thor; sus brazos se estiraban, moviéndose, alargándose hacia él en el viento. Oro, oro; eso era lo que anhelaban; el oro de los nibelungos; el oro del Peregrino.

De vez en cuando, el cielo se teñía vívidamente, cuando los fuegos artificiales estallaban y descendían sobre los espacios verdes. En el camino cercano al pozo, la bomba de agua proyectaba una sombra parecida a la de un centinela; la joroba de la luna creciente ascendió en el cielo, arrancando brillos blanquecinos de los fragmentos de grava. Se oyó un silbido; una línea de humo apareció más allá de las oscuras copas de los árboles: un tren serpenteaba a lo largo de la vía que iba bajo la carretera. *Chuuuu-chuuuuu* sonó, mientras pasaba junto a la planta embotelladora de Rose Rock, en Church Street. Un sonido solitario, sí, pensó Niles; aunque no tanto como el traqueteo, el martilleo, el estruendo metálico del tranvía de Shadow Hills. Ese era el sonido más solitario del mundo...

A medida que el ruido del tren desaparecía hacia el norte, desde el sur le llegó el sonido del tranvía, el Babylon Express, que traqueteaba por la vía, proveniente de Talcotts Ferry. Puedes poner en hora el reloj con ese tranvía, solía decir Padre: siempre pasa con cinco minutos de retraso. Se veía cada vez más grande, con sus luces deslumbrantes, aunque venía sin pasajeros. El solitario conductor parecía perdido en sus pensamientos —¿su esposa?, ¿su casa?, ¿la cena?—; tenía los pies bien separados para mantener el equilibrio mientras el vagón se bamboleaba sobre los rieles.

Ding-ding-ding.

Ahí va, seguro que con cinco minutos de retraso —Niles consulta el reloj—: el Shadow Hills Express, de camino a Babylon. Final de línea. Escucha la campana —*ding-ding-ding*— mientras el tranvía pasa estrepitosamente junto a la casa.

Deseaba tanto subirse al viejo expreso de Shadow Hills... Sentarse en uno de aquellos sitios cubiertos de paja, llegar hasta Babylon, hasta el final de línea...

¿Shadow Hills? ¿Las colinas de la sombra? ¡Qué nombre tan evocador! Ah, no es más que un nombre como otro cualquiera; eso le había dicho Winnie cuando Niles le preguntó al respecto. No es más que... un sitio, un sitio como cualquier otro; eso era todo. No, las colinas en realidad no eran sombras; a decir verdad, ni siquiera eran sombrías. Sí, sus padres vivían por esa zona; y también Jennie, su hermana; su padre trabajaba reparando los vagones en las cocheras de la línea. ¿Pero era verdad lo que Holland decía? Por lo que comentaba, Babylon era un lugar fabuloso. Toda una metrópolis: casi como El Dorado, con un enorme palacio, fastuosas escaleras, puertas de bronce, altas atalayas, banderines que pendían de los tejados cónicos de las torres. Winnie se echó a reír y negó con la cabeza. ¡Bobadas! En Babylon no había nada de eso. No era más que un sitio viejo y desolado, dijo; todo rojo, de ladrillo, con verjas de hierro y escalones que subían; un auténtico basurero; incluso mirándolo con buenos ojos, recordaba más a un fuerte que a un palacio.

Ding-ding-ding... Ahora el sonido se oía lejos, en la distancia...

Pero Niles quería verlo por sí mismo. A veces, cuando ese sentimiento de soledad lo invadía y anhelaba algo —no sabía muy bien qué—, de repente se le ocurría que sentía nostalgia por Shadow Hills, un lugar en el que nunca había estado. Qué extraño. ¿Cómo podías sentir nostalgia por un sitio que nunca habías visto? Babylon, Babilonia: final de línea. Y Holland no hacía otra cosa que encogerse de hombros y entonar su cancioncita: «¿Cuántas millas hay hasta Babilonia? Sesenta más diez. / ¿Puedo ir a la luz de una vela? / Sí, y también volver».

Se había desplazado hasta la ventana oeste, desde donde podía mirar más allá del granero; ahí estaba la veleta del halcón peregrino, inmóvil a la luz de la luna, con la cola hacia el este y el ojo ambarino fijo sobre el río. Contra la banda de luz plateada del agua se recortaba el sicomoro muerto. En verano te podías balancear agarrado a su tronco y saltar al arroyo; en invierno lo podías usar como refugio, y quemar neumáticos viejos cerca de su base para calentarte mientras patinabas en la corriente helada. De forma borrosa, Niles recordó que fue allí donde Billy Talcott se había ahogado, bajo el hielo. Había ocurrido en el aniversario del nacimiento de George Washington. Niles, que estaba guardando cama por culpa de unas anginas, se había levantado para ir al baño. Al pasar frente a la ventana, había mirado hacia el río. El pobre Billy, con su cojera, tan solo podía renquear sobre el hielo; pero, cuando este cedió, se encontraba lo bastante cerca de la orilla como para que Holland, que estaba atizando el fuego, pudiera haberlo rescatado. En vez de eso, Holland echó a correr; corrió y corrió, dejando que Billy se congelara en el agua helada.

Niles se giró. Holland acababa de entrar en la habitación, y se había dejado caer sobre la cama.

—¿Has ido a ver los fuegos artificiales? —le preguntó Niles.

—No. —Su hermano estaba mirando fijamente la mancha de humedad marrón que había en el techo, justo sobre su cabeza.

—¡Qué bonito! —exclamó Niles. Un cohete había explotado en la distancia. No hubo respuesta. Holland volvía a estar de mal humor. Niles buscó un tema agradable que aliviase la tensión.

—¿Qué te hace tanta gracia? —quiso saber Holland.

—Solo estaba pensando...

—¿Sí? —Holland miró a su hermano.

—Estaba pensando en ese cerdo de cinco patas que había en el carnaval. ¿Te

acuerdas del señor La Fever?

Se echó a reír de nuevo. Aquel hombre, el padre de Arnie, no solo tenía tres piernas, sino que también resultaba escandaloso, aunque no por su extremidad extra. El señor La Fever, que trabajaba en el espectáculo de los hermanos Ringling, había provocado un gran revuelo en la ciudad al dejar embarazada a una chica. Había sucedido hacía algunos años; el encuentro —según él mismo confesó después— había tenido lugar en la plataforma de equipajes de ese depósito de carga que había frente a la planta de embotellado de Rose Rock, en Fenstermacher. La muchacha, una criada interna que habían traído del Reformatorio Femenino de Middlehaven, quedó destrozada cuando volvieron a encerrarla; y su amante de tres piernas, que estaba casado, se trasladó a los cuarteles de invierno que el circo tenía en Sarasota. Dieron al bebé en adopción. En Pequot Landing aún se seguía hablando de aquello. Arnie se enfadaba cuando alguien hacía bromas sobre su viejo.

—Guarda eso en alguna parte —gruñó Holland. Sin darse cuenta, Niles había empezado a agitar la lata de Príncipe Alberto. Reflexionó sobre lo que contenía. El Peregrino de los Perry. La Cosa. La Cosa era espantosa: por supuesto que sí. Trató de no pensar en eso, de apartarlo de su mente. Todo aquello había sido obra de Holland. Él lo había decidido así. Sin embargo, era Niles quien debía guardar el Secreto...

Sí, y ahora estaba recibiendo la Mirada:

—Te he dicho que no lo lledes encima.

Escarmentado por la regañina, Niles se puso a pensar en posibles escondites.

—¿Dónde lo guardo? ¿En el compartimento?

Holland negó con la cabeza. Toda la familia sabía que Padre había incluido unos compartimentos secretos en los cofres a juego que les había fabricado. Incluso Winnie estaba al corriente. Cogió la lata de Niles y se dirigió a la pared que había junto a la puerta del armario. Allí, colgando de unos ganchos, estaba el escritorio chautauqua, un regalo de Ada para los gemelos. Incluía una pizarra con pequeñas gavetas, espirales de alambre para dejar las tizas y un gran rollo de imágenes a todo color que subían y bajaban, ilustrando historias de la Biblia. El conjunto también contenía otras piezas que instruían sobre temas no solo relacionados con la naturaleza y la paleontología, sino también con la biología, la astronomía, la mitología y otras materias. Holland retiró uno de los ejes, escondió la lata de tabaco tras el tambor de las imágenes y lo recolocó todo en su posición inicial.

Niles negó con la cabeza.

—No es buena idea. Madre encontró el dólar de la Guerra Civil que había ahí detrás, ¿recuerdas?

Holland giró el cilindro hasta que la imagen mostró a *Jesús pronunciando el Sermón de la Montaña*.

—Madre ya no viene por aquí —dijo con frialdad. Entonces algo que ocurría cerca de la ventana atrajo su atención. Soltó una exclamación, apagó rápidamente la lámpara que había entre las dos camas y corrió de nuevo hacia la ventana—. ¡Niles! —llamó.

—¿Qué?

—Acércate. ¡Mira esto!

Enfrente, en el ala paralela a la suya, había una ventana iluminada, con la cortina echada. Al otro lado, se veía la sombra de un hombre que iba de un lado a otro: luz, sombra, pausa, luz, sombra, pausa. Apareció otra sombra más pequeña, con una

barriga prominente. Ambas se abrazaron.

—Son Torrie y Rider. —Niles podía escuchar la respiración de Holland. Hubo un silencio, y luego—: Sígueme. Vamos a ver qué hacen.

—¡Holland! —Niles estaba conmocionado.

—No te preocupes, hermanito, no se enterarán. —Holland hablaba ahora con un tono suave e invitador—. ¡Vamos!

Niles se vio empujado hacia la puerta. Su gemelo lo guio a lo largo del pasillo principal a la luz de una linterna, pasando frente al reloj de pie, hasta el ala norte. Luego le hizo subir unos escalones, atravesar una puerta que daba al rellano, volver a bajar y entrar en el trastero. En las paredes danzaban sombras maníacas; los baúles se apiñaban como ataúdes panzudos; el maniquí se alzaba amenazante, con su pecho enorme y su cintura estrecha, mientras los alfileres clavados en su carne lanzaban destellos. Niles sintió que su mano rozaba una telaraña sobre la cuna de mimbre; la araña cayó al suelo, como una joya negra, y se deslizó detrás del caballo balancín. El chico se giró, nervioso, y se sobresaltó al toparse con su propio reflejo en la puerta-espejo del armario. Más allá se veía una luz; llegaba a través de una grieta que había en la pared más lejana. Siguiendo el camino marcado por la linterna, Niles se dirigió hacia allí, despacio y en silencio. Al otro lado del tabique se oía a alguien que hablaba en voz baja. A través de la grieta, parcialmente oculta por una cómoda, se veía la cama de Torrie y Rider con su dosel adornado con borlas. Torrie estaba tumbada sobre el colchón, sin ropa; una sábana arrugada descuidadamente le cubría los pies. En la mesita de noche, la muñeca-lámpara de Niles arrojaba una luz cálida sobre los delicados contornos de su cara, sus pechos, su barriga hinchada. Rider apagó la luz del techo y se tendió desnudo junto a ella, acunándola en sus brazos. Al resplandor de la lamparita, repasó con su boca aquellos senos maduros; una mano oscura acarició suavemente el estómago femenino; los dedos se deslizaron despacio sobre el montículo del vientre.

—Ay —se rio ella—, el monstruito acaba de dar una patada. ¿Lo has notado?

—Mmm. —Rider agitó la cabeza entre los pechos de su esposa mientras ella trazaba con la mano la curva de la espalda masculina, a lo largo de la espina dorsal—. ¡Eh! —dijo de repente, levantando la mirada—. ¡Alguien nos está mirando!

Niles vio que Holland se sobresaltaba, retrocedía y apagaba la linterna.

—Esa cara... —continuó Rider, y Torrie volvió a reírse.

—Creo que es una monada —dijo, y se estiró para quitarle la falda a la muñeca-lámpara, de aspecto regordete y pícaro—. Vaya, lo ha hecho otra vez. —Guió la mano de su esposo para colocarla sobre su tripa prominente.

—Bueno, a ver si tenemos rápido a este bebé —dijo él con voz ronca—, para que podamos hacer otro.

Torrie le levantó la cabeza y lo miró, con una expresión lánguida, llena de ternura.

—Mi querido Rider. —Repasó las mejillas de su esposo con el dorso de las manos—. Va a ser una bebé adorable. Una bebé preciosa.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque lo sé. Niles me lo ha dicho. Me lo ha repetido mil veces.

—¿Y él cómo lo sabe?

—Por ese juego tonto que practican.

—¿Qué juego?

—Te juro que son como gitanos.

La voz de Torrie, amortiguada por la pared, empezó a explicar el mecanismo del juego; cómo antes Niles, Holland y ella misma intentaban ser un árbol, un pájaro, una flor; cómo ella pensaba que aquello era una tontería, y lo consternada que Ada se sentía por su falta de interés y habilidad. Un día de verano, Ada los había llevado a los tres detrás de la cochera y les había enseñado un girasol medio seco, uno gigante, que medía más del doble de la altura de los niños. Siguiendo las órdenes de su abuela lo habían mirado, habían intentado *saber*. ¿Cómo era? ¿De qué color, textura, altura, edad? Su olor. Caliente, frío. Áspero, liso. Ada les obligaba a concentrar sus jóvenes cerebros, a descubrir el corazón de aquella flor, su esencia; así lo llamaba ella.

—Tu mente está dispersa —le dijo a Holland, que no dejaba de enredar entre los girasoles, haciendo el pino y dando volteretas laterales; tenía un brillo travieso en los ojos, y una expresión enloquecida que a ella le recordó a don Quijote—. Mirad allí, mirad allí. —Ada los iba guiando de manera extraña a lo largo de un camino extraño, para jugar a un extraño juego de niños. Habían visto el girasol, lo habían observado, memorizado. Entonces la abuela preguntó: «¿Qué se siente?».

—¿Y sabes lo que dijo Niles? —continuó Torrie—. Dijo: «Me siento bonito». ¿No es maravilloso? Luego, un cuervo pasó volando y se llevó una semilla de la cara de la flor; y Niles se echó a llorar, dijo que le dolía. Y Holland...

—¿Qué hizo? —preguntó Rider.

—Se rio. Y Ada le ordenó que se callara. Pero recuerdo que dijo: «¿Entiendes ahora lo que significa poder *sentir*?». ¿Ves a qué me refiero cuando digo que son como gitanos? ¡De verdad! Aunque Niles es tremendo. A veces te sale con unas predicciones asombrosas.

—¿Ha predicho que vamos a ser ricos?

—No, pero dijo que la pradera del norte volvería a estar cubierta de cebollas, y el próximo año lo estará; y eso lo dijo cuando tú aún te estabas preparando para ser abogado.

—Lástima que no pudiera predecir lo de Vining o...

—Calla. Delante de la bebé, no.

Se apretaron más entre sí, acurrucados, cada uno en brazos del otro; susurraban, se reían, soñaban en voz alta. Torrie alisó la falda de la muñeca-lámpara que Niles le había regalado. Aseguró que la bebé sería preciosa, una niña, como él había predicho. Encontrarían el nombre perfecto para una niña perfecta. Sería un regalo digno de agradecimiento, ya que había sido concebida en la noche de Acción de Gracias; de la tormenta de dolor por la muerte de su padre había surgido la pasión; aunque habían planeado esperar hasta más adelante, Torrie deseaba reemplazar la vida perdida con otra nueva. Ahora, en agosto, daría a luz. Había concebido la esperanza de que fuera un varón, otro Vining que ocupara el lugar de su padre, pero Niles insistía en que iba a ser una niña.

Rider apagó la luz de la muñeca-lámpara. Poco tiempo después, los murmullos se convirtieron en la respiración uniforme propia del sueño.

—¡Narices! —masculló Holland. Extendió los dedos sobre la linterna y se puso a crear formas extrañas en las paredes. Niles lo siguió hasta el otro lado de la habitación. Cuando llegaron a la puerta, Holland susurró con fuerza—: ¡Así que eso es lo que estaban haciendo ese día! —Dio un empujón a la cuna, que empezó a mecerse en

silencio.

—¿Quién?

—Torrie. Rider. Estaban haciendo al bebé. Los dos juntos. En la noche de Acción de Gracias. Los vi.

—¿Que los viste? —Niles estaba estupefacto—. ¿Estabas *mirando*?

—Estaban en la cama. Tenían la luz encendida. Él estaba sobre ella; justo encima. Moviéndose. —Las palabras se iban formando en su garganta, secas, antes de que las escupiera para describir lo que había visto aquella vez a través de la grieta en la pared—. Con las luces encendidas. Maldito hermafrodita. Eso es lo que son: un hermafrodita. Mitad hombre, mitad mujer.

—El matrimonio es así.

—Bueno, pues yo solo te digo que no será un bebé bonito, como ella se cree. O como tú te crees. Será feo, blanco, con ojos saltones y una enorme cabeza. ¡Como el bebé del tarro! —Holland volvió a darle un golpe a la cuna, que empezó a mecerse violentamente. Lanzó un grito ahogado, tiró la luz al suelo y huyó de la habitación.

Niles se acercó a la linterna y la recogió. La radiante luz de la luna se derramaba sobre el alféizar en el que estaba el rey Cophetua, un guerrero muerto. En el cielo, las estrellas brillaban como la nieve, quebradizas y cristalinas, convirtiendo aquella noche de verano en un espectáculo invernal.

Mientras estaba allí, mirando a través de la ventana, Niles percibió algo extraño. La puerta mosquitera del piso superior, la que daba a las escaleras exteriores, se había abierto sin hacer ruido. Una figura apareció en el umbral: era Madre. Se quedó un momento en el rellano, dudando. Luego bajó con pasos apresurados; su blanca mano resbaló sobre la barandilla, con el esmalte de uñas brillando a la luz de la luna. Se deslizó sobre el césped en silencio, como un hermoso espectro; su ligera bata de color lavanda brillaba sobre la hierba oscura. Cruzó el camino de grava hasta llegar a los abetos, y se abrió camino entre sus oscuros troncos. Su figura de pálido azul violáceo casi se perdió de vista mientras avanzaba, pisando las agujas de pino del suelo. Al fin llegó al pozo. Se quedó frente a él largo rato, con los brazos caídos a los costados. En el suelo, el trébol formaba una mancha oscura alrededor de sus pies. Y, mientras Madre observaba la pesada cubierta que sellaba la boca del pozo, Niles tuvo la impresión de que estaba esperando a que aquella losa de cemento le hablara.

3

Pasaron varias semanas. Una mañana, Niles, sentado en la cocina, esperaba con paciencia a que la tía Josie terminase de retocarle la cara. El aspecto final tenía que ser siniestro; eso era lo que buscaban, el efecto que Holland perseguía: macilento, un poco decadente, ese tipo de individuo sórdido del que sospecharías que tiene malos pensamientos; incluso que le gusta hacerles cosas sucias a los niños. El cabello, con la raya en el medio, engominado, liso y repeinado hacia atrás; la tía Josie se había esforzado y había maquillado algunos mechones para darles un interesante aspecto canoso. Los rasgos de Niles habían quedado prácticamente borrados gracias a los polvos blancos; a eso se le añadía un toque de colorete (*rouge*, como ella lo llamaba, aunque lo pronunciaba *rus*) en las mejillas, un poco de lápiz perfilador alrededor de los ojos, las cejas resaltadas, la boca pintada de rojo; y, como toque final, un magnífico bigote curvo dibujado sobre el labio superior.

—Cielo, te pareces a ese señor Cafeína que sale en los anuncios de Postum —le dijo la tía Josie, en referencia a la famosa bebida descafeinada a base de cereales que tanto se publicitaba en los periódicos.

—Vaya, ¡qué bien! —respondió Niles. Había entrado en el cuarto de Winnie para mirarse en el espejo—. Esto es genial. —Caminó hasta la puerta de la habitación. Llevaba un sombrero de copa y una capa con forro rojo; se apoyó desenfadadamente en el bastón, cruzando un pie por delante del otro—. Debería llevar unos pantalones largos —comentó con tristeza, mientras echaba un vistazo a sus pantalones enrollados sobre los muslos—. Y una camisa almidonada.

—¿Como un esmoquin? ¿Para qué quieres un traje de pingüino? Así tienes un aspecto fabuloso, cariño. —Lo pronunció *carinio*—. Espera, ahí llevas demasiado *rus*. —Se mojó el pulgar en la lengua y le frotó la mejilla—. Está bien, *porofesor*, supongo que podemos darte el visto bueno. —Lo miró, con su expresión de perpetua sorpresa, y le guiñó un ojo—. ¿Salgo y anuncio ya al *porofesor* Rabbitwaters?

—Bueno —respondió él, dubitativo—, adelántate. Yo saldré enseguida. Antes quiero coger otra cosa. —Subió la escalera trasera y desapareció.

—Pásate por la habitación de Zan para que te vea —le sugirió la tía Josie a su espalda.

La puerta mosquitera chirrió cuando la mujer salió y se dirigió al sendero para reunirse con las demás en el cenador. El abuelo Perry lo había construido con sus propias manos para su esposa. Se encontraba en el extremo más alejado del césped, junto al terreno vacío que había en el lado norte de la casa. Era un oasis tranquilo, hecho de postes y rejas de madera blanca. La hierba crecía entre las losas del suelo, y

las paredes estaban cubiertas de parras. Se llegaba hasta allí por un camino de ladrillos dispuestos sobre la arena según un patrón de espina de pez, un poco levantados por las heladas invernales, y cuyas esquinas, verdes de musgo, estaban redondeadas por el uso.

El mes de julio estaba ya muy avanzado. Las tías habían llegado; y hoy, la tía Fania y Torrie se encontraban en compañía de la señora Jewett —que había tenido una hora de clase de aritmética con Niles—, sentadas las tres en sillas de mimbre alrededor de una mesa. Ada estaba detrás de su caballete, plasmando las rosas del abuelo en su cuaderno de acuarelas.

La señora Jewett se había abierto la parte delantera de su vestido de punto bouclé —demasiado caluroso para un día como aquel—, y se estaba abanicando la pechera.

—Bueno —declaró, cuando la tía Josie apareció—, no importa lo que digan por ahí; está claro que los descuidos provocan accidentes.

—Y algunos de esos «accidentes» se llaman «bebés». —La profunda risotada de la tía Josie retumbó en el cenador como un trueno.

Aferrada a su vaso, la tía Fanny soltó una risa involuntaria. Jugueteeó con los trozos de fruta que flotaban en el ponche de vino que Winnie había preparado para disipar el calor de la tarde.

—Ups —dijo la tía Jo mientras tomaba asiento. Siempre estaba de broma. Para ella, todo en esta vida tenía su gracia; no había hombre ni animal que se librara de sus chistes. Todo podía tomarse con humor: la guerra y la paz, el odio y el amor. Ah, sobre todo el amor. Consideraba su propia soltería como una broma que la vida le había gastado; una broma maliciosa, cierto; pero ¿qué se podía hacer al respecto sino reírse? Era actriz desde hacía mucho tiempo. Había viajado durante años por todo el país haciendo espectáculos de vodevil; pero, tras la llegada del cine sonoro, había buscado un empleo más estable como asistente de un periodista de Nueva York que hacía reportajes fotográficos. Ahora vivía allí y compartía con su hermana un apartamento en Morningside Heights.

Resulta que las tías no se parecían nada entre sí; y se parecían aún menos a Ada. Si se pudiera comparar a Josie con una silla favorita (cómoda, amplia, un poco hundida), Fanny sería más bien el asiento del auditorio: austero, estrecho, rígido. Josie era feliz y regordeta; Fanny, angulosa y arisca. La voz de Josie era estruendosa y áspera; la de Fanny, casi un ladrido: en momentos de júbilo, lo máximo que salía de ella era una carcajada abrupta. Pero —y esto era lo más importante—, mientras que la tía Josie era divertida, contaba anécdotas, bromeaba, hacía trucos de salón, jugaba a las cartas y hacía unas imitaciones impresionantes, por desgracia la tía Fanny seguía siendo estirada y gazmoña, llevaba corsé, renegaba de los automóviles, no se sabía chistes que mereciera la pena contar y aborrecía la magia.

—Bueno —dijo, retomando el comentario de la señora Jewett—, en mi opinión, eso de que el señor Angelini se dejara la horca tirada por ahí sí que fue un terrible descuido.

Ada hizo una pausa en sus acuarelas y negó con la cabeza, compasiva.

—El pobre hombre se ha convertido en un espectro. Me da tanta pena... Es horrible verlo culparse y sufrir así.

—Puede ser —concedió Fanny—, pero yo diría que ha estado dándole un poco a la botella; parece que últimamente sus andares no son muy firmes... —Cerró la boca de golpe, con un chasquido similar al que haría una dentadura postiza. Y empezó a mover

la cabeza al ritmo de la música de piano que surgía de una ventana abierta de la casa de los Rowe—. *Dum-da-da-dum* —tarareó mientras se arreglaba la falda y cruzaba pulcramente los tobillos.

Mientras que Josie tenía un carácter espontáneo, y a menudo daba la impresión de que se ponía lo primero que caía en sus manos —un suéter viejo, una falda extraña—, Fanny era muy meticulosa con su vestimenta. Hoy llevaba un vestido largo de lino crudo que le llegaba hasta los tobillos, guantes de seda pálida, medias de color crema y unos cómodos zapatos blancos perforados que permitían que el aire circulara por sus pies. En la cabeza portaba un sombrero panamá con una cinta negra, igual que los que solían llevar los hombres. Tenía el rostro envuelto —como si fuera una momia— en una voluminosa y espesa red blanca que había comprado en un baratillo; una precaución contra las abejas y otros insectos con aguijón.

—¿Ha encontrado usted Rusia muy cambiada, Josephine? —preguntó la señora Jewett con tono de suficiencia.

—Pobre —respondió Josie—. *Rus-sia* es pobre.

—Ya me imagino. Esos bolcheviques no tienen ni un centavo.

—Querrá usted decir ni un *rublo*, Edith. —Josie había pasado el mes de febrero en la Unión Soviética, ayudando a su jefe a realizar un reportaje fotográfico sobre un proyecto hidroeléctrico en Ucrania; un trabajo para *National Geographic*. Era la primera vez que regresaba allí desde su niñez—. Ahora Rusia es tan pobre —continuó— que los campesinos usan sopa de remolacha para hacerse las transfusiones de sangre.

Todas se rieron, menos Ada, que estaba apartada, concentrada en su trabajo.

—¿Fue usted a Siberia? —preguntó la señora Jewett.

—No, Siberia no es para los pobres, querida. Y yo soy muy proletaria. —Se inclinó para estirarse la liga. Tenía la media enrollada sobre su gruesa rodilla—. Los aristócratas están todos en Siberia.

—Hum, entonces ahí es adonde deberían enviar a Roosevelt. —La tía Fanny cambió de posición en la silla y dio un sorbo a su bebida—. *Da-dum-dum-da-da-da*. ¿Qué canción es esa?

Torrie puso los ojos en blanco.

—La señora Rowe, con la *Marcha turca*. Al menos, eso creo.

—Ah, Beethoven, claro —dijo la señora Jewett mientras se abanicaba la frente.

—Creo que es de Mozart.

—¿Quieres decir que esa anciana todavía toca el piano? —preguntó la tía Fanny—. ¿Y todavía les hace señas a los aviones?

—A veces —respondió Torrie, y la tía Fanny soltó una carcajada.

—Si es que es capaz de oír el motor por encima de ese estrépito.

—Ya me lo imagino. —Tras concluir que hoy no iba a aprender mucho sobre la Rusia moderna, la señora Jewett optó por cambiar de tema—. ¿Cómo está Valeria? —preguntó animadamente—. ¿Sigue aún en Chicago?

Torrie asintió.

—Creemos que se quedará allí durante un tiempo. Está muy afectada.

—Le sentará bien alejarse un poco de George, sin duda —comentó Fanny con aspereza. Sus opiniones sobre la felicidad conyugal (por llamarla de alguna manera) eran bien conocidas. Consideraba su soltería como una bendición. Aunque Josie era todavía una Petrichev; Ada, una Vedrenya; y Fanny, una Fish: la señora Epifania Fish.

Se había fugado con el señor Fish —cuyo nombre de pila había olvidado hacía ya mucho tiempo— en un apasionado arrebató; seis meses después, había obtenido un misterioso divorcio. Ahora era más solterona que Josie, y, aunque conservaba el apellido de su antiguo marido, pocos eran los que recordaban la última vez que la habían oído mencionar al señor Fish.

—¿Y cómo está George? —quiso saber la señora Jewett.

Torrie dijo que su tío estaba bien; sin mencionar el hecho de que se había vuelto más irascible y por las noches se encerraba en el comedor o en su habitación con una botella de whisky Southern Comfort.

—¿Y Alexandra? —continuó la señora Jewett, decidida a comprobar el estado de salud de toda la familia—. ¿Sigue sin salir de su habitación? —preguntó. Desde su posición le resultaba imposible ver la ventana de Alexandra, oculta tras una maraña de parras—. ¿No es increíble que lleve encerrada allí...? ¿Cuánto tiempo? —Contó con los dedos, de uñas perfectamente cuidadas—. Marzo, abril, mayo, junio, julio... Caramba, ya van cinco meses.

—Cuatro —la corrigió Torrie—. Pero se sentirá mejor cuando sea abuela. Ya me está ayudando a organizar la canastilla; y, en cuanto haya que preparar biberones y cambiar pañales...

—Si es que Winnie le deja hacer esas cosas —dijo la tía Josie. Sorbió ruidosamente el contenido de su vaso y lo vació hasta el fondo—. Creo que Winnie ha aderezado el ponche con brandy de ciruelas. Se te puede ir la cabeza con unos sorbos de esto, si no tienes cuidado. No pensaríais sacar vinagre de esas uvas viejas, ¿verdad? Cuidado, Fanuschka, que vuelve.

Su hermana había estado intentando espantar con un matamoscas una avispa empeñada en zumbear alrededor de los racimos que colgaban de la parra. Ahora el insecto se dedicaba a hacer esos alrededor de su vaso.

—¡Eeeh! —gritó Fanny. Dejó caer el vaso y se retiró al otro extremo del cenador—. ¡Fuera! ¡Fuera!

—Fuera de aquí, avispa —dijo Torrie sin alterarse. La alejó con un movimiento tranquilo de la mano y recogió el vaso intacto.

—No pasa nada, Fan —gruñó Josie—. Ya se ha ido. Ven a sentarte.

El miedo que la tía Fanny sentía por los insectos con aguijón provenía de una experiencia del pasado. Una abeja le picó y la toxina venenosa penetró en su cuerpo e invadió todo su organismo. Había estado a punto de morir. Ahora, cuando iba al campo, tomaba todo tipo de precauciones porque, según aseguraba, tenía la teoría (una superstición rusa, en opinión de Ada) de que los «aguijones» —como ella llamaba a aquellos insectos— *reconocían* a las víctimas más expuestas a sufrir daño a causa de sus picaduras. Por eso llevaba consigo el velo y el matamoscas. No estaba dispuesta a correr ningún riesgo.

—Vaya, vaya —exclamó Josie, mirando hacia la casa—, aquí llega Winnie con otra ronda.

La mosquitera de la entrada posterior se cerró con un golpe. Winnie apareció con otra jarra de líquido escarchado de color violeta. Al instante, la puerta volvió a sonar. Una figura apareció al final de la pared de ladrillos. Estaba envuelta en una tela negra y tenía una cara blanca, siniestra, macabra, burlona...

—¡Oh, Dios mío! —La tía Fanny, que se había levantado la red que le cubría el

rostro para acercarse el vaso a los labios, se puso pálida. Se quedó mirando aquella aparición, hizo una cruz con el pulgar y el índice y la besó, como hacen los rusos. Mientras realizaba aquella operación, derramó accidentalmente un poco de vino sobre su velo—. Holland...

—Por el amor de Dios, Fanuschka —dijo Josie—, no es Holland, sino Niles. ¡Mira! Fíjate en eso.

La figura se acercaba arrastrando el borde de la capa, dejando ver de vez en cuando un destello del color rojo del forro; traía el sombrero de seda inclinado con desenfado sobre un ojo. Tenía atadas a las zapatillas deportivas —no se sabía muy bien cómo— unas polainas de color gris perla. Por ahí venía, siguiendo el camino de ladrillos en forma de espina de pez, levantando el sombrero, girando el bastón, haciendo reverencias... el profesor Rabbitwaters.

—Es su viva imagen... —se admiró la señora Jewett, inclinándose hacia delante en la silla—. Nunca había visto nada... Hola, Señor Misterioso —lo saludó, con cierta picardía.

Sin dar señales de reconocerla, como si quisiera evitar encontrarse con la juguetona señora Jewett, la figura oscura atravesó el campo de croquet para dirigirse al castaño de Indias y estudió con atención la corteza del árbol. Levantó la vista hacia las ramas y pensó en el otoño, cuando las castañas ya estaban formadas del todo dentro de sus carcasas espinosas y podían derribarse con ayuda de un palo. De repente, se puso rígido y giró sobre sí mismo. Gallito, el viejo gallo fibroso, se había acercado con un débil cacareo, y se había puesto a picotear bajo el árbol en busca de gusanos. Entonces, sacudiendo las plumas de la cola como si fueran una hilera de sables, se detuvo y fijó sus ojillos brillantes sobre el niño. Niles le devolvió la mirada; luego retrocedió sigilosamente, sin mover la cabeza, con el bastón extendido como si quisiera mantener alejado el peligro; así, guardando las distancias respecto al ave, el muchacho deshizo su recorrido sobre el césped y adelantó a Winnie en su camino de regreso a la cocina.

Ada tenía el pincel en el aire cuando advirtió los movimientos del niño. Se quedó quieta en aquella posición, observándolo pensativamente, mientras los ojos de Niles permanecían fijos en el gallo. Era lo mismo de siempre; ninguno de los dos había cambiado, ni el chico ni el ave. Con una punzada de dolor, pensó en lo que había ocurrido aquella vez, en aquel espantoso episodio. Por entonces los gemelos tenían diez años; ella estaba sentada casi en el mismo lugar en el que se encontraba ahora, bajo el cenador, mondando limas para preparar un *succotash*; Winnie estaba en la cocina pelando maíz; Holland y Niles, cerca del pozo. El gallo había dado una vuelta alrededor de la bomba de agua; se movía con la cabeza bien alta, picoteando aquí y allá, esponjando sus plumas de vez en cuando con la misma actitud insolente. Entonces, con los ojos clavados en el animal, Niles se había deslizado silenciosamente hasta quedar detrás de él; su cabeza imitaba con absoluta precisión los picoteos del ave; tenía los brazos doblados; la parte inferior de su espalda despuntaba hacia fuera, como si de allí brotara una cola llena de plumas. De su garganta salía un sonido idéntico al canto del gallo. Era una estampa cómica, sin duda. Pero, incluso desde su posición, Ada alcanzaba a ver las gotas de sudor que perlaban la frente de su nieto, la expresión fija, casi obsesionada, de su cara pálida, los ojos vidriosos e intensos.

—Niles, Niles, ya basta, chiquillo. Déjalo ya. —En ese momento, Winnie había gritado desde la ventana para que Ada trajera las alubias; Niles, siguiendo al gallo,

desapareció detrás del granero.

Ada estaba en el fregadero, enjuagándose de las manos los restos de las limas, cuando escuchó el grito. Ella y Winnie salieron corriendo por la puerta y se toparon con Holland, que estaba señalando hacia el tejado de la cochera. En la parte superior estaba Gallito, aleteando y cacareando animadamente. Detrás de él —¡increíble!— se encontraba Niles, en precario equilibrio; aleteaba, agitando los brazos, y su garganta emitía ruidos agudos. Aterrada, Ada indicó por gestos a los demás que permanecieran en silencio. Se acercó.

—Niles... Ya es suficiente, Niles. Ahora no importa...

—¡Kikiriki!

Él no se daba cuenta de nada; sus ojos permanecían pegados al pájaro; giraba bruscamente la cabeza, picoteaba, se agitaba, se pavoneaba, cantaba... No quería, no podía parar.

—Niles —dijo su abuela, aliviada, una vez que el señor Angelini trajo la escalera y lo bajó del tejado—. ¿Qué ha sido eso? ¿Qué creías que estabas haciendo?

—No creía nada... —respondió él, aún entusiasmado—; no pensaba en nada...

—Pero... ¿qué te ha empujado a hacer eso?

Él trató de explicarse, sin aliento, desconcertado; sus ojos brillaban con un fulgor extraño.

—Gallito... Estaba practicando el juego con él. —Una fina película de sudor perlaba todavía su frente—. Solo para... Ya sabes... Para ver cómo es ser un gallo. Pero... no podía parar. Me había convertido en él. *Yo era Gallito*. ¡No podía evitarlo!

—¿Que no podías? —Aquellas palabras la desconcertaron—. ¿No podías parar?

—Sí. Creo que sí habría podido... si hubiera dejado de pensar en Gallito. Pero no lo he hecho porque... —Se calló mientras ponderaba aquel misterio.

—¿Por qué, niño?

—Porque *no quería*.

Eso era lo que había pasado con el gallo. Y aquello no había acabado aún...

Con un escalofrío, Ada enjuagó el pincel de pelo de camello en un vaso y se levantó sin decir palabra. Dejó atrás el cenador y se acercó a su nieto atravesando el césped.

—Chiquillo —le dijo en voz baja. Espantó con las manos al gallo, que sacudió las barbas y se alejó—. ¿Niles?

—Sí.

—Ven conmigo. —Lo tomó de la mano y lo condujo hasta el cenador.

—Ah, Niles está mejorando mucho con los problemas de aritmética —exclamó la señora Jewett para que el chico la escuchara. La tía Josie dijo:

—Niles, cariño, ¿no vamos a tener un espectáculo este año?

—Sí —respondió él mientras Ada se sentaba otra vez frente al caballete. El niño se acomodó en el brazo de la silla de la tía Josie, que lo abrazó con fuerza—. Sí, lo tendremos —añadió. Miró hacia la calle, esperando ver aparecer a Holland—. Haremos un truco especial.

—¿Ah, sí? Entonces yo también tendré que preparar un número especial —dijo ella. Asintió con la cabeza para que sus bucles se balancearan. Eran gruesos, rígidos y de una inverosímil mezcla de tonos rojos; todas las noches se acostaba con la cabeza llena de rulos. Al levantarse por la mañana, liberaba el pelo, que cobraba vida alrededor de la cabeza como si estuviera hecho de muelles—. Pero ¿qué podría ser? —preguntó

—. ¿Y si hago de Camila?

Compuso una cara trágica y tosió ruidosamente. La tía Fan se rio; pero Niles, después de considerarlo unos instantes, lo vetó.

—Algo que tenga música y baile —dijo.

Josie se estrujó el cerebro durante un rato; luego chasqueó los dedos.

—¡Ya lo sé! ¡Haré un número español! Con un chal, una gran peineta y castañuelas... ¿Qué tal? —Arqueó las cejas y formó con la boca una O perfecta, a la espera del veredicto de Niles.

—¡Sí! —sentenció él.

—¡Sí, sí, señor! —exclamó la tía Josie en español. Empezó a chasquear los dedos a un lado de la cabeza. Luego, como arrastrada por un impulso irresistible, se incorporó, se levantó el borde de la falda de cretona, taconeó con sus zapatos de Enna Jettick en el ladrillo y recorrió el camino a paso de fandango, cantando con su voz de tenor cazallero:

*Ay, española, yo te adooooo,
Ay, española, yo vivo por tiiiiii...*

Se inclinó hacia un parterre. Cuando se giró de nuevo, tenía una flor entre los dientes. Avanzaba cada vez más rápido, arrebatada, dejando que la falda levantada mostrase las medias enrolladas; hasta que, demasiado mareada para continuar, empezó a tambalearse sobre el césped.

—¡Olé! —gritó, sin aliento. Después saludó al viejo empleado, que parecía venir de la prensa de sidra; llevaba en la mano una lata de gasolina vacía, con destino al montón de basura que había en el patio del granero—. *Buenos días*, señor Angelini.

Ada lo llamó con un gesto de la mano.

—Señor Angelini, cuando tenga tiempo, ¿podría traer la escalera y quitar de ahí ese nido de avispas, por favor?

El anciano se detuvo en seco. Aunque lanzó una larga mirada en dirección al cenador, no dio muestras de haber escuchado aquella petición. Luego desapareció tras el granero con su lata a cuestas.

La tía Josie apartó con el pie una vieja pelota de croquet rota. Volvió al cenador y se dejó caer sobre su silla.

—Después de esto, creo que no me apetece preparar un número español. —Se quitó los zapatos y se estiró, mientras comprobaba la elasticidad de uno de sus tirabuzones—. Tal vez algo más tranquilo, como uno de esos cuadros vivientes que tanto se llevan ahora. Puedo ser la madre de Whistler y quedarme sentada en una silla —dijo, aludiendo al pintor y su famosa obra, *Retrato de la madre del artista*—. ¡Menudo cuadro! Ju, ju. Me ha salido un juego de palabras, queridos.

Ahora que Ada volvía a estar absorta en su trabajo, las demás acercaron las cabezas y organizaron un pequeño simposio de cotilleos.

Niles comprendió que la señora Jewett estaba indignada por los titulares del periódico matutino. Se había puesto a hablar de Bruno Hauptmann. El tal Bruno —cuyo nombre, por cierto, sonaba a nombre de perro— era un animal y un canalla en toda regla. Se había llevado al bebé de los Lindbergh, vaya que sí. Había apoyado una escalera en la pared de la casa y lo había sacado por la ventana. Lucky Lindy había pagado cantidades ingentes de dinero para recuperar a la criatura. Pero, cuando lo

consiguió, el bebé ya no estaba vivo. A Bruno Hauptmann lo esperaba la silla eléctrica.

—Y sus abogados siguen apelando... ¿Se lo imaginan? El dinero de los contribuyentes tirado por el retrete... —La boca roja de la señora Jewett se movía a toda velocidad.

Ding-ding-ding.

El tranvía de Talcotts Ferry se detuvo en Church Street. Luego pasó por delante de la casa, con el estruendo metálico de las ruedas en los raíles, mientras el conductor tocaba la campana. Niles comprobó la hora que marcaba su reloj Ingersoll e hizo un pequeño ajuste. A gran distancia, se oía el zumbido de un avión, que se alejaba del aeródromo, de camino a Nueva York.

Niles volvió a ponerse el reloj y se abrochó la correa. Levantó la cabeza y miró hacia la calle. Holland venía andando por los rieles. ¡Así que había cogido el tranvía otra vez...! Se acercó a ellos con toda normalidad, paseando por el césped. Dio unas cuantas patadas a los dientes de león y entrecerró los ojos para observar el avión, que volaba bajo y proyectaba una sombra gigantesca sobre Pequot Landing. El rugido de las hélices aumentó hasta tal punto que ahogó por completo la música de piano que salía de la casa vecina, la de la señora Rowe.

En ese momento, alguien salió a trompicones por la puerta trasera y bajó los escalones del porche. Era una anciana de pequeña estatura y cabello blanco, que agitaba sobre la cabeza una manta de viaje roja. A continuación, realizó una actuación muy entretenida —aunque muy extraña— que observaron con atención todos los ojos del cenador; y, según notó Niles, también los de Holland, que permanecía oculto por las hojas de la parra, con aquella mirada asiática en el rostro.

—¡Yu-juuuu! —llamaba la señora. Parpadeaba y miraba hacia el cielo al tiempo que corría por el patio—. ¡Yu-juuu! —Seguía saltando de un lado a otro, en un cómico esfuerzo por que la vieran desde el avión; los espectadores seguían su evolución, con los cuerpos casi levantados de las sillas, observándola a través de las parras. La anciana estaba corriendo en círculos alrededor de un reloj de sol, intentando no pisar las begonias que bordeaban el césped; ahora corría en el sentido de las agujas del reloj, ahora en sentido contrario, ondeando la manta como si fuera la capa de un torero enloquecido.

Cuando el avión pasó directamente por encima de su cabeza y desapareció más allá de los árboles, la anciana se quedó desconcertada durante un momento. Dejó caer los brazos, con la manta colgando de la mano, mientras recuperaba el aliento. Luego se encogió de hombros, se alisó un mechón de pelo —la mano arrastró consigo la manta en aquel movimiento— y se abrió paso hacia la casa a través de los lechos de flores. Solo se detuvo un momento para inspeccionar un macizo de portulacas.

—¡Caramba, fíjense en eso! —La señora Jewett sacudió la cabeza, asombrada, mientras observaba cómo aquella enérgica anciana doblaba la manta, se la ponía bajo el brazo y entraba en la casa. Enseguida volvió a sonar la música del piano.

—Desde luego, no es Paderewski —señaló la tía Josie, en mención al famoso concertista de piano—; aunque apuesto a que Paderewski no podría correr los 150 metros como ella lo hace.

La señora Jewett se recompuso la pechera del vestido para aliviar los efectos del calor sofocante.

—¡Menuda exhibición, en serio! Una mujer de su edad... Yo creía que la señora Rowe tenía una grave enfermedad cardíaca.

—Es una mujer increíble —respondió la tía Josie.

Sí, esa era una forma de decirlo. La señora Rowe, a la que la mayoría de la gente consideraba una mujer algo excéntrica, había llegado a Valley Hill Road antes del inicio del siglo. Venía para casarse. El señor Rowe había volado con Eddie Rickenbacker, el gran piloto de cazas y héroe de la Primera Guerra Mundial; y, después del armisticio, fue uno de los pioneros de la aviación comercial. Hacía trece años, el presidente Harding lo había enviado a Sudamérica para estudiar la posibilidad de abrir rutas de vuelos continentales. Su avión se estrelló en la jungla y no se lo volvió a ver. La noticia de su muerte había dejado a su viuda en estado de *shock*. Durante años apenas salió de casa; pero, cuando se construyó el aeródromo al sur de la ciudad y los aviones empezaron a volar sobre Pequot Landing, el sonido de los motores provocó que, de repente, Alice Rowe empezara a correr por el jardín, agitando la manta como si tratara de comunicarse con su difunto esposo.

—¿Todavía la cuida esa tal señora Whoosis? —preguntó la señora Jewett mientras volvía a instalarse en su silla.

La señora Cooney; así se llamaba. Torrie dijo que la había visto en el centro hacía unas semanas y que había tenido con ella una pequeña... Bueno, en realidad, no había sido una discusión... Pero el caso era que habían aparecido ratas en la bodega de la señora Rowe, y la señora Cooney insistía en que venían del granero de los Perry.

—Pero le dije que por aquí no hemos tenido ratas desde hace años. Desde que Ada trajo al gato y... —Se interrumpió, avergonzada.

Aprovechando que Ada seguía concentrada en su cuadro, la tía Josie se puso a hablar:

—Creo que llevaba años sin verle el pelo a la señora Rowe. —Luego exclamó—: ¡Cuidado, Fan!

La avispa había vuelto. Fanny se bajó el velo de inmediato, saltó de la silla y se retiró otra vez a la esquina del cenador. Niles se rio ante aquella visión: la tía Fania parecía una cama de campamento, protegida por todas partes por su red antimosquitos.

—Vaya, fíjense en eso —dijo la señora Jewett. Señaló hacia la mesa: la avispa estaba en la jarra. Primero se había posado en el borde, luego se había arrastrado al interior y había caído en el vino. Ahora estaba aprisionada en la brillante superficie oscura, con las alas húmedas.

—Se va a emborrachar —comentó la tía Josie. El insecto se debatía frenéticamente entre los trozos de naranja y de limón, tratando de liberarse. Pero pronto se rindió y se quedó flotando exhausta entre la fruta.

—¡Bendito sea el cielo! —Fanny dejó escapar un suspiro de alivio. Se quitó la malla, aún húmeda por su accidente previo, y la cubrió con hojas de uva para que se secase. Luego se colocó detrás de las demás, parapetada tras la espalda de Ada. Las tías y la señora Jewett siguieron charlando animadamente mientras observaban con cierta envidia cómo la artista añadía una nueva capa para dotar de un mayor relieve a sus rosas.

—Ah, hermana —exclamó Fan—, qué profundidad tan maravillosa has dado a tus pétalos. De todos modos, no sé dónde has aprendido a pintar flores. Está claro que el arte no es algo que se cultive en nuestra familia. Y Ada no ha recibido ni una sola clase de pintura en toda su vida —se jactó ante la señora Jewett.

—Bueno, creo que es algo extraordinario. Es igualita a La Vinci —comentó la señora Jewett, que sabía un poco sobre arte—. Yo soy incapaz de trazar una simple línea recta.

Por su parte, Niles había cogido una cuchara larga para pescar a la pobre avispa y sacarla de la jarra. Derramó el líquido sobrante y mantuvo al insecto en la cuchara, a la luz del sol, mientras se le secaban las alas.

—En el mundo no existe ni una sola línea verdaderamente recta —comentó Josie.

—Entonces, tal vez haya esperanza para mí, después de todo —dijo la señora Jewett. Seguía con la mirada la punta del pincel humedecido de Ada, con mucha atención—. ¿Cómo se llama ese tono de rojo?

Ada explicó que era el «lago carmesí» que Niles le había traído de la tienda. La señora Jewett comentó:

—Creo que ese rojo combinaría bien con mi color de piel. —Y se puso a explicar que tenía un vestido de crespón de China que quería teñir para el baile del club de campo—. Ah, y ¿lo he mencionado ya? Cuando Joe vuelva a salir de viaje —el señor Jewett era representante de la marca de pinturas Sherwin-Williams; viajaba con frecuencia a Providence, a Fall River, a Bangor—, voy a aprovechar para que vuelvan a pintarme el porche.

¿Ah, sí?, preguntó alguien, ¿de qué color? La señora Jewett estaba pensando en un «verde loro» para el techo, con un tono más oscuro para el friso. Hubo un momento de silencio. Pero enseguida volvió a hablar la señora Jewett.

—La pobre Alice Rowe les tiene tanto miedo a las ratas... Imagínense. —La verdad, continuó, eso era ahogarse en un vaso de agua. ¿Y por qué no ponía trampas? Torrie respondió que la señora Cooney le había dicho que iba a comprar unas píldoras venenosas para que las ratas se las comieran, con la esperanza de deshacerse de ellas. A aquellas alturas, las alas de la avispa se habían recuperado. El insecto se levantó y se arrastró hasta el borde de la cuchara.

—Vete de aquí, tu casa está en llamas, tus hijos se quemarán.

Niles oyó cómo Holland susurraba maliciosamente aquella famosa rima infantil. Mientras lo hacía, su mano salió disparada de entre las hojas de la parra y espantó a la avispa.

—¡Maldito seas! —exclamó Niles. El grito asustado de la tía Fan le hizo girarse para mirarla. Su red antimosquitos seguía secándose, colgada de la parra. Y, casi como si quisiera confirmar su teoría sobre los «aguijones», la avispa volaba directa hacia su cuello.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! —chilló la tía, lanzando una andanada de alaridos agudos y entrecortados. Hubo gritos, alguien consiguió dar un manotazo a la avispa y apartarla de la piel de Fanny, y Niles corrió para aplastarla rápidamente con el pie. Al retroceder, la señora Jewett había chocado contra la mesa. La jarra cayó al suelo y se rompió, la fruta quedó desperdigada entre el césped y los fragmentos de cristal, y el vino dejó una mancha oscura en la piedra. La tía Fan seguía angustiada, lanzando gritos y lamentos; mientras la señora Jewett intentaba en vano ayudarla a sentarse y la tía Josie insistía en llevarla a la casa, Ada corrió a buscar algo para la hinchazón y a decirle a Winnie que telefoneara al doctor; Torrie recogió la parafernalia de Ada y la siguió. Niles se puso a recoger los pedazos de cristal roto. Al alcanzar los últimos fragmentos, se topó con unos pies; levantó la vista y se encontró con el rostro de Holland.

«¡Serás bastardo! ¡Sucio bastardo asqueroso!» Aquellas palabras fueron lo único que acudió a su mente en ese momento; solo que en realidad no las dijo, solo las pensó. Aquellas cejas profundamente angulosas se alzaron levemente mientras la cara de su gemelo lo miraba a través de las hojas de la parra, con una expresión de falsa inocencia (¿Quién? ¿Yo?). ¡Oh, Holland!, dijo Niles para sí, ¿cuándo vas a parar? ¿Cuándo vas a hacer que esto acabe?

¿Y qué estaba diciendo ahora?

—... quiero que te lo quites —ordenaba.

Niles se levantó con la mirada vacía, sin comprender.

—¿Qué?

El disfraz, se lo exigía. Niles tenía que quitárselo. Él no era el profesor Rabbitwaters, Holland sí. Holland se lo había inventado. ¡El único, el profesor Rabbitwaters original!

—¿Pero por qué?

—Porque lo digo yo. —Así de fácil: sin amenazas ni nada, solo una simple declaración. Luego, con su habitual sonrisa triunfante, añadió—: Porque el profesor Rabbitwaters, bendito sea, va a hacer un truco.

¿Un truco? ¿Qué tipo de truco?

—¡Un gr-r-an truco! El profesor Rabbitwaters va a hacer el viejo truco de la chistera. Pero antes necesito una —dijo, mientras le quitaba a su hermano el sombrero de seda del abuelo Perry—, ¡y luego voy a hacer una actuación por encargo!

—¿Para quién?

—¿Cómo que para quién? —Su sonrisa era tan amplia, taaan encantadora...—. Para una dulce ancianita, he ahí para quién. ¡Pero, antes, necesito algo que sacar del sombrero! —Y allá que se fue. Adiós a Holland. Salió del cenador y atravesó el césped, batiendo la capa, con el sombrero en la coronilla. Se oyó su risa brillante y alegre mientras se alejaba en dirección al granero.

4

Los alevines de Pequot Landing solían entretenerse con un pasatiempo: una divertida farsa en la que la anciana señora Rowe representaba un papel esencial. Ese pasatiempo —que algunos podrían considerar de mala educación— no solo avivaba la imaginación de los chavales, sino que también fascinaba a la anciana señora Rowe. Aunque era de dominio público que a veces se le nublaba la mente, no era estúpida en absoluto; y, cuando los niños más emprendedores la llamaban por teléfono con voces hábilmente disfrazadas (o eso pensaban ellos), los escuchaba con paciencia mientras aquellos pequeños diablillos intentaban tomarle el pelo.

—¿Es usted la señora Rowe? —(Voz aguda de operadora telefónica, risitas medio sofocadas al fondo.)

—Sí. ¿Con quién hablo, por favor?

—Le llaman desde la Casa Blanca. Un momento, por favoor.

—Ejem. —(Sonido profundo, de tono presidencial; más risitas)—. Eeeh, ¿la señora Rowe?

—¿Sí? Sí, al habla la señora Rowe —respondía ella risueña, con un ligero temblor en la voz.

—Al habla... Ejem... El presidente. —La boquilla se tapaba apresuradamente; era imposible contener la risa.

Otra variante: la operadora informaba a la señora Rowe de que la llamaban desde Hollywood.

—¿De Hollywood, California? ¡Cielos! —respondía ella con fingida sorpresa.

Una voz grave, con un fuerte acento, saludaba:

—¿Señorra Rowe? Ssoy Garrbo.

—¿Greta Garbo?

—Ssií. Eesso ess. Grreta Garr-bo.

Así comenzaba una larga conversación (alegre por una de las partes, ansiosa, aunque algo confundida, por la otra), con el presidente o la señorita Garbo (a veces con ambos), en la que la señora Rowe acababa invitando a sus interlocutores a tomar el té. Y, a menudo, eran muchos los que se presentaban en aquellas meriendas, incluso si tenían que desplazarse a Church Street desde el centro de la ciudad; porque, en lugar de té, la señora Rowe siempre servía perritos calientes; y nunca parecía importarles el hecho de que sus invitados telefónicos no aparecieran porque, en el último momento, la agenda del presidente cambiase o el rodaje de la Garbo se hubiese retrasado.

Era una anfitriona cordial, amable y considerada; y también con una notable

tolerancia hacia sus pequeños huéspedes. Los perritos calientes no eran lo único que atraía allí a los niños: tenía una papelera hecha de una pata de elefante hueca, una especie de copa griega para beber vino, un tocado de bailarina de un templo de Siam, un cuerno de un narval, pieles de animales salvajes, peines de nácar, figuras de jade e incluso una verdadera cabeza reducida que sus jóvenes visitantes podían tocar si la trataban con cuidado.

Esa misma tarde —después de que el médico llegase a casa de los Perry, examinase a la tía Fania y se marchase—, la señora Rowe fue al garaje a buscar abono para raíces; quería plantar un esqueje de begonia, usando un tallo que había quebrado en su carrera por el patio. Sí, allí estaba el envase, justo donde ella recordaba (su memoria no era tan mala, después de todo), en el estante, junto a la bolsa de bolitas para las ratas; y, ahí, la begonia lastimada. Cogió el tallo roto y regresó a la casa, pasando junto a las gallinas y los pollos del jardín de rocas que había alrededor del reloj de sol. En aquel momento, algo llamó su atención: había alguien detrás de los rododendros, junto al césped. Se puso la mano en la frente, para hacer sombra sobre los ojos, y dirigió una mirada de incertidumbre hacia los arbustos, preguntándose quién podría ser. La figura se movió un poco; ahora podía distinguir aquella cara extraña que la observaba, bajo un viejo sombrero de copa.

—¡Ah! —gritó, asombrada, al descubrir de quién se trataba. Retrocedió rápidamente y luego se encaró con el intruso—. Por amor del cielo —dijo—, ¿qué ocurre? ¿Qué haces ahí, entre mis rododendros?

—Nada.

—Entonces salga usted, caballero, y acérquese adonde yo pueda verlo. Y cuidadito con la portulaca.

El visitante pasó con cautela por encima de un arriate de flores y se quedó en el césped, con la cabeza baja, mirándola por debajo de sus cejas oscuras y profundamente angulosas.

—Bueno, ¿has venido a seguir insultándome? —preguntó ella, con severidad.

—No, señora. —Un bastón cayó de su mano a la hierba.

—Entonces, ¿qué? ¿Qué haces en mi jardín? ¿Qué quieres? ¿Has venido a hacer más travesuras? —Señaló la puerta abierta del garaje y el estante junto a la madeja de bramante—. ¿No sabes lo venenosa que es esa cosa? Por eso la he puesto fuera de tu alcance.

—Sí, señora.

—Pues ya puedes volverte a tu casa. Los muchachos que usan palabras como esas no son bienvenidos aquí. —Se dio la vuelta y empezó a alejarse—. Y llévate ese bastón, por amor del cielo. No lo dejes tirado por ahí, que ya tengo suficiente desorden.

Él recogió el bastón y emprendió el camino. Tenía un aspecto casi trágico, con el rostro afligido bajo el sombrero de copa negro y el dobladillo de la capa arrastrándose por el suelo. Algo parecía estar moviéndose en el interior de su camisa rosa, algo que le estaba causando ciertas dificultades.

—Espera un momento. —La señora Rowe parecía indecisa—. Verás, Holland. —Dio un paso hacia él—. Tal vez... Tal vez si dijeras que lo lamentas..., si pudieras disculparte..., no tendrías que marcharte.

—Sí, señora.

—¿Sí qué?

—Que lo siento.

—¿De verdad, querido? —El tono de la anciana parecía suplicar una muestra de contrición por parte del muchacho—. ¿Es eso cierto?

—Sí. Siento haberle dicho esas cosas. No fue muy amable por mi parte. —Negó con gesto grave—. Nada amable.

La señora Rowe sonrió cuando él se acercó y le dio un beso.

—Pero, bueno, por favor... —dijo, sorprendida—. Vaya, no sé qué decir. Nadie me había besado en... ¿Qué pasa, tengo algo ahí? —El chico se había estirado para limpiar una mancha que había aparecido en la mejilla de la anciana—. Bien, fingiremos que no ha pasado nada. No volveremos a mencionar ese episodio, ¿de acuerdo? — Parecía enormemente aliviada de haber zanjado aquel asunto—. Eres el nieto de Watson Perry —añadió, maravillada—. Tu abuelo y yo fuimos juntos al colegio, ¿lo sabías? —Se inclinó hacia él, ágil y minúscula, con su pelo canoso—. Habéis crecido tanto... Recuerdo la última vez que vi a tu hermano. Un día vino a tomar el té con algunos otros niños. Sí, creo que era él... —Estaba presionando el tallo roto de la begonia entre el pulgar y el índice; no parecía muy segura—. O tal vez fuera el niño de los Talcott...

—Está muerto, señora Rowe.

—¡Oh, cielos, no lo dirás en serio! ¿Cómo? Si no tenía más de nueve o diez años, ¿verdad?

—No, señora.

Le explicó cómo Billy Talcott se había caído en el hielo en el aniversario del nacimiento de Washington. Ella chasqueó la lengua y empezó a andar, con el muchacho a su lado.

—Es mejor que no hablemos de esas cosas. También tienes una hermana, ¿no? Ya será bastante mayor...

—Tiene diecinueve años, señora Rowe.

—¿Diecinueve?

—Sí. Torrie está casada.

—¿Casada? ¿Esa niña? ¿Con quién?

—Con Rider Gannon. Ya conoce usted a los Gannon, viven en la gran casa de ladrillos que hay junto al prado.

—Gannon, Gannon... —La anciana intentaba situar aquel nombre—. ¿No será el hijo de Charlotte y Everett Gannon? Porque murió...

—Ese era Harvey, el hermano mayor de Rider. Lo mataron en Francia.

—Ah, sí, a él me refería. Entonces, ese era Harvey, ¿no? Ya me acuerdo. Creo que Gannon está en el departamento de bomberos, ¿no era él a quien vi pasar el otro día, montado en el camión? Estaba colocando la bandera para el Día de los Caídos. Me dijeron que había un incendio en casa de los Wooldridge, en Packard Lane.

Su interlocutor sonrió, negó con la cabeza y se apartó el pelo de los ojos.

—No, el que conduce el camión de bomberos es Al Gammond.

La casa de los Wooldridge se había incendiado hacía un año, el Cuatro de Julio.

—Ah... —dijo ella mientras reflexionaba. Su rostro se ensombreció un instante; una idea que no conseguía expresar jugaba al escondite entre las brumas de su memoria. Luego su gesto volvió a iluminarse—. Bueno, ¿has venido a hacerme una visita, Holland?

—Si usted quiere. —Una de sus manos estaba ocupada jugando con algo que había bajo los pliegues de su capa.

—Qué amable. Deberías estar con tus amigos, no pasando tiempo con una anciana como yo. Pero, ya que estás aquí, ¿te apetecería tomar el té conmigo? —Inclinó la cabeza con formalidad, a la espera de la respuesta.

—Claro, lo haré. Estaba deseando que me lo pidiera.

—Vaya, bendito seas. Míranos, ¿quieres? Dios mío, nunca he visto nada tan fascinante. —En honor a la verdad, la anciana parecía encontrar asombroso el aspecto del muchacho; era incapaz de apartar los ojos de él—. ¿Vais a representar una obra de teatro?

—Vamos a organizar un espectáculo en el granero. Yo soy el profesor Rabbitwaters, el mago.

—¡Un mago! —aplaudió con entusiasmo la señora Rowe—. ¡Grandioso!

Él le dirigió una extraña mirada.

—Sí. ¿Quiere que haga un truco para usted?

—¡Pero bueno! ¡Eso sería estupendo! —respondió ella—. Venga, vamos. Si no te importa, entraremos por la cocina. Los invitados suelen pasar por la puerta principal, pero no tenemos por qué hacer caso de la etiqueta. —Rio con alegría y, tras abrir la puerta del porche trasero, siguió al muchacho al interior de la casa—. Me temo que hoy no tengo salchichas, pero hay limonada y helado; y un poco de pastel, creo... —Mientras caminaba por la cocina, lanzó un grito de sorpresa—. ¡Ay, ahí hay otra! —Señaló hacia un rincón oscuro. Una gran rata gris había hecho saltar una trampa para roedores, y tenía el cuello aplastado bajo la pesada abrazadera—. Holland... —pidió—, ¿podrías...? —Hizo un gesto en dirección al animal muerto—. No puedo ni acercarme a una... La señora Cooney siempre se encarga de esas cosas.

Su huésped abrió la trampa, soltó la rata y la levantó por la cola. El pelaje gris estaba rígido y enmarañado; los ojos, cerrados con fuerza; la boca rosada había quedado abierta a la fuerza, dejando ver unos pequeños dientes blancos.

—¿Qué hago con ella?

—Coge una de esas bolsas de papel, querido, y luego tirla a la basura, ¿quieres?

La señora Rowe lo observó, con los labios blancos y mordiéndose el dorso de la mano, mientras él ponía al animal muerto en la bolsa y enrollaba la parte superior. Se retiró con pavor cuando el muchacho pasó frente a ella, de camino hacia el cubo de basura que había a la puerta del garaje. Cuando se cercioró de que la rata estaba fuera de su vista y la tapa de la basura había quedado bien cerrada, esperó a que su visitante se reuniera con ella y entraron juntos en la cocina.

—¿Un poco más de limonada, querido? —preguntó la señora Rowe mientras tendía la jarra hacia su huésped.

—Sí, gracias —respondió él, con toda educación. Estaban sentados en el salón, frente a la chimenea apagada. Las cortinas cerradas impedían ver la calle, pero el sol vespertino arrojaba una luz difusa a través de las ventanas laterales, entre pesados portieres de terciopelo recogidos en unas ornadas abrazaderas de cristal. Frente a ellos, un enorme espejo con hojas entrecruzadas, frutas y cupidos duplicaba todos los detalles de la habitación. Parecía que allí hubiera cuatro personas tomando el té; dos sonrientes ancianas de pelo canoso y sus invitados: dos jóvenes de expresión seria

vestidos con ropa de ópera. Había té para las señoras y limonada y pastel para los muchachos. De las lámparas de cristal coloreado colgaban prismas que lanzaban centelleos y tintineaban levemente. Por todas partes había racimos de flores secas y pájaros de vivos colores, aprisionados en cúpulas transparentes. Un cuenco de fruta hecha de cera acumulaba polvo. Junto a una repisa de mármol había un aparador de cristal, con los estantes repletos de una provocadora colección de recuerdos y curiosidades.

—Bueno —dijo la señora Rowe—, qué visita tan agradable. —Había sacado su mejor taza; tomó un sorbo de ella mientras se acunaba en su mecedora—. Una sorpresa realmente inesperada... Aunque esas son las mejores. Y en una tarde como la de hoy... Debo confesar que estaba deseando tener algo de compañía. Echo mucho de menos a Mary Cooney. Siempre disfruto con las visitas, aunque parece que cada vez recibo menos. Y me gusta especialmente que vengan niños, como tú, Holland. Siempre he pensado que tener jóvenes a mi alrededor me ayuda a mantenerme joven.

—Es agradable estar aquí —concedió él, encantador. Se veía que lo que la señora Rowe decía era cierto: su rostro tenía algo que recordaba a una niña. Enseguida, la mirada del chico volvió a desviarse hacia el aparador de cristal, que había captado su interés. Mientras revisaba los estantes con la vista, metió la mano en un bolsillo, sacó la armónica y empezó a tocar una canción.

Ñang-gang-ga-dang-dang ding-ding ding-dang-dang-dang...

—Pero qué listo eres —dijo la señora Rowe—. Yo tocaba el chelo, hace años; ¿y esa música?

—Ah, es... Nada, una canción infantil. —Cantó un poco para su anfitriona:

¿Cuántas millas hay hasta Babilonia? Sesenta más diez.

¿Puedo ir a la luz de una vela? Sí, y también volver.

Ella aplaudió para demostrar lo mucho que le había gustado.

—Veo que estás interesado en mi colección. Eso era de mi marido —explicó, mientras señalaba una espada plateada—; la trajo de Toledo (en España, ya sabes). Allí hacen las mejores hojas de acero. Puedes sacarla si quieres. Ya sé cuánto disfrutáis los muchachos con estas cosas.

Él se levantó, dejó la armónica en uno de los estantes de cristal, sacó la espada del aparador, la inspeccionó; después, tomó un peine de marfil y lo sostuvo a la luz.

—Eso viene de Pekín, China —aclaró la señora Rowe—. Mira lo frágil que es. Y esa bola de cristal es de Praga, en Checoslovaquia. ¿No tienes calor con esa capa? ¿Por qué no te la quitas? Eso está mejor. Cielos, si llevas polainas y todo; vaya, vaya... Qué camisa tan bonita. Me encanta el rosa, es tan... ¿Estás cómodo, Holland?

Parecía tener problemas para estarse quieto, como si algo dentro de su camisa le estuviera haciendo cosquillas.

—¿Necesitas ir al baño?

El rubor se deslizó sobre la cara del muchacho.

—No, estoy bien —dijo. Pero aún parecía que hubiera algo enredando dentro de su camisa—. Oiga —continuó, como si de repente se le hubiera ocurrido la idea—, ¿le gustaría ver mi actuación ahora? —Aunque el rubor había desaparecido, su expresión estaba animada por la expectativa.

—¿Una actuación? Ah, quieres cantarme algo, ¿es eso?

—No, cantar no. Hacer un truco. Quiero hacer un truco de magia para usted. —La miró con ansiedad.

—Vaya, eso sería precioso. —La anciana se inclinó hacia delante en su silla. Su invitado volvió a cubrirse con la capa y recorrió la habitación. Fue sacando los portieres de sus abrazaderas de cristal, uno a uno, y tapando las ventanas.

—Cielos —dijo ella. Su inquietud aumentaba a medida que la habitación se oscurecía—, ¿es eso necesario?

—Esta iluminación es mejor para el truco —respondió él, serio. Volvió a ocupar su sitio ante ella.

—Oh, cuánto misterio, ¿no? Claro, todos los magos son *misterioso* —pronunció esta última palabra en español—. ¿Vas a hacer un truco de cartas?

—No, no. Lo de las cartas es para niños. Este es un truco de persona mayor. —Le dio la espalda a su anfitriona e hizo algunos preparativos. Aunque ella no pudo captar de qué se trataba, aquellos movimientos despertaron su curiosidad. Al fin, el muchacho se volvió hacia ella y la miró. Con los ojos brillando de anticipación y las manos descansando cómodamente en el regazo, la anciana observó cómo el chico se quitaba el sombrero de copa y lo sostenía ante sí. Lo giró boca abajo y le dio unos golpecitos con la mano, como suelen hacer los magos, para demostrar que estaba realmente vacío—. ¡Ahora, el profesor Rabbitwaters —anunció de forma teatral— va a sacar algo del sombrero!

—Cielos —dijo ella, inclinándose aún más hacia delante en la silla—, ¡va a sacar algo de su sombrero! ¿Será un conejo?

—No exactamente —respondió él en tono críptico, con una sonrisa maliciosa en la boca pintada de rojo. Aunque ella se echó a reír, con un tintineo creciente que terminó en un ligero tono de incredulidad, el muchacho no añadió nada más. Comenzó de inmediato su actuación, lanzando sus «Abracadabra» y sus «Hocus-pocus», y moviendo los ojos de forma extraña para desviar la atención de sus manos, que se introdujeron con habilidad bajo la capa. Luego, con una mueca cada vez más amplia en respuesta a la sonrisa expectante de la anciana, dio una rápida zancada hacia delante y, sin previo aviso, realizó el truco.

5

Hacía calor. Cada vez más.

Día tras día, noche tras noche, el verano avanzaba, tórrido. El castaño de Indias había adquirido un color verde más oscuro, sus hojas se habían ensanchado y mostraban un brillo ceroso y coriáceo; de sus ramas brotaban pequeñas bolas llenas de espinas. En el césped, sin embargo, solo nacían dientes de león, digitarias y striga. Los toldos no servían de nada. Mientras que a algunas personas les tocaba, por desgracia, volver a la ciudad, otras llegaban para disfrutar de los beneficios del campo. A algunos les encantaba el clima, otros lo aguantaban, otros lo sufrían. Madre mía, ¿verdad que hacía un tiempo bochornoso, pegajoso, húmedo? Y en una época anterior al aire acondicionado...

Pero ya podías quejarte del clima todo lo que quisieras, que no servía de nada. Eso decía el señor Crofut, el cartero, que soplaba su silbato cada media manzana a lo largo de Valley Hill Road, para anunciar su llegada. «No es por el calor, sino por la humedad.» Esa era otra de las sagaces y repetitivas observaciones del señor Crofut. Y todos los habitantes de Pequot Landing lo notaban.

El señor Pretty, el verdulero, se secó la cara enrojecida con el pañuelo, tocó la bocina de la cabina de su camión y saludó con la mano al señor Klepper, el pescadero, que pregonaba su mercancía con toda la potencia de sus pulmones, deseando tener más hielo. El señor Swate, el sacristán de la iglesia congregacional, descansó un momento del trabajo junto a una tumba, con un rastrillo en una mano y una regadera en la otra, y maldijo el termómetro en voz baja, para no afrentar a los que descansaban bajo tierra. A la señora Jewett —ahora que su esposo estaba en Providence, o en Fall River, o en Bangor— le estaban pintando el porche y su casa olía a trementina; ella se retiró a la hamaca que había bajo las hayas del patio trasero y se cubrió la cabeza con un periódico. Rose Halligan, que tenía el día libre en la tienda de todo a diez centavos, se subió al tranvía de la línea de Center Street para disfrutar de una función doble en un cine de las afueras, donde el aire era más fresco. El señor Pennyfeather, al que su esposa había sacado de paseo —él con un traje de algodón a rayas, ella con un vestido de tafetán y un pasador para mantener el pelo retirado de la cara—, caminaba por la acera y saludó a la señora Joacum, que estaba sacando gusanos de entre la hierba, delante de su casa. El señor Angelini empujaba el cortacésped —*clac-clac-clac-clac*— por una sección de hierba situada detrás de la casa de los Perry; mientras tanto —*chas... chas... chas...*—, Niles estaba cortando unas rosas del abuelo en el jardín que había junto la cochera.

Chas.

Las hojas de acero de las tijeras de podar eran brillantes y afiladas; cortaron limpiamente un tallo y Niles atrapó con habilidad la flor antes de que cayera al suelo. Pero hoy su mente estaba en otra parte. Pensaba en magia, para ser precisos. Estaba pensando en un truco —*chas*— para el espectáculo del granero. Uno especialmente difícil de llevar a cabo, sobre todo ahora que la tía Josie se había marchado. Le estaba dando vueltas en la cabeza, buscando la mejor manera de realizar aquella proeza. *Chas*.

Cuando reunió un ramo considerable, volvió a colocar las tijeras de podar de mango rojo junto a las botas de pescar de Padre, en el cobertizo. Todas las herramientas del señor Angelini tenían dibujados en la pared sus correspondientes contornos, trazados a su alrededor con lápiz azul, para señalar el espacio que ocupaban.

Oyó un sonido y miró hacia la puerta. Allí, entre las sombras de la galería que conducía a la entrada, vio al empleado, que lo observaba en silencio.

—Hola, señor Angelini.

Niles detectó una extraña expresión en aquellos ojos oscuros y ribeteados de rojo que lo escrutaban bajo el desgastado sombrero de paja. Entonces, el hombre levantó el brazo en señal de saludo, en un movimiento dubitativo, y enseguida lo dejó caer al costado.

—No pasa nada, señor Angelini —le dijo el muchacho, que atravesó el umbral cargado con sus flores para tocar la manga del anciano—. No fue culpa suya. No pasa nada.

Esperó una respuesta, pero el empleado se limitó a decir:

—*Scusa mi*.

Arrojó un saco de fertilizante en una carretilla y se alejó bamboleándose.

De la cocina salía un aroma maravilloso: Winnie estaba horneando uno de sus bizcochos de mármol.

—¡Límpiate esas suelas antes de entrar! —Su familiar canturreo se interrumpió para lanzar aquella advertencia, en un tono que presagiaba graves consecuencias.

—Ya lo he hecho —le aseguró Niles. La puerta se cerró a su espalda. Pasó por encima de una cesta llena de botellas de cerveza de raíz, dejando a su paso un rastro de hierba a través del linóleo, desde la entrada hasta el fregadero. Junto a la tabla de planchar, Winnie sacudió la cabeza en un gesto de abatimiento. ¿Cuántos años llevaba intentando adiestrar a los niños de los Perry para que no le dejaran el suelo perdido de suciedad? Hojas en otoño; nieve en invierno; barro en primavera, y ahora, en verano, la mitad del césped, como no podía ser menos.

—¿Dónde has estado? —le preguntó amablemente, alzando la voz para hacerse oír por encima de los gimoteos de su programa radiofónico.

—Pues... por ahí —le explicó él.

Tras aquella detallada aclaración, puso las rosas en el escurridero, sacó un cajón del aparador Hoosier y se subió encima para alcanzar una de las alacenas superiores.

—¿Qué haces con eso? ¡Es el jarrón bueno de tu abuela! Si vas a poner esas rosas encima del piano, coloca un plato debajo. Te lo digo en serio.

—No son para el piano, son para Madre. —Arrastró una silla hasta el fregadero y empezó a trastear con el grifo.

—Niles, ¿qué estás haciendo ahí?

—Quitarles los insectos.

—¿Insectos?

—Hay muchos escarabajos verdes este año y...

Ella puso los ojos en blanco, mirando hacia el cielo.

—¡Ay, Dios! ¡En mi fregadero...!

—¿A qué hora vamos a comer?

—¿A qué hora comemos siempre?

—A las doce del mediodía.

—Ahí lo tiene usted, señor. Pero todavía no son ni las once.

—¿Qué hay para comer?

—Croquetas.

—¿Cro-quetas? ¡Guau!

Winnie observó con asombro la gran cantidad de salpicaduras que el muchacho se había apañado para lanzar a su alrededor, dejando empantanada la zona del fregadero.

—¿Qué hay de cena?

—¿Cómo puedes estar pensando en la cena si aún no has comido?

—Solo preguntaba...

—¿Qué día es hoy?

—Viernes.

—Entonces, ¿qué hay de cena?

—Ah, pescado. ¿Sábalos?

—Ya no es temporada de sábalos.

—¿Pez espada?

—Aún no es la época del pez espada, a no ser que los quieras en salazón. Esta noche tomaremos abadejo, si es que Sam Klepper aparece por aquí de una vez.

—Pescado... ¡Puaj!

—Pues eso es lo que hay, si es que alguien se presenta a la hora de cenar.

—¿Por qué lo dices?

—Porque es viernes; tu tío tiene su reunión semanal de la Legión Americana, yo tengo que visitar a Jennie, tú tienes ensayo de coro y tu madre no tiene ganas de comer, así que eso significa que tu señora abuela tendrá todo el abadejo para ella solita.

—No pasa nada. Tener el estómago lleno me hace eructar. Y si eructo no puedo cantar tan bien y el profesor Lapineaux me pega. —Estaba masticando. Había sacado una caja de galletas Sunshine del cajón del aparador Hoosier. Winnie dobló con cuidado una camisa y, para protegerla de eventuales daños, la colocó en la parte superior de la nevera. Allí había una pequeña y vieja radio de estilo gótico que rivalizaba a todas horas con el moderno aparato Atwater-Kent del salón. Ambos competían entre sí con sendas comedias radiofónicas. El de la sala solía retransmitir cada día a las siete *Amos 'n' Andy*, en la cadena roja; mientras que en el de la cocina se escuchaba *Easy Aces*, en la cadena azul.

—El pescado es bueno para el cerebro; eso dicen —señaló Winnie mientras manejaba con habilidad la punta de la plancha alrededor de los botones de unos pantalones—. Aunque tampoco es que necesites un mejor cerebro, si usas el que Dios tuvo a bien concederte. ¡NA-ILS!—vociferó el nombre del muchacho—. ¡Saca a ese

monstruo de mi cocina!

Con la expresión más angelical del mundo, el chico recogió el camaleón. Lo había colocado en una caja de cartón que había en el aparador abierto, para ver si así cambiaba de color y se volvía azul o amarillo. Lo dejó caer de nuevo en su pechera y volvió a sentarse en la silla para colocar las rosas en el jarrón, una a una.

—Niles, ángel mío, ¿para qué quieres esa silla? —Era un modelo Arrowback, de la marca Hitchcock, toda una antigüedad.

—Para subirme encima —le dijo, como si ella no pudiera verlo.

—Nunca lo habría adivinado... Aunque tienes altura de sobra para alcanzar el grifo sin tener que usarla. —Winnie apeló a su Dios—: Ay, Señor, cómo tratan estos niños las cosas de la casa. Ten por seguro que la mecedora Salem cualquier día se queda hecha trizas, de cómo la maltratan.

—¿Es verdad que Buffalo Bill se sentó en esa mecedora?

—Ni idea. Yo no estaba por aquí entonces. No soy tan vieja.

Vieja o no, llevaba en aquella cocina desde antes de que él y Holland nacieran; Winnie, con aquella cara tan familiar, siempre enrojecida a causa del calor o el esfuerzo, siempre resoplando; sus trenzas enrolladas iban dejando un rastro de alfileres mientras se afanaba, desplazándose pesadamente de acá para allá, ahuecando cojines, limpiando el polvo, rellenando almohadas, pasando el paño, sacando brillo, pelando, remendando, arreglando, lavando, cocinando.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, al ver que Niles, sacando el trasero hacia fuera, saltaba sobre la silla de madera al compás de la música.

—Es un paso de baile. Me lo ha enseñado Torrie. ¿Lo ves...?

—¡Basta! —Una orden digna de un sargento. El rostro sudoroso de Winnie translucía su consternación. Apagó la radio y, con sus brazos firmes, agarró al muchacho—. Tu hermana no te ha enseñado a bailar en una silla antigua. —Como no tenía tiempo para conversar, optó por gritar, como si se estuviera comunicando con alguien sordo, o que hablase una lengua extranjera. Bajó a Niles al suelo, se sujetó mejor las trenzas y resopló exasperada cuando Ada entró desde el vestíbulo, trayendo un montón de sábanas.

—He deshecho todas las camas, menos la de Alexandra. Lávalas cuando tengas tiempo —le dijo.

Entregó el fardo a Winnie, que lo arrojó en la entrada trasera. En ese momento sonó el temporizador del horno, y Niles, con su mejor imitación de la voz profunda de *Amos 'n' Andy*, exclamó:

—Sintonízame en la emisora azul.

—Ay, Dios, se me había olvidado el bizcocho, espero que no se haya quemado. — Winnie cogió un agarrador y se dirigió a los fogones. El linóleo temblaba a su paso. Abrió la puerta del horno, agitó el delantal ante aquellas fauces abrasadoras para disipar el calor, sacó dos bandejas de bizcocho y las colocó sobre una toalla húmeda, encima del tablero de porcelana de la mesa. Luego cogió un paño extra para sacar una bandeja de magdalenas y apagó el gas—. Ay, Señor, qué calor. Creo que podría llevarle un par de estas a la señora Rowe, una vez que se enfríen.

—No creo que esté comiendo demasiado bien, ahora que la señora Cooney no está —comentó Ada mientras contaba cuántos aros de goma de los que usaban para cerrar las conservas quedaban en el cajón del Hoosier.

Winnie desenchufó la plancha y arrastró la tabla de planchar hasta la entrada trasera. Regresó resoplando, movió las sábanas —que estaban amontonadas sobre la cesta llena de botellas con cerveza de raíz— y salió corriendo para alcanzar al pescadero antes de que se alejara.

—Niles, chiquillo —señaló Ada—, esa cerveza de raíz nunca fermentará si no la sacas al sol.

—Con este calor, se cocerá en un abrir y cerrar de ojos. ¿Por qué siempre le echas tanto limón a tu cerveza de raíz?

—Porque no me gusta su sabor.

—Pues prueba con la zarzaparrilla. ¿Por qué no?

—Aquí la zarzaparrilla tiene demasiadas burbujas. Me molestan en la nariz. No creo que esa bebida sea buena para la gente.

—A Holland le gusta.

—Cada cual tiene sus gustos —respondió ella, con aspecto bastante severo—. Y, por favor, quita tu bicicleta del camino de entrada antes de que llegue tu tío y la atropelle con el coche.

Niles suspiró. ¿Por qué siempre le tocaba hacerlo todo a él?

—Esa no es mi bicicleta, es la de Holland. La mía tiene una rueda pinchada. Y, además, hoy al tío George le toca reunión de la Legión Americana, así que no volverá a casa en coche. Pero la moveré —añadió, al captar la mirada de advertencia de su abuela—. ¿Ada? ¿Es verdad que Buffalo Bill se sentó en esa mecedora Salem?

—Pues sí, sí que lo hizo. Es una silla con mucha historia.

—¿Por qué estuvo aquí?

—Vino a la ciudad con su espectáculo del Salvaje Oeste. Lo representaron en Charter Oak Park. Fue antes de que nacierais vosotros.

—Sí, pero ¿qué hacía aquí?

—¿En la casa? Bueno, creo que era amigo del abuelo Perry. Iban al mismo dentista, y así fue como se conocieron. Los dos convirtieron sus encuentros en una tradición. Tu abuelo concedía una gran importancia a las tradiciones. Tenía muchos amigos famosos. Mark Twain, Buffalo Bill, la señora Stowe...

Sí, claro, la escritora. Pues, exclamó Ada, ¿no sabías que el abuelo Perry era el Rey de las Cebollas? ¿Un simple granjero? Qué disparate; le encantaba llevar polainas, y en verano siempre lucía una flor de aciano en la solapa. Ah, qué orgulloso estaba de sus rosas. Orgullo y tradición, así era el abuelo Perry. ¿Por eso donaba dinero al pueblo?, quiso saber Niles. Bueno, donaba porque tenía un espíritu generoso. Y cuando se llevaron a la abuela... Bueno, eso no venía al caso. Lo importante era que la Cena Conmemorativa se celebraba todos los años en su nombre, porque él había pensado en los demás tanto como en su propia familia. No era una celebración pública, ni mucho menos, sino un evento privado, para honrar la generosidad de un hombre bondadoso.

—Y por eso nosotros también podemos beber cuando se hace el brindis —dijo Niles—, porque Holland y yo somos sus nietos, y también creemos en la tradición. —Y salió por la puerta mosquitera, con el jarrón de plata lleno de rosas para su madre. Ada gritó para recordarle que tenía que poner las botellas de cerveza de raíz al sol.

—Son preciosas, cariño —le dijo Alexandra cuando él llevó las rosas a su

habitación. Estaba sentada en la butaca forrada de cretona, con la barbilla apoyada en la mano y el volumen de *Anthony Adverse* en el regazo—. Mil doscientas páginas, es tremendamente largo. Casi gargantuesco. Pero me hacía tanta ilusión leerlo...

Niles se sintió complacido al oírle decir eso; a esas alturas, eran muy pocas las cosas que le hacían ilusión. Madre disfrutaría su libro, y eso era bueno, pensó mientras colocaba las rosas en su tocador y giraba el jarrón para dejarlo en la mejor posición. Daba la impresión de que hoy Alexandra tenía la mente en otra parte; estaba más inquieta; su rostro parecía tenso, con las mejillas de un rojo fuerte, y los ojos, más melancólicos, con leves ojeras; cuando bajó los párpados, el muchacho comprobó que tenían un tono azulado en el borde.

—Son mil doscientas veinticuatro páginas. Pero tú lees rápido. La señorita Shedd dice que, una vez que empieces, no serás capaz de dejarlo. —Cogió el libro, se sentó en el taburete del tocador y leyó en voz alta un par de páginas—. ¿Qué pasa? —preguntó, haciendo una pausa al ver que en el rostro de su madre aparecía una pálida sonrisa.

—Estaba pensando en cómo cambian las cosas. Cuando erais más pequeños era yo quien os leía cosas a vosotros. Todos los meses, cuando llegaba la revista *Good Housekeeping*, os leía las historias de Martin Johnson sobre África: Martin y... ¿Cómo se llamaba su esposa?

—Osa. —El chico cerró el libro, dejando dentro el pulgar para marcar la página.

—Osa, sí. Los dos pensabais que era un nombre muy gracioso para una cazadora. Y también estaba esa novela del reverendo Kingsley... la de Tom, el niño del agua...

Niles se rio.

—Y Wampus Tommy.

—¿Wampus Tommy? No lo recuerdo.

—Ese nos lo leía Ada. Era sobre un gato.

—¿Un gato? —Alexandra frunció el ceño y se tocó ligeramente los ojos con las yemas de los dedos—. Me acuerdo del Cerdito Glotón. Pobre animal; lo asaron con una manzana en la boca. Era uno de los favoritos de Holland, ¿verdad?

—No, su favorito era el del suplantador, ¿recuerdas? Estaba en el libro de los cuentos de hadas.

—¿El suplantador? ¿Ese cuento del bebé al que se llevaban de la cuna para cambiarlo por una criatura maléfica? ¡Ah, qué historia tan horrible! ¿Cómo puede ser la favorita de nadie? —Se levantó de la butaca y se dirigió a una ventana. Levantó la cortina y observó el cenador, con una mano en el pecho, como si quisiera sentir el latido del corazón—. Pobre tía Fanuschka. Qué lástima que hiciera un viaje tan largo para venir... y que luego la picara una abeja.

—Una avispa, fue una avispa —dijo Niles. Había cogido la fotografía de la fiesta de la pobreza y observaba con una sonrisa a Padre, con su vestido y sus botas de pescar.

—Sí, cariño, una avispa. Y, de entre todas las personas que había, fue a picarla justo a ella; a la que más daño podía causar. —Había sido una auténtica desgracia. En cuanto metieron a la tía Fania en casa, llamaron al doctor Brainard; pero todas sus inyecciones y píldoras resultaron inútiles; el cuerpo de la paciente se hinchó, su oído había quedado afectado. Al final la trasladaron al Pabellón Harkness de Nueva York; así, la tía Josie, que tenía que volver a su trabajo en el estudio de fotografía, podría estar cerca de ella.

Alexandra suspiró y volvió a sentarse; se estiró hacia donde estaba Niles para coger el cepillo de pelo, jugueteó un poco con él y lo dejó de nuevo en su sitio.

—Toma, juega con esto. —Su hijo cogió las tres habichuelas de color pardo que había comprado para ella y se las puso con suavidad en la mano, donde empezaron a bailar—. Saltan más si las calientas —le explicó—. Cada una de ellas tiene dentro un pequeño gusano, una larva de polilla. Eso es lo que las hace moverse. —Niles cerró el puño de su madre sobre aquellas habichuelas saltarinas y lo apretó con fuerza.

—Dios mío, ¿dónde aprendes estas cosas? Seguro que no te han hablado de las habichuelas saltarinas en el colegio.

—No es una habichuela, sino una semilla. La información está en uno de los rollos del escritorio chautauqua.

De repente, Alexandra levantó la cabeza.

—Madre..., ¿qué pasa?

Ella lo miraba con una expresión peculiar.

—Chautauqua —musitó; enseguida parpadeó, y su gesto cambió, rápido como un destello. Su hijo se aclaró la garganta en aquel incómodo silencio. ¿Qué estaba ocurriendo? Había algo en el aire; algo que ninguno de ellos mencionaba. Niles parecía a la espera de algo...

—¿Te encuentras bien?

—Sí. Claro, cariño. El escritorio chautauqua que os regaló Ada; toda una mina de información, ¿verdad? Se me había olvidado.

Madre tamborileó con las uñas sobre el tapete de ganchillo del tocador. Abrió la boca, la cerró, apretó los labios. Cuando al fin sonrió, al muchacho le pareció que se sentía exhausta.

—Cariño —le dijo, en un tono más animado—, ¿no sería mejor para ti pasar el rato fuera, jugando al aire libre? De todos modos, no estoy segura de que te convenga leer esos textos.

—¿Qué escribió la señora Stowe?

—¿Harriet Beecher Stowe? Pues *La cabaña del tío Tom*. ¿Te acuerdas de cómo Liza cruzaba el río saltando sobre el hielo? ¿Y del malvado Simon Legree?

—Sí.

—Recuerdo una vez que estábamos sentados aquí, Holland, tú y yo; estábamos leyendo ese libro y tú me miraste y me preguntaste con la mayor inocencia: «Madre, ¿qué hiciste tú en la Guerra Civil?».

Tenía una mirada triste y melancólica. Niles se echó a reír, tratando de contagiarle un poco de su alegría; pero ella se limitó a echar la cabeza hacia atrás y a cerrar los ojos.

—¿Madre?

—¿Sí, cariño?

—¿Estás bien?

—Sí, cariño.

—¿Quieres que te lea algo más?

—No, cielo. —Pero, antes de que él hiciera ademán de marcharse, su interlocutora lo agarró y le apretó la mano. Niles estudió aquel rostro, aquella mano que revoloteaba febril, indecisa... y, aun así, conmovedora. Tenía algo que ver con la lata de tabaco, estaba seguro. Sí, de eso se trataba: del secreto de Holland. Bueno, tampoco es que

Alexandra tuviera mucho interés en preguntarle; en realidad no... Eso era una lata de Príncipe Alberto, ¿verdad? Así, como quien no quiere la cosa, muy a la ligera, sin apenas mencionar el asunto. ¿No era esa la marca que fumaba Padre? Ay, qué tonta, los ojos le habían jugado una mala pasada. Su hijo sabía lo que ella estaba pensando. «Ay, Madre, mi querida Madre...» Cómo ansiaba poder ayudarla. «Nos ayudamos cuando nos comprendemos los unos a los otros: esa es la única ayuda posible.» Sí; lo comprendía.

Ella tenía las habichuelas saltarinas entre las palmas de las manos. Las frotaba con energía, intentando alejar los pensamientos que la asaltaban.

—Soy una tonta, tienes una madre tonta, eso es. Cuando bajes, cariño, dile a Victoria que no se olvide de tomarse el tónico. Está sentada en el cenador. Mi querida Victoria, qué cosa tan terrible me haces al convertirme en abuela. Tal vez tenga gemelos... Dicen que es cosa de familia.

Niles negó con la cabeza.

—No, tendrá un solo bebé. Y será una niña.

—Eres un mago —respondió ella, en tono juguetón. En la distancia se oyó el sonido de una campana.

—Por ahí viene el señor Pretty —dijo Niles—. ¿Es verdad que antes era el repartidor de hielo?

—Antes de que nacierais, cuando teníamos una cámara de hielo.

—Ahora tenemos un frigorífico Kelvinator.

—Igual que media ciudad; por eso el señor Pretty ahora se dedica a repartir verdura.

—Eso me recuerda que tengo un chiste nuevo para ti.

—¿Sí, querido?

—Sí. —Lanzó una risita, regodeándose en la anticipación; era una especie de ritual—. ¿Preparada?

Ella puso cara de atención, como convenía a las circunstancias.

—Sí, cariño. Estoy preparada.

—¿Te sabes el del señor Swate y la nevera?

—No, creo que no.

—Bueno, ahí va. ¿A qué no sabes por qué el señor Swate mete todos los días el periódico en la nevera? Pues para tener noticias frescas...

—Oh, Niles... —Alexandra tomó la mano de su hijo y la apretó de nuevo, como si esa leve presión pudiera, por sí sola, provocar la reacción que se esperaba de ella. El muchacho comprobó que la cara de su madre empezaba a contraerse. Sabía que ella intentaría reírse, como siempre, que intentaría evitar llorar; no quería provocar una escena ante su hijo, ni causarle la mínima aflicción.

«Ay, Madre... Ven conmigo, Madre. Ven al salón, toca el piano. Tú y yo solos, ahora que Holland no está.» Duetos: «Aún me parece oír», de *Los pescadores de perlas*, o «Jardines rurales». Madre sentada ante las teclas, tan elegante, deslizándose sobre ellas los anillos centelleantes de sus dedos, con las uñas haciendo ese leve ruido —clic, clic— sobre el marfil, como escarabajos carmesíes. No; aquello era totalmente imposible. Estaba asustada. Niles le soltó las manos. Se desmoronaron sobre el regazo materno, marchitas, como si no tuviesen vida.

La besó y se despidió de ella, cerrando la puerta al salir. Enseguida, Alexandra se

incorporó y abrió el cajón de los pañuelos; la botella que sacó estaba vacía. Oyó pasos; la devolvió a su sitio y regresó de inmediato a su butaca. Winnie entró con un cargamento de ropa recién planchada.

—Aquí hay sábanas limpias y fundas de almohada para usted, señora Alex —resopló. Venía sudando, tras subir las escaleras—. Volveré después para hacerle la cama.

—Gracias, Winnie —respondió ella. Ayudó a la empleada a ordenar las prendas de la pila de ropa recién lavada—. En serio, esta camisa de Holland parece un harapo. Mira lo desgastadas que tiene las mangas. ¿No puedes hacer con ella trapos para limpiar el polvo? La gente pensará que somos pobres.

—Ah, no, señora Alex, ni se me ocurriría —protestó la aludida—. No me atrevería a hacer nada semejante.

—Está bien, Winnie. Supongo que tienes razón. Gracias.

—Tengo que bajar a comprar algo de verdura. He oído sonar el cencerro de P. C. ¿Hay algo en especial que quiera que compre?

—Winnie, ¿vas a ir al centro hoy?

—Ah, no, señora. Ya sabe usted lo que me dijo el doctor. —Se apartó y concentró toda su atención en colocarse las camisas sobre el brazo para llevárselas, como si aquel ejercicio encerrase una tremenda dificultad.

—¡Pero, Winnie! —exclamó Alexandra, con tono desenfadado—. ¡Menudo delantal! Vaya, sí que es viejo. Y mira qué desgastado está el ribete. ¡La gente va a decir que somos pobres de solemnidad! —Rebuscó en el estuche de las horquillas hasta encontrar un billete de cinco dólares—. Toma esto y pásate esta tarde por la tienda de la señorita Josceline-Marie, a ver si puedes encontrar un bonito estampado de algodón para un delantal nuevo. Yo lo cortaré para ti y Ada puede coserlo con la máquina. No, insisto. Considéralo un pequeño regalo mío. Y, Winnie, mientras estás allí, ¿podrías pasarte un momento por la tienda de al lado y traerme algo, por favor? Puedes pagar con lo que te sobre después de comprar la tela del delantal. Muy bien, ya puedes irte. Quizá podríamos cenar mazorcas de maíz, si P. C. tiene algunas buenas. Deja esas cosas en la cama, yo las guardaré por ti. No, no hay problema. No he estado en la habitación de los niños desde hace..., bueno, muchísimo tiempo. Creo que me gustaría echar un vistazo.

Se quedó sola, observando las habichuelas pardas que saltaban en su mano, erráticas, sin propósito, sin que las impulsara ninguna fuerza visible. Cuanto más se le calentaba la piel, más enloquecido se volvía aquel movimiento, insistente, sin sentido, como la respuesta a esa pregunta que brincaba en su mente.

6

—Buenos días, Niles —lo saludó el verdulero. El chico acababa de salir por la puerta trasera, llevando a cuestas una cesta llena de botellas de un cuarto de galón, con su líquido ámbar oscuro; las brillantes tapas de latón relucían bajo el sol. El jueves, cuando Ada cogía el tranvía a la ciudad y asistía a los servicios rusos ortodoxos, era la noche de la cerveza de raíz (la planta de envasado de Rose Rock le daba a George zarzaparrilla y cerveza de jengibre; pero no cerveza de raíz, que era la favorita de todos); cada mañana, a lo largo de una semana, había que sacar las botellas tapadas y dejarlas en el césped para que fermentaran.

—Hola, señor Pretty —respondió Niles. Colocó con rapidez las botellas formando una espiral y arrojó la cesta vacía a la puerta de la cocina. Casi golpea con ella a Winnie, que salía en ese momento.

—Has fallado el tiro, muchacho —le dijo ella, y luego se volvió para saludar al vivaracho señor Pretty—. Buenos días, P. C. ¿Qué tal están hoy las mazorcas de maíz?

El verdulero sacó brillo en su peto de trabajo a un pepino, antes de darle un mordisco.

—Lo siento, Winnie —dijo mientras masticaba—. Jerry ha tenido que subir a Hazardville con un cargamento de nabos. No podrá recoger el maíz hasta esta tarde. Puedo volver entonces, si quieres.

Winnie parecía dubitativa.

—La señora Alex ha pedido eso especialmente. ¿Qué más tienes?

—Hoy traigo buenas acelgas.

Niles se acercó, haciendo una mueca.

—Acelgas... ¡Puaj! Saben a hojas de diente de león.

—Dame un cuarto de fanega de esas acelgas, P. C. Y creo que será mejor que vuelvas cuando tengas el maíz. La señora Alex no suele pedir cosas muy a menudo.

—Hablando de hojas de diente de león —dijo P. C.—, me preguntaba... Vuestra vecina, la señora Rowe, ¿se ha ido o qué?

—Eso me pregunto yo. He hecho unas magdalenas e iba a llevarle algunas, y le comento a la señora Ada: «No he visto a la señora Rowe desde hace una semana o más». ¿Tú tampoco?

—Ni rastro de ella. Los viernes la señora Cooney suele prepararle un guiso de tripa y yo le traigo unas hojas de diente de león para acompañarlo. He llamado al timbre y a la puerta, pero no ha aparecido nadie.

—¿No sabías que la señora Cooney se ha marchado?

El señor Pretty estaba pesando las acelgas bajo la mirada torva de Niles.

—Sí. Vino a despedirse antes de irse. Supongo que la señora Rowe la echa de menos; no creo que ella sea una buena ama de casa. No te imaginas el olor que sale de allí.

—¿Olor?

El señor Pretty abrió los ojos como platos.

—Uno juraría que ahí dentro hay algo muerto.

—Quizá nadie salga a tirar la basura.

P. C. se rascó, dubitativo.

—Ten, ahí van un par de pepinos. De regalo. —Los añadió al montón de acelgas que Winnie sostenía en los brazos—. ¿Cómo anda tu hermana? —inquirió, solícito.

—Pues sigue igual, P. C., gracias por preguntar. No se queja. —Jennie Koslowsky tenía fiebre reumática. Los viernes Winnie se reservaba su noche libre para coger el tranvía a Babylon y visitarla.

—Niles, ángel mío, ¿por qué no buscas en mi monedero para pagarle a P. C.?

El muchacho corrió hacia ella y le sacó del bolsillo del delantal el desgastado monedero que Holland y él le habían regalado hacía cuatro cumpleaños.

—Puedes pagar el maíz ahora.

—¿Cuánto le debemos, señor Pretty? —preguntó Niles.

—Pues..., a ver... ¿Cuánto maíz, Winnie? ¿Una docena y media de mazorcas? Dieciséis por cinco hacen ochenta; y un cuarto de dólar por las acelgas debería bastar; los pepinos no te los cobro; o sea, ochenta y veinticinco hacen un dólar y cinco. Ten un poco de perejil, también corre a cuenta de la casa.

—No, ese es el billete de cinco dólares que me ha dado tu madre —le indicó Winnie a Niles—; dale a P. C. un billete de dólar y busca una moneda de cinco centavos, ángel mío. —Se dirigió al interior de la casa. Sus gruesos brazos morenos llevaban más guarnición que los asados de los domingos, entre acelgas, pepinos y perejil—. Hasta luego, P. C., muy agradecida. ¡Límpiate esas suelas! —advirtió en voz alta cuando Niles apareció tras ella. Al momento, el muchacho volvió a salir y corrió hacia el verdulero con una botella recién sacada del frigorífico.

—Aquí tiene, señor Pretty, tómese una cerveza de raíz. Corre a cuenta de la casa.

—Vaya, gracias, Niles. —Cuando el niño la destapó con el abridor de su navaja, el señor Pretty volvió a la cabina de su camión—. Os devolveré la botella luego, cuando vuelva —gritó, con un gesto alegre en su cara roja. La camioneta resopló, lanzando un ruido semejante al de una traca de petardos, traqueteó, se bamboleó de un lado a otro mientras su conductor bordeaba el surtidor de gasolina y la forzaba a avanzar calle arriba, con el toldo sacudiéndose, las balanzas golpeándose entre sí y la linterna de queroseno roja que usaba como luz trasera oscilando salvajemente en el parachoques.

Niles fue a separar varias botellas que se estaban tocando y que podrían explotar bajo el sol. Dio algunas patadas al azar a los dientes de león que crecían entre el césped, balanceó los brazos de un lado a otro y se encogió de hombros. Recogió un palo y se dedicó a golpear durante un rato las castañas que empezaban a brotar en las ramas del castaño de Indias. Repasó con el dedo los anillos de la diana que Padre había pintado en el tronco, y que se estaban borrando. Arrojó el palo tan lejos como pudo. Se aburría. Miró a su alrededor en busca de alguna otra cosa que hacer.

Uf, qué calor. Se acercó a la bomba de agua, accionó la manivela, bebió un sorbo. Se enjugó de la boca el amargo sabor del cobre y volvió a colgar la taza en el sitio de costumbre. Dejó que se creara el charco bajo el surtidor, puso la mano en el desagüe y observó cómo el agua formaba una cara; no perfecta del todo, pero sí lo suficiente.

—Niles.

Ada lo estaba llamando a través de la puerta mosquitera. Señaló la bicicleta, que aún seguía en medio del camino.

—De acuerdo.

La llevó rodando hasta el árbol y apoyó la silla contra el tronco. La *Reddy Racer* de Holland era roja, negra y cromada; tenía una pata de cabra, una cesta de alambre, una rejilla en la parte trasera y, en vez de un timbre, una bocina. Apretó la perilla con la mano: ¡Mec, mec!, sonó.

¿Adónde había ido Holland ahora? Y, ya puestos, ¿dónde estaban los demás? Cualquiera de ellos le valía. Torrie no se hallaba en el cenador, como había dicho Madre. Se la oía por el camino, riéndose con la señora Joacum. ¿Y el señor Angelini? El cortacésped estaba abandonado en el suelo; pero del empleado, ni rastro. El aire, ya de por sí pesado, se saturaba aún más con el olor agrio de la hierba cortada. Una cigarra cantó en el olmo de enfrente. Winnie había encendido otra vez la radio. Se oyó el silbato del señor Crofut.

El mes de julio era un fastidio. Y aún quedaba más de una semana. Era tedioso a más no poder. Si no ibas a la playa o a un campamento, te aburrías como una ostra. Holland no quería irse de campamento; y, con Padre muerto y Madre en aquel estado, ¿quién, se preguntaba Niles, iba a llevarlos a la playa? Así que a sufrir. «No es por el calor, sino por la humedad.» Bueno, había un sitio en el que seguro que se estaba fresco: la antigua cámara de hielo.

Trotó por el camino y por la galería. Atravesó corriendo el patio del granero y el basurero, donde el señor Angelini había arrojado su lata de gasolina vacía. Estaba encima de la pila de desechos, irradiando calor. Tras bajar a saltos la cuesta que había más allá de la cochera, Niles se lanzó al prado de hierba crecida, con los brazos abiertos como si fueran las alas de un avión; las palmas de sus manos rozaban la parte superior del herbaje, la piel dorada de sus piernas centelleaba por debajo de sus pantalones cortos. Avanzó a través de la maleza, evitando el camino, saltando, gritando y aullando entre los arbustos de moras, los grupos de vellosillas, las matas de brezo, los largos macizos de rosas silvestres, hasta llegar al río.

A la cámara de hielo se accedía por unos grandes batientes, combados y lo bastante anchos para dar cabida a un carro. Se apoyó contra uno de ellos, hasta que su peso hizo que se abriera hacia dentro. El interior estaba fresco y oscuro; el sol penetraba a través del tejado en ruinas, dejando entrever vigas, cabrios y andamiajes; a través del gran agujero que había en la plataforma del suelo —que antes se usaba para arrastrar hacia arriba los bloques de hielo—, el río se asemejaba a un lago turbio, con un montón de cañamos verdes y sombríos arracimados en la orilla; parecían salchichas ensartadas en delgados pinchos para carne. Niles se quitó las deportivas y se metió en el agua hasta las rodillas. Un zapatero se deslizaba sobre la superficie; sus patas de araña iban dejando intrincados patrones geométricos a su espalda. El limo gris y resbaladizo del fondo le rezumaba entre los dedos de los pies; logró mantener el equilibrio mientras avanzaba por una estrecha plataforma formada por la acumulación de lodo y se estiró para quebrar los tallos de los juncos.

Tras hacerse con una buena cantidad de ellos —casi más de lo que podía abarcar—, regresó por la plataforma de lodo hasta la rampa de carga. Amontonó los tallos de los juncos y se tendió boca abajo sobre ellos. La cabeza le colgaba sobre el borde de la rampa, los ojos miraban hacia el agua, meditativos. Era agradable estar allí, en las sombras. Olía a frescor, como en un jardín de helechos; como el viejo pozo antes de que lo sellaran. La parte inferior de uno de los pilotes —más grande que el resto, y cubierto de limo y algas verdosas— parecía estar retrocediendo respecto a la superior, como si le costara resistirse al barro gris que lo envolvía. Niles entrecerró los ojos, se concentró en mirar; y *vio*: fango primordial, que engendraba debajo de él seres extraños; una raza de criaturas con las piernas y los pulmones aún en desarrollo, arrastrándose por el fondo; un mundo sin sol, sombrío, nocturno, de troncos hundidos, empapados y plúmbeos —pobres organismos, muertos por ahogamiento—; y junto con ellos, ocultas en la oscuridad, unas criaturas salvajes y tumefactas, con bocas anchas como palas y labios gruesos de los que colgaban hilos de ganglios blanquecinos por el contacto con el agua, limpiando de carne los esqueletos hundidos, en cuyas cuencas vacías las anguilas frías y lustrosas serpenteaban como trenes nocturnos, mientras que en las alturas, a través del tejado en ruinas, los pterodáctilos surcaban el cielo desierto.

Se dejó arrastrar a la deriva en aquella ensoñación; y siguió soñando...

Más allá de la cámara de hielo, allí donde el tronco del sicomoro se inclinaba sobre el agua, había una piscina clara y profunda, perfecta para nadar. En la copa del árbol habían clavado una pequeña y basta plataforma de tablas desde la que podías lanzarte al agua; una cuerda raída se usaba para subir a la plataforma.

Con los dedos de los pies enroscados en el borde de madera aserrada y el sol ardiendo sobre su piel desnuda, Niles se quedó inmóvil durante un instante; luego se zambulló. Cuando su cuerpo se sumergió, le pareció que el agua estaba deliciosamente fresca. Permaneció bajo la superficie y abrió los ojos. Un banco de pececillos plateados pasó nadando a gran velocidad; los macizos de hierbas subacuáticas bailaban en la corriente, los guijarros lanzaban destellos blancos. Expulsó aire de los pulmones, dejando un rastro de burbujas mientras se iba hundiendo hasta el fondo. Dobló las rodillas, se impulsó y se izó hacia la superficie, con tanto ímpetu que sacó medio cuerpo fuera del agua.

Sus pies tocaron el fondo y se puso de pie, con los brazos en jarras, mirando hacia la orilla. Algo se movía tras los arbustos.

Niles silbó los primeros compases de una melodía:

¿Cuántas millas hay hasta Babilonia? Sesenta más diez.

Y sonrió cuando llegó la respuesta de entre los arbustos:

¿Puedo ir a la luz de una vela? Sí, y también volver.

Holland salió de entre la maleza y se quedó a la orilla del agua, con una amplia sonrisa en el rostro.

—¡Hola!

—¡Hola!

—¿Dónde has estado?

—En ningún sitio.

—¿Has estado en las vías del tren?

—Nop.

—¿Has ido a Knobb Street?

—Nop.

—¿A Packard Lane?

Holland negó con la cabeza; y Niles, cansado de intentar adivinar, suspiró. Sabía adónde había ido, claro que sí: a Babylon, el final de línea.

—Ven —invitó a su gemelo, que seguía en la orilla. Holland se quitó la ropa en un santiamén y saltó al agua, hacia donde estaba su hermano. Niles retrocedió, se sumergió y volvió a salir a la superficie. El pelo empapado le lanzó sobre los hombros un abanico de gotas centelleantes. Se arqueó, se lanzó con despreocupación sobre una zona poco profunda y nadó hacia un pequeño banco de arena que apenas sobresalía de la superficie del río. Holland se lanzó tras él y se tumbó a su lado. Jadeando, Niles se rindió a la caricia del sol, a la fresca suavidad de las piedras bajo la espalda, a los puntos brillantes que danzaban bajo sus párpados cerrados.

—Hace calor —oyó murmurar a Holland. Abrió los ojos. Recortada contra el cielo, la cara de su gemelo parecía saturnina, casi satánica. Le lanzó a Niles una de sus miradas oblicuas y luego, con una perezosa sonrisa de satisfacción, cerró los ojos.

Ahí estaba otra vez, aquella sonrisa tras la que se intuía un secreto. ¿Qué sería aquello que tanto parecía divertir a Holland, desde hacía algo más de una semana? ¿Qué es? Dime. Cuéntamelo. No, no quieres decírmelo, no lo harás nunca, nunca. No era justo. Los dos provenían de una misma célula, habían vivido nueve meses enroscados entre sí. Ya deberían saber todos los secretos del otro. Y él le había contado todos los suyos a Holland, todos sin excepción. ¿Era así como se suponía que debían comportarse los gemelos? ¿Los Géminis, Castor y Pólux? Yo te lo he contado todo, todo. Pero tú te guardas tus secretos, me los ocultas. Holland, tan mezquino, tan taimado, tan insondable... La mitad del tiempo estaba irritado; el resto del tiempo, indiferente. Se supone que los gemelos tienen que estar juntos, ¿verdad que sí? ¿Verdad?

Se sentía derrotado; lo asaltó aquel sentimiento de tristeza que tan bien conocía, ese anhelo de... ¿De qué? No sabría decirlo. Un fugaz temblor recorrió su cuerpo, extendiéndose por sus extremidades. Un vago anhelo lo acometió; pensó en las Shadow Hills —aquellas colinas cuyo nombre evocaba lo sombrío—. Trató de imaginárselas. Nada. Su cerebro buscaba algo a tientas. ¿Qué era? ¿Algo que había olvidado? ¿O algo que no había llegado a aprender? ¿Era un sabor, un olor, un lugar? ¿Babylon, final de línea?

¿Qué *había* al final de la línea?

Se cubrió los ojos con el brazo, se dejó caer del banco de arena y flotó; una imagen lo rondaba bajo los párpados: una figura, tendida en su ataúd, en el salón; la mitad inferior del féretro estaba cerrada; la otra mitad tenía la tapa abierta. Padre... Padre... Siguió flotando perezosamente en el agua.

—¿Cómo crees que es estar muerto?

—Narices... Pues, si estás muerto, estás muerto. Eso es todo. Es como... la nada. Te ponen en una caja, te maquillan la cara para que parezca que todavía estás vivo, que tan solo estás dormido. Luego cavan un agujero, te meten dentro y se acabó.

—Pero si estás muerto, tienes que ir a algún sitio... Al cielo, al infierno... A *alguna*

parte.

Holland lanzó una risotada:

—Pero ¿quién se cree ese rollo? No es más que una perorata que los adultos nos sueltan en la escuela dominical.

—Pero tendrás que ir a algún sitio, ¿no? —Niles seguía dándole vueltas al asunto. Permanecía boca arriba en el agua, observando el cielo; las nubes parecían volantes, como el encaje de unas enaguas bajo una amplia falda azul. Luego bajó los ojos hacia el rostro de su gemelo—. ¿Qué es lo último que te gustaría ver antes de morir?

—¿Humm?

—Lo último. Si hubiera una última cosa que pudieras ver antes de morir, ¿qué elegirías? Por ejemplo... ¿Una puesta de sol? ¿A una persona? ¿El océano? ¿Qué?

Holland resopló.

—Mira, si me estuviera muriendo, estaría demasiado ocupado con eso de morirme como para ponerme a ver puestas de sol. Y tú también.

Ahora Niles flotaba en vertical; sus pies rozaban ligeramente el fondo arenoso. Se volvió y miró el prado que se extendía hasta los montes de Avalon, en la otra orilla. Unas vacas pastaban en medio del verdor.

—A mí me gustaría verla a ella —dijo.

—¿A una vaca? —Holland estalló en carcajadas.

Niles negó con la cabeza y sonrió. No, se refería al Ángel del Día Resplandeciente. Así lo explicó, con tono serio. Aquel ángel era lo último que deseaba ver. La evocó, con los cabellos flotando alrededor de los hombros, sus grandiosas alas blancas batiendo suavemente y aquella sonrisa con la que le ofrecía el lirio... mientras lo llevaba al Paraíso...

—¿Y cómo sabes que no te llevaría al infierno?

—Porque los ángeles no van al infierno. Solo va allí la gente malvada.

—El diablo era un ángel, y sí que fue al infierno.

—¿Lucifer? Fue al infierno porque era malvado. —Niles estaba caminando sobre el fondo del río, con la cabeza parcialmente sumergida; bajo la franja oscura que el pelo mojado formaba en su frente, sus ojos resplandecían sobre el agua centelleante—. Ya sabes lo que significa esa palabra, ¿no? —preguntó con suavidad.

—¿Qué, *malvado*? Pues lo mismo que *malo*, ni más ni menos.

—Y una persona malvada es alguien que hace cosas malas.

—Supongo. Nunca me he parado a pensar en eso. —Era evidente que Holland prefería hablar de otra cosa—. He estado dándole vueltas a lo del espectáculo.

—¿Y se te ha ocurrido algo? —Niles nadó hacia el banco de arena.

—Si vamos a hacer el truco, tenemos que poner luz en la cueva de las manzanas. Los juncos ya están demasiado secos como para usar cerillas. Tendremos que conseguir una linterna y colgarla en algún sitio; eso nos dará suficiente luz.

—¿Y de dónde sacamos una linterna?

Holland se quedó un rato meditando sobre eso, pero no respondió. Luego dijo:

—¿Y tú? ¿Has pensado algo para el truco?

—Sí.

—¿Y?

Niles sabía a qué se refería.

—Pues... —empezó, sin mucha convicción.

—Crees que no saldrá bien, ¿verdad?

—Sí, funcionará. El único problema es fabricar la caja...

Holland se rio entre dientes.

—Niles Alexander, ¿no se te olvida algo?

¿Algo? ¿Qué? Estaba seguro de que lo había descubierto todo, hasta el último detalle del truco de desaparición de Chan Yu. No se le ocurría qué podía haber pasado por alto...

—Se te ha olvidado una cosa. ¿Cómo vamos a entrar los dos en la caja?

Aaaah... Qué tonto eres, Niles, qué estúpido. Claro, no había planeado que lo hicieran los dos. Había asumido —naturalmente, ya que había sido él quien había desenmascarado el truco de Chan Yu— que sería él quien lo llevaría a cabo. Pero no; Holland tenía otros planes. Sacudió la cabeza otra vez.

—Y también se te ha olvidado otra cosa. El truco seguiría sin salir.

—¿Y eso? ¿Por qué?

—Por culpa de la puerta de los esclavos. ¿Te acuerdas? ¿No? Vamos. Vístete. Te lo enseñaré.

Se llamaba la puerta de los esclavos porque, muchos años atrás —antes de la Guerra Civil, cuando Connecticut se había convertido en el primer estado abolicionista—, el bisabuelo Perry había dejado pasar por allí a los esclavos fugados. Había traído a hombres, mujeres e incluso niños, y los había mantenido ocultos en un lugar seguro, hasta que les llegaba el turno de emprender su camino a través del ferrocarril subterráneo, hacia Canadá, hacia la libertad. Holland se apoyó contra la pared opuesta y dijo:

—Mírame, Niles Alexander. ¿Qué otra cosa se te ha olvidado?

Niles no lo sabía.

—Piensa. Supongamos que construimos la plataforma sobre la trampilla y desde ahí nos dejamos caer a la cueva de las manzanas. Hasta aquí, todo bien. Y, luego, ¿qué?

—Luego bajamos de los colchones, nos cambiamos de ropa, salimos por la puerta, corremos escaleras arriba y aparecemos entre el público.

—¿Que hacemos *qué*?

Holland le estaba obligando a pensar.

—Salimos... por... la... —Niles se desinfló a medida que pronunciaba aquellas palabras. Ahí estaba el problema, justo ahí. Lo tenía ante sus propios ojos. El candado. Por orden del tío George, habían puesto un robusto candado y una gruesa cadena para asegurar el cerrojo, así que la puerta de los esclavos no se podía utilizar. Y la llave estaba en el bolsillo del tío George. Sin ella, no había forma de salir.

Holland desplegó una sonrisa triunfante.

—De acuerdo —dijo, con el tono de un oficial que acaba de tomar el mando de un barco que se hunde—, acompáñame. —Y corrió escaleras arriba. Levantó la trampilla y bajó la vista hacia el sótano—. Oye, puedo hacerlo —dijo entusiasmado—. Sé cómo manejar este asunto. Déjame a mí.

Niles bajó la mirada al suelo. Cuánta nieve. Nieve en julio, para el Reino Invernal de los Akaluks. Los juncos deshechos formaban una alfombra blanda y vellosa bajo los pies, algo hundida en las esquinas; la sustancia se acumulaba en pequeñas dunas

sucias; algunas partículas se desprendían y volaban, creando remolinos de copos de nieve transportados por las corrientes de aire. Los objetos apoyados contra las paredes encaladas de la cueva estaban cubiertos de una pátina pálida; parecía que una tormenta de nieve hubiera caído a través de la trampilla.

—¿Cómo? ¿Cómo haremos que funcione? —La voz de Niles dejaba translucir su decepción—. ¿Holland...?

—¿Humm?

—Esto no va a ser nada divertido, ¿verdad?

—¿Qué...? ¿El espectáculo? Claro que sí. Ya te lo he dicho: lo tengo todo resuelto. Sé dónde podemos conseguir la linterna. Ahora, lo único que necesitamos es un bigote chino, un martillo y una sierra para construir la caja.

—¿Y de dónde sacamos la linterna?

—Bueno —respondió Holland; en sus ojos había una expresión perversa—, espera y verás.

Exacto, pensó Niles, que ya no tenía ninguna gana de seguir adelante con aquel espectáculo; en efecto, tendría que esperar y verlo...

7

Tenemos el mes de julio en Connecticut. Tenemos a todo Pequot Landing aletargado a la hora de la siesta. Y tenemos las típicas fechorías que un niño puede realizar en una tarde como esta, mientras la gente está intentando combatir el calor. Aquí llega la *Reddy Racer*, negra, cromada y roja, con su pata de cabra, su cesta de alambre y su bocina —¡*mec, mec!*— zumbando a lo largo de Valley Hill Road. Allá vamos, hasta la esquina de Fiske Street. Ahí está la señora Jewett, a la sombra de su haya, tumbada en su hamaca, con su periódico en la cara... Sería chulo que alguien se metiera en la casa y usara el pincel y la pintura que ha dejado el pintor, y que escribiera algo en las paredes usando el color del techo; algo desagradable, algo sucio, algo *divertido*.

¡Hasta pronto, señora Jewett!

¡*Mec, mec!*

Sigamos en dirección norte, hacia Packard Lane: pasamos junto a la furgoneta de verduras del señor Pretty, estacionada detrás de los ultramarinos Pilgrim, mientras P. C. se está tomando una soda de limón. La *Reddy Rider* hace una parada rápida; enseguida arranca y se aleja. P. C., dile adiós a tu linterna. *Jua, jua*.

¡*Mec, mec!*

Vamos hacia el este por Packard Lane, hasta la autopista Thomas Hooker; después, hacia el sur; las ruedas zumban, los radios centellean a la luz del sol. Ahí va el profesor Lapineaux en su Hupmobile: «¡*Bonjour, professeur! Au revoir, profesor Rabbitwaters Lapineaux*». En Church Street giramos al este atravesando las vías del tren. Nos paramos un momento para lanzar una piedra a una de las ventanas del depósito de carga, justo cuando el empleado está en la rampa. ¡*Zas!*

—¡Oye, tú...! ¡Maldito niño...!

¡*Mec, mec!*

Echemos un vistazo detrás de la iglesia congregacional. El sacristán, el señor Swate, está trabajando en el cementerio. Se levanta el sombrero y vuelve a enjugarse el sudor de la frente. Parpadea, no da crédito a sus ojos.

—¡Eh, tú! ¡Por el amor de Dios, niño, en la tumba no! ¡Cielo santo! ¡Eh, eh, vuelve aquí, pequeño sacrílego...!

Lo persigue, se da por vencido. Mira más de cerca las flores de la tumba; no da crédito a sus ojos.

¡*Mec, mec!*

Descendamos a lo largo del camino, salgamos por las puertas de hierro forjado del cementerio, pasemos más allá de la iglesia y del prado que hay frente a ella, justo cuando el tranvía de Center Street se detiene para que baje una pasajera.

«¡Cuidado!»

—¡Caracoles, chico! ¿Tú qué te crees, que eres el dueño del mundo? ¡Mira lo que les has hecho a mis medias!

—Chúpate esa, Facilona, a ver si miras por dónde vas.

¡Mec, mec!

* * *

Pese a los numerosos carteles con advertencias del tipo «Toque los artículos expuestos bajo su responsabilidad», cuando se trataba de cerbatanas, cómics o artículos de mercería empaquetados, la propietaria de la Tienda de Regalos y Novedades de la Señorita Josceline-Marie tenía que andarse con cien ojos. Desde un taburete estratégicamente ubicado tras la caja registradora, cerca de la puerta, aquella mujer podía inspeccionar sus dominios mientras llevaba aquel boyante negocio de autoservicio; y, de paso, acumulaba todos los chismorreos que se comentaban ante el mostrador.

Estaba teniendo una tarde atareada, a pesar de la humedad. Había mucho movimiento. Los clientes iban y venían sin cesar, sirviéndose en un abrir y cerrar de ojos, tan rápido que apenas le dejaban tiempo para empolvase la nariz. Mientras unos visitantes examinaban las mercancías en la parte trasera del negocio, las campanillas de la entrada anunciaron la llegada de un nuevo comprador. La señorita JoscelineMarie compuso una sonrisa artificial para saludar a la recién llegada.

—Buenas tardes, Rose. ¡Dios mío, qué preciosidad de blusa! —La señorita Josceline-Marie tenía una cara redonda y plana como un plato, con los carrillos hinchados (como esas ardillas listadas que almacenan comida en las bolsas de sus mejillas). Era una mujer enfática; daba la impresión de que todo lo que decía, lo decía en serio.

—¡Caracoles! —exclamó su clienta. Venía bamboleándose sobre sus altos tacones y frotándose con el pulgar mojado una carrera que traía en la media—. ¡Estos niños de hoy en día...!

—¿Qué ha pasado?

Rose Halligan blandió el pulgar sobre su hombro, señalando a su espalda.

—Pues que ahora mismo, cuando me estaba bajando del tranvía, un niño casi me atropella con su bici. Mira lo que le ha hecho a mi media. Así que le digo: «Mira por dónde vas», y él va y me dice... Vaya lo que me dice...

—¿Qué te ha dicho?

Aunque a la señorita Josceline-Marie le habría encantado saber más sobre aquel tema, Rose no tenía intención de seguir ilustrándola al respecto.

—¿Tienes Belle Sharmeurs?

—Las medias están en la mesa dos. Sírvete, querida. —La señorita Josceline-Marie señaló en la dirección mencionada, sin tomarse mayores molestias.

—¿Te quedan de color Sáhara?

—Mira tú misma, querida. ¡Pero no me lo descloques! —gritó en tono quejumbroso, al ver cómo Rose rebuscaba.

—En serio, esto es como buscar una aguja en un pajar. Creo que se te han acabado las Sáhara.

—Entonces coge las Arena. Es prácticamente lo mismo: arena... Sáhara... —sugirió la propietaria, estableciendo una conexión bastante plausible.

—Pues tendré que apañarme con estas. Llevo prisa. —Se bamboleó hacia el mostrador y metió la nariz en el bolso, en busca de dinero. Mientras lo hacía, la señorita Josceline-Marie comprobó en silencio cómo las raíces del pelo de su clienta delataban su verdadero color.

—He recibido un nuevo artículo maravilloso —comentó al devolverle el cambio—. Helena Rubinstein acaba de sacar un maquillaje especial para rubias. Tal vez te apetezca probarlo. ¿Hoy no trabajas?

—No, es mi día libre. He estado en el cine.

La mirada de la señorita Josceline-Marie decía a las claras «lo siento por ti».

—Vaya, parece que te has perdido todo el jaleo, ¿no?

—¿Qué jaleo? ¿Dónde?

—Ahí arriba, en la colina. Algo horrible, no puedes ni imaginártelo. Debe de haber sido realmente espantoso. Pobre criatura. Harold Foley tendrá que trabajar muy duro para dejarla presentable...

Rose estaba tratando de extraer algo de sentido de aquella avalancha de palabras.

—¿Quién...? ¿Qué...? ¿Cuándo...?

—Déjame que te diga que es lo más horripilante que se ha visto en la ciudad desde hace mucho tiempo. Sesenta, setenta y cinco, un dólar. —La señorita Josceline-Marie se humedeció las yemas de los dedos con la punta de la lengua para sacar una bolsa de papel y dijo, *sotto voce*—: Escucha, querida, ¿de verdad quieres que te lo cuente? Porque es algo que hiela la sangre...

—Claro. —Rose sacó unos chicles de su bolso.

—Eh, Winnie. —La señorita Josceline-Marie llamó a alguien que se encontraba en la parte trasera de la tienda. Winnie, que había estado seleccionando una tela para su delantal en la mesa de los retales, se acercó al mostrador—. Winnie, esta es Rose, Rose Halligan. Dile lo que me has contado sobre... Ya sabes... Sobre *la casa de al lado*.

Sin más preámbulos, Winnie pasó a narrar lo que ya le había relatado a la señorita Josceline-Marie; cómo esa misma mañana el señor Pretty, el verdulero, había notado un olor extraño en casa de la señora Rowe; cómo esa tarde, al terminar su ruta, había regresado y había intentado mirar por las ventanas traseras, luego por las delanteras, luego por las laterales; en una de ellas había un hueco entre los portieres cerrados... Cómo había llegado corriendo a la casa de los Perry para usar el teléfono; cómo Winnie y Ada habían vuelto con él, y...

—... y allí estaba ella —la señorita Josceline-Marie la interrumpió en este punto crucial—, en el salón. Qué forma tan horrible de morir.

Rose se volvió hacia la fuente de información de primera mano.

—¿Y qué habéis visto?

—Estaba sentada allí mismo, en su mecedora... —dijo Winnie.

—Su silla favorita —puntualizó la señorita Josceline-Marie.

—Había tenido un ataque al corazón...

—Estaba más muerta que una piedra. Debía de llevar allí una semana o más.

—¡Puaj! —articuló Rose mientras mascaba su chicle—. ¿Y qué más?

—Pues...

—Tenía la cara completamente morada, la boca abierta de par en par, el cuerpo rígido como un caramelo —refirió la señorita Josceline-Marie, ansiosa por presentarle a Rose una descripción apropiada—. Y menudo olor. Para caerse muerto allí mismo... Bueno, ya sabes lo que quiero decir.

Winnie se mostró de acuerdo. Ella y Ada habían abierto las ventanas mientras esperaban al alguacil, que tapó a la señora Rowe con una sábana y llamó al señor Foley.

—Y ella parecía tan real como la vida misma, ¿verdad, Winnie? —prosiguió la señorita Josceline-Marie—, allí sentada, con el regazo lleno de telarañas...

—¡Arañas! —Rose volvió a poner cara de asco.

—Arañas —confirmó Winnie.

—Arañas —repitió la señorita Josceline-Marie como un eco, mientras sus abultadas mejillas se bamboleaban a causa de la indignación.

—Uuuh, se me han puesto los pelos de punta —comentó Rose, frotándose los brazos para quitarse la carne de gallina.

—Es algo demasiado espeluznante como para hablar de ello —dijo la señorita Josceline-Marie—. Ahora vamos a charlar de algo agradable, por favor. Winnie, ¿quieres llevarte ese retal de algodón? —Le aplicó la cinta métrica y entrecerró los ojos para ver el número resultante—. Dos yardas y media, querida; me temo que no es suficiente para un vestido. Ah, ¿un delantal? ¡Sí, para eso hay de sobra! Adiós, Rose.

Rose se había lanzado hacia la puerta, casi resollando. Había visto a Esther, de la Maison de Beauté, y estaba deseosa de compartir con ella tan turbadoras noticias. La señorita Josceline-Marie guardó en una bolsa el retal estampado de Winnie. A la vuelta de la esquina, tras el estante de las revistas, un muchacho de brillantes ojos grises y cejas profundamente angulosas —que ocultaba en un bolsillo el bigote chino que acababa de robar—, permanecía callado como un ratón.

Había desaparecido.

Al descubrir que el *Sermón de la Montaña* había dado paso a la fiesta de las *Bodas de Caná*, Niles retiró el eje sobre el que se enroscaba el rollo del escritorio chautauqua y lo inspeccionó. ¡La lata de Príncipe Alberto había desaparecido! Miró por todas partes, por encima, por debajo, por detrás de cada objeto. Después, destrozó las dos camas y las volvió a hacer, asaltó los cajones, tanteó por detrás de los libros. Debajo de las camas solo había pelusas. En los cofres, nada. Aunque... Espera... Podría estar en el compartimento secreto del cofre de Holland. ¡*Un momento!* Las gafas; eran las gafas de Russell, con su montura metálica y sus gruesos cristales... ¡*Las gafas perdidas!*

Se dirigió a la ventana e intentó recuperar el aliento. Estaban sucediendo cosas muy extrañas. Ada, que se había pasado toda la tarde limpiando en casa de la señora Rowe desde el aciago descubrimiento del señor Pretty, había regresado de allí en un estado de gran agitación. Era natural que se sintiera conmocionada... Solo que había algo más... Algo más allá del mero y triste hecho de que la señora Rowe estuviera muerta. ¿Qué había pasado allí, que tanto angustiaba a Ada? ¿Por qué seguía mirando hacia la cocina de su difunta vecina con aquella extraña mirada, mientras se mordía el labio con expresión perpleja, como si estuviese intentado atar cabos?

Era muy raro.

Luego Ada había regresado a la casa de la señora Rowe para seguir haciendo cosas allí. Y entonces Winnie, que se estaba despidiendo para ir a ver a su hermana, dejó caer la bomba. Según dijo, Madre había mencionado que iba a echar un vistazo a la habitación de los niños... ¡Porras! Niles había salido corriendo, había subido a la carrera por las escaleras traseras y...

... *¡había desaparecido!*

Miró por la ventana hacia el prado que se divisaba más allá del granero, preocupado, dejando que sus ojos deambularan en la noche. Aunque el aire aún era cálido, sintió frío. Notaba la frente y la nuca húmedas. En el exterior no soplaban ni la más ligera brisa. Una niebla enmarañada se extendía a lo largo del río. En la otra orilla, unas luces bailaban en un paisaje borroso; globos lechosos de un fulgor insólito que flotaban lentamente, como burbujas en la oscuridad. Apoyada contra el castaño de Indias, la bicicleta de Holland brillaba a la luz de la luna. Fafnir y Thor permanecían al lado del camino, rígidos, indiferentes, distantes. No se percibía ningún movimiento en absoluto... Excepto...

Con una punzada de aprensión, Niles acercó su pecho al alféizar. Sus ojos hacían verdaderos esfuerzos por escrutar la oscuridad. Percibió un ligero movimiento, justo allí, debajo de los árboles; había una figura tendida junto al pozo, sobre la broza de las agujas caídas de los abetos... Su puño golpeaba la losa de cemento.

De repente, Niles supo dónde estaba la lata de tabaco.

—¿Madre?

Estaba medio postrada, con el pelo sobre la cara. Lo miró por encima del hombro como si fuera un intruso, mientras seguía arañando con los dedos la losa de cemento.

—¡Madre! —El chico corrió hacia ella, alarmado. La tomó de las manos y la incorporó. Alexandra gimió. Tenía sangre en los dedos, se los había herido al intentar escarbar. Apartó sus manos de las de su hijo, se arrodilló y siguió buscando algo junto al pozo.

—Vámonos de aquí —suplicó el muchacho. Y ella se dejó conducir hasta el camino, como si fuera una niña—. Madre, ¿qué pasa?

Ella negó con la cabeza, permaneció en silencio, escondió la mano entre los pliegues de la bata. El dobladillo susurró sobre la hierba mientras Niles la llevaba hasta el pie de la escalera exterior.

La mano libre de Alexandra se deslizó distraídamente hacia su boca; parecía encerrar en ella palabras inconfesables. Se tambaleó, parecía a punto de desplomarse. Cuando el muchacho la abrazó para ayudarla a mantenerse en pie, percibió aquel olor familiar. Ella se encogió contra el poste de la barandilla inferior. Su cuerpo temblaba, combado, como si estuviese cargando con el peso de algo insoportable.

—Por favor, Madre.

Niles se quedó esperando a que ella subiera; aquella mano pálida voló otra vez hacia la cara y el muchacho comprobó que se había arrancado una de las uñas. Alexandra empezó a subir; su bata se arrastraba paso a paso mientras ascendía por las escaleras; la mano iba dejando un rastro de puntos oscuros a lo largo de la barandilla.

Cuando llegó al rellano del piso superior, se tambaleó e hipó. Se quedó apoyada en el poste mientras su hijo pasaba junto a ella y abría la puerta mosquitera.

—Niles. —Las palabras se le ahogaron en la garganta. Tenía el aspecto de una criatura muda, atrapada en un cepo cuya boca se hubiera cerrado sobre una parte vital de su anatomía—. Niles. —Volvió a callarse; aquella larga y silenciosa pausa los mantuvo apartados, como la puerta de una habitación que, al cerrarse, divide un mismo espacio en estancias separadas. Sin pronunciar palabra, la madre sacó la mano de entre los pliegues de su bata y abrió el puño; en la palma tenía el anillo de oro: el Peregrino de los Perry.

—Ah —musitó el muchacho mientras cogía el anillo—. Has encontrado la lata de tabaco. Lo sabía.

Ella realizó un ligero movimiento: le mostró la otra mano, en la que sostenía la lata. Logró hablar a costa de un tremendo esfuerzo.

—Niles, ¿qué estás haciendo tú con ese anillo?

—Es de Padre.

—Ya lo sé. Y él se lo dio a Holland. ¿Qué estás haciendo tú con él?

—¿Dónde está el paquete con el que lo guardaba, Madre?

«La Cosa; lo ha abierto, la ha visto... Holland...»

Alexandra tenía la respiración entrecortada, como si una herida profunda le estuviera haciendo daño por dentro, en lo más hondo de su delicada anatomía. Tragó saliva, sacudió la cabeza. Las palabras seguían resultándole impronunciables. Al final, logró decir:

—Dime, Niles... ¿Qué estás haciendo con ese anillo?

Hablaba apenas en un susurro.

La respuesta de su hijo solo consiguió agitarla aún más. Se aferró al poste con todas sus fuerzas. De su dedo herido brotó aún más sangre. A la luz de la luna, sus nudillos se habían vuelto blancos como el marfil.

—¿Cómo? ¿Cómo que es tuyo? —Estaba impaciente por comprender: su postura, inclinada hacia él; la súplica frenética que se leía en sus ojos... Todo aquello demostraba que necesitaba desentrañar algo que su mente no lograba entender.

Niles respondió a regañadientes.

—Holland me lo dio.

Alexandra apartó la cabeza. Aquellas palabras parecieron golpearla en plena cara. Fue como si cada una de ellas le asestara una bofetada.

Él la miró, deseoso de convencerla de su sinceridad.

—Me lo dio, Madre, en serio. No lo he robado.

—Pero estaba decidido... Holland... Holland tenía que quedárselo. Ada me dijo que estaba decidido.

—Ya lo sé. Pero, después, él me dijo que quería que yo me lo quedase. Me dijo que podía cogerlo. Me lo entregó... De verdad que sí.

Tenía que convencerla de que lo que le estaba contando era cierto.

—¿Cuándo? ¿Cuándo te lo dio?

—En marzo. Me lo dio en marzo.

—En marzo. —Alexandra movió los labios en silencio, repitiendo aquellas palabras, examinándolas, tratando de encontrar en ellas un núcleo de racionalidad, algo aceptable para su mente—. ¿Qué día de marzo?

—Después de nuestros cumpleaños.

—Vuestros cumpleaños... ¿Cuánto tiempo después?

—Dos días.

Entonces en el rostro de la madre se reflejó una expresión de horror; de ese espanto profundo que ciega y sella todos los pasajes de la mente.

—¿Dónde, Niles? Por amor del cielo, dímelo —imploró—. ¿Dónde estaba Holland cuando te dio el anillo?

—Aquí.

—¿En esta casa?

—Sí. En el piso de abajo.

Niles se puso el anillo. Parecía de hielo. Su dedo latía con fuerza. Luego le pidió el paquete, el paquete de papel de seda azul. Ella lo miró como si la vida hubiera huido de su cuerpo. El muchacho esperó su respuesta, dejando que el aire se filtrara poco a poco de su boca. Pasó un minuto. Ella hizo un leve movimiento con los labios, gimió ligeramente, pero no pronunció ni una palabra. A sus pies, la escalera se abría hacia el vacío.

Al final, él repitió con suavidad:

—¿Dónde está, Madre?

La mano de Alexandra se agarró a la garganta, como si así pudiera manipularla para hablar sin atragantarse y articular de algún modo la devastación que sentía.

—¿Holland también te dio eso?

—Sí —respondió él, con voz débil. ¿Cómo podía explicar de forma satisfactoria la presencia de aquel dedo siniestro?—. ¿Dónde está, Madre?

Alexandra abrió a tuestas la tapa de la lata de tabaco y dejó caer La Cosa en la palma de su mano. A la luz de la luna, el papel de seda parecía el brote de una resplandeciente flor, una azulada rosa nocturna. Entonces, una repentina ráfaga de viento arrastró el paquete; la lata de tabaco cayó, las manos que la sostenían la siguieron hacia fuera, alejándose; alas pálidas que revoloteaban como pájaros. Niles dio un paso adelante para atraparlos, para enjaularlos. El cuerpo de su madre se elevó, quedó en el aire un instante, suspendido, igual que la marioneta del trastero colgada de sus cuerdas. El dobladillo de su túnica ondeó grácilmente alrededor de sus tobillos mientras ella giraba, un remolino de color lila pálido; durante un momento, pareció encogerse sobre sí misma, como si las cuerdas que controlaban sus movimientos se hubieran aflojado de repente, permitiéndole realizar un ridículo paso de baile, danzar hacia delante en el rellano; luego volvió a recular hasta el poste pintado de blanco; y, al fin, cayó de lado, alejándose de su hijo.

—Ah —murmuró; un sonido breve, en tono de sorpresa, casi como si se disculpara al notar que estaba cayendo. Y allí, petrificado, con los brazos rígidos y extendidos, Niles la vio precipitarse escaleras abajo. Y supo que, en aquel instante, antes de que la oscuridad engullera aquel rostro blanco y ella se convirtiera en una maraña rota al pie de los escalones, todas las preguntas de Alexandra habían recibido respuesta.

8

Tras retirar con los dedos la ceniza que su cigarrillo Melachrino había dejado en la parte delantera de su bata floreada, la señorita Josceline-Marie dirigió su atención al joven cliente que se acercaba desde la parte trasera de la tienda.

—Bueno —dijo con acento cantarín, mirando el hermoso rostro del muchacho—, ¿hemos encontrado algo?

—Sí. —Niles levantó con cuidado una figurita con una amplia gorguera, zapatos de puntas enrolladas y un pompón en el sombrero. La etiqueta indicaba que estaba hecha de vidrio veneciano.

—Ay, qué preciosidad; es el *Sig-nor Palacchi*. —Quería decir «Pagliaccio»; la figurita representaba a un payaso—. ¿Verdad que es bonito? Estupendo. ¿Y no has visto a la señora Palacchi? Hacen una pareja encantadora.

—No, hoy solo me llevaré este —respondió el chico, sin morder el anzuelo. La cara de su interlocutora mostró su decepción—. Y también me quedo con esto —añadió. Dejó sobre el mostrador una cajita de música; era de metal, estaba pintada con flores y querubines, y colgaba de una cinta—. ¿Podría envolverme el payaso para regalo, por favor?

—¿Para regalo? —La tendera hizo un pequeño mohín con la boca—. No suelo envolver mis artículos para regalo; si lo haces para un cliente, luego tienes que hacerlo para todos, ¿no?

Winnie, que había estado curioseando en un expositor cercano, se aproximó.

—No pasa nada, Niles. Ya te lo envolveré yo cuando llegemos a casa. —Se volvió hacia la señorita Josceline-Marie y le explicó—: Tiene que parecer un regalo realmente especial.

El mohín de la boca se convirtió en una sonrisa.

—¡Caramba! Bueno, supongo que no pasa nada por envolver un pequeño payaso. A Niles Perry sí puedo hacerle ese favor. ¿Y dices que es un regalo especial? Imagino que no sería demasiada indiscreción preguntar para quién es. ¿Para una novia, quizá? —Sacó de la parte inferior del mostrador una caja y papel de regalo.

—No, es para otra persona. —Azorado ante el interrogatorio, Niles volvió a las estanterías de los periódicos y se puso a leer el último titular sobre Bruno Hauptmann, el secuestrador del bebé de los Lindbergh.

—Vaya, vaya. Entonces, ¿para quién será el *Sig-nor Palacchi*? ¿A quién irá dirigido este regalo tan especial? —se preguntó la señorita Josceline-Marie mientras envolvía la figurita de cristal en papel de seda, la metía en una caja y cortaba el fragmento más pequeño posible de un rollo de papel de regalo de color plateado—. ¿Para su madre?

—gorjeó, en voz baja—. Pero ¿qué va a hacer ella con esto, por el amor de Dios? Si dicen que se cayó desde una altura de dieciocho pies... Caramba, eso es como si hubiera caído una milla entera. Y dicen que ahora está en una silla de ruedas, y que ni siquiera puede hablar; que es prácticamente un vegetal. Aunque andaba regular desde hacía mucho tiempo, ¿verdad? —Ató un bonito lazo encima de la caja—. Primero Vining muere de una manera tan terrible, y ahora...

—Puede mover un poco las manos —la interrumpió Winnie—. Se maquilla ella sola, y hasta puede girar un poco la silla de ruedas.

—Ah, entonces es capaz de escribir, ¿verdad? ¿Es así como te dice lo que quiere?

—No. Le haces una pregunta y ella parpadea.

—Vaya, imagínate. Aunque me gustaría saber... ¿Qué hace la pobre durante todo el día, si no puede moverse de su silla?

—Niles le lee libros en voz alta...

—¡Caramba! ¡Qué maravilla de muchacho! —La señorita Josceline-Marie aplaudió con sus diminutas manos—. Y Victoria, con su bebé... Es un milagro que no la haya perdido, después de lo ocurrido. No es de extrañar que el accidente le provocara el parto. La conmoción, supongo... Pero dicen que los bebés crecen bien en la incubadora, ¿no? —Sonrió para demostrar la satisfacción que sentía ante los resultados obtenidos después de que la neonata hubiera permanecido en una burbuja de oxígeno durante dos semanas—. ¿Torie y Rider seguirán viviendo en la casa?

—Sí. Torie traerá a la bebé esta tarde. —Winnie lanzó una mirada al otro lado de la calle; Ada estaba comprando en el mercado—. La señora quiere que todo siga como antes. Y el miércoles pasado volvió también la señora Valeria.

La señorita Josceline-Marie intervino de nuevo, lanzando una bocanada de humo a la cara de Winnie:

—Pues no sé si es una buena idea, ¿sabes? Ese sitio parece provocar una desgracia tras otra. Espero que la señora Perry sepa agradecer las molestias que me he tomado —dijo, entregándole a Winnie la caja envuelta en papel plateado. Niles volvía en aquel momento, trayendo una revista—. ¿Qué es eso, querido, un ejemplar de diez centavos o de veinticinco? Ah, Doc Savage, ¿verdad? Vaya, menuda portada... realmente espeluznante. Mira esto, ¿no es un regalo precioso?

Niles le dio las gracias. Dejó al alcance de la mano el paquete envuelto, la revista y la cajita de música, y se dispuso a pagar.

—Voy un momento aquí al lado —le dijo Winnie—, nos vemos después en el mercado para llevarnos la compra de Ada.

Salió de la tienda; Niles guardó el cambio y sus cosas y corrió tras ella. En la puerta chocó contra una clienta, que se había inclinado para mirar algo en la vitrina y no había visto al muchacho. La carga de Niles salió disparada en todas direcciones, y él se puso a recogerla.

—¿Ves algo lo bastante bueno para ti, Rose? —la saludó la señorita Josceline-Marie a través de la puerta abierta.

—¡Caracoles! —gritó enfadada Rose Halligan mientras se tambaleaba a causa del golpe—, ¿por qué no tienes más cuidado, niño? —Se agarró un zapato y fue dando tumbos hacia el mostrador de la señorita Josceline-Marie—. Oye, ¿quién es ese crío?

—¿Ese? Es Niles Perry.

—Pues es la segunda vez que está a punto de tirarme al suelo.

La señorita Josceline-Marie estaba asombrada.

—¿Tirarte al suelo? ¿Cuándo?

—Bueno, una de las veces ha sido ahora mismo; y la primera, el otro día, cuando bajé del tranvía y me atropelló con su bicicleta. ¿Te acuerdas? Es el que me hizo una carrera en las medias y me insultó.

—Vaya, querida, creo que no te refieres a él. Este de ahora es Niles —trinó con una risita la tendera—. Pero, por lo que cuentas, ese otro bien podría haber sido Holland.

—¿Y ese quién es?

—El hermano gemelo de Niles.

—¿Quieres decir que hay otro?

—Los gemelos vienen siempre de dos en dos, ¿no? —Se rio—. Un verdadero diablillo, ese Holland. Solo que es imposible que haya sido él.

—¿Por qué?

—¿Holland Perry? Muy sencillo —contestó la señorita Josceline-Marie. Mientras lo explicaba, sus mejillas redondas temblaban, su pequeña boca rosada se abría y cerraba, ansiosa ante el discurso... De repente, se detuvo asombrada y retrocedió con un grito de alarma. La puerta se abrió con un golpe furioso, y Niles se arrojó sobre la tendera; sus paquetes volaron por todas partes al tiempo que gritaba:

—¡Mentira! ¡Mentira! ¡Maldita sea, no es verdad! ¡No lo es!

Rose Halligan corrió tambaleándose, con los brazos extendidos hacia el chico, para intentar detenerlo. Ada, que acababa de llegar en ese preciso momento, proveniente del mercado, también trató de inmovilizarlo. Las manos del muchacho golpeaban sin cesar, por encima del orondo pecho de la señorita Josceline-Marie, tratando de acallar aquella odiosa boca. Cuando Niles retrocedió, ya sin aliento, ella, escudándose en su dignidad herida y negándose a tolerar aquel ultraje, exclamó que no podía, no podía entender aquello. Rose dijo:

—Pero ¿a qué ha venido eso? Caracoles, si lo único que habías dicho era que... — Pero Ada la interrumpió para disculparse, disgustada, y salió corriendo detrás del niño, que había abandonado a la carrera el establecimiento.

Lo alcanzó junto a la iglesia. A través de las puertas abiertas se oía música de órgano. Niles estaba furioso, con la cara encendida. Miraba al Ángel del Día Resplandeciente, cuyos vivos colores parecían turbios vistos desde el exterior. Se negó a saludar a Ada cuando ella se le acercó.

—Chiquillo, ¡menuda forma de comportarte! ¿Qué te ha dado?

—Es mentira —dijo él con firmeza, mirándola a los ojos con gesto desafiante.

—*Niet*, no es mentira, y lo sabes. Ven, chiquillo, tienes que aceptarlo.

—¡No!

—¡Tienes que hacerlo! ¡Esto no puede seguir así! —Entonces, severa e intimidante, lo obligó a atravesar las puertas de hierro forjado y lo arrastró por el camino hasta el cementerio. Mientras instaba a su nieto a caminar junto a ella, los suaves rasgos de la anciana se mantuvieron duros y rígidos. El terreno cubierto de hierba alta descendía en pendiente en todas direcciones. Once generaciones de habitantes de Pequot Landing yacían enterradas allí, bajo los árboles frondosos. Más allá se divisaba un campo verde, lleno de hileras de maíz ya crecido, sobre las que asomaba la cabeza torcida de un espantapájaros. Ada lo empujó hasta más allá de los monumentos cubiertos de flores, hasta las lápidas; las había antiguas y nuevas, grandes y pequeñas,

ornamentadas y lisas, de arenisca roja y de granito pulido, identificando a sus diversos dueños —Talcott, Standish, Welles...—, y lo condujo, implacable, hasta un gran roble. Allí, bajo la sombra de color verde oscuro, como en una cueva umbría, lejos del sol brillante y dorado, estaba la parcela de la familia. Cegado por las lágrimas, el muchacho miró vacuamente a los lados de las lápidas, donde unas vasijas verdes y desconchadas contenían flores ya moribundas. La atmósfera del mediodía parecía aletargada; el olor de las flores resultaba agrídulce; cerca de allí se oía un grifo goteando sobre la piedra; en algún lugar de entre las ramas, una langosta chirriaba. En lo alto, el cielo estival era de un azul brillante; ese azul perfecto y translúcido de un plato de porcelana holandesa, con la tremenda nitidez del vidrio, deslumbrante para el ojo, pero quebradizo como una cáscara de huevo; si lo miraba durante demasiado tiempo, se agrietaría, se rompería en pedazos, y un mortífero granizo azul caería sobre él.

—Vamos, chiquillo —le exigió Ada—, dilo en voz alta.

—¿Qué? ¿Qué tengo que decir? —preguntó él, desconcertado. Sacudió la cabeza, preguntándose qué extrañas palabras eran aquellas que su abuela le exigía pronunciar.

—Di la verdad, chiquillo —dijo ella, con voz paciente, tierna y triste—. Di la verdad, en voz alta. Así la oiremos ambos, los dos juntos.

Niles notó un escalofrío. Agachó la barbilla, apoyó la frente contra la tela del vestido de la anciana, sintió en sus pestañas la suavidad del tejido. Ella lo tomó de la barbilla y lo obligó a mirar a su alrededor.

—Lee, chiquillo —le ordenó. Con un suspiro resignado, él repitió las palabras cinceladas en la lápida de una tumba:

VINING SEYMOUR PERRY

Nacido el 21 de agosto de 1888

Fallecido el 16 de noviembre de 1934

Descanse en paz

Luego se inclinó, arrancó una brizna de hierba, la enrolló y empezó a silbar a través de ella.

—Sigue —lo urgió Ada. Lo sostenía frente a ella, agarrado de los hombros, dirigiendo su mirada más allá de la lápida marrón, hacia otra de granito recién pulida—. Mira ahí. Ahí, chiquillo. —El muchacho levantó la cabeza hacia ella, sin comprender, tratando de ver su rostro. Vio un contorno blanco, que parecía vibrar contra el cielo y reproducía exactamente la forma de la cabeza de la anciana; no muy distinto, pensó él, al halo que el Ángel del Día Resplandeciente tenía a su alrededor—. ¡Ahí! —repitió ella. Se le quebró la voz; pero siguió señalando en silencio.

En la corteza azul del cielo, curva como un cuenco, apareció una red de líneas finas, como las carreteras de un mapa o las venas de una hoja. Niles las estudió... durante demasiado tiempo, por desgracia. Las líneas se multiplicaron, una sobre otra, la corteza se agrietó, se astilló en un millón de fragmentos irregulares; llovieron a su alrededor, afilados, dolorosamente afilados, tintineando como lluvia azul. Cuando el chico se desplomó sobre la hierba, notó que pinchaba como si estuviera hecha de espinas. En su caída arrojó al suelo las flores marchitas, las margaritas, coreopsis y girasoles que Ada había usado para decorar aquella tumba, excavada en marzo de ese

mismo año. Sus dedos temblorosos recorrieron la fría piedra con los movimientos horrorizados de alguien que acabara de quedarse ciego. Leyó a tientas, como si se tratara de una inscripción en braille, las letras recientemente talladas que componían aquel terrible epitafio:

HOLLAND WILLIAM PERRY

Nacido en marzo de 1922

Fallecido en marzo de 1935

TERCERA PARTE

Vaya, eso sí que ha sido todo un acontecimiento, ¿verdad?

Pobre Holland.

Ahora lo entiendes todo, ¿cierto? En realidad, es muy sencillo. Holland está muerto. Más muerto que una piedra, para repetir el lamentable símil de la señorita Josceline-Marie, que Niles había oído un poco antes. Esa es la verdad, no te quepa la menor duda. No sigas engañado. Holland falleció. Al intentar ahorcar en el pozo al gato de Ada, murió él también. Ironías de la vida. Se mató en el pozo rodeado de trébol, en marzo, en su cumpleaños. Por eso la madre se encierra en su habitación y bebe, porque no puede aceptar esa pérdida; y por eso Niles (desposeído, desolado, totalmente solo, negándose a creer que Holland esté muerto) ha recreado a su gemelo, lo ha conjurado. Lo ha resucitado, por así decirlo.

Contempla esta extraordinaria veneración, esta pasión hacia un cadáver; el niño está cautivo de un muerto, obsesionado por un *macabroinamorato*; no por un fantasma, ni una visión, sino por algo vivo, que respira, de carne y hueso; por Holland *en sí mismo*. Hasta ese punto llegan los poderes del juego. Sé un árbol, sé una flor, sé un pájaro... Sé *Holland*. Con esta... *criatura*... da rienda suelta al vínculo, recrea su relación mutua; esos pequeños episodios de placentera agonía, los felices y sutiles actos de tiranía; amando a su gemelo, pero suplantándolo; idolatrándolo, pero apartándolo de su lado; no basta con ser el gemelo de Holland; tiene que convertirse en él. El Peregrino de los Perry. Aquel que lleva el anillo...

Ahora lo entiendes todo. Es verano. No hay colegio. Niles está solo. Recuerda —ya te lo advertí— que no tiene amigos; o que, si los tiene, no busca su compañía. ¿Has visto alguna vez a un colegial que no tenga compañeros? Pocas veces, me imagino. Pero ahí está Niles, buscando caras —como Ada le enseñó—, caras en las nubes, una cara concreta, *su cara*... La del otro. En las nubes, en el charco de la bomba de agua, en el techo..., da igual. Él está allí: el otro. En esa mancha de agua parda y ondulada que hay en el yeso agrietado y amarillento. Ya me entiendes. Yo hago lo mismo, aquí, tumbado en esta cama, con mi mancha del techo. ¿Los ves? ¿Los dos ojos, la nariz, la boca un poco curvada en las comisuras? ¿Cómo la llama la señorita DeGroot? Todavía no me acuerdo. Tengo que preguntárselo cuando venga. No creo que fuera una isla, después de todo, debe de ser un país. Ah, eso me recuerda..., me parece que su nombre de pila es Selva. Selva DeGroot. Qué nombre tan extraño, ¿verdad?

En cualquier caso, ahí está Niles, dedicando el verano a practicar el juego de Ada con un Holland muerto. ¿Y a qué más dedica su tiempo? ¿Te acuerdas de Russell Perry? ¿Y de la señora Rowe, que vivía al lado? Bueno, no importa. Te preguntarás quién tiene la culpa. Esas trágicas circunstancias, la extraña transferencia del niño a su gemelo muerto... Tal vez pienses que nadie la tiene, que son cosas que pasan. Yo no estoy de acuerdo. Desde mi punto de vista, la culpa es de Ada.

He estado pensando mucho en ella. No me cae bien. Sí, supongo que, en definitiva, tiene su mérito. Aunque no carece de sentimientos, no cae en el sentimentalismo, que es la más lúgubre de las trampas. Es bastante interesante, lo admito, una especie de

campesina-aristócrata; y la mente rusa a veces resulta extraña. Y tiene cierto sentido del humor en su forma de pensar, y en la forma en que se relaciona con el niño. No se permite excesos. Sabe controlarse. Hace su trabajo, mantiene su casa, cuida sus flores (¡ah, los girasoles!), acepta sus tragedias, trata de mantener a la familia unida. Aún hay médula en esos viejos huesos; no se romperán con facilidad. Parece invencible; sin embargo, y aunque no lo sabe, ya ha sido conquistada. Ha consentido demasiado al niño, le ha permitido seguir con su delirante fantasía; y eso, sin duda, es una locura. ¿Adónde se llevaron a la otra abuela, a Isobel Perry? Al manicomio. Y Ada sabía que la locura es algo genético. Ya verás qué amargamente se arrepentirá de eso (asintiendo y sonriendo, tan compasiva, mientras observa cómo Niles contempla el charco de la bomba de agua... ¿Y para qué?), por no haber tenido en cuenta lo más obvio; con el tiempo, se dará cuenta, y eso le romperá el corazón, al saber que fue ella misma quien plantó las semillas de la tragedia. Y, aunque tú puedas sufrir con ella, con esa mujer insensata, yo no lo haré. Esa pobre criatura inocente, convertida en un instrumento involuntario, sin percatarse de que aquello ha ido demasiado lejos... Macabramente lejos...

Bueno, un instrumento no del todo involuntario. Si Niles teme que Holland se haya ido, *ella* teme que Holland haya vuelto...

1

Observa a Niles en el salón, sentado al piano. En su cabeza resuena un zumbido, ese molesto sonido que siempre oye cuando la gente dice que Holland está muerto. Muerto, o enterrado, o que se ha marchado. No es verdad, por supuesto, se dice a sí mismo, pero eso lo pone muy nervioso. (Por eso hoy ha ido al cementerio y ha orinado sobre las flores de la tumba de Holland; no ayuda mucho, pero hace que el zumbido desaparezca. Excepto cuando oye el sonido de la armónica dentro del oído. Eso también viene acompañado de su correspondiente zumbido.)

Ahí, sobre la brillante superficie del piano, está el paquete de papel de seda azul, desplegado, con el contenido a plena vista. Niles —con esa mirada hechicera de Holland reflejada en el rostro— está fascinado, casi hipnotizado, por el dedo. El dedo: duro, reseco, ligeramente torcido, con la uña bien cuidada. Si viene alguien, lo esconderá; pero, mientras tanto, se deja arrastrar por los espeluznantes recuerdos que le evoca su presencia.

Ahora que viene del exterior, de estar bajo el sol radiante, a Niles le parece que el salón resulta más sombrío de lo habitual, el aire más viciado, la atmósfera más densa. Aquella habitación, que antaño poseía una alegría y una viveza muy características, ahora tiene un aire sombrío y pesado, a causa de las maderas oscuras, la deteriorada felpa color ciruela del sofá Davenport y las cortinas de damasco. Los rojos de las alfombras se han decolorado, desgastado, hasta quedar de un tono... ¿De qué? De pinza de langosta recocida y blanquecina, piensa el muchacho. La radio Atwater-Kent está en silencio; la apagaron hace tres días, cuando la tía Vee volvió de Chicago; y han retirado casi todas las fruslerías que daban vida a la habitación, que le conferían su carácter; dicen que solo servían para acumular polvo y darle más trabajo a Winnie.

El jarrón de plata de la abuela Perry está sobre el piano, colocado en su platillo, lleno de dalias marchitas; las flores de color marfil se reflejan en la madera pulida. Los dedos de Niles hacen sonar un acorde; observa cómo las vibraciones del instrumento provocan que se desprendan los pétalos; y, con ellos una fina neblina de polen amarillo. Toca las notas agudas del dueto cuya partitura tiene delante, mientras observa cómo los suaves pétalos se deslizan en silencio, de aquí para allá, alrededor del rígido dedo; esa carne reseca absorbe todos sus pensamientos.

El dedo... Ese punto negro azulado que tan bien recuerda, allí donde Russell le apuñaló el nudillo con un lápiz... El regalo de Holland. El zumbido se ha acallado para dar paso a un grito. ¿Lo oyes? Un feroz ¡miau! ¡*Mia-u-u-u!* Hay un gato ahí, en algún sitio, encerrado en su cabeza. Gato: ven aquí, gatito, gatito, gatito... Ese día de marzo él está jugando en el camino, y el gato empieza a aullar, a llorar, a gritar. El gato de

Ada, Pilakea; Holland viene arrastrándolo, ha atado una cuerda alrededor del cuello del animal. Después llega la lucha, borrosa, el gato se balanceaba en la soga, la caída y el golpe sordo: él corre hacia el pozo, se sube al brocal, estira el cuello por encima del borde, mira hacia abajo, a la oscuridad; las piedras ásperas, frías, el verde del musgo; sus dedos se aferran a la roca del brocal, doloridos, horrorizados, hasta que alguien viene a sacarlo de allí; la sangre le late en los oídos, galopa en su cerebro. Se siente mareado, tiene ganas de vomitar, de arrojarlo también por el brocal. «¡Socorro! ¡Ayuda!» Habría preferido quedarse ciego en lugar de ver lo que había en el fondo del pozo; herido, pero ¿cuánto? «¡Socorro!» Allá abajo, sobre las piedras, el agua poco profunda lame el embrollo de cuerda, gato y niño destrozado. «¡Ayudadlo! ¡Que alguien lo ayude!» El cuerpo grotescamente retorcido, y el rojo y la negrura. Parecía que, en apenas unos segundos, se habían roto todos los vasos sanguíneos de su cabeza; habían reventado y explotado en su cerebro, la sangre se le había derramado por la garganta y lo había asfixiado. Allí estaba Holland... en el pozo... herido... «¡Holland se ha hecho daño!» Se mordió el puño para detener los gritos. Seguía gritando cuando se lo llevaron. Luego, cuando al final paró, no pronunció una sola palabra durante días, no habló con nadie, ni comió, ni se movió; apenas veía u oía.

Así que se fue; se marchó a otro lugar, a un paisaje desconocido donde todo era borroso y la gente hablaba en ecos lejanos (y, misericordiosamente, la imagen del pozo se había borrado), donde unas personas de caras pálidas y asustadas se reunían en torno a él y lo observaban, rostros extraños: un hombre desconocido con una boquilla plateada y unos conductos negros de goma que le brotaban de las orejas; otra cara, preocupada pero también decidida; voces lejanas que conferenciaban:

«Experiencia traumática... Conmoción... Se recuperará.» «Oh, Dios, ¡Por favor!» «Señora, el señor Foley está abajo, en el salón, y dice que no se puede sacar el anillo del dedo...»

Lo oye, se agita, un gemido sale de sus labios. No... No...

«¿Cómo...? ¿Qué anillo? —Otra voz, sorprendida—. ¿Qué quieres decir con eso del anillo? ¿Qué anillo?» «El anillo de oro de su padre, el del pájaro grabado. Debía de llevarlo puesto. Pero el señor Foley dice que el dedo se le ha hinchado y no se puede sacar. Pide que le digamos qué hacer con él...» Una pausa; luego: «¡Ese maldito anillo! Que lo funda..., que lo tire... No trae más que desgracias. No, espera..., dile que lo deje donde está, en el dedo del niño; mejor así, que lo entierren también... a salvo bajo tierra... Así no causará más daño, encerrado en el ataúd..., que lo entierren...».

¡Espera! ¡No! ¿El anillo? ¿El Peregrino de los Perry? ¿Se lo llevaban? ¡No! Sí, le dijeron, sí, poniendo caras horribles: vinieron todos, lo toqueteaban con sus dedos de diablillos, de duendes, qué vergüenza, qué vergüenza, qué niño tan egoísta, tienes que dejar que todo acabe, que este sea el final del anillo. ¡Ah, qué indignidad! ¿De dónde viene esa ansia por el anillo? No codiciarás los bienes ajenos... Lo enterraremos, claro que sí. Olvidalo..., olvidalo...

¡No! ¡No-o-o-o!

Un destello metálico; un breve pinchazo; paz. Cae dormido. Duerme inquieto, con sueños desagradables, espantosos: la noche se extiende por todas partes; se puede

ver... un paisaje desolado, árido..., pero es de noche; la tierra y el cielo forman parte de una misma oscuridad. Y, desde el centro de esa oscuridad, se arroja el halcón peregrino —no el pájaro dorado de la veleta, sino uno vivo, que grita y bate las alas velozmente—. Y las alas oscuras se vuelven blancas, el ave se convierte en otra criatura, se convierte... ¡en un ángel! ¡El Ángel del Día Resplandeciente! Mira cómo ondea su túnica blanca, cómo las alas se elevan y descienden rítmicamente, mira ese rostro tan amable y cautivador, la boca sonriente... Mira cómo se estira su brazo, te hace señas con la mano... Te llama...

Y ahora llega él —el Otro—, bañado en luz dorada, y el Halcón Peregrino está posado en su hombro, observándote con sus ojos malvados. Él levanta la mano, esa mano, lleva el anillo en ese dedo. A su espalda, el Ángel lo envuelve en el suave manto de sus alas y, bajo la mirada de Niles, parecen flotar juntos, el Ángel, el niño, el ave... y el anillo.

No, espera..., ¡no te vayas! ¡Quédate!

Pero no puede retenerlos. Se hunden, se hunden juntos en una profunda oscuridad. Un susurro... «Adiós»... Que se desvanece... Se desvanece. Y se queda con el recuerdo de una cara, de aquella cara familiar, que sonríe, que se burla..., ¿de quién es esa cara...?

Ha pasado algo de tiempo.

Está despierto.

Se encuentra en una habitación; en otra distinta; es oscura y silenciosa, las cortinas están echadas; el aire, cargado; es esa habitación. Hay un ataúd; cordones y borlas brillantes; ramos de gladiolos, ya un poco marchitos; en el cuadro, Madre y sus chicos sonríen; el candelabro Sheffield arroja una luz sombría.

Niles extiende una mano. Levanta la tapa. Ve una cara; esa cara. No es un sueño. Pero ¿por qué está tan silencioso, tan frío, tan inmóvil? Las velas iluminan la palidez debajo de la piel, la carne fría y suave; ¿quién podría notar ahora las marcas de las garras, los huesos hendidos, la carne magullada?

—¿Holland? —No hay respuesta. Sin embargo, él está allí... No es un sueño. Durante largo tiempo se queda contemplando aquella cara que descansa sobre la almohada, la almohada de satén. Es una verdadera vigilia.

La cara sigue durmiendo.

Para siempre, según parece.

La espera se prolonga. Niles se arma de paciencia. Sigue mirando, mirando y mirando. Baja la vista hacia los párpados cerrados; transcurrido un tiempo, la habitación comienza a contraerse sobre él; la quietud se concentra en un gran silencio, estático y preciso; parece haber menos aire, le cuesta respirar: se siente a punto de desmayarse; el suelo amenaza con inclinarse.

—¿Holland? —Qué extraño; hace un momento su boca parecía inexpresiva, o, más bien, tenía una mueca demasiado firme, como la de una estatua mal hecha. Ahora sus comisuras parecen haberse arqueado ligeramente, en una sonrisa ambigua. Se acerca más, se asoma sobre él. Al rozarlos con los suyos, nota en esos labios un tacto rígido, gomoso, antinatural. En aquellas fosas nasales hay un olor peculiar, medicinal, como de formaldehído: le hace pensar en la clase de Biología.

Se inclina más, aún más cerca, sin apartar la vista de aquellas pestañas marrones, tan serenas, curvadas contra las pálidas mejillas.

—¿Holland?

Inspira aire; expresa su pensamiento en palabras:

—Abre los ojos. —Una súplica; lo desea con todas sus fuerzas. No; siguen cerrados. Levanta un párpado con un dedo; luego, el otro. Bajo aquella luz, los iris de color gris brillan como la plata—. Así, eso está mejor. —Sí, estaba mejor; ah, aquellos ojos, brillantes y luminosos...

Mejor. Le parece oír aquella palabra, repetida con total claridad, con absoluta nitidez; y, un segundo después, el eco. *Mejor... Mejor... Mejor, mejor...*

Se lleva la mano a la boca, sobresaltado, sin atreverse a moverse, por miedo a romper el hechizo. Se concentra...

—Holland...

Holland. Hollandhollandholland...

Vuelve a inspirar aire.

—¿Cómo es?

¿Es?, le llega la respuesta, ¿es... eses... eseseses...?

Está bien. Distingue el pulso de una pequeña vena, que palpita ahí, justo bajo el ojo izquierdo.

—¿Estás cómodo?

Sí; bastante. Niles inspira de nuevo; una respuesta satisfactoria. Sí, se lo ve lo suficientemente cómodo, con la cabeza recostada sobre la almohada, en una postura agradable, y los hombros un poco inclinados.

—Bien —dice; su gemelo responde «Bien»; y enseguida se sonríen el uno al otro. Enseguida oye el susurro de Holland, que se percibe con claridad en la silenciosa habitación.

—Acércate más, hermanito. —Los ojos centellean a la luz de las velas, el olor es más penetrante, un olor intenso y persistente a rana.

—¿Sí?

—Niles Alexander. —El fervor que resuena en aquella voz llega al corazón de su hermano.

—Sí —responde, con la respiración entrecortada.

—Acércate. Aún más. Así está mejor.

—Sí.

Holland le dirige una larga y profunda mirada y le dice todo lo que Niles desea escuchar:

—Así que estás aquí. Me alegro.

—¿Te escuece, Holland? ¿Te duele?

—Pues claro que sí, ¿tú qué crees?

Le habla de otros temas, de asuntos intrascendentes. Niles espera a que la conversación los lleve a La Cosa, a lo más importante.

Al final, Holland le dice que tiene algo para él; algo especial que quiere que su hermano atesore (en un acto de heroísmo más allá del deber), y Niles, que ha estado esperando a que él dijera algo así, se sorprende al detectar un tono de sorpresa en su propia voz. ¿De verdad? Sí. ¿Puede adivinar qué es? «Bueno...» Niles no lo sabe con

seguridad, pero tiene la esperanza de que se trate de eso. No puede verlo (oculto como está, su gemelo descansa con una mano sobre la otra), pero puede imaginárselo, allí, en el mismo sitio en que lo han dejado; lo codicia: el oro de Midas; el Peregrino de los Perry.

¿Qué es? ¿Un regalo?

—Sí, tontaina, un regalo. ¡Contempla tu obsequio!

Sin embargo, él se siente obligado a protestar:

—Ada dice que se supone que debes quedártelo tú... Madre también quiere que seas tú quien lo tenga.

—Narices, Niles, ya te lo he dicho... Yo quiero que lo tengas *tú*.

Él protesta, con la boca pequeña:

—No debería...

—El cabeza de familia —replica Holland— es el que lleva el anillo; y él se lo pasa al siguiente. —Un argumento astuto, taimado, muy similar a los de Aquiles. Bueno, si es eso lo que él quiere... Y así se sella el pacto, a satisfacción de ambos. Holland suelta una risita—. No pasa nada. No voy a decírselo a nadie. Si yo no lo hago y tú tampoco, nadie lo sabrá. —¿Ves? Astucia.

¿De acuerdo?

De acuerdo.

Y ese era el Secreto, por supuesto.

Niles está encantado.

—Pues cógelo. —Ahora la voz de Holland suena extrañamente monótona e impersonal. Su hermano se queda pensando. ¿Puede hacerlo? ¿Debe hacerlo? ¿Por qué siente la cabeza tan febril, tan ligera? Está sudando. Su pulso tiembla mientras levanta esa mano fría, separándola de la otra. Hace fuerza para separarle los dedos. Ah, ahí está, centelleando, en el anular.

El dedo. El del punto negro azulado, allí donde Russell lo apuñaló con el lápiz.

Lo toca con cuidado, con su dedo índice. El pesado sello centellea, arroja un haz de luz hacia su pupila. Ah, cuánto lo codicia. Se detiene un momento, indeciso; al fin, levanta aquella mano fría e intenta girar el anillo; este se niega a moverse. Pero él lo *quiere*.

Cógelo.

Ahora se desliza hasta el nudillo magullado, se queda atascado allí.

—No puedo sacarlo. —Su voz suena decepcionada.

¡Cógelo! Su hermano parece impaciente por librarse de aquel objeto.

Niles vuelve a girarlo, fuerza suavemente el oro contra la articulación; pero la carne roja e hinchada se niega a dejar paso al anillo.

—No puedo. No sale...

Saldrá. Saldrá... Saldrá, saldrá, saldrá, saldrá. ¡Cógelo! ¿Lo quieres o no? Ahora no hay nadie a la vista, ¡es tu oportunidad!

Niles moja el nudillo con saliva; el anillo es terco, no quiere salir.

¡Cógelo! Está furioso.

—¿Cómo? ¿Cómo voy a cogerlo? ¡Lo estoy intentando, pero no sale!

¿Te explico cómo?

Asiente, ansioso, inclina el oído para escuchar la propuesta.

—¡No! —lanza un grito ahogado. Se incorpora y retrocede, horrorizado. No quiere oír ni una sola palabra más. La sugerencia es repugnante.

Mírame, Niles Alexander. Ese tono zalamero... *Mírame.* Gira la cabeza, despacio, y se vuelve otra vez hacia su hermano. *Ahora, ve a buscarlas. Sí. Ahora, Niles Alexander.* La voz es suave como la miel, ligeramente burlona. *Hazlo.* Esos ojos grises lo sujetan, inquebrantables, seguros, irresistibles.

¿Qué puede hacer él sino ceder? Abandona la habitación, avanza por el vestíbulo y sale al exterior a través de la cocina; pasa por el manzanar congelado, cubierto de escarcha y hojas invernales; los cubos de basura brillan a la luz de la luna; entra en el granero, con su veleta de halcón en la cúpula superior. Y, cuando regresa, obedece la orden que ha recibido. Holland sonríe cuando él termina; parece complacido.

Niles cierra la tapa, asegura el pequeño pestillo y se marcha, con la certeza de que ha vuelto a colocar las tijeras de podar del señor Angelini en su clavo correspondiente, en el cobertizo de las herramientas.

El Peregrino de los Perry.

Estaba gritando, agitaba el puño contra el pájaro, contra aquel pájaro horrible y odioso... Sentía frío... Calor y frío... La gente lloraba... Lo llevaban a cuestas...

Cuando se despertó, estaba en su cama.

Y, al otro lado de la mesita de noche, Holland también estaba en la *suya*.

Para abril, ya se había recuperado por completo. Las forsitias florecieron, y también el sauce ceniciento; luego llegó el turno del laurel y las lilas. Para mayo, cuando el manzanar estaba en flor, ya resultaba normal ver a Holland por todas partes: en el piso de arriba, en el de abajo —aunque no en la habitación de Madre (ella lloraba; se negaba a salir de allí)—, en el colegio; en el granero, en el palomar, y —lo mejor de todo— en la cueva de las manzanas. Niles estaba encantado...

Al oír que un pomo giraba, Niles salió de su ensoñación. Ada entró en la estancia y cerró la puerta a su espalda. Su nieto inició un gesto, pero se detuvo; perdido en sus pensamientos, se le había olvidado lo que había encima del piano: el dedo en su envoltorio azul; con un gran esfuerzo, se contuvo para no recogerlo; el papel de seda azul estaba junto al jarrón, medio cubierto por los pétalos de dalia caídos. Se obligó a mirar a su abuela y se quedó esperando a que ella le dirigiera la palabra; contaba con que se marchase enseguida; mientras tanto, él se quedaría así, sin atreverse a moverse, ni a dirigir los ojos hacia el dedo delator.

Ada se detuvo en medio de la alfombra y lo miró, con una expresión extraña y desconcertada. Era evidente que tenía el corazón agitado; su boca, que normalmente tenía un aspecto sereno, no dejaba de moverse; un ligero gesto de duda revoloteaba sobre su frente: aparecía, desaparecía, volvía a aparecer; su cabeza, por lo general tranquila, se balanceaba, realizando leves asentimientos. Niles volvió a apretar las teclas; intentaba desesperadamente camuflar el dedo, enterrarlo bajo una última lluvia de pétalos de dalia. Las yemas de sus dedos pulsaban las teclas de marfil; estas impulsaban los martillos, que, a su vez, rasgaban cuerdas, haciéndolas vibrar; aún se veía un poco de papel de seda azul, una rosa azul en medio de aquellos pétalos pálidos.

—Niles, ¿puedes dejar de tocar un momento, por favor?

—Sí.

—Niles, le he estado dando vueltas a algo. ¿Sabes a qué?

—No. —Preguntas preguntas preguntas. Y la Mirada.

—¿Cómo crees que murió la señora Rowe?

El muchacho pensó en ello.

—Me dijiste que tuvo un ataque al corazón.

—Eso te dije, ¿verdad? Pero me pregunto qué se lo provocó.

—No lo sé.

—Y hay otra cosa que me viene a la mente. Después de que el señor Foley se llevara a la señora Rowe... ¿Sabías que el señor Foley había hecho eso...?

—Sí. —Contuvo la respiración. Ada seguía en el mismo sitio; no se había dado cuenta de que el dedo estaba sobre el piano.

—Después de que se llevara a la señora Rowe, me quedé allí para limpiar y ordenar aquello un poco. ¿Y sabes...?

—¿Qué?

—Creo que la señora Rowe había recibido a alguien en su casa. Que había invitado a alguien a tomar el té. Había sacado su mejor taza. Y...

Pausa.

—... también encontré esto: estaba en un estante del aparador de la señora Rowe. —Abrió su mano. Allí descansaba la armónica.

—Ah —exclamó él, sorprendido. La cogió y se la guardó en el bolsillo, a toda prisa —. Holland la había perdido. Se la daré.

Su abuela le dirigió una mirada de preocupación.

—¿Sabes si Holland había ido ese día a casa de la señora Rowe?

—No lo sé. Tal vez. Hace lo que quiere. Puede haber estado en cualquier sitio.

Ada había entrecerrado los párpados, como si aquella respuesta mereciese una consideración especial.

—Y tanto que sí, ¿verdad?

Niles se revolvió en el banco del piano.

—Se lo preguntaré.

—¿Lo harás?

—Sí.

—¿Y me contarás lo que te responda?

—Sí.

Volvió a pulsar las teclas para mitigar la tensión; esperaba que Ada se marchara ya. Todavía no había visto lo que había entre los pétalos. Los agudos y los graves del piano parecieron insuflar durante un momento una vida forzada a la habitación; durante un breve instante, Niles sintió que podía oler el tabaco para pipa de Padre, que podía escuchar el crujido del papel mientras él leía el periódico vespertino, el susurro del vestido de Madre, la risa pícaro de Holland mientras se peleaban jugando en el sofá Davenport. Levantó la vista hacia el cuadro que había sobre la repisa. Una esfinge en forma de trío; tres figuras que sonreían levemente, guardando un secreto: *Madre y sus chicos...*

—Sí —repitió con énfasis. Siguió tocando la melodía, unos pocos compases, y

ahogó un grito. Ada tenía los ojos fijos en los pétalos caídos. ¿Lo había visto? No sabría decirlo. Su abuela no hizo ningún gesto, se quedó donde estaba, observando, pensando, analizando...

La puerta se abrió otra vez.

—¡Ah!... —La tía Valeria se detuvo en el umbral, irresoluta; tenía la cara blanca—. Pero si eres tú, Niles. Estaba... Te estaba buscando. —Se echó a reír—. Durante un momento he pensado... Esa canción, ¿te acuerdas de que Ressel solía tocarla? ¿No era esa? ¿La *Serenata* de Schubert?

—No, tía Vee —respondió él—, es la «Berceuse» de *Jocelyn*.

Su interlocutora no supo qué decir; Ada se volvió hacia ella con una sonrisa forzada.

—Es una nana —le explicó. Levantó un hombro, en un gesto que no solo cuestionaba por qué Niles había elegido esa pieza concreta, sino también por qué interpretaba una nana tan *fortissimo*, presionando las teclas con tanto ímpetu. Se había acercado al piano y estaba mirando las flores deshechas; los pétalos caídos no cubrían del todo aquel traicionero papel de seda azul.

Pero aún no lo había descubierto...

La tía Vee arrugó la frente y dijo:

—Niles, me preguntaba: ¿te importaría llevarle a tu madre la bandeja y darle tú de comer? Tienes tanta maña para eso... y, a decir verdad, hoy estoy tan nerviosa que parece que solo consigo alterarla aún más. Winnie está haciendo tomate en conserva y... —Miró a la abuela; su expresión decía «Pobre Ada, parece tan distraída... No puedo imaginar cuál es el problema, pero prefiero no molestarla»—. ¿Te importaría, cielo?

—Claro, tía Vee, lo haré. Enseguida —Contempló las teclas del piano. ¿Es que no se iban a ir nunca? ¿Y ahora qué? ¿Qué estaba diciendo Ada?

—... La verdad es que estas flores ya están para tirarlas; menudo desastre. —Niles, con los dedos helados sobre el teclado, ni siquiera parpadeaba. Desde su posición veía claramente el reflejo de un papel arrugado de color azul brillante sobre la oscura superficie del piano. Ada había ahuecado una mano; estaba a punto de barrer los pétalos, con su paquete sorpresa incluido, cuando unos neumáticos resonaron sobre la grava de la entrada. Se oyeron portazos, pasos en el porche, voces que se acercaban.

—Ha llegado Torrie —dijo Ada. Se giró, dejó los pétalos donde estaban y salió a toda prisa de la habitación.

—Sí, ya está aquí la bebé —respondió la tía Vee, más animada. Se alejó caminando despacio sobre la alfombra—. Juraría que había oído la música de Schubert...

—¡A ver qué tenemos hoy para comer! —saludó Niles, en tono alegre. Entró en la habitación con la bandeja en las manos y un libro bajo el brazo. Cerró la puerta empujándola con el pie y dejó la bandeja sobre el tocador. Acercó más el ventilador eléctrico, y lo dirigió hacia el techo para que el aire circulara desde arriba; las cuchillas zumbaban como alas de un insecto gigantesco; el ronroneo del motor se elevó en un *crescendo* cuando la máquina giró en un arco de ciento ochenta grados. En algún lugar, el tictac de un pequeño reloj sonaba con evidente desaprobación. Niles trasladó la silla de ruedas desde la esquina; el metal protestó ante aquella molestia. Contempló la ruina en la que se había convertido su madre.

Ella le devolvió la mirada a través de unos ojos oscuros y muertos, como ventanas vacías de una casa abandonada; parecía ausente, casi inanimada. Su piel tenía esa palidez reluciente, azulada y blanquecina propia de los inválidos. Sus labios pintados colgaban flácidos, como una herida abierta; las manchas de colorete de sus mejillas se parecían a las de la cara pintada de un soldado de juguete. Un poco de saliva se escapó de entre sus labios, resbaló por su barbilla y goteó sobre la parte delantera de su bata, donde dejó una mancha húmeda.

—¿Madre? —dijo el muchacho, con ternura. Le limpió suavemente la boca con un pañuelo y se inclinó sobre ella para darle un beso. Sacudió y ahuecó la almohada que Alexandra tenía a la espalda y volvió a colocársela en su sitio. Entró en el baño, enjuagó el pañuelo bajo el grifo, volvió y se lo pasó por el cuello, para refrescarla. Luego le alisó el pelo, ajustó mejor la almohada, levantó el taburete y trajo la bandeja.

—Madre, ¿qué te parece esta comida? Winnie te ha hecho sopa fría —estudió los platos— y ensalada de pollo. Tiene muy buena pinta. Y tapioca con melocotones... El postre favorito de Holland —añadió, intentando que todo sonara de lo más apetecible. Cogió la sopa y una cuchara y sostuvo el cuenco frente a ella—. ¿No quieres probar un poco? —la urgió.

Con la cara rígida como una máscara, ella parpadeó dos veces, una señal llena de pesadumbre: «No».

—Por favor, Madre —Niles lo intentó de nuevo—, solo un poco. Así Winnie no pensará que no te gusta su comida. —Llenó la cuchara, la acercó a la boca de la paciente y esperó. Ella lo miró, luego la vació con un fuerte ruido de succión—. Así. Muy bien. —Otra cucharada. Alexandra tenía los ojos llorosos. Se los había delineado de negro, con trazos torcidos. Al muchacho le dolía pensar en el prodigioso esfuerzo que su madre debía de hacer cada mañana para maquillarse. Parecía una aparición—. ¿Otra? —Poco a poco, la fue convenciendo para que se terminara la sopa, limpiándole la boca con la servilleta después de cada cucharada—. Y, ahora, ¿qué tal un poco de ensalada de pollo? —sugirió mientras cogía el plato. Ella cerró los párpados dos veces, despacio, en un gesto casi doloroso—. De acuerdo, Madre. —El chico suspiró, volvió a dejar el plato en la bandeja y lo cubrió con la servilleta—. No está mal; al menos has comido un poco. Ojalá no hiciera tanto calor. «No es por el calor, sino por la humedad», eso es lo que siempre dice el señor Crofut. —Se rio del cliché y continuó—: Esta tarde Holland y yo iremos a nadar, así que nos refrescaremos un poco. El río tiene cada vez menos agua. ¿Quieres que te traiga un sorbete más tarde, cuando pase el carrito de los helados? Estaré atento para oír su silbato... ¿Madre?

Con aquellos ojos como muertos, Alexandra miraba fijamente un punto, justo a la izquierda de la cabeza de su hijo. Él se inclinó para entrar en su campo de visión, intentando conseguir un parpadeo que indicase que ella lo reconocía. Pero miraba más allá de él, como si Niles no estuviera allí. La atmósfera de la habitación era indescriptiblemente silenciosa, un vacío en el que nada se agitaba, como si la vida le hubiera sido drenada; parecía una escena preparada para una exposición privada, una auténtica reconstrucción de un momento y un lugar precisos; una habitación tan realista que parecía viva, con una figura tan realista que también parecía viva; pero que resultaba ser de cera y estaba aprisionada para siempre en una silla de ruedas.

—He tenido que devolver *Anthony Adverse*. Lo siento. Ya sé que tenías muchas ganas de terminarlo, pero la señorita Shedd dice que no puede dejar que lo renueves porque hay mucha gente que está esperando para leerlo. Tal vez podamos seguir con

él en otro momento. Pero te he traído otro libro; podría leértelo, si quieres. —La boca de Alexandra volvía a gotear. Su hijo dejó el libro y la limpió—. ¡Porras, casi se me olvida! ¡Qué cabeza la mía! Te he comprado una cosa. —Se dio la vuelta rápidamente; luego se giró de nuevo hacia ella, con las manos cerradas a la espalda—. Es una sorpresa. Anda, elige una. ¿Cuál? ¿La izquierda o la derecha? Ajá, ¿la derecha? No. Inténtalo de nuevo. ¿La izquierda? —Ella parpadeó una vez; Niles le enseñó la caja envuelta en papel plateado—. Es para ti. Lo he elegido yo mismo. ¿Quieres abrirlo? —Lo puso en manos de la convaleciente; ella tanteó la cinta. Tiró del lazo y abrió el envoltorio. Sus dedos temblaban. La tapa del cartón se le atascó; su hijo se arrodilló ante ella para ayudarla; la levantó y se quedó observando con atención cómo ella abría el papel de seda y miraba la figurita de vidrio—. Es un payaso, Madre. Su nombre es Sig-nor Palacchi. Y está casado. —Ella contemplaba fijamente el contenido de la caja. Cuando retiró del todo el papel de seda, descubrió que la figurita se había quebrado por la cintura y estaba partida en dos dentro del envoltorio—. Ay, vaya, se ha roto. Creo que se me ha debido de caer. Bueno —añadió Niles mientras sacaba las piezas y las tiraba a la papelera—, puedo comprar a la señora Palacchi en otro momento, si es que todavía sigue allí. Aunque habrá que esperar hasta que vuelva a ahorrar lo suficiente con mi paga. Narices, ni siquiera me ha llegado para comprar ese bigote chino que Holland quería. —Siguió parloteando, comentando que Holland lo había robado, y que se había empeñado en que el espectáculo se celebraría sí o sí—. Ya le he dicho que no sería nada divertido sin la tía Josie, pero sigue insistiendo. Aunque tenemos un problema para poder salir de la cueva de las manzanas, pero él dice que ha encontrado la solución. «Ya sé cómo hacerlo.» Pero al menos eso evita que se meta en problemas. Y vamos a enviar el dinero al fondo para campamentos, así podrá aprovecharlo otro niño menos afortunado. Ah, y la mejor noticia de todas: tenemos a alguien nuevo en casa —continuó con una sonrisa—. La bebé de Torrie ha vuelto del hospital. Ya puede estar fuera de la incubadora; y es tan bonita, tan fuerte y saludable... Es una niña, como yo había dicho. Tenías razón, sí que soy un mago. Tal vez la traigan para que la veas. ¿Sabes cómo han decidido llamarla? Como a otra emperatriz. Le dije a Torrie que, como tú ya tenías el nombre de la emperatriz de Rusia, y la tía Josie, el de la emperatriz de Francia, y ella misma, el de la emperatriz de la India, la bebé tendría que llamarse Eugenia, como Eugénie, la segunda emperatriz de Francia. Y a ella y a Rider les gustó la idea. ¿No es estupendo? —Lanzó una risita, pero se interrumpió al ver cómo las lágrimas caían por el rostro de su madre, formando largas y grotescas rayas negras; sus hombros se estremecían de forma lastimosa; tenía la boca torcida en una silenciosa mueca de angustia.

—Madre, Madre, no... Por favor. Por favor, no llores. No pasa nada. —Ella parpadeó dos veces—. No, de verdad. Todo va a ir bien, Madre. Lo prometo. —Se inclinó hacia ella, apoyó la cabeza en sus rodillas y le dio unas palmaditas en el regazo, intentando consolarla, a su modo infantil.

Cuando Alexandra se hubo calmado, Niles se puso cómodo en el taburete y volvió a coger el libro. Había señalado el sitio por el que quería empezar a leer. Mantuvo el ejemplar levantado para que ella pudiera ver el título: *Cuentos de hadas de antaño*. Lanzó otra risita.

—Ya lo dijiste, Madre: antes eras tú la que nos los leías, y ahora es al revés. Bueno... —dijo, a modo de preámbulo. Y comenzó—: Érase una vez un grupo de elfos que vivían en un bosque. Un día, acertaron a pasar frente a una cabaña y vieron una

cuna junto al fuego. La madre no estaba a la vista, así que se metieron en la cabaña y descubrieron que en la cuna había un niño precioso. Ahora bien, los elfos eran criaturas maliciosas y traviesas, y no había nada que les gustase tanto como hacer daño a los demás. Así que le quitaron el niño a la madre y dejaron en su lugar a un suplantador, una fea criatura de aspecto malévolo, como ellos, con una gran cabeza y unos ojos que miraban fijamente a su alrededor, y que no hacía más que comer y beber...

Un soplo de brisa entró inesperadamente por la ventana; agitó la cortina, que luego volvió a caer, y recorrió la habitación para apagarse en el rincón más lejano. Niles se quedó muy quieto. En la estancia tan solo se oían su respiración leve y regular, el aleteo vibrante de un escarabajo en la mosquitera, el tictac lleno de desaprobación que brotaba del reloj de péndulo, el zumbido errático del ventilador y unos extraños sollozos inarticulados que empezaron a brotar de la garganta de su madre. El muchacho sostuvo el libro para que ella pudiera disfrutar de la ilustración, y sintió que las lágrimas de Alexandra caían sobre su mano como gotas de cera caliente.

Pobre Madre, se le estaba corriendo el maquillaje. Niles se sentía fatal al mirarla; parecía tan patética, en su silla de ruedas, retorciéndose las manos sobre el regazo, temblando... Ella detestaba aquel cuento. Prefería *Anthony Adverse*. Pero él había descubierto que *Anthony Adverse* era aburrido; no le gustaba nada de nada. Así que había decidido sacar de la biblioteca lo que a él le apetecía leer, no lo que a ella le apetecía escuchar. Pobre Madre, tan patética, tan entrometida... La curiosidad mató al gato, como diría Holland. Eso le pasaba por haberse puesto a hurgar en el escritorio chautauqua, por encontrar allí una vieja lata de tabaco.

¿Qué otra cosa podía haber hecho Holland? Actuó igual que habría actuado *cualquiera*: la agarró y la empujó por las escaleras.

No cabía duda de que Leno Angelini estaba borracho; como una cuba, como diría el tío George. Desde el pasillo que había más allá de la cueva de las manzanas, Niles — que llevaba una herramienta en la mano— lo observaba en silencio y sin ser visto, a través de la puerta parcialmente abierta de la fresquera, donde se almacenaban los botes de mermelada y pepinillos. El señor Angelini se estaba sirviendo vino del fondo de un barrilete que había en un estante de piedra. Inclinado sobre la espita, a la luz de una vela, sujetaba la copa de cobre de la bomba de agua, esperando a que se llenase. Bueno, ¿por qué no? En realidad, aquel vino era prácticamente suyo: era él quien había vendimiado los racimos de las parras del cenador, quien había pisado las uvas, como se hacía en su país de origen; el propio Niles y Holland lo habían ayudado a realizar aquel proceso en los últimos dos años. Pero había que ver cómo se lo bebía, con la cabeza inclinada hacia atrás, hasta casi perder el equilibrio, mientras el vino tinto le goteaba desde la barbilla. No era de extrañar que estuviese como una cuba. Hizo unos ruidos extraños con la garganta mientras vaciaba la taza; luego volvió al barril, giró la espita y esperó a que el vino volviese a caer. Al ver que no salía ni una gota más, soltó una maldición y golpeó el barril con la mano. Este se tambaleó un momento, luego cayó al suelo y rodó sobre las piedras.

—Se ha acabado, *finito* —murmuró. Sacudió la cabeza y cogió otro tonel de la esquina. Seguro que al tío George se lo llevaban todos los demonios si descubría que Leno había abierto otro barril. Vaya, qué raro... El señor Angelini estaba llorando. ¡Porras! Se estaba golpeando el pecho; y con fuerza: se pegaba con su enorme puño, igual que si lo hiciese con una cabeza de martillo, dándose en el pecho como si

quisiera castigarse por algo. ¿Y ahora? Había cogido el mazo de madera que se usaba para clavar la espita. Y se había puesto a sacudir el barril con él, dando terribles golpes, con todas sus fuerzas. El señor Angelini estaba enfadado o dolido, o ambas cosas. Ese debía de ser el famoso temperamento latino del que Ada hablaba a veces. Guau, sí que la había tomado con aquel barril... ¡Zas! ¡Bam! Y murmuraba algo... Bueno, mejor no intentar averiguar qué estaba rezongando, decidió Niles, ya que tampoco sabía italiano. Contuvo la respiración y acercó aún más el ojo a la abertura cuando el señor Angelini dio un paso atrás; con una expresión salvaje y distorsionada, levantó el mazo sobre la cabeza con ambas manos y golpeó la parte superior del barril. Rompió la delgada lámina de madera, las astillas salieron volando en todas direcciones y el mazo se hundió en el vino, salpicando de rojo su cara asombrada.

Niles abrió la puerta y entró.

—Salga de aquí, señor Angelini —le dijo. Intentó coger al anciano del brazo—. Váyase.

Pero el empleado se limitó a mirarlo sin comprender, mientras farfullaba una lastimosa retahíla en italiano.

—¿Qué? ¿Qué dice usted? —preguntó el niño.

—Ese vino es... Se agria —explicó el señor Angelini, lanzando una mirada apesadumbrada al barril roto—. Es... el último del año pasado, ahora se pone malo. —Cruzó los brazos sobre el estómago, como para evitar que su dolor se derramara igual que el vino; la cabeza le temblaba, repitiendo una negación muda y desconcertada; en los ojos tenía una expresión vacía, como si estuviera mirando a un fantasma.

—Vamos, señor Angelini, salga de aquí.

—¡No! —El anciano se soltó de un tirón. Cogió un trozo de lona, lo tiró al suelo y se arrodilló—. Leno lo arregla, *subito. Questo vino è male*. —Con recios tirones, arrancó un fragmento de la lona y lo colocó sobre la parte rota del barril. Después, le dio varias vueltas con un trozo de cuerda para asegurar la tela—. Así. Ahora está bien, ¿eh, chico? Este... no se pondrá malo... Este vino —comentó. Luego miró lo que Niles llevaba en la mano—. Chico, ¿qué tienes ahí? —exigió, con el ceño fruncido.

—Pues la sierra —respondió Niles, levantando la mano.

—¿Qué vas a hacer con la mía sierra?

—Nada, señor Angelini. Ya he acabado lo que tenía que hacer.

—¿Está acabado? Entonces, cuelga esa sierra en el cobertizo, ¿eh? Como Leno te ha enseñado.

—Sí, señor, eso haré. —Tomó de la mano al señor Angelini y lo llevó hasta la puerta. Una vez arriba, colgó la sierra en un clavo de la pared del cobertizo de herramientas.

—No, no, no. —El señor Angelini estaba sacudiendo la cabeza—. No, muchacho, la sierra para metales... esa va aquí. —Dejó la copa de cobre, colocó la herramienta en el lugar adecuado, justo encima de las botas de pescar que Padre se había puesto para la fiesta de la pobreza. Leno se rio entre dientes—. Tu padre, era... un hombre divertido, ¿eh? Él llevaba... un vestido de tu madre en esa la fiesta... Era un hombre divertido. —Volvió a reírse; luego su sonrisa se desvaneció y lanzó a Niles una larga mirada—. ¿Chico? —dijo, con suavidad.

—¿Sí? —Al muchacho le pareció que, con aquella expresión triste, el empleado tenía ese aspecto de anciano de la tribu que se dispone a emitir un veredicto.

El señor Angelini abrió la boca para decir algo, pero la cerró y murmuró: «*Niente, niente*». Y, tras lanzar una última mirada a la pared del cobertizo, salió a la galería y desapareció tras la esquina.

Niles recogió la copa de cobre y fue a dejarla en su sitio, en la bomba de agua. La colgó, bombeó agua suficiente para llenar la pila que había bajo la boquilla, se agachó, puso la palma de la mano en el desagüe para tapanlo y esperó a que el agua se calmara. Se quedó inmóvil un rato, mirando con atención la cara reflejada en la superficie. Luego retiró bruscamente la palma. Cuando la pila se vació, se puso de pie y sacudió la mano mojada, arrojando las gotas sobre la grava. Levantó la vista hacia el rellano de la escalera y vio que Ada estaba junto al poste, observándolo. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí? No lo sabía, y tampoco fue capaz de descifrar la leve sonrisa esperanzada que ella le dirigió. Su abuela volvió a entrar en la casa.

Niles regresó a la galería, sacó la armónica y tocó algunos compases.

¿Cuántas millas hay hasta Babilonia? Sesenta más diez...

Repitió la frase.

¿Puedo ir a la luz de una vela? Sí, y también volver.

Enseguida apareció Holland; poco a poco, entre las sombras, casi como si fuera el Gato de Cheshire de *Alicia en el País de las Maravillas*: primero la sonrisa, después el pelo, luego el rosa vivo de su camisa y, por último, el resto de su figura.

Empezó el ritual:

—¿Dónde has estado?

Como de costumbre, la sonrisa torcida de Holland se ensanchó.

—En ningún sitio —respondió con voz monótona.

—¿Has estado en las vías del tren?

—Nop.

¿Y en Packard Lane? Nop. ¿En Talcotts Ferry? Nop. ¿En *Babylon*? El catecismo terminó, y Holland se encogió de hombros.

—Por ahí —dijo, con la fórmula de costumbre.

Niles le ofreció la armónica.

—Esto es tuyo. Ada lo encontró en casa de la señora Rowe. —Niles esperaba ver un gesto de culpabilidad; pero la cara de Holland era inexpresiva—. Tengo que preguntarte...

—¿Qué?

—Preguntarte...

Holland estaba esperando.

—Nada.

—Estás loco.

Le sostuvo la mirada a Niles con sus ojos penetrantes; una media sonrisa jugueteaba en su boca. Cuando se detuvieron juntos a la puerta del cobertizo de las herramientas, Niles le puso la mano en la oreja y le susurró algo al oído.

—¿Que alguien sospecha? ¿Quién?

Ajá, pensó Niles, eso sí que le haría reaccionar.

—Shh... Ada.

—¿Ah, sí? —Hoy la cara de Holland parecía borrosa—. ¿Y eso por qué?

—Sí. Ha estado a punto de ver... esto. —Había rebuscado en la camisa la lata de tabaco y ahora dejó caer el paquete azul en la palma de la mano.

—Ángel mío... ¿Por qué no te quitas esa camisa y me dejas lavarla? —Eso dijo Winnie, que acababa de dejar a Torrie y a la bebé en el cenador y volvía a la cocina. Luego añadió en dirección a Ada, que estaba dentro—: Parece imposible conseguir que Niles lleve otra camisa que no sea ese trapo viejo de Holland.

Holland estaba furioso.

—¡Guarda eso, narices! —susurró, en referencia a la lata de tabaco—. ¿Es que quieres que alguien lo vea?

Justo lo que Niles se esperaba.

—Ya lo sé —lo tranquilizó—. No te preocupes. —Entró con toda tranquilidad en el cobertizo de las herramientas y al cabo de unos instantes volvió con las manos vacías—. No se lo contaré a nadie.

—¿Que no contarás qué?

—Ya sabes. —Cuando quería, podía ser tan críptico como su gemelo. Espera a que se ponga a buscar las gafas de Russell, y verás...

—Ya he colgado la linterna en la cueva de las manzanas... —estaba diciendo Holland, con el tono de quien mantiene una conversación intrascendente.

—¿Qué linterna? —susurró su interlocutor.

—La de la camioneta del señor Pretty.

—¿Quieres decir que se la has *robado*?

Niles estaba conmocionado; le dio la espalda a su hermano; entonces vio a Torrie en el cenador, sosteniendo a su bebé. Torrie, sentada junto al moisés, acunando a la pequeña en sus brazos. Qué guapa estaba Torrie, con su pelo rojizo y sus redondos ojos pardos, mientras acariciaba a su bebé, la arrullaba y tiraba de la cuerda de la cajita de música que Niles le había regalado; tenía la melodía de la nana «Duérmete, niño»; y la minúscula mano de la criatura se estiraba hacia ella. ¡Qué bonita era Eugenia! Estaba seguro de que era la bebé más bonita que hubiera existido jamás. Míralas: la Virgen y el Niño.

—... y tiene los deditos más diminutos que hayas visto nunca —le comentó a su hermano—; como los de una muñeca.

Holland asintió con un gesto perverso.

—Como esa muñeca-lámpara que ganaste en el carnaval.

—No. Más grandes. Y cada uno tiene su propia uña.

—Niles, estás loco. Los bebés nacen así. —Y luego desapareció. Así, tal cual, a mitad de una risotada. Se había ido, y no había nada que Niles pudiera hacer para que regresara. Se quedó allí junto a la bomba, metiendo los dedos del pie entre la grava, deseando con todas sus fuerzas que volviera. Pero Holland se había ido.

Y Niles tuvo miedo.

No sabía por qué, ni qué era lo que lo hacía sentirse así. Pero, al regresar al patio del granero para tirar piedras a la lata de gasolina Richfield vacía que coronaba la pila de la basura, no fue capaz de ver el blanco; ante él solo aparecía la cara de Holland, con la expresión que tenía antes de desvanecerse: la Mirada Asiática.

2

Cerca de un mes después, justo antes de que comenzase el colegio, el clima empeoró; el verano disparó una última andanada ardiente antes de que la escarcha hiciera bajar los termómetros y volviera los árboles de color dorado.

Una tarde, poco después del Día del Trabajo, George Perry volvió temprano de jugar al golf. Dejó los palos en la cocina, cogió su coche de la marca Reo y, junto con un grupo de amigos de la Legión Americana, se marchó alegremente a Springfield para ver las carreras nocturnas en los circuitos de Agawam, a casi cien millas de distancia. Era viernes, así que Winnie fue a visitar a su hermana; salió con tiempo de sobra para hacer el largo trayecto en tranvía hasta Babylon.

A la hora de la cena, Ada salió a llamar a Niles. Al no recibir respuesta, fue a buscarlo al granero. Se quedó quieta en la zona de trilla; estaba segura de que había oído una risa, y la música de una armónica que tocaba una canción sin sentido. Venía de abajo, de la cueva de las manzanas. Levantó la trampilla y miró. Las paredes encaladas estaban teñidas de sombras rojas; en el suelo había montones oscuros de nieve, del color del vino a la luz de la lámpara de queroseno que colgaba de un gancho, clavado en la viga que había bajo los pies de la anciana.

—Chiquillo, ¿qué estás haciendo ahí abajo?

—Nada. Jugar, nada más. —Tenía un libro en su regazo, un gran tomo que pertenecía a su abuela; ella se preguntó cómo era capaz de distinguir las imágenes con aquella luz.

—Sube, por favor. Sabes que nadie puede jugar ahí, ¿verdad? Por eso tu tío ordenó al señor Angelini que pusiera una cerradura en la puerta de los esclavos. ¿Qué te crees, que puedes desobedecer así, sin más? Mírate, ¿qué es esa cosa que cubre el suelo? ¿Juncos, dices? Pues se te han pegado por toda la ropa... Cepíllate ahora mismo o a Winnie le dará un ataque. Ahora me explico por qué esa pelusa sigue apareciendo por todos los rincones de la casa. —Se calló, levantó la lámpara, sopló para apagarla y la volvió a colocar en el gancho.

La irritabilidad de su abuela hizo que Niles se preguntara si le estaba afectando el calor; o tal vez se había puesto enferma. Era difícil decirlo. Parecía estar sufriendo algún tipo de dolor.

—¿Te duelen las muelas? —le preguntó mientras atravesaban el corredor.

—Calla —fue todo lo que obtuvo por respuesta.

Pero Ada volvió a ponerse de mal humor enseguida, al descubrir lo que había en medio del camino.

—Vaya, Leno debe de haber perdido la razón para dejar eso ahí —dijo, señalando

una lata nuevecita de gasolina Richfield, de cinco galones.

—Es para la prensa de sidra —le explicó Niles.

—Sí, pero dejarla *aquí*... Si tu tío George llega a casa esta noche en su estado de costumbre, seguro que se choca con ella. —Agarró el asa y arrastró la lata desde la grava hasta una zona de hierba, junto a la esquina del corredor anexo a la cochera—. ¡Fuera, fuera! —le gritó a Gallito. Agitó la falda para espantar al ave, que estaba picoteando entre los hierbajos, y tiró de Niles a toda prisa—. Otra vez ese teléfono —murmuró mientras entraba, delante de su nieto, por la puerta trasera.

El muchacho dejó que el batiente se cerrara de golpe ante él y se detuvo un momento para contemplar el cielo. Ada siempre insistía en que las nubes aborregadas anunciaban lluvia; una vieja muestra de sabiduría popular que había aprendido en Nueva Inglaterra. Estaba despejado, pero iba a llover seguro, pensó Niles; el sol se preparaba para ponerse; y sobre los campos de Avalon, al otro lado del río, se veía un sutilísimo arco lunar, la quintaesencia de una luna nueva. Se parecía al broche de Ada: un creciente perfecto, visible en el primer cielo nocturno; solo que, en vez de ser de oro, era de plata. El sol y la luna apareciendo juntos... Un espectáculo inusitado. Era de día y de noche, un principio y un final... Todo al mismo tiempo. Las campanas de la iglesia sonaban en la distancia. En lo alto de la cúpula, la veleta apuntaba exactamente hacia el norte; el ojo de ámbar del peregrino dorado centelleaba a la luz menguante del sol, enviando un mensaje críptico para todos. Era un presagio. ¿Pero quién iba a interpretarlo?

Ahora el sol descendía con más rapidez, como una bola de sangre.

La tía Valeria estaba sentada en la cocina, agitando con apatía un abanico en forma de palma.

—¿Quién llamaba? —le preguntó Ada.

—La señora Brainard; preguntaba por el médico. Quería saber si estaba aquí, visitando a Zan. Le he dicho que no, que lo ha llamado la señora La Fever porque a su hijo le pasa algo. —Se levantó, sacó una servilleta del cajón y la colocó en una bandeja, junto a un plato—. Ya sé que deberíamos usar servilletas de papel —dijo mientras se llevaba la comida—, pero hace tanto calor, y la pobre Zan... —Se marchó con la bandeja.

Niles dejó el libro en una silla libre y fue a lavarse las manos. Miró de reojo a Ada, que tenía una pose extraña, con las manos entrelazadas a la altura del pecho. Su rostro parecía cansado, y los ojos, normalmente tan brillantes, estaban nublados. Le temblaban las manos y aquel leve gesto nervioso, de asentimiento con la cabeza, se había vuelto más pronunciado. La preocupación parecía haber grabado líneas más hondas en su frente; las arrugas alrededor de sus párpados eran más profundas, y sobre sus mejillas había marcas oscuras que Niles no había notado antes. No estaba seguro, pero sospechaba que su abuela no dormía bien. Llegó a la conclusión de que estaba intranquila.

La anciana dejó escapar una leve sonrisa al ver que su nieto se ponía de puntillas para alcanzar los grifos.

—Estás creciendo, *dushka*.

—¿Eh?

—Ya no usas la silla para lavarte.

—Winnie me dijo que no lo hiciera. Dice que ya soy grande.

—A eso me refería.

—Bueno, creo que aquí hace tanto calor como en Chicago —comentó la tía Vee al volver. La noche seguía siendo sofocante y el ambiente de la habitación resultaba opresivo y pegajoso. El aire del ventilador sacudía una tira de papel; era una de esas tiras para atrapar moscas, y estaba negra por la cantidad de insectos pegados en ella; aparte de eso, nada más se movía. Niles cambió de sitio su libro para que su tía pudiera sentarse; así lo hizo ella, y empezó a picotear del plato de salmón frío y ensalada de berros que Ada le había preparado.

Cerca de la mesa estaba el moisés, con la bebé de Torrie: la pequeña Eugenia, que, a causa del calor, no llevaba nada más que el pañal. Tras limpiarse con cuidado las manos en la servilleta, Niles se inclinó sobre ella y le ofreció un dedo para que jugase con él; luego le hizo cosquillas en el pequeño estómago rosado. Soltó una risa alegre al ver que la criatura gorjeaba y sonreía; tiró de la cuerda de su cajita de música, que colgaba sobre la cabeza de la bebé.

—Russell era el niño más feliz del mundo —comentó Valeria—. No decía ni pío, ni siquiera cuando tenía hambre. ¡Por amor del cielo, Niles, eso es una *barbaridad de azúcar*...!

Su sobrino había desmenuzado unas lonchas de carne seca en su tazón de galletas y ahora lo estaba cubriendo todo con una cucharada colmada de azúcar.

—Así es como lo hacía Padre —afirmó mientras se estiraba para coger la jarra de la leche.

—Seguro que te acabará dando diabetes —dijo la tía Vee—. ¿Es que la temperatura no va a bajar nunca? —comentó preocupada, antes de meterse el tenedor en la boca.

—Esta noche lloverá, y luego hará más fresco —anunció Niles.

—No —rebatía la tía Vee, como si lo supiera a ciencia cierta—: el hombre del tiempo ha dicho que el calor durará hasta el sábado. Tan solo...

—Esta noche habrá lluvia —insistió Niles—. Ya lo verás.

La expresión de la tía Vee decía a las claras: «¿Qué vamos a hacer con este chico?».

—Oye, ¿no estamos a viernes? —dijo de repente—. ¿No vas a ir a la iglesia?

—Esta noche no hay ensayo del coro; los Pennyfeather se han ido al cabo Cod.

—Qué suerte —comentó la tía Vee, sin dejar de abanicarse.

Niles asintió, con un suspiro de desaliento. Daba la impresión de que todos se habían ido, excepto ellos. Torrie y su marido se encontraban en Indian Neck; los padres de Rider, que se alojaban en un hotel en The Sound, habían invitado a la joven pareja a pasar con ellos un fin de semana largo. En aquel alojamiento no estaban permitidos los bebés, así que Eugenia se había quedado con Ada y la tía Vee.

—Bueno —dijo esta última, apesadumbrada—, supongo que este año no tendremos cena conmemorativa...

—¿Por qué no? —preguntó Ada. La tía Valeria la miró sorprendida.

—Pues porque ... entre unas cosas y otras, me imaginaba que...

—Tendremos cena, como siempre —respondió Ada—. Es una tradición familiar; no podemos permitir que nuestros problemas personales interfieran.

—¿Pero de verdad queremos que venga a casa toda esa cantidad de gente? Con la pobre Zan...

—Zan ni siquiera se dará cuenta de que están aquí. No es una celebración pública, como ya sabes, sino un acto privado. Por el abuelo Perry. Además, una fiesta mantiene la mente apartada de otras cosas menos agradables.

—Muy bien —dijo Valeria, algo más tranquila—. ¿Te molesta la mandíbula? —preguntó con tono preocupado, al ver que Ada se palpaba la cara.

—Esta noche me duelen un poco las muelas —respondió la aludida con una mueca. Luego se levantó para guardar las sobras.

—Aceite de clavo, eso es lo que necesitas para ese dolor de muelas. Apuesto a que el farmacéutico tiene. Recuerdo que una vez, cuando Ressel tenía siete años (fue el año en que nos fuimos a Wisconsin), le dio un terrible dolor de muelas. Estábamos en el lago, no había ni un dentista en muchas millas a la redonda, pero me acordé de que había traído aceite de clavo en el botiquín. Mano de santo. Y, ¿sabes qué? Ressel no volvió a tener dolor de muelas nunca más. Son y cinco —observó mientras el tranvía de las siete traqueteaba (*ding-ding-ding*) en dirección a Packard Lane.

—Otra vez pasa tarde —dijo Ada.

—Como tiene por hábito —sonrió Niles.

—En serio, qué expresión tan grandilocuente —se rio la tía Vee—. Me recuerda a la forma de hablar que tenía Holland.

El zumbido del ventilador pareció sonar más fuerte. La habitación se había quedado en silencio. Nadie dijo nada durante un rato, hasta que Niles comentó:

—Me pregunto qué hay al final de la línea.

—¿A qué te refieres, chiquillo?

—Al expreso de Shadow Hills. ¿Qué hay al final de la línea, en Babylon?

Las mujeres intercambiaron una mirada. La tía Vee pareció volver a la vida de repente.

—¿Las siete y cinco? ¡Caramba, *Amos 'n' Andy* ya ha empezado! Niles, cielo, sé bueno y guarda los palos de golf del tío George en el armario del vestíbulo, ¿quieres?

Ada estaba guardando en el frigorífico los platos, cubiertos con papel de cera. Tiró a la basura los restos que no podían aprovecharse y sacó el Oxydol de debajo del fregadero. Luego se lavó las manos, se las secó en el delantal y se dirigió a la puerta.

—¿Qué pasa...? —Niles se levantó de la silla.

—Tengo que tomar un poco de láudano. Quédate con la bebé.

Niles volvió a accionar la música de la cajita. Mientras la melodía sonaba, acercó la silla a la cuna, se colocó sobre el regazo el enorme tomo del *Doré ilustrado* y lo abrió. Estaba encuadernado en un terciopelo ya descolorido, con las esquinas carcomidas y desgastadas.

—Dime, bebé, ¿quieres ver estos dibujos con tu tío? —comentó con despreocupación, mientras hojeaba las primeras páginas. Se detuvo en el frontispicio, aplanó las páginas con sus manos bronceadas y acercó el libro a la cabeza de la criatura—. ¿Ves? Seleccionado por Milton de la Biblia de Doré: el *Inferno* de Dante y el *Pur...* —se atascó en aquella palabra—: *Purgatorio*, creo que es eso. Me parece que se refiere al infierno, que es adonde van las personas malas, etcétera, etcétera... —Se paró ante el grabado de una figura oscura con alas de murciélago que se precipitaba hacia una esfera envuelta en nubes—. Satanás se aproxima a los confines de la tierra —leyó, marcando las palabras con el dedo—. Satanás es el diablo, y es muy *malo* —explicó—. Es el peor de todos. Le gusta hacer cosas malvadas. —La siguiente imagen

representaba a un hombre de cabello salvaje, casi desnudo, que dirigía una barca sobre el agua con ayuda de una pértiga—. Este es Caronte, el barquero del infierno, ¿ves cómo cruza el río, bebé?; y el río se llama Aqueronte, el río de la tristeza, y fluye eternamente, para siempre jamás. —Hojeó un poco más: encontró imágenes de una marea de diablos reunidos en cóncave, de demonios bailando, de serpientes que se enroscaban y desenroscaban, de dragones, de bestias, de seres humanos que se encrespaban mientras sufrían agonías infernales. Describió todas estas cosas con entusiasmo, pasando por alto imágenes serenas y deliciosas del Paraíso, entre las que Ada había prensado hojas de roble, de arce, de sasafrás, una o dos flores, una rosa, algunos pétalos de girasol.

Se había quedado mirando una página, en larga y silenciosa contemplación, con los ojos clavados en el grabado, perdido en su diseño. La bebé emitió un sonido.

—Sí —dijo Niles, saliendo de su ensimismamiento—, esta es una de las buenas.

Describió con todo detalle aquella impresionante escena bíblica, que representaba la caída de Babilonia: una creación de pesadilla, con inmensos montones de mampostería en ruinas, imponentes monolitos rematados por elefantes de piedra, esfinges monstruosas, pájaros carroñeros, lobos aullantes cuyos dientes brillaban a la luz de la luna. Luego leyó a la bebé unas líneas del libro del Apocalipsis—: «Y gritó con potente voz: “¡Cayó, cayó la gran Babilonia! Se ha convertido en habitación de demonios, en guarida de todo espíritu inmundo y en jaula de toda ave inmunda y aborrecible”». Ay, bebé, cállate; no llores, bebé —canturreó con suavidad a la criatura, que había estallado en llanto; dejó el libro a un lado y le hizo cosquillas en la barbilla.

—Cuando pones esa mueca pareces un babuino —dijo Holland. Había aparecido de repente, con un amplio gesto de satisfacción en el rostro—. ¿Por qué sonrías así?

—Porque soy su tío. Eso es lo que se supone que debe hacer un tío: mecerla, hacerle cosquillas y sonreírle. Tú también eres su tío.

—¡Y una leche!

—No hables así delante de la bebé. Torrie es tu hermana, su bebé es tu sobrina, y eso te convierte en su tío.

Holland olisqueó.

—¿Por qué le hacéis tanto caso? Menudo alboroto montáis por esta cosa... Mira qué cara tan estúpida, ¿cómo puedes soportar mirarla? Tú o cualquiera... Pequeña bebé, pequeña suplantadora... —Niles vio cómo Holland se acercaba y apretaba entre los dedos la tierna carne de la bebé. La niña lanzó un chillido de dolor y empezó a llorar de nuevo. Una marca roja apareció en el lugar del pellizco.

—¡Porras, Holland! —protestó Niles en un susurro. Tiró del pañal para cubrir la marca e intentó calmar a la niña.

Enseguida llegó Ada, con la bandeja de Alexandra en las manos.

—¿Qué ocurre? ¿Ha pasado algo? —preguntó alarmada—. Me ha parecido oír que Eugenia lloraba. —Al mirar, solo vio a Niles, que caminaba de un lado a otro con la pequeña en brazos, calmándola y arrullándola, mientras hacía sonar la melodía de «Duérmete, niño» en la cajita de música.

—No pasa nada, la niña tenía calor, eso es todo. Sí, bebé, eso era, ¿a que sí? Dulce bebé... —dijo, subiendo y bajando un poco los brazos, como hacía Winnie.

Ada dejó la bandeja.

—Tu madre no quiere probar bocado, no sé cómo vamos a conseguir que coma

algo. El médico dice que perderá las pocas fuerzas que le quedan. —Volvió a palparse la cara, con cuidado.

—¿Te ha servido de algo el láudano? —preguntó su nieto mientras depositaba a la bebé en la cuna. Ella negó con la cabeza, explorando con el extremo de la lengua el diente sensible que la mortificaba—. Lo siento —dijo él.

Un rato después, tras ayudarla con los platos, cogió el libro de Doré entre los brazos, como acunándolo.

—¿Adónde vas? —le preguntó su abuela.

—Bueno —respondió él con una sonrisa cautivadora, mientras se dirigía hacia la puerta—. He pensado que podría ir a la habitación de Madre y enseñarle algunos grabados antes de que oscurezca del todo.

Un viento cálido soplaba a través del prado desde el río. El reloj de pie marcaba las nueve cuando Niles bajó por el pasillo, tras devolver el libro a la habitación de Ada. Se la encontró subiendo las escaleras delanteras, con el moisés a cuestas.

—Espera.

Corrió a ayudarla. Agarró un extremo mientras ella cambiaba la posición de las manos para hacer lo mismo. Recorrieron el pasillo juntos, con la bebé entre ellos.

—¿Ha disfrutado tu madre de la lectura?

Sí, le aseguró él, sí que lo había hecho. Más o menos.

—Solo que está otra vez un poco nerviosa —agregó—. Parece que no puede dejar de llorar.

En la habitación de Torrie y Rider, la cuna de mimbre estaba colgada, suspendida de un armazón, entre las dos ventanas. Un gran trozo de malla blanca la rodeaba desde el techo para protegerla de los mosquitos. Torrie había atado lazos de seda a lo largo del borde; el interior era un nido mullido, con una suave almohadilla, una sábana y la colcha que Ada había cosido. Niles sostuvo a la bebé con cuidado y la depositó amorosamente en la cuna, tendiéndola sobre el estómago, como Torrie le había enseñado.

—Hace demasiado calor para eso —dijo, al ver que Ada cubría con la sábana a la criatura, que enseguida intentó quitársela agitando las piernas. Niles se inclinó, retiró la tela y la dobló con cuidado a los pies de la cuna—. Eso, así está mejor.

—Sí, estará mejor hasta que empiece a hacer más fresco; no necesita que la abriguemos más, tienes razón. —Ada reorganizó algunas cosas en la mesa y luego se examinó la boca abierta en el espejo. Empujó un diente con el dedo, haciendo una mueca.

—¿Todavía te duele? —Ella asintió. Su nieto dijo—: Creo que deberías tomarte una pastilla para el dolor. Una de esas que te ha dado el doctor Brainard.

Ella dudó.

—No me gusta tomarlas; a veces me dan mareos.

—Entonces será mejor que te acuestes. Te llevaré una pastilla y una cerveza de raíz.

Ah, qué muchacho tan considerado. Ada se abanicó la cara con la mano:

—Creo que por una vez te equivocas. No me parece que esta noche vaya a llover. —Se estiró para colocar la mosquitera alrededor de la cuna.

—Sí que lloverá. Deja, puedo hacerlo yo. Vete y espérame.

—No te olvides de apagar las luces.

Meció la cuna un poco, sonriendo a la bebé —qué carita tan angelical— y tarareando. De repente recordó que la caja de música aún estaba en el moisés, y la enganchó a la cabecera de la cuna. Tiró de la cuerda y, cuando la melodía empezó, con su sonido tintineante, la pequeña se agitó. «Duérmete, niña, duérmete ya...» Niles le ofreció el dedo; ella lo apretó, contenta, y cerró los ojos. Qué criatura tan plácida y diminuta... Se quedó mirando cómo Eugenia se iba deslizando hacia el sueño; luego se inclinó sobre ella para rozar con la nariz aquella suave piel rosada y besó la marca roja de su tripita.

Retiró su dedo de la manita con muchísima suavidad, cubrió la cuna con la mosquitera y, como la caja de música se había parado, le dio cuerda. «Si el viento sopla, la cuna se mecerá...» Apagó la luz. Se detuvo en el umbral al oír un grito de inquietud; se dio la vuelta. En la mesa estaba la muñeca-lámpara que había ganado en el carnaval para Torrie. La encendió: la bombilla bajo la falda arrojó sobre la cuna un tenue círculo de luz de color melocotón, disolviéndose en la negrura que había más allá; una carita de diablillo sonriendo en la oscuridad.

Se dispuso a marcharse, sintiéndose satisfecho; pero entonces se detuvo, en un repentino estado de tensión, como un animal que, al notar la cercanía de un peligro, se concentra en escuchar. No oyó nada. Todo había sido producto de su imaginación. El viento soplaba fuera, y los sonidos apagados de la radio de la tía Valeria llegaban desde el piso de abajo. Se acercó a la ventana. En lo alto, el cielo todavía estaba despejado, cuajado de estrellas; pero las nubes se acercaban, provenientes del oeste; notaba en la cara un viento caliente y húmedo. Vaciló de nuevo, y se quedó escuchando. Miró hacia la grieta desde la que Holland y él habían estado espiando, al otro lado de la pared, en el trastero. Allí no se veía ninguna luz. Sin embargo, tenía la clara sensación... Qué extraño... La sensación de que algo se avecinaba... Algo inminente. Qué tonto; no era más que la tormenta que se estaba formando. Se dirigió de puntillas al centro de la habitación y se detuvo, justo en la periferia de la luz de la lámpara que se derramaba sobre la cuna. ¿Y Holland...? ¿Dónde estaba? Con un suspiro de incomodidad, salió de la habitación.

Al pasar frente al armario del vestíbulo, junto al reloj de pie, recordó de repente que la tía Vee le había pedido que guardara los palos de golf del tío George. Tan servicial como siempre, corrió a la cocina, llevó la bolsa de golf al piso de arriba y la puso en el armario. Uf, qué calor hacía allí. Y además olía raro. Colgado de un gancho había un abrigo de cuero, el que Padre había llevado en la guerra; desprendía un olor penetrante y correoso; Niles colocó la bolsa de golf en la esquina e intentó cerrar la puerta del armario. Porras, no se cerraba del todo; la empujó varias veces, luego se dio por vencido; se quedó allí, en lo alto de las escaleras, mirando la alfombra oriental del pasillo del piso inferior, de donde provenía una tenue luz. Fuera, el viento seguía revolviéndose alrededor de la casa; en el interior se oía una cantidad inusual de ruidos: cortinas que batían contra las ventanas como manos blancas y resentidas... Un tintineo de cristal... Un panel de vidrio que vibraba... Las vigas emitían crujidos secos detrás del yeso. La puerta del armario se sacudía como si una presencia intentara escapar de su interior. *Tic-tac*, hacía el reloj de pie, *tic-tac*.

Era como si la propia casa respirara, como si se estuviera esforzando, luchando por mantener un curioso equilibrio natural, igual que una cuchara que se balancea en el borde de un vaso. La atmósfera estaba magnetizada por la incertidumbre. En lo alto de

la escalera, aguijoneado por un sentimiento de anticipación, Niles esperaba, igual que la sombría casa, la llegada de esa tormenta amenazadora que se estaba formando al otro lado del río. Entonces decidió que se iría a sintonizar su receptor de radio.

Pero no antes de llevarle a Ada su pastilla.

La tormenta se hizo esperar hasta poco antes de las once. El primer relámpago apenas si fue un chasquido. Nubes negras como la tinta se habían derramado desde el oeste, empujadas por una ventisca tórrida que ahora embestía con violencia el manzanar. Tiraba las manzanas al suelo, arrojándolas como bombas; agrietaba las ramas; esparcía las hojas, que se desperdigaban presas del pánico; encorbaba la hierba crecida; barría el prado que había más allá del granero; agitaba las copas de los abetos; sacudía con furia el castaño de Indias; azotaba las uvas del cenador.

Otro relámpago. Niles se ajustó los auriculares. Estaba acostado en la cama, contemplando la mancha de agua que tenía justo sobre su cabeza, observando en ella los rasgos de una cara. Más relámpagos. Se quitó los auriculares, se dirigió a la ventana sur y miró hacia el camino. El cielo se volvió de color plateado; contó rápido: 1-2-3-4-5. A la de cinco, llegó el trueno. Oyó el sonido de una teja que se partía, seguido de un enorme crujido y un grave retumbo. Ahora una luz espeluznante bañaba las siluetas negras del exterior, haciendo que brillaran de forma inquietante. Niles cerró los ojos, esperando el trueno que vendría a continuación. Antes de que sus ecos murieran, llegó la lluvia: largas ráfagas, como astiles de flechas lanzadas desde el cielo, le aguijoneaban el rostro con su picadura húmeda y fría. Se apoyó en el marco inferior de la ventana y la bajó de golpe. Cerró las demás a toda prisa, con el pelo empapado, sacándose el agua de los ojos con los nudillos. Cuando la última ventana golpeó el alféizar, se inclinó sobre los cuadrados de vidrio y oteó a través de la lluvia: en la habitación de Torrie vislumbró una luz; brillaba a través de dos ventanas abiertas; las contraventanas crujían frenéticamente contra la casa. Sintió que se le erizaba el vello de los brazos. Entre aquel estrépito, distinguió, débilmente, el sonido de la armónica: *Ñang-dang-ga-dang-tran-tran-dang-ga-dang... ¿Cuántas millas hay hasta Babilonia? Sesenta más diez.*

Abrió el batiente de un portazo y corrió por el pasillo. Al final de la escalera se detuvo en seco. En el piso inferior, la puerta delantera estaba abierta de par en par, aporreando el radiador rítmicamente, con golpes metálicos. En el salón, la radio Atwater-Kent sonaba a todo volumen. Las ráfagas de la ventisca habían llenado el suelo de hojas mojadas, que rodaban sobre sus delgados bordes, se deslizaban hacia las esquinas y trepaban hasta la mitad de la escalera.

Niles giró, atravesó el recibidor en dirección al ala norte, corrió a lo largo del pasillo, cruzó la puerta. Los truenos crujían entre las chimeneas, sobre los aleros, la lluvia entraba disparada por las ventanas abiertas. En el suelo, bajo los alféizares, había charcos que relucían, temblando cada vez que las contraventanas batían contra los listones del exterior. Una corriente de aire húmedo atravesaba la habitación: empujaba hacia dentro las cortinas de encaje, que golpeaban empapadas los marcos de las ventanas; hacía que las borlas del dosel de la cama se balancearan como campanas de algodón; agitaba la mosquitera, cuyas olas de gasa ondeaban sobre la cuna, mecida por el viento. De su interior salía una luz: grotesca, espeluznante, antinatural. Niles se acercó. La cuna de mimbre golpeó la pared con fuerza. La mosquitera le rozó los ojos. La agarró, apartó la tela y miró: allí estaba la muñeca-lámpara, con su rolliza cara

marrón y su pícara sonrisa lasciva; la bombilla bajo la falda arrojaba una tenue luz de color melocotón sobre la colcha cosida por Ada, hasta los bordes de la cuna desolada y vacía.

3

No le cabía la menor duda: ella lo estaba siguiendo, vaya que sí. Llevaba un tiempo así, sin perderlo de vista. Le parecía que vigilaba todos sus pasos, con cara adusta, dolida y temerosa. Tenía miedo y estaba desconcertada, como si no supiera qué hacer. Aunque él habría respondido a sus preguntas, si ella se hubiera decidido a planteárselas. Pero no lo hacía, como si temiera la respuesta. Así que se limitaba a seguirlo, con su ligera cojera, observando, observando...

Bien, pues él aún tenía un par de ases bajo la manga. Sin previo aviso, se introdujo en una tienda, rápido como un relámpago. Las campanillas que había sobre la puerta tintinearón.

—Pero bueno, cariño, mira a quién tenemos aquí. Hola, Niles —dijo la señorita Josceline-Marie, decidida a perdonar al niño, pese a su justa indignación.

—Todos estamos rezando, Niles —comentó otra señora.

—Ya lo creo que sí —corroboró una tercera, con fervor.

—Hola —respondió él en voz baja. Tras fijar sus ojos en cada una de las tres mujeres, fue a leer las revistas de la estantería. Sabía que, a su espalda, las presentes estaban intercambiando miradas elocuentes entre sí.

—Aquí tienes, querida. —La señorita Josceline-Marie alzó la voz para dirigirse a la señora Fenstermacher; a esta sí que la había reconocido Niles—. Unas tarjetas preciosas, ¿verdad? Aunque eso del Yom Kipur no tiene mucho éxito por aquí. —Estaba estirando su abultado cuello tanto como le era posible para escudriñar la iglesia, al otro lado del prado—. Vaya, el entierro todavía no ha acabado. Es una lástima cuando mueren tan jóvenes, ¿verdad? Una tragedia.

—¿De quién es el entierro? —preguntó una de las clientas.

—Pues del niño de los La Fever... Meningitis. Ha sido así de rápido. —La señorita Josceline-Marie chasqueó los dedos.

—Caramba, ¿qué me dices? El niño de Anna La Fever. Una desgracia tras otra, ¿verdad? —Bajó la voz, aunque no lo suficiente para que Niles no pudiese escuchar lo que dijo a continuación—. ¿Y qué se sabe de la *desaparición*? —preguntó, pronunciando esta última palabra con su adecuado énfasis.

—Si quieres saber mi opinión, nunca he oído que un bebé de un mes se levante de la cuna y desaparezca por sí solo. Yo diría que es un caso claro de secuestro. Otro como el de los Lindbergh. Aunque lo suyo sería que lo de ese Hauptmann le hubiera enseñado la lección a más de uno.

Niles pasó una página. Hablaban de Holland y de la bebé.

—Bueno —dijo la señora Fenstermacher—, estuve charlando con la señora

Blessing el domingo, al salir de la iglesia, y me dijo que, según el alguacil Blessing...

—¡Bah! El señor Blessing... Un vejestorio, querida. No es el alguacil adecuado para una ciudad que está creciendo tanto como la nuestra. Tendría que haberse jubilado ya. No va a resolver este caso, de eso no os quepa duda. Lo que busca son sospechosos, y eso es justo lo que no hay. Más de una semana y ni una sola pista. Os lo aseguro, no volveremos a ver viva a esa niña. Veo que ya has sacado el abrigo, Ruth.

Niles echó un vistazo a la tercera mujer, que estaba estudiando una pieza de porcelana.

—Bueno, ha refrescado bastante durante el fin de semana.

—Que no se te caiga, querida, es cerámica de Copenhague.

—Dios mío —continuó la señora—, cuánto lo siento por esa pobre gente... —Niles desvió la vista a tiempo para que ella no lo sorprendiera mirándola—. Ethel Landis dice que sus hijos siempre cruzan a la otra acera cuando pasan por delante de esa casa. Casi podría pensarse que el sitio está encantado, con la cantidad de sucesos que han tenido lugar allí. Y todos esos reporteros merodeando alrededor...

—Yo creía que todos se habían ido a cubrir otras historias —susurró la señorita Josceline-Marie, con tono de sorpresa. Las tres mujeres juntaron las cabezas sobre la caja registradora.

—Qué va —dijo la señora—, ese hombre del *Courant* todavía anda por ahí; y también he visto a ese de la gabardina, el que viene de Nueva York.

—Bueno, si se pasaran por aquí, yo sí que podría contarles algunas historias —comentó la señorita Josceline-Marie; trataba de mantener la voz baja, aunque sin mucho éxito—; incluyendo ciertos detalles que la mayoría de la gente ni siquiera conoce.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, que Winnie pasa muy a menudo por cierto sitio... —Dirigió una mirada cargada de intención a la tienda de licores Sweeney's, el establecimiento que tenía al lado.

—Dios mío —dijo la señora Fenstermacher—, eso no es nada nuevo. Todo el mundo sabe lo mucho que a George y a Valeria les gusta el alcohol.

—A todos los Perry les encanta el alcohol —puntualizó la tercera mujer.

—Exacto. Aunque todo el mundo sabe que George solo bebe bourbon. Y Valeria también. Pero le sonsaqué a Harry Sweeney que lo que Winnie compra (y viene a por una botella prácticamente cada cinco minutos) no es bourbon, sino whisky de centeno. Y supongo que todas sabemos quién de esa casa tiene debilidad por el whisky.

—Quién *tenía* debilidad —recalcó la señora Fenstermacher, con intención.

Las campanillas de la entrada tintinearón otra vez. Entró Rose Halligan, de la tienda de todo a diez centavos, bamboleándose sobre sus tacones altos.

—Buenos días, Rose —la saludó la propietaria—. Ven aquí, querida. Oye: ¿verdad que Harry, el de la tienda de al lado, me dijo que lo que la empleada de los Perry se estaba llevando era whisky de centeno, ese de la marca Fleischman?

—Pues sí... —comenzó Rose.

—Ahí lo tenéis. ¿Qué os había dicho? Esa casa está inundada de alcohol.

—No, *ya no* —la señora Fenstermacher no pudo contenerse—. ¿O es que no lo habéis oído?

No, las demás no habían oído nada. Bueno, pues resulta que a Fred —o sea, a

Fred Fenstermacher— se lo había contado George en persona, aquella misma mañana, de camino a la planta de embotellado de gaseosas de Rose Rock. Se la habían llevado en un coche cerrado, ya *sabéis adónde*. ¡No! No, no *allí*, no a aquella clínica. La señorita Josceline-Marie pensaba que aquello era lo correcto, y así lo dijo. Pero ¿por qué ahora, después de tanto tiempo?

La señora Fenstermacher no estaba segura:

—He oído que se ha vuelto violenta. Fred dice que George le ha comentado que estaba completamente fuera de control, que se había puesto muy violenta.

—¿Y...?

—Y eso es todo lo que le ha dicho George. Es suficiente, ¿no? Cielos, Alexandra Perry, ¿*violenta*?

—Bah, si se llevaran a la gente por ponerse violenta, tendrían que llevarse a la mitad de la ciudad.

—Bueno, al menos se la han llevado antes de la cena —comentó la señora Fenstermacher.

—¿Qué cena? —preguntó Rose.

—¡No lo dirás en serio! —La señorita Josceline-Marie estaba anonadada—. ¿De verdad estás diciendo que George Perry va a celebrar *la cena*?

—¿Qué cena? —insistió Rose.

—Los Perry celebran todos los años una cena conmemorativa para la junta de concejales —explicó la señorita JoscelineMarie.

—¿Cena conmemorativa? —Rose parecía no entender nada.

—En memoria del viejo señor Perry —indicó la señora Fenstermacher; Fred, su marido, era uno de los concejales municipales.

—O sea, para el abuelo Perry. Dejó escrito en su testamento que todos los años se entregase dinero al fondo municipal de ayuda a la infancia.

—Fred dice que ninguno de los miembros de la junta quiere ir, pero...

—¿Pero?

—Pero... —La señora Fenstermacher estaba desconcertada—. Pero ya estaba aprobado.

—Pues, si queréis mi opinión, esa cena no es más que una excusa para que los caballeros se emborrachen. —Dio cuatro o cinco pasos por el pasillo y dijo, en dirección al estante de las revistas—. Niles, ¿estás buscando algo en particular?

—No, señora. Solo estaba mirando.

—No nos gusta que los muchachos anden hojeando las revistas, por favor —dijo. El aludido volvió a colocar en su sitio el cómic y se encaminó hacia la puerta—. ¿No vas a llevártelo? —gritó la propietaria, a la espalda del chico.

—No. Está bien así, gracias.

—¡Vaya...! —El tintineo de las campanillas cortó el resto de aquella frase. De nuevo en la calle, Niles miró en todas direcciones, en busca de la figura del abrigo negro. No, no parecía estar por allí. Frente a la iglesia había una fila de automóviles. Llegaba música desde el interior. Cruzó el prado y se acercó. Dos de los ayudantes del señor Foley murmuraban entre sí en el vestíbulo, con sendas flores en los ojales. Cuando se giraron y le dieron la espalda, Niles se deslizó por la puerta abierta y se ocultó en un banco alejado. A su alrededor no había más que sombras. Ante él estaban las espaldas rígidas de los asistentes al entierro. Una mujer lloraba. En el púlpito, el señor Tuthill

salmodiaba con voz monótona... Flores cortadas antes de tiempo, esperanzas marchitas, Vida Eterna, un ataúd, velas, flores, los accesorios ya conocidos. El profesor Lapineaux tocaba el órgano en la galería superior.

Niles se movió ligeramente. Sobre su rostro cayó el arcoíris de luz que llegaba desde la vidriera, en la que podía contemplarse, en toda su gloria, el Ángel del Día Resplandeciente: con aquellas alas tan blancas, tan grandiosas, con su túnica prístina y suelta, su rostro radiante, pacífico y sereno, en aquella postura inclinada, con aquella mano refinada que le ofrecía el lirio...

Se quedó un rato perdido en sus ensoñaciones, entre las sombras, repartiendo su atención entre el Ángel y el funeral. Cuando los asistentes se marcharon para llevar el ataúd al cementerio, Niles permaneció en el banco, escuchando; el órgano del profesor seguía sonando, ensayando las piezas seleccionadas para el domingo, según sospechó el muchacho, que seguía mirando al Ángel. «Roca de la eternidad, abierta para mí.» Una de las favoritas de Ada. Siempre le inspiraba un sentimiento de esperanza. Pero hoy no. ¿Esperanza? ¿Qué esperanza podía haber? La bebé había desaparecido.

¿Y dónde estaba?

Cuando los miembros de la familia empezaron a buscar a Eugenia, aún seguía lloviendo. Solo después, cuando el viento condujo la tormenta hacia el este, apareció el señor Blessing, en respuesta a las frenéticas llamadas que le habían estado haciendo; él, por su parte, hizo que despertaran a sus subalternos, que anduvieron de acá para allá, registrando la casa, los pasillos, los almacenes, los armarios... Cualquier lugar en el que se pudiera haber escondido a la niña; en el exterior, los haces alargados de sus linternas se entrecruzaban sobre el césped; brillaban tras los arbustos, por el camino de bajada hacia la bomba, en el cenador, en el granero... Por todas partes. En aquellas primeras horas tras la desaparición, nadie había mencionado la temida palabra *secuestrada*. Pero Niles lo sabía. Y tanto que sí. Sabía exactamente lo que había ocurrido.

Con su propia linterna, se escabulló a través del recibidor, por los pasillos de la parte trasera, hasta el trastero que había junto a la habitación de Torrie y Rider. Holland estaría allí, a Niles no le cabía la menor duda. Solo que *no estaba*. Bajó por las escaleras traseras, hasta la cocina. El pajar, la cúpula, la fresquera, la cueva de las manzanas... Ni rastro de Holland. La trampilla estaba cerrada; cuando la levantó, solo vio la habitación oscura, solitaria y vacía; la nieve hecha de juncos seguía intacta, la lámpara de queroseno colgaba, fría y apagada, del clavo que había sobre la escalera.

Bajó por el camino que llevaba al almacén de hielo, recorrió la orilla del río hasta el embarcadero y regresó a la casa a través de la pradera húmeda; las piernas desnudas le escocían por la fricción de la hierba. En el recibidor, los policías subalternos mostraban su perplejidad. Sentada en el sofá del salón, Ada miraba perpleja al alguacil, el señor Blessing, que estaba tomando notas.

—¿Y dice que estaba dormida en ese momento, señora Vedrenya?

—Sí. Tengo un espantoso dolor de muelas y tomé un poco de láudano.

—¿Cuándo se lo tomó?

—Después de la cena. Pero no me pareció de mucha ayuda, así que también tomo una de esas pastillas para el dolor.

—¿Qué tipo de pastillas?

—El frasco no dice. Un compuesto de codeína. El médico... Él me las manda... para el dolor. —Su inglés se resentía a causa de los nervios. Levantó los dedos hinchados.

—¿Dónde las consiguió?

—Holland me las trajo.

—¿Holland?

—No. Niles, quiero decir. —Parecía aturdida.

Niles aclaró:

—Yo le traje las pastillas a Ada, señor Blessing. Se las prescribió el doctor Brainard. Las compré en la farmacia Pequot.

—Humm. —El señor Blessing se frotó pensativo la barba de un día; luego se dirigió de nuevo a Ada—. ¿Se tomó las pastillas y se fue directa a la cama?

—Una pastilla. Niles me trae una, con cerveza de raíz.

—¿Es eso correcto, Niles?

—Sí, señor —respondió él con seriedad—. Hacía mucho calor, les llevé cerveza de raíz a todas. Con limón.

—¿A todas?

—Sí, señor. A mi madre, a Ada y a la tía Vee.

—Ya veo. Señora Vedrenya, ¿qué hizo después de tomarse la pastilla?

—Ir a acostarme; debí quedarme dormida.

—¿Por qué se dejó las ventanas abiertas? ¿No se dio cuenta de que se acercaba una tormenta?

—Yo cerré las ventanas —dijo Niles—. Todas menos las de aquí. La tía Vee estaba oyendo la radio y dijo que las cerraría si empezaba a llover..., pero ella no se creía que fuese a llover de verdad.

—¿Y luego? —El jefe de policía se volvió hacia Ada.

—Como ya he dicho, estaba acostada. Pensé que me iba a quedar dormida si no me levantaba, pero no podía. Ya no tenía dolor de muelas. Dormí. Lo siguiente es que Niles me sacude. Me dice despierta, Eugenia ha desaparecido.

—¿A qué hora fue eso?

—No lo sé.

—Debe de haber sido después de las once —señaló Niles—, porque recuerdo que estaba escuchando en mi radio ese programa de buenas noticias, el del café Maxwell House, y que estaba terminando cuando empezó a llover.

—¿Dónde estaba la señora Perry?

—Yo creía que estaba en el salón.

—¿Como que «creías»? ¿Es que no estaba allí?

—No, no estaba —respondió Ada—. Resulta que se va andando hasta Packard Lane para comprarme un poco de aceite de clavo. Para la condenada muela. Se queda en casa de amigos cuando empieza a llover.

—¿Y dónde está ahora la señora Perry?

La tía Valeria había estado al teléfono, intentando ponerse en contacto con Torrie y Rider. Las líneas no funcionaban. Después de varias tentativas infructuosas, subió a hacerle compañía a Alexandra hasta que Winnie llegó de casa de su hermana.

—Quisiera preguntarle algunas cosas a tu tía —le dijo el señor Blessing a Niles. Subió las escaleras y tuvo una conversación con la tía Vee, que estaba al borde de la histeria. Cuando ella bajó al salón, Niles atravesó la galería y volvió a su habitación. Estaba temblando, los dientes le castañeteaban a causa del frío y la emoción. De repente se sintió abrumado por una tremenda sensación de fatiga. La búsqueda había continuado durante toda la noche. Ahora, Niles levantó una de las ventanas y contempló el cielo, teñido ya de un brillo nacarado, y el prado centelleante de rocío. Se apoyó en el alféizar de la ventana, y pensó que aquel cielo sin nubes prometía un precioso día.

Pero la bebé... ¿Dónde estaba?

Pregúntaselo a Holland. Él lo sabía.

Pero Holland no quería decírselo.

Desde entonces, todos los días habían sido preciosos, con un tiempo estupendo; y tristes, y absolutamente distintos a como eran antes. Ahora Torrie no salía de su habitación y Rider permanecía a su lado, debatiéndose entre la esperanza y la desesperación; ahora el tío George bebía más que nunca; sus gritos y los de la tía Valeria se oían desde detrás de la puerta. Ahora había personas que iban y venían, subiendo y bajando escaleras, interrogando, grabando, fotografiando, molestando a la familia ya de por sí alterada. La gente se despertaba gritando a causa de las pesadillas. Ahora Winnie iba de una habitación a otra, intentando cuidarlos a todos, intentando sonreír, ser valiente, conservar la fe, evitar que aquella noticia llegase a oídos de Alexandra...

Pero Madre lo sabía.

De algún modo, había averiguado —o sentido— la verdad.

Pobre Madre; era terrible. Apenas podían conseguir que se quedase quieta en su silla de ruedas; la oían rodar encolerizada por la habitación, día y noche, en una agonía de frustración; golpeaba las cosas, las tiraba al suelo. Había hecho pedazos su espejo de mano; luego, su peine de caparazón de tortuga; luego destrozó con las tijeras sus zapatillas bordadas. Y, por último, hacía dos noches, había tenido lugar el último episodio. Niles se había acostado —por desgracia— en la cama de Holland, y estaba escuchando su receptor de radio mientras observaba fijamente el rostro del techo; como tenía puestos los auriculares, no oyó la puerta al abrirse, ni el chirrido de las ruedas. Cuando levantó la vista, vio la cara de su madre inclinada sobre él. ¡Ah, qué cara! Blanca como la de un muerto, con cercos negros alrededor de los ojos y una boca escarlata que se abría y se cerraba... Recordarlo le producía escalofríos. Pobre Madre, tan ofuscada... ¿Cómo iba a hacerle comprender que él era *Niles*? Aceptó en nombre de Holland la furiosa descarga de golpes que le cayó sobre el rostro, las silenciosas maldiciones que se amontonaron sobre él. Alexandra había cometido un error comprensible: lo había confundido con su gemelo, acostado en su cama. Y ahora Madre ya no estaba, la habían alejado de allí, y la casa estaba más triste que nunca.

Intentó sonreírle al Ángel de la vidriera de la iglesia. ¿Qué ocurría? Aquella figura le recordaba algo... No, era algo que él quería que le recordaran, algo que había olvidado...

Oyó una risita. Holland estaba sentado cerca de él, en el mismo banco, mirándolo.

—No puedes recordarlo, ¿verdad?

¡Porras! ¡Cómo le leía la mente!

—¿Recordar qué?

—Ya lo sabes. —Aquella sonrisa enigmática. Otra risita, en voz baja; la de un astuto y pequeño Aquiles.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Solo estaba pensando.

—¿En qué?

—Tuviste otra pesadilla anoche, ¿verdad? Claro que sí. En menudo estado dejaste las sábanas de la cama... Había algo que te asustaba.

Niles se puso rígido.

—Estaba soñando con la bebé.

—¿Qué pasaba con la bebé?

El profesor Lapineaux había dejado de tocar el órgano. En unos momentos bajaría de la galería y se acercaría. Niles susurró apresuradamente:

—Estaba en una casa grande, y me sentía perdido. No importaba hacia dónde fuera; no podía encontrar el camino. Anduve durante largo tiempo; caminé y caminé, y luego la escuché.

—¿Qué? —La cara de Holland era multicolor: azul, rojo, amarillo y verde, un caleidoscopio de las tonalidades de la vidriera.

—La bebé. La bebé *de Torrie*. Lloraba, lloraba de una forma que te rompía el corazón. Quería encontrarla y devolvérsela a Torrie...

—Y entonces fue cuando te despertaste gritando. Estás loco, Niles.

—¿Holland?

—¿Qué?

—¿Dónde está?

—¿La bebé? —Holland se encogió de hombros—. ¿Cómo voy a saberlo?

—Sí que lo sabes.

—Ya te he dicho que no. ¿Qué más quieres que te diga?

Niles podía sentir cómo los músculos de su mandíbula se tensaban.

—Devuélvela, Holland.

—¿Que devuelva qué?

—¡A la bebé! Devuélvela, no es tuya, es de Torrie. Es su bebé. ¡Tienes que devolverla! —Lo repitió una vez, y otra, y otra. La súplica se convirtió en una letanía, y el profesor Lapineaux, que lo observaba desde las sombras, sacudió la cabeza ante aquel pobre niño que hablaba consigo mismo.

—¿Que les pregunte a los elfos? —Niles se quedó anonadado al oír aquel comentario indolente. Lo que necesitaba era una amenaza; aquello sí serviría para hacerlo entrar en razón—. Holland, si no la devuelves..., lo contaré.

Un silencio largo y prolongado. Entonces su gemelo dijo con suavidad:

—¿Qué vas a contar?

—Todo. ¡Todo!

—No lo harás.

—¡Sí que lo haré! —musitó con los dientes apretados, mientras agarraba los resaltes tallados del banco que había frente a él. Maldijo en voz alta y el profesor,

estupefacto ante aquel lenguaje, se acercó y sacó al niño a la luz del día, fuera de la iglesia.

4

Ella estaba al otro lado de la calle cuando Niles salió de la nave al pórtico de la iglesia. El profesor Lapineaux lo dejó en la puerta; el muchacho saltó para ocultarse detrás de un pilar; luego se escabulló por la acera, deslizándose de árbol en árbol, seguro de que nadie lo veía. Tras atravesar el portón de hierro forjado, cruzó el cementerio hasta el campo de maíz; allí se detuvo para contemplar la magnífica vista. Los tallos se preparaban para pasar la noche sobre la tierra exhausta, entre los surcos barbados. El sol poniente velaba los tonos rojizos, marrones y ocres del campo con un brillo cálido y cobrizo, proyectando sombras luminosas. Las gavillas de maíz atado se alzaban como centinelas que guardasen a los muertos del cementerio adyacente. El espantapájaros, flácido y andrajoso sobre su palo, relleno de paja, con la cara amarillenta, le devolvía la mirada desde los surcos.

El molesto graznido de un cuervo se oyó a una distancia indefinida; el viento agitaba suavemente el maíz, que parecía hecho de papel; daba la impresión de que estuviera susurrando su nombre. «Niles... Niles...» Sintió que los hombros se le tensaban. «Niles...» ¿Qué musitaban aquellas lenguas reseca, que hablaban y hablaban? Querían traerle a la mente... ¿Qué? Lo que había olvidado, lo que el Ángel había querido recordarle. ¿Qué era? ¿Qué le pasaba a su cerebro, por qué no podía acordarse? Bueno, ya vendría. Quizá le llegaría como una revelación; pero vendría. Se le mostraría en una fracción de segundo, como un relámpago; después de todo, él había nacido con la membrana, ¿no? Y era medio ruso, ¿verdad? Pues ya vendría.

Un poco más lejos, el entierro seguía su curso. Los asistentes se congregaban alrededor de la tumba abierta de Arnie La Fever mientras el señor Tuthill entonaba el salmo 23, como era inevitable. En las ramas, las hojas, bruñidas de rojo y oro, crujían sobre el estrecho agujero abierto en la tierra. En algún lugar, un pájaro cantaba. Pero en aquel grupo nadie parecía notar el extraño contraste entre el fascinante canto del pájaro y la triste cadencia del pastor. Niles observó que un tallo se desprendía de una ramita, en completo silencio, renunciando a la vida... Una hoja brillante que caía, y caía... Descendió en espiral sobre la tapa del ataúd. Parecía una mano que ofreciera una bendición.

Entonces volvió a verla: la figura estaba en la linde del campo, bajo un árbol en forma de paraguas; parecía estar esperando, con la mano sobre el delgado tronco; tenía el rostro bajo la sombra de las ramas, como si se estuviera protegiendo del sol con una gigantesca y llameante sombrilla, toda de negro —abrigo, sombrero y guantes— bajo las hojas ardientes. Cruzó el césped, pasó sobre los surcos y entró en el campo de maíz segado; asentía levemente con la cabeza, y traía una sonrisa débil y

esperanzada.

El muchacho se metió las manos en los bolsillos y la observó. Ella tenía, como tantas otras veces, una especie de aureola alrededor de la cabeza, que se recortaba contra el cielo; esa misma línea blanca y vibrante que le recordaba el halo del Ángel del Día Resplandeciente. Solo que, en lugar de un lirio, Ada llevaba en la mano un guante negro.

—Chiquillo.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Dando un paseo, igual que tú.

—¿Pero *qué* estás haciendo? —la presionó—. ¿Por qué no estás en casa?

—¿Debería estar en casa?

—La cena es esta noche.

—Y hay mucho que hacer, sí; Winnie se está ocupando de todo. Y tu tío. Yo volveré enseguida. —Hizo un visible esfuerzo para suavizar la severidad de sus rasgos mientras hablaba—. *Dushka* —dijo, y a Niles le pareció que aquello era un comienzo—: ¿recuerdas lo que siempre decíamos sobre los secretos?

Claro que lo recordaba: que todo el mundo debería tener alguno.

—Pero a veces no está bien guardar un secreto. —Los dedos de la anciana repasaban el cabello de su nieto, que comenzaba a oscurecerse ahora que el sol resultaba menos caluroso—, ¿verdad?

—¿Cuándo?

—Cuando hacen daño a otros. Entonces hay que contarlos.

—¿Quieres decir que hay que denunciar a la otra persona? —El cabello le caía sobre los ojos y ocultaba su mirada. Contuvo la respiración; esperaba que ella no le hiciera *la pregunta*.

—Niles, mírame. —Él levantó la cabeza, pero no la miró directamente. Tenía un presentimiento. Su abuela estaba a punto de preguntárselo; estaba seguro—. Tienes un secreto. Cuéntamelo a mí. Cuéntaselo a Ada —dijo, con amabilidad.

—No puedo.

Esperó, con la cabeza inclinada; el mechón de pelo cubría sus ojos, que quedaban ocultos al escrutinio de la anciana. Desvió la mirada hacia la tumba abierta; vio que bajaban el ataúd, y que alguien se adelantaba para quitar la hoja caída, se agachaba para coger un puñado de tierra y la dejaba caer en el agujero.

—¿Chiquillo?

Podía notar que los ojos de su abuela seguían fijos en él; sentía lo que ella estaba intentando hacer; de un momento a otro, Ada se lo preguntaría. No le cabía duda de que la anciana sospechaba algo; Niles estaba seguro. Ya se lo había advertido a Holland. Los asistentes al funeral abandonaban ya el cementerio; bajaban por el camino y salían por el portón.

—Niles.

Ahí estaba. Reconoció ese tono, el de «ya basta de tonterías». Ahora su interlocutora elegiría las palabras y las pronunciaría; las palabras que formarían la temida pregunta.

El broche en forma de luna brillaba en su pechera.

—Ese secreto ¿tiene algo que ver con la bebé?

¿Lo ves? No lo *sabe*; lo sospecha.

—Sí —respondió él, obediente.

—Tienes que contármelo. —Pero él seguía negándose—. ¿Quieres que Torrie siga sufriendo así?

No. Claro que no. Niles la miró a los ojos; dos cosas se interponían entre ellos: la pregunta de la anciana, la respuesta de su nieto. Cuando ella se lo preguntara, ¿el muchacho se lo contaría? Tendría que hacerlo. «No. No, Holland. No lo haré. Solo estaba bromeando.» Sintió que el corazón le latía con fuerza, la sangre le palpitaba en los oídos. Y la pregunta seguía allí, sin querer desaparecer, como un invitado no deseado.

Aquellos ojos... Parecían tan ancianos, tan cansados, tan consumidos... Ada se arrodilló y rodeó al niño con sus brazos. Niles notó que el broche en forma de luna le presionaba la mejilla; estaba frío. No quería llorar, pero no pudo contener las lágrimas. Le dolía el pecho; el corazón le latía con una fuerza tremenda. Y el de Ada también; podía sentirlo, débilmente, a través del tejido del abrigo. Y, ahora que aquellos brazos lo sostenían y aquellas manos lo tranquilizaban, impidiéndole protestar, ahora vendría la pregunta. Niles lo sabía; por eso su abuela lo había estado siguiendo, sin perderlo de vista.

Y vino; con suavidad, formulada de modo que apenas si era una pregunta.

El muchacho se retorció, intentó liberarse. Los brazos de Ada lo retuvieron.

—¡No me lo preguntes! ¡No lo sé!

—Alguien lo sabe. Tienes que decírmelo.

—No puedo. ¡He dado mi palabra!

—Sí que puedes.

—Es un secreto. Se lo prometí.

—¿A quién?

—¡Ya lo sabes!

—¡Dilo!

—¡Se lo prometí a él!

Niles se soltó. Una delgada línea de gotas rojizas apareció a lo largo de su mejilla, allí donde el broche en forma de luna lo había arañado.

Tomó el pañuelo de su abuela, se alejó unos pasos de ella, se sonó la nariz y miró por encima de las gavillas de maíz. Se fijó en el espantapájaros, cuya figura endeble y andrajosa se agitaba al viento. Un cuervo se posó en uno de sus hombros, como una enorme insignia negra; miraba al muchacho con la cabeza ladeada y expresión desafiante.

Mientras seguía observando la cara del espantapájaros, Niles vio que empezaba a cambiar, poco a poco; se estaba transformando, convirtiéndose en otra distinta. Una que él no quería reconocer. Podía, pero no quería. Una cara sin paja ni cuerdas, pero manchada de líquen, putrefacta, con la carne podrida, las cuencas de los ojos vacías, los labios separados de unas encías reseca que se habían desgajado de los dientes desnudos; una mueca eterna en un cráneo de color marfil. Pero ¿de quién era esa cara? ¿De quién? ¡Un momento! ¡Dios! Ahora lo veía: esa mata de pelo rubio, esas cejas profundamente angulosas, esa boca que sonreía con espantosa satisfacción, como encantada de que la hubieran colocado entre las gavillas de maíz para burlarse de él...

—Está muerto, Niles. *Holland está muerto*. —Ada se había colocado junto a él; lo

cogió de la mano y le giró la cabeza para que dejara de contemplar aquella cara—. ¿No te acuerdas, chiquillo? ¿No te acuerdas de lo que le pasó a Holland el día de su cumpleaños? Ven, tienes que admitirlo. Esto ha dejado de ser un juego. ¿Lo entiendes?

Él negó con la cabeza; no quería dar a la anciana ese poder, esa autoridad que, según sentía, suponía una amenaza para él.

—Niles —empezó Ada. Se detuvo, sin saber cómo continuar, desgarrada por la compasión y el miedo; luego, por última vez, repitió la pregunta; pero se interrumpió ante la contestación de su nieto—: No, chiquillo; no me digas que se lo pregunte a Holland.

Ahora el muchacho tenía la expresión de un verdadero diablillo, de un duende de aspecto terrible e iracundo; su rostro mostraba furia y maleficencia, igual que el de la muñeca-lámpara.

—¡Sí! ¡A Holland! —acusó. ¡Así que ella quería la verdad...! ¡Pues Holland se había llevado a la bebé! Era él quien había echado aquella noche las pastillas (seis, nada menos) en la cerveza de raíz de Ada; quien había esperado a que ella se durmiera, había robado a la criatura, se la había llevado y había puesto en su lugar la muñeca-lámpara... como si fuera un bebé suplantador.

—No, chiquillo...

—¡Sí! ¡Odia a la bebé! ¡Porque es bonita, porque la amamos! ¡La odia! —gritó, derramando a los cuatro vientos la fealdad, la acusación—. Yo tenía miedo, sabía que le haría daño a Eugenia. Traté de protegerla. Quería detenerlo. Pero no pude. —Retuvo el aire y luego se lanzó—: *Él* se llevó a la bebé, él mató a Russell...

Su interlocutora se quedó sin respiración. La mente le daba vueltas mientras las revelaciones se sucedían, una tras otra. Ahora lo sabía todo; *todo*. Sí, Russell había visto el anillo, así que Holland había colocado la horca en el heno.

—¿Que vio el *anillo*? —preguntó, incrédula—. ¿*El anillo*?

Niles le contó toda la historia: el regalo de Holland, las dificultades que tuvo para sacarlo del dedo de su gemelo, cómo al final lo había conseguido con la ayuda de las tijeras de podar las rosas...

—¿Las tijeras de podar las rosas?

—Sí, y luego las volví a poner en su sitio.

¿Y la señora Rowe?

—No, eso fue un accidente, el profesor solo quería asustarla... ¡De verdad!

Holland, Holland, Holland... Él había espantado a la avispa en dirección a la tía Fan, él había envenenado a la rata de Russell, él lo había hecho todo. Y también lo de Madre, que había estado husmeando en el escritorio chautauqua... Madre, cayendo escaleras abajo...

«¡Ay, Dios, Dios mío! ¡Niles! ¡Niles!»

Sobreponiéndose al horror, la anciana vio cómo el muchacho se alejaba unos pasos, de espaldas al espantapájaros, con expresión apasionada, inocente, pensativa, indignada. El rostro de Ada revelaba sus pensamientos: ¿qué iban a hacer ahora? Tendría que responder a esa pregunta, antes o después. ¿*Qué iban a hacer*? Se quedó inmóvil, mirando a través de las ramas de roble, pensando; sus manos, frágiles y débiles —embutidas en los guantes, hinchadas—, aquellas manos que durante toda la vida habían encontrado algo que hacer, algún asunto, alguna tarea en la que ocuparse,

ahora solo podían agarrarse la una a la otra, abatidas, inútiles, impotentes.

El muchacho se acercó a ella y le tiró de la manga para sacarla de su ensimismamiento. Ada negó con la cabeza, aún pensativa. Lo agarró de los hombros, con firmeza.

—Dilo, chiquillo... Dilo de una vez por todas. Ese será el principio.

Él se negaba a entenderla.

—¿Que diga qué?

La anciana lo obligó a mirar a su alrededor, a través del campo, al cementerio, a la parcela de la familia.

—Quiero que lo digas en voz alta, para que lo recuerdes.

Niles se encogió sobre sí mismo y se escapó de entre los dedos de su abuela, como una mascota testaruda. Pero aquellas manos lo agarraron de nuevo y lo sujetaron con fuerza.

—Dilo.

—No.

—Hazlo, chiquillo. Dilo. Di: «Holland está muerto».

—No lo está —sollozó él.

—¡Sí!

—¡No! ¡No hay tumba! ¡No hubo entierro! ¡¿Cómo va a estar muerto?!

—Tú estabas enfermo. Te habías quedado en la cama, en tu habitación. Pero luego te encontramos a la intemperie, delante del granero; estabas mirando hacia la cúpula, gritando insultos a la veleta. Lo que estabas diciendo no importa... Era comprensible. Te enfriaste; enterramos a Holland mientras seguías enfermo...

—¿Cuándo? —preguntó, desafiante.

—En marzo. Después de vuestros cumpleaños.

El muchacho le lanzó una mirada triunfal.

—¿Ves...? ¡Eso es mentira! En marzo, el suelo aún está congelado... ¡No pudisteis haberlo enterrado!

—Este año el deshielo llegó antes de lo normal. —La voz de Ada era fría y dura como el acero—. Holland está allí, enterrado. Mira su lápida.

Obligado a superar la negación, Niles reaccionó con fuerza. Su rostro se contorsionó y se puso rojo; se le humedecieron la nariz y los ojos.

—¡No! —Atacó a su abuela; Ada sintió que el dolor le apuñalaba el vientre; sus pechos encogidos se contrajeron aún más cuando él la golpeó con los puños y le retorció los dedos con crueldad. El muchacho gritó, pateó, usó las manos y los pies de todas las maneras posibles. Pero no podía derrotarla; ella lo mantenía aferrado, implacable. Al fin, las palabras brotaron como el agua; las gritó, lo bastante fuerte como para que el sacristán, que estaba cavando en el cementerio, al otro lado del campo, las oyera con toda claridad.

—Está muerto; está muerto... ¡*Holland está muerto!*

Los brazos de la anciana se relajaron; lo tranquilizó, lo serenó, le secó las lágrimas, lo abrazó y lo meció en sus brazos; ay, cariño, ay, *dushka*, ya ha acabado todo; está bien, no pasa nada...

—Pero solo era un juego, ¿no? —susurró él con suavidad al oído de su abuela, rozándole la oreja con los labios húmedos; la seriedad de aquella pregunta infantil hizo

que la voz de Ada se quebrara.

—Sí, chiquillo, solo era un... juego. Para que jugáramos tú y yo...

—Y Holland.

—Y Holland —repitió ella, apagada. Pero enseguida, negándose a conceder al niño aquella pequeña victoria, tomó el rostro de Niles entre las manos y lo miró a los ojos—. Pero todo ha terminado, ¿lo entiendes? —Lo aferró aún con más fuerza—. El juego se ha acabado. Es... peligroso, ¿lo ves? Está mal.

¿Mal? ¿Cómo que estaba mal? ¿Había hecho algo malo?

La respuesta de Ada tardó en llegar. Cuando lo hizo, sonó desolada.

—No, cariño, pero *yo sí*. Yo soy la que ha hecho algo malo, desde el principio. Soy una anciana que está llegando al final de sus días, pero no soy nada sabia. Soy tonta porque no he sabido verlo. Tal vez podría haberlo visto, pero no he querido.

—¿Por qué?

En aquel momento Ada lo comprendió todo. Y se vio anegada por aquel terrible descubrimiento; se sentía como si se estuviera ahogando; una inmensa oleada de remordimiento azotó su frágil cuerpo. La verdad la sacudió y ella intentó esquivar su embestida; pero, por mucho que intentara evitarla, la verdad seguía allí, resultaba imposible negarla, y era una verdad por la que tendría que pagar muy caro. Apretó las manos, sin importarle el dolor que aquel gesto le causaba. Su cerebro le lanzó innumerables acusaciones; levantó el puño, como si quisiera golpearse a sí misma. ¿De quién es la culpa de todo?, inquirió con amargura; y la respuesta le llegó como una burla: mía. Yo tengo la culpa de todo.

El chico repitió la pregunta:

—¿Por qué?

—Porque no he querido hacerlo —repitió ella. Su voz volvía a sonar como el acero. Aunque enseguida el acero tembló y se ablandó—. Pero eso no es excusa. He hecho mal permitiéndolo. Pero me rompía el corazón verte allí sentado, junto a la bomba de agua, sabiendo que estabas mirando tu reflejo en la superficie. Me rompía el corazón verte tan infeliz, y pensar que yo tenía que mantener esa infelicidad, porque te amaba. Creía que con el tiempo lo superarías, ¿sabes? Los niños se van haciendo mayores y, con suerte, dejan atrás esas fantasías, porque descubren el mundo real.

—¿Y ya he descubierto el mundo real?

—Ay, *dushka*. —La anciana contuvo el aliento. Cuando volvió a hablar, su voz era grave y sombría—. Sí, chiquillo, ahora lo veo. Tu mundo es muy real... para ti. Pero... —No pudo continuar.

Niles se quedó allí, sin moverse, con los ojos abiertos de asombro, esperando a que ella terminara la frase. Nunca la había visto llorar, nunca en la vida; y comprendió que aquel instante, aquel preciso momento, allí, en el campo de maíz, era extremadamente importante. Ada se había alejado para que su nieto no advirtiera sus lágrimas. Se quedó mirando las hileras formadas por las gavillas de maíz; pero, en lugar de eso, vio ante sí una llanura, un campo de girasoles no solo marchito, sino muerto, pisoteado; las flores grises y ajadas no se elevaban mirando al sol, sino que se inclinaban hacia la tierra, abandonadas, dispuestas a pudrirse.

De repente sintió mucho frío.

—... pero no sabía lo lejos que llegaría todo —concluyó, como si hablara consigo misma; estaba realizando un gran esfuerzo para controlar su voz y su cuerpo—. Lo

permití solo porque te amaba.

Su nieto le devolvió la mirada.

—¿Y todavía me amas?

—Claro que sí.

—Entonces, ¿soy tu amado? —preguntó, con su inocencia infantil y su sonrisa angelical. Y ella no tuvo más remedio que responder.

—Sí. En cierto modo, sí.

—Entonces, ¿por qué las cosas no pueden volver a ser como antes?

—¿Como antes?

—Sí. Para ti, para mí y para Holland.

Holland.

Ada lo atrajo hacia sí. Siguió un largo silencio, mientras ella ordenaba sus ideas. Luego retomó la palabra. Dijo que había estado pensando en cómo había muerto su padre. Ese día, el pasado noviembre, mientras bajaba las canastas a la cueva de las manzanas. ¿Qué pensaba Niles de todo eso? ¿Qué pensaba sobre la forma en que había muerto su padre?

Él respondió con toda franqueza, sin vacilar en su respuesta:

—Holland estaba de pie junto a la trampilla. Creo que él lo empujó.

Aquellas palabras surgieron con tal naturalidad, de forma tan honesta, que Ada no dudó de su veracidad. Así que sus sospechas resultaban ser ciertas: Holland, *el verdadero* Holland, había matado a su padre; había cerrado de golpe la trampilla y lo había aniquilado. Había asesinado a su propio padre. Aquello no era un producto de la imaginación de Niles.

—¿Por qué? —preguntó la anciana.

—Porque lo odiaba.

—¿De verdad? ¿Te lo dijo él? ¿Con esas palabras?

—No; no con palabras. Pero yo lo sabía.

—¿Cómo?

—Creo que... debe de ser mi sexto o séptimo sentido. Son cosas que sabes cuando eres el gemelo de alguien.

Su sexto o séptimo sentido... Lo abrazó con más fuerza.

—Pero no has respondido a mi pregunta —insistió él.

—No recuerdo cuál era...

—Te he preguntado: ¿por qué las cosas no pueden volver a ser como antes?

—Ay, cariño... Tienes que escucharme con mucha atención, Niles, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Nada puede volver a ser como antes. Para ninguno de nosotros, nunca más. A veces llegamos a un punto en la vida desde el que no hay marcha atrás; tenemos que seguir adelante. El pasado queda a nuestra espalda, muy lejos de nosotros. Porque todo ha ido demasiado lejos. Tiene que parar, ¿lo entiendes? Tiene que parar. Ahora.

—¿Se ha acabado el juego?

—Sí. Se ha acabado.

Ada sintió un estremecimiento al mirarlo, y él pareció leer algo en la expresión de la anciana, algo que lo asustó. No era nada que tuviera que ver con Holland, ni con lo que le había hecho a Padre, sino que guardaba relación con él, con Niles.

Y supo lo que ella estaba pensando.

—¿Adónde vamos? —preguntó. Ella lo tomó de la mano (a aquel niño atroz, al que, incluso ahora, seguía queriendo), y cruzó el campo de maíz para regresar al césped del cementerio.

¿Adónde? Buena pregunta. La abuela, con la mano en el corazón mientras caminaba, dejó que su mente la guiara hasta la conclusión más lógica. Pues irían a casa. Pasarían por los portones de hierro y dejarían atrás el cementerio. Irían a casa y cenarían en la cocina; luego se reunirían con los concejales para realizar el brindis por el abuelo; y luego... Y luego... Su mente vacilaba. ¿Adónde iría Niles después?

¿Cuál sería su castigo?, se preguntó Ada, planteándose las alternativas. ¿Qué le harían a un niño por cometer tales crímenes? ¿Qué niño podría cometer crímenes como aquellos? ¿Adónde lo llevarían? ¿A ese lugar árido, ese sitio de ladrillo y barras de hierro, para mantenerlo encerrado allí, como si fuera un animal peligroso?

—Me vas a mandar lejos de casa —dijo el chiquillo en voz baja. Se miraba las punteras de los zapatos mientras caminaba junto a ella.

—¿Lejos? —repitió su abuela, sorprendida de que hubiera leído sus pensamientos—. Vaya, ¿adónde quieres que te lleve, *dushka*? —respondió, en un pésimo intento de bromear sobre el tema.

Pero él no quiso responder. Se retrajo y se negó a seguir hablando de aquel asunto. Y la anciana comprendió que su nieto lo sabía; sabía lo que ella había estado pensando. La mente de Niles se imaginaba, como lo había hecho la de su abuela, aquel sombrío edificio de ladrillo, rojo y mugriento como la fábrica de embotellado de Rose Rock, con barras de hierro y pesadas mosquiteras, adonde había ido la abuela Perry. Aquel lugar, aquella *residencia*. No. No, eso ni pensarlo. Ella nunca consideraría aquella posibilidad, aquel final para su querido niño.

—No, chiquillo, nadie va a mandarte lejos de casa.

—De acuerdo —se limitó a decir él. Apretó la mano de su abuela, con expresión amable y confiada.

Estaban recorriendo el camino; hacían un sonido agradable al pisar la grava. Ada volvió a reunir valor. Ya había tenido un primer éxito: lo había convencido para que dijera que Holland estaba muerto. Niles lo había admitido: Holland estaba muerto. Pero, si estaba muerto, entonces, ¿quién había hecho aquellas cosas tan horribles? Quizá pudiera conseguir que su nieto se enfrentara de alguna manera a los hechos; y, al ver lo ocurrido, al reconocerlo, tal vez se abriera un camino para ayudarlo. Holland estaba muerto; Niles, vivo. Era un comienzo, en cualquier caso, un primer paso. Ahora ella tendría que pensar en los pasos que vendrían a continuación. Sería como enseñar a caminar a un bebé.

Un bebé... *la* bebé...

Se detuvo en mitad del camino, pálida y exhausta; se colocó frente a su nieto y le repitió de nuevo la pregunta.

—Niles, ¿dónde está la bebé?

—¿La bebé?

—Sí. La bebé de Torrie.

—¿La bebé de Torrie? —La cara se le estaba poniendo roja otra vez—. No lo sé.

—Pero tienes que saberlo, chiquillo. ¡Tienes que saberlo!

—¡No! ¡No lo sé!

—Entonces, *¿quién lo sabe?* —exigió ella.

La respuesta de su nieto llegó, no tanto como una frase, sino como un aullido.

—*¡Holland lo sabe! ¡Pregúntaselo a él!*

Justo tras aquel grito, a Ada le pareció oír una voz, muy clara y distinta, que le advertía: «¡Cuidado con los perros rabiosos que esperan al acecho; porque, si acechan ahora, luego morderán! ¡Y, si muerden una vez, morderán otra!».

Su mano golpeó la cara del niño. E inmediatamente voló para taparse la boca abierta.

—Ay —murmuró, más afectada por su bofetada que por las palabras que el chico había pronunciado. Dio un paso atrás, y se miró la palma de la mano, horrorizada. Tardó unos momentos en recomponerse; y, entonces, con una cojera aún más pronunciada, obligó a sus extremidades temblorosas a seguir recorriendo el camino. Sus intentos no habían servido de nada. Ahora comprendía que Niles nunca transigiría, que aquellos increíbles y monstruosos delirios, aquellos restos con los que estaba obsesionado, lo acompañarían durante el resto de su vida. Y este arrebató que ella acababa de presenciar, tan diferente a él, pero tan parecido a... Al Otro... Era casi como si...

Lanzó un grito ahogado ante aquella idea. Luego echó a andar por la acera de la iglesia, por delante de su nieto, sin ser capaz de mirarlo. No reparó en la lentitud con la que la marca roja iba desapareciendo de la mejilla blanca del muchacho, ni en la expresión con la que él la seguía, mirando fijamente la espalda rígida de la anciana con unos ojos inexpresivos y opacos bajo las cejas profundamente angulosas.

5

Por lo general, en el comedor se sucedían las bromas y las anécdotas graciosas sin cesar. Si te quedabas escuchando en la puerta, podías oír cómo el señor Pennyfeather contaba una divertida historia sobre Mae West o ese chiste del hombre que iba buscando trabajo —«¿Le interesa de jardinero?» «¿Dejar dinero? No, yo lo que quiero es cobrar»—; o cómo el señor Fenstermacher recitaba estrofas del poema de Minnehaha. Podías adivinar quién estaba allí por el sonido de las risas: la del tío George se esforzaba por ser jovial; la del doctor Brainard le retumbaba profundamente en el pecho, igual que un camión en marcha, y terminaba como la explosión de un petardo húmedo; la del señor Fenstermacher sonaba como un agudo silbido nasal; la del señor Foley rara vez surgía, como era natural en su profesión. Esa noche casi nadie se reía. Se oían frases dispersas y apagadas; tenías la sensación de que todos deseaban cumplir con el compromiso y marcharse cuanto antes.

Cuando Winnie entró por la puerta de la despensa, se oyó el tintineo del hielo y el líquido de las copas, y el ruido de los cubiertos sobre la vajilla de porcelana.

—La verdad es que Rider apenas ha tocado su plato —comentó la sirvienta—. No debería ni haber aparecido, pero el señor Perry insiste en que tiene que estar ahí —sacudió la cabeza en dirección al comedor—. Podría haber comido aquí o arriba, con una bandeja, o haberse marchado, como la señora Valeria.

Mientras el señor Fenstermacher se quedaba en casa de los Perry, la señora Fenstermacher había invitado a Valeria a cenar y a ir al cine después.

La empleada sirvió el café caliente en la cafetera de plata y la puso en una bandeja, junto a la leche y el azúcar.

—Winnie —dijo Ada—, cuando el señor Angelini traiga el barril, coloca la bandeja en el centro de la mesa para que no se estropee.

—Sí, señora. —La sirvienta abrió la puerta golpeándola con la cadera y entró en el comedor. Ada, de espaldas y mirando hacia el fregadero, daba muestras de agitación mientras raspaba los platos.

Niles se levantó de la silla. Tenía una marca de mercromina en la mejilla, una luna creciente roja allí donde el broche de Ada lo había arañado.

—Venga, vamos a echar una mano —se ofreció, señalando a Holland, que estaba un poco más allá; su gemelo tenía una expresión absorta y lejana, gotas de transpiración sobre el labio y los ojos como cubiertos por una ligera película. Otra vez la Mirada Asiática.

Aquello sacó bruscamente de su ensimismamiento a su abuela, que miró atrás por encima del hombro.

—Vamos —dijo Niles. Lanzó un paño de cocina en dirección a su hermano—, yo enjuago y tú secas.

El plato que Ada tenía en la mano cayó sobre el fregadero.

—¡Ya basta! —ordenó. Se limpió la mejilla con el dorso tembloroso de la mano—. ¡Recoge ese paño!

Mientras Niles obedecía, Winnie se quedó mirando desde el quicio de la puerta, y luego se dirigió al frigorífico. Sacó un tazón de nata batida y la extendió sobre el postre.

—Ya he quitado los platos de la mesa —anunció, desconcertada por la tensión que se palpaba en la cocina—. ¿Dónde está Leno? —continuó, fingiendo no haber visto nada—. El señor Perry quiere que todos estén presentes en el brindis.

Alisó la nata con una espátula y se llevó el postre. Niles miró a Ada, que había dejado de lado los platos y se estaba apretando las manos en silencio. El chico buscó bajo el fregadero, cogió el barreño y el Oxydol y, tras apartar con suavidad a la anciana, llenó el balde de agua caliente y fue metiendo los platos de uno en uno. La puerta trasera se abrió de golpe; Leno Angelini entró, llevando el barril de vino sobre el hombro, en posición vertical. En ese mismo momento regresó Winnie, con George pisándole los talones.

—Una cena grandiosa —anunció él, con los ojos brillantes, y arrastrando un poco las palabras—. Aquí está Leno, justo a tiempo. Venga, lleva ese barril al comedor. Vamos, Ada; vamos, Niles. Es la hora. —Mantuvo la puerta abierta—. Tú también, Winnie. Queremos que esté toda la familia.

—George... —objetó Ada.

—Vamos, ven —insistió él, con su tono más sincero—. Es una noche grandiosa. No sería una fiesta de verdad sin el brindis, y no sería un brindis de verdad si la familia no estuviera presente.

Cuando los demás se fueron, Winnie extendió la mano para tocar a Ada.

—¿Qué ha pasado hace un momento? —preguntó, desconcertada—. ¿Niles estaba hablando solo?

—No, querida —dijo Ada. Negó con un gesto agotado de la cabeza mientras atravesaba el umbral—. Solo era... un juego.

Anonadada, Winnie la siguió a través de la despensa hasta la habitación llena de humo, que resplandecía a la luz de las velas. Habían retirado el centro de mesa —un frutero de cristal de tres pisos, repleto de fruta— para colocarlo en el aparador, en medio de un surtido de botellas de licor y copas de vino. En su lugar, sobre una bandeja de plata con patas del mismo material, reposaba el barril de vino del abuelo Perry; parecía extrañamente fuera de lugar con esa cubierta de lona que Leno Angelini había improvisado, atando los extremos deshilachados de la cuerda en un nudo; lo flanqueaban varias velas sostenidas por candeleros pálidos y frágiles de cristal amatista. Cuando Ada entró, todos los concejales se levantaron, a excepción del señor Pennyfeather.

—¿Es Ada? —preguntó desde la cabecera de la mesa más próxima a la despensa. Ella se acercó, le estrechó la mano y le dio un beso en la mejilla. Tras saludar a los demás, rechazó cortésmente la silla que Rider le ofrecía y se sentó en una que quedaba libre, junto al aparador de la porcelana. Niles le reservó a Holland el asiento que había al otro lado del mueble; él se quedó de pie, apoyado en la pared, fuera del círculo de luz, justo enfrente del señor Angelini, que se había acicalado para la ocasión.

Winnie repartió las copas y George las fue colocando una a una bajo la espita para llenarlas a rebosar. Luego, se fueron distribuyendo de mano en mano.

—Y una para Winnie —dijo George, de forma teatral, tras darle a Ada la suya—. Y una para Leno. Grandioso... —añadió.

Cuando el señor Pennyfeather recibió su copa, sujetó la base con los dedos y golpeó ligeramente el borde con una cuchara, para llamar la atención. Una vez que la estancia se quedó en silencio, retiró su silla y se incorporó; con los hombros encorvados y mirando hacia la mesa desde detrás de las gafas oscuras que ocultaban su ceguera, buscó las palabras adecuadas para su discurso.

—Bueno —comenzó, con sencillez—, pues aquí estamos todos. Ha pasado un año más, y de nuevo nos hallamos reunidos alrededor de la mesa del abuelo Perry. Ha sido un año triste. La familia ha sufrido mucho, ha perdido mucho. Cuando me dijeron que nuestra reunión anual se celebraría esta noche, debo admitir que me sorprendió. Y puede que haya otros que incluso estén escandalizados... No lo sé. Pero me alegro de que nos hayamos reunido, me alegro de que George y Ada insistieran. Creo que nos ha ayudado a que todos y cada uno de nosotros nos animemos un poco. —Giró la cabeza en dirección a Rider, que respondió con un leve asentimiento—. Aquellos de nosotros que no pertenecemos a la familia somos... Bueno, en cierto sentido, somos representantes de la ciudad al completo, y de todas las personas que viven en ella. Y nos gustaría decir que sentimos mucho todo lo que esta familia ha tenido que soportar durante estos últimos meses. Demasiado sufrimiento, pensarán algunos. Pero los Perry son gente fuerte, siempre lo han sido. Y yo sé, y todos sabemos, que encontrarán la fuerza necesaria para aceptar la voluntad de Dios.

—Amén —respondieron los demás.

Sus dedos se deslizaron cautelosamente por el mantel, tentando en busca de la copa de vino. La localizó, la alzó, y todos los hombres se levantaron de sus asientos.

—Nos gustaría —continuó el señor Pennyfeather— ser para esta familia esa clase de amigo, constante y amable, que el abuelo Perry fue para toda la comunidad. Pequot Landing encontró un buen amigo en Watson Perry; una vez más, todos nosotros estamos aquí reunidos en su honor, y para aceptar su generosidad en nombre del municipio. Damas y caballeros —concluyó con dignidad—, bebamos en memoria de John Watson Perry.

Todos corearon el nombre alrededor de la mesa, y las copas se alzaron en dirección al retrato que había sobre el aparador, en el tradicional brindis conmemorativo.

—Sí, señor —repitió Niles con los demás. Probó su vino y alzó su copa hacia Holland, cuya expresión no podía descifrar.

George aceptó el brindis y, a cambio, entregó al doctor Brainard el sobre blanco que contenía el cheque; este se lo tendió al señor Fenstermacher, quien, a su vez, se lo dio al señor Pennyfeather. Los hombres volvieron a sentarse, y Winnie, tras vaciar su copa, empezó a servir el postre. La conversación se reanudó. El señor Pennyfeather se puso a hablar amigablemente con el señor Angelini, que estaba de pie a su lado, y que aceptó, no sin cierta vergüenza, otra copa de vino. Ada desapareció en silencio por la puerta de la despensa. Mientras Winnie servía el café, los batientes que daban al recibidor y que se encontraban en el extremo opuesto de la habitación se abrieron de repente. Todas las cabezas se giraron y se encontraron con Torrie, que vacilaba en el umbral. Una vez más, los hombres se pusieron de pie; Rider corrió junto a su esposa e intentó sacarla de la habitación.

—No... No, por favor. Yo... —La recién llegada se colgó del brazo de su marido, a la cabecera de la mesa, y miró a su alrededor con gesto ausente. Se había vestido apresuradamente: su suéter estaba mal abrochado, no se había molestado en ponerse medias ni llevaba maquillaje, y su cabello, recogido hacia atrás de la forma más simple, estaba atado con una cinta, como al descuido. Llevaba en brazos la muñeca-lámpara, cuyo cable arrastraba por el suelo. Titubeó, sorprendida por todas aquellas caras que la miraban—. Venía... —Se mordió el labio hasta dejarlo blanco; estaba realizando un visible esfuerzo por recordar la razón de su presencia en aquel lugar—. Venía... —comenzó de nuevo, lanzando una mirada de angustia a Rider.

—Venías a participar en el brindis, ¿no, Torrie? —sugirió el tío George, en un intento de aligerar aquella incómoda situación; ofreció su sitio a la joven—. Vaya, ¿no es grandioso?

—Sí —dijo ella distraídamente. Dejó que la llevaran hasta su asiento; el enchufe se arrastraba a su espalda, chirriando sobre el suelo. Apoyó la lámpara en el regazo y se alisó la falda. Tenía la cara magullada, los ojos enrojecidos e hinchados, una expresión vacía, una voz que apenas se oía. Para Niles, la recién llegada no se parecía en nada a Torrie; era una pequeña criatura lamentable a la que apenas reconocía.

Se produjo un silencio embarazoso hasta que el señor Pennyfeather se levantó y dijo:

—George, ya que Torrie nos ha honrado con su compañía, creo que podríamos hacer un segundo brindis. Quizá el doctor quiera proponerlo.

El doctor Brainard se aclaró la garganta y George fue a coger otra copa. Mientras tanto, los concejales tosían, tapándose la boca con la mano, se enderezaban las corbatas y miraban a todos lados, esforzándose por no dirigir la vista hacia Torrie; la joven estaba sentada a la cabecera de la mesa, rígida, observando con expectación cómo George se inclinaba, colocaba la copa bajo la espita del barril y abría el grifo con gesto inseguro.

El vino empezó a chorrear sobre la copa, igual que la sangre de una vena abierta; luego se ralentizó, volvió a fluir durante unos instantes, gorgoteó, dejó de salir. Desconcertado, George giró el grifo, dejó la copa e inclinó el barril. Un hilo de líquido volvió a gotear sobre la copa a medio llenar.

—No puede estar vacío —murmuró, golpeando el barril con los nudillos y moviéndolo de un lado a otro sobre la bandeja de plata. Escuchó el ruido que producía, se encogió de hombros y miró al señor Angelini con gesto desconcertado—. Se supone que este maldito barril tenía que estar lleno, ¿verdad, Leno? A menos que alguien haya estado dándole al vino, ¿eh? —Soltó el nudo de la cuerda con sus dedos manchados de tabaco, retiró el lienzo, levantó una vela y, a la luz que esta arrojaba, estudió el interior del recipiente. De inmediato, tanteó el mantel en busca de su servilleta y se tapó la boca con ella; Niles y el señor Angelini permanecieron en sus sitios, pero todos los demás se acercaron: el señor Fenstermacher, el doctor Brainard, el señor Foley..., incluso Ada. Todos se reunieron para mirar. El señor Fenstermacher fue el primero en echarse a un lado, con terribles arcadas en la garganta. Ada gimió en voz alta. Torrie se levantó, avanzó tambaleándose, abrió los brazos de par en par y empezó a chillar. Se encogió sobre sí misma, y Rider consiguió sujetarla a duras penas. La muñeca-lámpara cayó rodando y la bombilla se hizo añicos contra el suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó el señor Pennyfeather—. ¿Qué pasa?

Sentado a la cabecera de la mesa, tras sus gafas de cristales oscuros, era el único

incapaz de ver lo que todos los demás tenían ante sus ojos; lo que Niles —con la vista fija sobre su gemelo, cuya imagen fluctuaba a la luz de las velas— no se molestó en mirar: la carita que flotaba en el oscuro vino tinto, tan parecida a la del bebé del tarro; con el pelo ondeando, los ojos mirando al techo y la boca abierta en un grito silencioso.

6

Pobre bebé. Oh, pobre, pobre bebé, la pequeña bebé de Torrie. El corazón de Niles estaba destrozado. Por Dios, Holland, cielo santo, por Cristo bendito, ¡¿cómo has podido?! ¡¿Cómo has podido hacerle algo tan horrible a la bebé de Torrie?! Se le revolvía el estómago con solo pensarlo. Holland tenía que estar loco. Sí, eso era, *Holland estaba loco*. Cualquiera *tendría que estarlo* para hacer algo así. Sintió un escalofrío. Pero había algo más, se dijo a sí mismo: él estaba en lo cierto. Holland había sabido en todo momento dónde estaba la bebé; y tanto que sí.

Qué silencioso estaba todo. Quieto, y en un silencio de muerte. Por lo general, la casa emitía todo tipo de ruidos: se resquebrajaba bajo el yeso; las paredes, los techos y los suelos se movían como si todo el edificio estuviera a punto de venirse abajo. Pero ahora no. Ahora no había ni un solo sonido. Excepto el reloj de pie. *Tic-tac, tic-tac*. Le estaba poniendo de los nervios, mientras se mantenía agachado en aquella postura, en la oscuridad. ¿Cuánto tiempo más tendría que quedarse ahí, en el armario? ¡Cuánto odiaba la oscuridad!

Cambió ligeramente de posición; al hacerlo, golpeó con el codo la bolsa de los palos de golf del tío George; pero consiguió sujetarlos a tiempo, antes de que se cayeran al suelo. Allí dentro olía mal, a viejo y a rancio. Serían las chanclas de goma, o el abrigo de cuero de Padre, que colgaba de un gancho. El interior del armario resultaba sofocante. Por la rendija —la puerta no se cerraba del todo— entraba un poco de luz. Si colocaba el ojo en la abertura, podía ver el rellano superior de las escaleras. Un rato antes, no había más que frenesí y conmoción, un continuo correr de un lado a otro; lo que cabía esperar, dadas las circunstancias. Él mismo había salido huyendo del comedor, antes de que nadie se diera cuenta; nadie excepto Ada, cuyos ojos seguían cada uno de los movimientos de su nieto. Pero no había sido lo bastante rápida y, en un abrir y cerrar de ojos, el muchacho había atravesado la despensa, la cocina, había salido por la puerta del recibidor, había subido las escaleras y se había escondido en el armario. Enseguida, el tío George había llegado corriendo a su habitación, evidentemente en busca de las llaves del coche; Niles oyó algo sobre que Rider iba a llevar a Torrie a la casa de su madre, en el prado; sobre que había que llamar al alguacil, el señor Blessing. Luego oyó cómo todos se marchaban, los concejales y el resto. Una vez que se fueron, distinguió las voces de Ada y Winnie, que susurraban al pie de la escalera; pero, aunque puso la oreja en la rendija, no pudo entender lo que decían. Después, todas las voces se callaron; aunque se notaba que había gente caminando por la casa... Lo estaban buscando, Niles estaba seguro. Después... silencio. Excepto por el reloj. *Tic-tac, tic-tac*.

Entonces oyó cómo se abría otra puerta: la de Ada, al final del pasillo. Reconoció el sonido de sus pasos mientras ella avanzaba por la galería. Luego llegó a la escalera y entró dentro del campo de visión de Niles. Se había puesto la bata y llevaba suelto el pelo, que le caía sobre los hombros. En su rostro había una expresión extraña que su nieto no pudo interpretar. Se giró y empezó a bajar la escalera, descendiendo paso a paso, de forma vacilante. Entonces se detuvo y permaneció inmóvil, escuchando; tenía los hombros encorvados, en una postura algo rara. Niles contuvo la respiración, sin atreverse a hacer un solo movimiento. ¿Y si de repente se le ocurría mirar en el armario? Pero no, la anciana siguió avanzando. Un golpe seco rompió el silencio; el reloj dio las once, con notas sonoras y lentas.

Ahora Ada se había detenido a mitad de la escalera. Estaba inmóvil, de espaldas a la puerta, con los hombros un poco levantados, como si las últimas notas del reloj resonaran en sus huesos. Desde atrás, podías ver cómo asentía ligeramente, una y otra vez. Entonces giró la cabeza y Niles comprobó que tenía los ojos cerrados, el ceño fruncido y las manos entrelazadas bajo la barbilla. El músculo de su mandíbula se contrajo un par de veces. Se levantó el pelo y lo dejó caer otra vez; después se puso la mano sobre la frente, como para comprobar si tenía fiebre. No, no, no era por la fiebre. ¡Se estaba concentrando! Tenía el aspecto de hallarse profundamente absorta. ¡Estaba jugando al juego! Se estaba concentrando en él, para buscarlo.

«Dos por dos, cuatro. Dos por cuatro, ocho. Dos por ocho, dieciséis. Dos por dieciséis, treinta y dos. Sintonízame en la emisora azul. Buenas noches a todos nuestros oyentes de ahí fuera, en Radioland.» No. No era suficiente. No podía detenerla. Intentó pensar en otras cosas; pero no podía detenerla. Ahora los ojos de Ada estaban abiertos, giró el cuerpo hacia donde él se encontraba; enseguida, en un rápido movimiento, dio media vuelta sobre el escalón y volvió a subir; se quedó quieta en el rellano superior, durante un largo instante, en silencio; no miraba hacia el reloj, sino hacia la puerta del armario, aquella maldita puerta. ¡Porras! ¿Por qué no se cerraba? Avanzó un pie. Y otro. Se detenía a cada paso, como si supiera que había alguien escondido en el armario, pero no quisiera descubrirlo. Levantó y extendió el brazo para aferrar el pomo, y la mano emergió de la manga de la bata. El muchacho jadeó; su abuela abrió la puerta de par en par y la luz del pasillo cayó sobre él.

—Levántate —le ordenó.

Niles obedeció. Se puso en pie, y se quedó inmóvil ante ella, mirándola a los ojos, con el cuerpo tenso. Jadeaba como un animal, con la cabeza un poco inclinada, mirándola desde debajo de las cejas oscuras y profundamente angulosas. Tenía los ojos vidriosos.

—Ven. —Ada extendió la mano. La manga de su bata blanca resbaló desde su muñeca, deslizándose por el brazo en amplios pliegues.

El muchacho se quedó quieto un momento, luego la empujó con una fuerza brutal; ella retrocedió, y el chico salió disparado del armario y se precipitó salvajemente por las escaleras. Cuando llegó abajo, miró hacia atrás y comprobó que la anciana lo seguía a toda velocidad; tenía el cabello suelto, y sus mangas se agitaban como enormes alas; no lo llamaba por su nombre, pero tampoco se detenía; lo perseguía sin descanso. Winnie, que estaba en la cocina, sentada a la mesa, saltó sobre él con los ojos desorbitados, para bloquearle el camino. Él la esquivó agachándose, abrió de un empujón la puerta trasera y salió corriendo.

—¡No, déjame! —oyó que Ada le gritaba a Winnie—. ¡Suéltame!

Luego le llegó la voz de la criada:

—Espere, señora, voy con usted...

—¡No! Quédate aquí. Esto tengo que hacerlo yo sola.

Niles corrió por el camino, bajo la galería; a su espalda, la diminuta figura de su abuela volaba sobre la grava como una polilla nocturna. Al meterse en el granero, vio cómo aquel borrón de color blanco se detenía en la esquina de la cochera; desapareció un momento tras la maleza y enseguida volvió a salir a la luz, arrastrando consigo la lata azul y amarilla de gasolina Richfield.

Las sombras rojizas, proyectadas por la linterna parpadeante que colgaba del techo, daban a la cueva de las manzanas el aspecto de un barco en un océano de sangre. Niles reparó en que el otro estaba frente a él.

—Maldito seas —susurró—, que Dios te maldiga y te envíe al infierno.

Infierno, infierno, infierno... Su propia voz regresaba hacia él.

—¿Cómo has podido hacer algo tan horrible?

Horrible, horrible, horrible...

—Bueno, ¿qué tienes que decir sobre eso? Lo que sea; cualquier cosa...

Cosa, cosa, cosa... El eco reverberaba en la cueva. Esperó una respuesta, pero solo había silencio. Entonces oyó:

—El Peregrino de los Perry.

—Sí —respondió—. El Peregrino de los Perry.

—¿Quién es el Peregrino? —Incluso aquella pregunta sonaba como un eco.

—Yo —replicó—. El Peregrino soy yo.

—¿Y quién eres tú? —preguntó la voz, con astucia.

—Soy yo. Niles. Niles Perry.

—¿Lo eres? ¿En serio? —Se oyó una risa socarrona, ligera, burlona, tremendamente satisfecha.

Niles estaba perplejo. ¿No era él? ¿En serio? ¿No era Niles Perry? Pero, entonces, ¿quién era? ¿Qué otra persona podría ser? ¿Y a qué venía esa risa? ¿Qué era aquello que resultaba tan divertido? ¿Dónde estaba el chiste?

Oyó algo por encima de su cabeza, una especie de sonido metálico; se puso tenso en aquella oscuridad escarlata.

—¡Escucha! Hay alguien ahí arriba. ¿No lo oyes? ¡Escucha!

—Estás loco. —Otra risita.

—¡Ahí está! ¡Puedo oírlo! ¡Lo oigo! —En efecto, así era. Lo oía: el metal que se arrastraba a lo largo del camino de grava, el crujido oxidado de las bisagras de las puertas, el ruido de la lata sobre el suelo de madera; un momento de silencio; entonces la pesada trampilla se levanta... Sube... Describe un arco que asciende lentamente...

Lo recorrió un estremecimiento de intenso horror. Cerraría los ojos y contaría hasta cinco; luego los abriría para ver quién había allí.

«Uno. Dos.»

Oyó una risita sorda en la oscuridad.

—No es quien esperas, ¿sabes?

—¿Ah, no? —repitió, como un estúpido. Así que iba a llevarse una decepción...

Observó las paredes rojas; bajo aquella luz danzante vio figuras que emergían de la

nada, formas tan espantosas como seductoras, que llenaban la habitación como si fueran gigantes; en el techo divisó serpientes, largas como anacondas, criaturas hostiles que parecían estar mudando una piel semejante a una cota de malla reluciente; se enroscaban en las vigas como si fueran guirnaldas, blandas y sinuosas; sus lenguas de color salmón lamían las estructuras del techo, las muescas y las espigas. Y el Peregrino, el verdadero Peregrino, el halcón de ojos de ámbar, bajaba en picado, gritando, graznando; el ave de bronce agitaba con audacia aquellas alas hechas a la medida de la locura del niño. Luchó contra el pájaro, lo echó a golpes, se sacudió, se agachó, se retorció, intentó taparse los ojos y las orejas para no ver ni oír nada.

Recuerda.

Le llegó aquella palabra; y, mientras flotaba en el aire, sintió que se rompía en una cadena de ecos: *recuerda, recuerda, recuerda, recuerda...*

—¿No lo recuerdas? —le estaba diciendo Holland. Su voz era fría y exigente.

—¿Qué? ¿Qué tengo que recordar? —¿Por qué de repente se sentía condenado a un destino horrible?—. *¿Qué tengo que recordar?*

«Tres. Cuatro.»

—¿Holland? —imploró—. ¡Socorro! ¡Socorro!

—Lo has olvidado, ¿verdad? —Sonaba casi enfadado—. *Lo has olvidado.*

—Sí —admitió dócilmente; lo había olvidado. Pero ¿qué? ¿Qué era lo que había olvidado?

—No pasa nada, Niles Alexander —oyó decir a Holland. De repente, su tono sonaba reconfortante. La trampilla se había abierto del todo, golpeando el suelo del granero con estruendo—. Todos olvidamos ciertas cosas, o... —ahora la voz tenía un tono grave, tranquilizador, y en absoluto burlón—... hacemos ciertas cosas que nos gustaría olvidar.

—Contempla.

Niles levantó la mirada y contempló.

Ella estaba allí, al borde de la abertura. Era una visión. Es decir, parecía una visión: una figura pálida, iluminada por la linterna que colgaba bajo sus pies; sus cabellos flotaban sobre sus hombros, y las alas, aquellas grandiosas alas blancas, subían y bajaban con el lento movimiento de sus brazos. El chico se levantó y se dirigió hacia ella, como si caminara en un sueño, con los ojos fijos en aquel rostro de expresión tan radiante, tan serena, tan pacífica, tan...

«No. Espera. ¡Espera!»

Algo iba mal. Aquello no era como debería ser. ¿Dónde estaba la expresión radiante, la mirada de paz? ¿De verdad era ella? Tenía el rostro triste, y el semblante más afligido, más lastimoso, más profundamente arrepentido que se pudiera imaginar; los ojos de la aparición se llenaron de lágrimas mientras se inclinaba sobre él; detrás de aquellas alas batientes no había ningún resplandor, ningún halo, sino una infinita oscuridad.

Sus alas se agitaban con desesperación. Parecía que le estuviera haciendo señas. Sus lágrimas empezaron a caer más rápido. Ah, pensó, pero él conseguiría que ella dejase de llorar, porque a partir de ahora no volvería a haber lágrimas, nunca más; tenía que hallar un modo de conseguir que dejase de llorar. Pero las lágrimas seguían cayendo, mojándole las manos, bañándole la cara alzada. Eran amargas y escocían; caían como la lluvia, empapando la nieve roja, corriendo como riachuelos entre las

piedras, inundando la habitación; y entonces se le ocurrió, mientras la miraba a los ojos y ella se inclinaba hacia la luz, que las lágrimas nunca se detendrían, que fluirían para siempre, como un río eterno, como el Aqueronte; y entonces el sueño se disolvió para convertirse en una pesadilla.

¡Pero estaba *despierto!* ¡*Detente!* ¿Qué estaba *haciendo* la aparición? Sus alas se agitaron de forma delirante durante el breve instante en que se quedó flotando sobre el hueco, como si se encontrara suspendida en el aire. Se agachó y agarró la linterna; y él lanzó un grito y retrocedió hasta la pared. Con un gesto explosivo, ella arrojó la linterna; y, luego, en un movimiento raudo e inesperado, se lanzó detrás, estremeciéndose, con las alas ondeando. La nieve y las piedras se fundieron, la cueva perdió su forma original, y el torrente de lágrimas se convirtió en un inmenso resplandor que derretía todo a su paso. Con los brazos extendidos frente a aquella luz ardiente y la espalda apoyada contra la pequeña puerta, Niles recordó de pronto lo que había olvidado, la única cosa que había intentado recordar con todas sus fuerzas; en aquel preciso instante, en una fracción de segundo, la verdad se le reveló. Iba a morir, y había deseado algo para cuando llegase este momento; ese *deseo* era el de morir viendo al Ángel del Día Resplandeciente.

Su deseo se había convertido en realidad. En verdad, estaba siendo testigo de una visión; igual que si se encontrara en el santuario de Lourdes. Y eso era algo excepcional, porque son muy pocas las personas que, en el curso de toda una vida, llegan a ser testigos de algo así, llegan a *saber* algo así. Pero ¿quién podría haberle dicho, en aquel momento, que aquella no era la visión que él había esperado, sino la del Ángel de la Muerte?

En verdad, aquello era toda una revelación.

Esta noche la señorita DeGroot llega bastante tarde. No es propio de ella. ¿Has visto cómo el lila se ha oscurecido para dar paso al azul, el azul al púrpura, el púrpura al negro? *Ombré*, como dicen los franceses, aunque no sé de dónde me viene esa palabra. Ya no puedo distinguir la marca del techo, esa mancha de humedad de color óxido que forma esa cara tan familiar, y que me observa desde ahí arriba. ¿Tiene algún significado? Me pregunto qué diría la señorita DeGroot sobre el asunto. (Ah, ya me acuerdo: ella cree que la mancha tiene la forma del Congo Belga; imagínate.) Aunque probablemente a día de hoy ya le hayan puesto un nombre distinto al Congo Belga. Me resulta imposible estar al tanto de todos los cambios que van haciendo en los mapas, ¿y a ti? Quiero decir que, si de mí dependiera, preferiría Liorna a Livorno, o Königsberg a Kronstadt. Pero no estoy muy seguro de que esa mancha sea como el Congo Belga, diga lo que diga la señorita DeGroot; a mí todavía me recuerda a una cara.

Ya sé lo que estás pensando. No te interesa la señorita DeGroot, ni la cara del techo. Estás pensando en la vieja. Crees que Ada sería incapaz de cometer un acto tan horroroso, de quitarse la vida así y llevarse también la del niño, de nombrarse a sí misma juez y verdugo, de arrastrar aquella pesada lata de gasolina, de reunir, Dios sabe cómo, la fuerza necesaria para levantar la trampilla, verter la gasolina en la cueva de las manzanas —que, por cierto, era un verdadero polvorín con todos esos restos de juncos—, de lanzar la linterna y arrojarse al holocausto. ¿Cómo podría haber hecho algo así?

Y, sin embargo, lo hizo.

Tal fue su voluntad. Después, la gente diría que estaba loca; y yo estuve de acuerdo. Tenía que estar loca de remate para hacer algo así. Al recordar sus últimos momentos, tan trágicos, me viene a la memoria su triste frase sobre la inmolación del corazón; ella fue su propia Brunilda, y nunca he dudado de que lo hiciera por amor.

El caso es que se rompió el cuello al caer sobre el suelo de piedra; no llegó a sentir las llamas. En cuanto a mí, tuve suerte de poder escapar. Ya te imaginarás el terror que experimenté; y mi posterior alivio cuando, al retroceder hacia la puerta de los esclavos, recordé a tiempo que el candado (ese que el tío George había mandado poner, y que aseguraba el cerrojo por el exterior) estaba abierto; alguien lo había cortado con una sierra para poder realizar el truco de la desaparición de Chan Yu. Es cierto: nuestra vida no es más que una sucesión de pequeñas casualidades. Qué irónico, ¿verdad? Tal vez ahora entiendas por qué puse tanto empeño en que la puerta de los esclavos se quedara abierta detrás de mí, para que las corrientes de aire siguieran circulando desde la trampilla a través de la cueva.

Luego le sugerí a la señora Pennyfeather que sería conveniente que el profesor Lapineaux interpretara *Roca de la eternidad* en el funeral. Como es natural, el señor Tuthill recitó el salmo 23.

Pobre Ada.

Después de aquello, supuse que la gente se creería cualquier historia que yo contase acerca de su muerte. Debo confesar que fui yo quien sugirió que debía de

estar loca; y me creyeron, hasta cierto punto. Sin embargo, poco después pensé que ya sería seguro recuperar la lata de tabaco Príncipe Alberto y su contenido (el anillo, el dedo, las gafas de Russell, una cinta del vestido de la bebé... En resumen: todas las *pruebas*); la había guardado dentro de una de las botas de pescar que había en la pared del cobertizo de las herramientas, y pensaba que allí dentro estaría oculta y a salvo. Pero no sabía que el señor Angelini me había sorprendido mientras la escondía allí; él lo había sospechado todo desde el principio, porque estaba seguro de que, el día de la muerte de Russell, había colgado la horca en el sitio que le correspondía.

Así pues, el señor Angelini confió al tío George su descubrimiento. Y este fue quien inició los trámites necesarios para que, con el tiempo, yo acabase en este lugar.

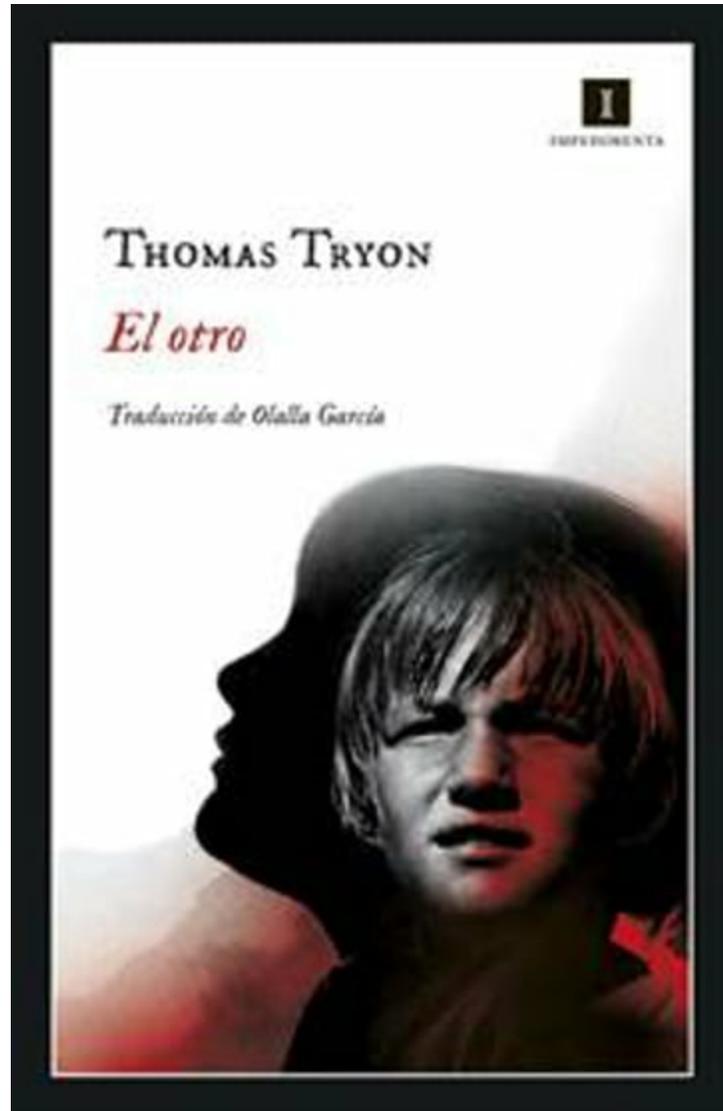
Déjame que te diga que no lamenté irme de la casa de Valley Hill Road. Después de un tiempo, empezó a parecerme demasiado grande, demasiado silenciosa, demasiado... muerta. Daba la impresión de que estuviera creciendo, agrandándose, expandiéndose, y el hecho de que se encontrara tan vacía me resultaba opresivo, como si el edificio estuviera conspirando contra mí; me di cuenta de que pasaba demasiado tiempo buscando a alguien, a cualquiera de los habitantes de la casa, escuchando, esperando, mirando tras las esquinas, subiendo escaleras, recorriendo pasillos, abriendo puertas. Pero no. No había nada. Estaba solo. De verdad; aunque había otras personas en la casa, yo estaba solo. Y me sentía solo, debo admitirlo. Creo que fue entonces cuando comencé a echarlo de menos, cuando noté su ausencia, y empecé a ir tras él, a buscarlo por la casa, por el granero, recorriendo los campos, bajando al río. Pero se había ido, por supuesto; por entonces estaba realmente muerto, el que yo había sido, el Otro; y en aquel momento me di cuenta de lo solo que me encontraba. A veces me parecía verlo, solo un vistazo fugaz, un destello de apenas un instante: allí, de pie en ese rincón oscuro, a la sombra de un armario; o allí, dando cuerda al reloj de pie, como hacía antes; o allí, en el trastero, con su camisa rosa, escuchando música en el viejo gramófono. Pero en realidad no era él. Winnie se encargaba de darle cuerda al reloj, porque ¿quién sino se iba a ocupar de hacerlo? El gramófono estaba cubierto de polvo en el trastero —esa habitación *silenciosa*—, y no había ninguna esquina, ningún armario en el que se cobijase el Otro. Había desaparecido; no podía conjurarlo, como él hacía conmigo. Había desaparecido y, por triste que fuera, lo echaba de menos. Estaba solo, solo en la casa, y he seguido estándolo desde entonces.

Mira. ¿Ves la luna? Estaba seguro de que hoy saldría. Acostado aquí, en mi cama, puedo verla con claridad. Resulta interesante cómo su luz resalta las barras que hay en el exterior de mi ventana; las hace parecer más negras, más gruesas, les da un aspecto mucho más severo. Qué lugar tan odioso. Pero la señorita DeGroot dice que soy «de la familia»; supongo que eso significa que llevo aquí mucho tiempo. Es una pequeña broma que a ella le gusta gastarme; pero no creo que sea muy divertida.

Como esta noche hay luna, tal vez mañana haya sol. Aún recuerdo ese día en que la luna y el sol aparecieron juntos en el cielo. No he vuelto a verlo desde entonces. Espero que salga el sol. De verdad que lo espero. Igual que espero... Bueno, no, en realidad no, ¿sabes? Ya no espero nada. Como ya te he dicho, aquí me siento muy solo; la señorita DeGroot en realidad no cuenta mucho. El ambiente frío y gris, el fregadero, el radiador... ¡Qué demonios! Este es un lugar horrible, como ya he dicho, y no tengo el menor interés en relacionarme con el resto de la gente que también está aquí. Podría si quisiera, por supuesto; de hecho, me incitan a ello, pero no lo hago, ni lo

haré. Se ríen de mí en los pasillos y en la planta baja, se ríen de mí detrás de la rejilla de alambre, me molestan: me molestan porque no me llaman por mi nombre, como lo hace la señorita DeGroot. Me llaman por *su* nombre: Niles; *Niles*, por el amor de Dios, ¿no es una locura? Ya se lo he dicho, llevo años diciéndoselo: mi nombre es Holland. Holland William Perry. Pero así es la gente por aquí, en Babylon. (Qué coincidencia: la señorita DeGroot conoció a la abuela Perry cuando la enviaron a este mismo sitio; ¿a que debe de tener muchos años, si ha estado aquí durante tanto tiempo?) Así que prefiero quedarme a solas y mantenerme al margen. Lo que más me gusta es ver cómo los autobuses de Shadow Hills terminan su ruta en la esquina y dan la vuelta. Ah, sí, quitaron los tranvías hace muchos años, pero aparte de eso nada ha cambiado. Todavía es el final de línea.

EL OTRO



Verano de 1935. En un pueblo de Nueva Inglaterra, la gente no para de hablar sobre la epidemia de muertes que está asolando el hogar de los Perry. Vining y Russell Perry, padre e hijo, han sido misteriosamente asesinados. Otro de los miembros de la familia se ha ahogado mientras patinaba. La viuda de Vining se cae por las escaleras... ¿Se trata de simples accidentes? Los hijos gemelos de los Vining son de lo más peculiar: cada uno podría leer los pensamientos del otro, pero no podrían ser más diferentes. Holland es sarcástico e introvertido, y todo el mundo le considera una mala influencia, mientras que su gemelo, Niles, es agradable y generoso, adorado por todos. Ambos están inmersos en un extraño juego telepático con su abuela rusa. Y puede que el juego se les esté yendo de las manos...

Thomas Tryon. Nació en 1926 en Hartford, Connecticut. Empezó su carrera como actor, y llegó a trabajar con Otto Preminger y George Cukor. Desilusionado con la interpretación, se retiró en 1969 y empezó a escribir historias de horror y misterio. Debutó en la narrativa con «El otro» (1971), y tuvo tal éxito que la obra se adaptó al cine al año siguiente. Su próxima novela, «Harvest Home» (1973), dio lugar a una miniserie protagonizada por Bette Davis. Entre sus otras obras se incluye «Crowned Heads» (1976), una colección de relatos cortos inspirados en las leyendas de Hollywood. Murió en Los Ángeles en 1991.

Índice

EL OTRO	3
PRIMERA PARTE	8
1	14
2	21
3	26
4	32
5	47
6	57
SEGUNDA PARTE	64
1	67
2	75
3	90
4	101
5	107
6	116
7	124
8	131
TERCERA PARTE	136
1	139
2	153
3	162
4	170
5	179
6	184